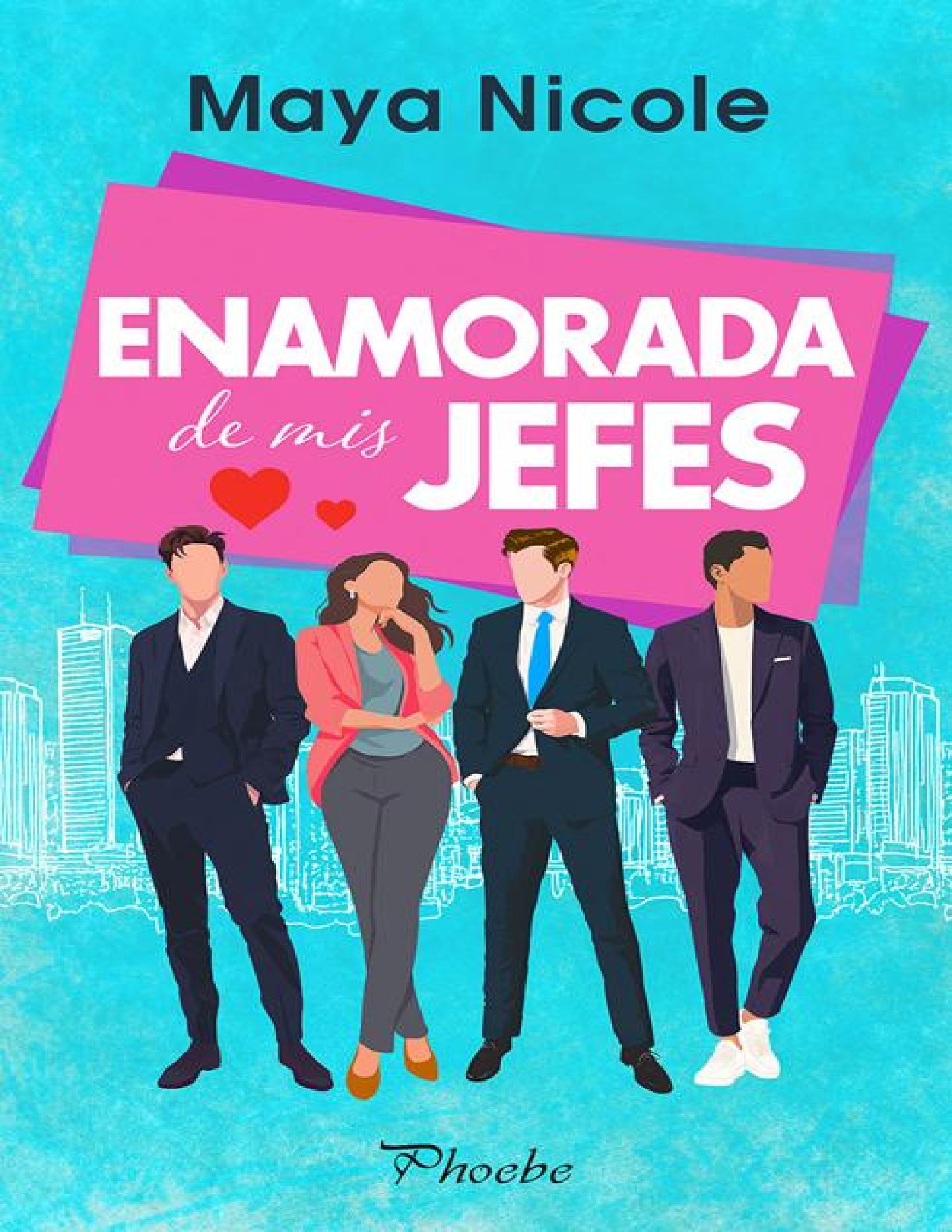
Maya Nicole

ENAMORADA de mis JEFES



Phoebe

Maya Nicole

ENAMORADA de mis JEFES

Traducción de Maribel Abad



Phoebe

Título original: *Stuck on Them*

Primera edición: junio de 2025

Copyright © 2023 by Maya Nicole

© de la traducción: Maribel Abad Abad, 2025

© de esta edición: 2025, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 979-13-87787-01-1
BIC: FRD

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice de contenido

1. 1
2. 2
3. 3
4. 4
5. 5
6. 6
7. 7
8. 8
9. 9
10. 10
11. 11
12. 12
13. 13
14. 14
15. 15
16. 16
17. 17
18. 18
19. 19
20. 20
21. 21
22. 22
23. 23
24. 24
25. 25
26. 26
27. 27
28. 28
29. 29
30. 30
31. Epílogo

32. Contenido especial

1

Nido de ratas

Paige

Había cometido un error terrible, una metedura de pata tan grande que hacía palidecer a cualquier otra que hubiera perpetrado en mis veintisiete años de vida.

Y así fue como acabé cara a cara con la rata más grande que había visto nunca. Y no, no era uno de esos hombres barrigones con gruesas cadenas de oro que se les enredan en el pelo del pecho: era una rata de verdad, con ojos brillantes y una cola tan asquerosa que hasta el más valiente de los exterminadores se habría puesto a gritar y se habría cagado de miedo. Y quizá mis esfínteres fueran a prueba de sustos, pero vaya si grité. Grité tan fuerte que la alimaña, del tamaño de un gato, saltó hacia mí desde su atalaya en mi dormitorio del tamaño de una nevera. Se trataba de luchar o huir, y, como no estaba de humor para contagiarme de rabia, eché a correr.

En dos zancadas salí por la puerta y esquivé por los pelos el zapatero de mi vecino en mi huida de las garras del animal poseído por el espíritu de Splinter, la rata de las Tortugas Ninja.

Di un respingo cuando se abrió de golpe una puerta al otro lado del pasillo y un tipo con pinta de delincuente asomó la cabeza con los ojos entrecerrados y expresión tensa.

—¿Qué coño pasa?

—¡Llama a las Tortugas! —Se me enganchó el pie en uno de los felpudos, caí de bruces y dejé escapar un chillido cuando me golpeé el codo contra la pared; el dolor ascendió por mi brazo, y se me nubló la vista.

—¿Las tortugas? ¿Qué te has fumado? —El hombre ladeó la cabeza, estudiándome como si quisiera encontrar una pista del alucinógeno que había consumido.

—Siento decirlo, colega, pero esta soy yo sin necesidad de aditivos. —Me

apoyé en la pared, frotándome el codo.

—Bueno, pues baja la voz. Estoy intentando… —Su mirada descendió hasta el suelo del pasillo—. ¡Ah! —Dio un portazo cuando la rata pasó corriendo junto a él y fue directa hacia mí.

¿Qué había hecho yo para merecer un giro tan desafortunado en mi vida?

Con un chillido agudo más propio de una ópera que de un rellano de un bloque de apartamentos, entré en el cuarto de baño que había al final del pasillo, trastabillando. Cerré de un portazo y eché el cerrojo rezando para que la rata no tuviera habilidades ninja.

Me estremecí de la cabeza a los pies y me puse a hacer «la danza del bicho asqueroso», sacudiendo el cuerpo entero para librarlo de cualquier molécula de rata que pudiera haber caído sobre mí.

—No llores, no llores —canturreaba mientras recorría el pequeño y anticuado espacio, con su lavabo agrietado y su linóleo amarillento.

No estaba preparada para lidiar con ratas ni insectos. Mi estado emocional era tan frágil que una cucaracha podía provocarme un ataque de pánico.

Abrí el grifo, me incliné sobre el lavabo y me eché agua fría en la cara. Me calmó de inmediato, pero no calmó los latidos acelerados de mi corazón.

Solo es una rata, y hay un montón de gente que las tiene como mascotas. El instructor de artes marciales de las Tortugas Ninja es una rata.

Me entró agua por la nariz, resoplé y tosí, y cerré el grifo. Me goteó el agua sobre la camiseta y me levanté el dobladillo para secarme la cara. Al mudarme había dejado una toalla en el toallero para secarme las manos y alguien la había usado y la había tirado al suelo.

No intentaba recrear mi vida universitaria, pero con mi presupuesto y la presión del tiempo, conseguir un piso decente era imposible. En cuanto encontrara trabajo tenía pensado buscar un lugar donde cuatro microapartamentos no compartieran baño.

Me erguí y abrí la puerta de golpe, dispuesta a enfrentarme a la rata. Me encontré con un pasillo vacío y un ligero olor a hierba. Con cautela, me acerqué a la puerta abierta de mi apartamento y miré dentro. No estaba en mis cabales cuando pensé que diez metros cuadrados eran suficientes. Al otro lado de la puerta había una pequeña cocina con una encimera diminuta y un pequeño fregadero con un microondas encima. Al lado estaba la mininevera, pero la rata que había estado pasando el rato sobre ella a mi regreso del supermercado ya no se encontraba allí.

Dejé la puerta abierta, cogí la escoba que estaba apoyada en un rincón y le di un golpe a la mesita auxiliar elevable que también servía de escritorio y mesa de comedor en ese espacio minúsculo. Las probabilidades de que la rata hubiera vuelto a entrar eran escasas, pero quería asegurarme.

Miré el sofá con recelo.

—Se ha ido, Paige. Deja de ser… —El móvil vibró sobre la mesa, me lancé sobre él escoba en ristre y fallé por poco.

No había tenido el pulso tan acelerado desde hacía mucho tiempo. Ya podía estar tranquila a pesar de que iba a perder el seguro médico en unas semanas, porque mi corazón aguantaba mejor de lo esperado teniendo en cuenta que me lo habían roto en mil pedazos.

Cogí el teléfono e inspiré hondo al ver las innumerables notificaciones de mensajes sin respuesta que aparecían en la parte inferior de la pantalla. Así se iban a quedar hasta que estuviera preparada para afrontar las consecuencias de mis decisiones.

Acepté la llamada de mi mejor amiga.

—Gracias a Dios, Nora. No vas a creer lo que acaba de pasar.

Nora hizo un ruidito como si estuviera pensando.

—¿Has conocido a un apuesto y joven príncipe que ha compensado todos los orgasmos que te has estado perdiendo?

—Ojalá. —Cerré la puerta y eché el cerrojo, mirando el sofá de dos plazas; decidí sentarme en uno de los escalones que llevaban al altillo, donde estaba la cama—. Había una rata en mi apartamento.

—Pagaría por verte —rio.

—Oye, no te pases. —Sujeté el teléfono entre la oreja y el hombro y escudriñé a mi alrededor por si acaso había vuelto mi enemiga mortal—. Casi me come la cara.

Nora y yo nos reímos y nos quedamos en silencio. Era mi mejor amiga desde que fuimos compañeras de habitación durante el primer año de universidad. Haberme mudado a la otra punta del país no solo había sido una decisión importante, sino también impulsiva. No era mi modo habitual de actuar, pero hasta entonces tampoco me habían arrancado el corazón para meterlo en una trituradora de papel.

—Sabes que siempre puedes volver a vivir conmigo hasta que se solucione todo —dijo con tono suave.

Me tembló la barbilla y me mordí el labio. En la última semana había

derramado tantas lágrimas como para llenar una piscina pequeña, y me negaba a seguir llorando.

—Ahora mismo no puedo. Quizá dentro de unos meses, cuando acabe el contrato de alquiler.

—Bueno, pues entonces deberías disfrutar de la vida y no quedarte encerrada en ese… —Solté un grito y casi se me cayó el móvil cuando subí a toda prisa los escalones. La rata había regresado correteando y se había metido debajo del sofá. La escoba seguía en el suelo, donde la había dejado, pero estaba demasiado asustada para poner un pie fuera de la escalera. Nora se partía de risa al otro lado de la línea—. Es tu nuevo compañero de piso. O tal vez sea rata hembra y esté buscando un lugar para tener a sus bebés ratita.

—¡Nora! —Las lágrimas que había estado conteniendo se derramaron por fin: había cambiado la rata con la que vivía por otra.

—Oye, Paige, solo estaba bromeando. —La voz de Nora se suavizó, y deseé que estuviera conmigo—. Haz la maleta, y te reservaré una habitación de hotel para el fin de semana, ¿vale? Es viernes por la noche, y, aunque el portero estuviera ahí, probablemente no podría hacer nada.

Resoplé y me sequé las lágrimas sin apartar la vista del sofá.

—No tienes por qué hacerlo.

—Claro que sí. Así que haz la maleta y asegúrate de coger un vestido, porque vas a ir a tomar unas copas y a buscarte un ligue. —Hablaba con tanta despreocupación que tuve que reírme—. Sé que los rollos de una noche no son lo tuyo, pero un buen orgasmo de un hombre que sabe lo que hace te ayudará a relajarte y a despejarte.

Mientras consideraba sus sabias palabras, subí el resto de lo que difícilmente podrían llamarse «escaleras» hasta el altillo. No iba a estar a salvo de la rata en ningún sitio, pero tampoco tenía otro lugar donde esconderme, porque el colchón ocupaba casi todo el espacio. En un rincón una de mis maletas seguía hecha, mientras que la otra yacía abierta a los pies de la cama. Aún no había encontrado una solución para el almacenamiento, y me alegraba de no haberme gastado el dinero. Estaba empezando a darme cuenta de que haber huido a Nueva York había sido un error, y quería regresar a casa.

Nora estaba en silencio, y al otro lado de la línea solo se oía el sonido de su teclado. Había intentado convencerme de que no me fuera cuando me había dejado en el aeropuerto hacía poco más de una semana, pero no había tenido éxito.

Se me había roto el corazón al descubrir lo que me había hecho mi exprometido; creía que me quería, pero me equivocaba, y me juré que jamás volvería a verme en una posición tan vulnerable.

—¿Paige? ¿Estás ahí? —La voz de Nora me hizo ponerme en marcha: tiré de la maleta que aún estaba sin abrir para acercarla a mí.

—Difícilmente —rezongué—. Tengo la maleta, pero no sé cómo voy a bajarla.

—Puedes tirarla por las escaleras como si estas fueran un tobogán. A lo mejor aplasta a la rata al caer. —Se echó a reír, pero yo tuve que tragar saliva al pensar en lidiar con las consecuencias de eso.

Sujeté otra vez el móvil entre el hombro y la oreja, apoyé la maleta en un escalón y la solté. Me estremecí al oír el ruido.

—Debo de haberle dado un susto de muerte a mi vecino de abajo. —Bajé las escaleras; los dos últimos escalones los salvé de un salto para esquivar la maleta —. Demasiado ejercicio…

—Considéralo un calentamiento para luego. Te he reservado una habitación para tres noches en el Bella Grand Hotel. Enviarán un coche a recogerte en quince minutos.

—¡Es demasiado caro! —Metí unos cuantos pares de zapatos en una bolsa y los apretujé dentro de la maleta sin perder de vista el sofá.

—Te mereces lo mejor. Envíale una nota de agradecimiento a mi padre, porque lo he cargado en su tarjeta. —El padre de Nora era una antigua superestrella del hockey que había cambiado el *stick* por el silbato. Decir que era generoso con su hija era quedarse muy corto.

—Nora… —la amonesté; cogí el portátil y el cargador de la mesa y los guardé en el bolso junto con el neceser.

—Dijo que podía usarla para emergencias, y está claro que esto lo es. No puedo permitir que a mi mejor amiga se la coman viva las ratas. —Oí cómo una puerta se cerraba al otro lado del teléfono—. Me voy a trabajar. Mándame un mensaje si lo necesitas, ¿vale?

—Gracias. No sé qué haría sin ti.

Colgamos y cogí mi bolso. Al menos, la emoción del momento me había hecho olvidar por qué estaba allí, aunque solo fuera un instante.

El centro de Manhattan un viernes por la noche era una locura, y nunca me

había sentido tan sobrepasada y ansiosa a la vez. Había algo en esa multitud y en el ruido que me hacía sentir viva.

El chófer condujo hábilmente por las calles, entre hordas de peatones y vehículos. Giramos hacia la entrada del hotel y un hombre trajeado me abrió la puerta y sacó mi equipaje del maletero. A saber en qué estaba pensando Nora al reservarme una habitación en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad.

Cuando accedí al vestíbulo a través de las puertas de cristal decoradas con aplicaciones doradas, las más grandes que había visto nunca, me encontré en un mundo nuevo: había tantos candelabros brillantes y columnas doradas que estuve a punto de ponerme las gafas de sol.

Tenía la sensación de que todos me miraban mientras iba hacia la recepción vestida con unos vaqueros y una camiseta demasiado grande; el resto de los huéspedes iban con trajes elegantes, y yo llevaba algo que parecía salido de las garras de un gato. Me registré, fui a mi habitación y contemplé las vistas de la ciudad, muy diferentes a la pared de ladrillos que veía desde la diminuta ventana de mi apartamento, por la que a duras penas habría podido escapar si lo hubiera intentado.

Mi teléfono sonó por enésima vez; suspiré, me senté en el sofá y abrí la aplicación de mensajería. Daniel me había llamado al menos diez veces desde la semana pasada y me había enviado diez veces más mensajes de texto.

—No lo hagas, Paige. No te atrevas —murmuré con el pulgar sobre el nombre de Daniel.

Había hecho las maletas y me había marchado mientras él estaba en el trabajo. Casi todos los muebles de la casa que compartíamos eran suyos de antes, pero yo me había dejado una estantería repleta de libros y un par de cosas que nunca usaba. Unas cuantas cajas fueron a parar al trastero que había alquilado antes de mudarme con él, y eso fue todo.

Ni se había molestado en ver cómo estaba cuando no me presenté a trabajar, y solo se preocupó cuando llegó a casa y vio que mis cajas y yo habíamos desaparecido.

El gilipollas ya debería haberse preocupado en cuanto había descubierto que me engañaba, pero, en lugar de eso, se había tomado mi silencio como una aceptación.

¿Qué pensaba que iba a pasar?

Al final mi fuerza de voluntad se esfumó y pulsé su nombre, sacando la retahíla de mensajes unilaterales de la última semana. Les eché un vistazo y

comprobé que la mayoría repetían lo mismo.

Daniel: *¿Dónde estás? Llámame.*

Daniel: *No puedes irte sin decirme cuándo volverás.*

Daniel: *¿Te has mudado?*

Daniel: *¿Te rindes? ¿Qué coño pasa, Paige? Estás sacando las cosas de quicio.*

> ***Yo:*** *Sí, me he mudado, aunque no me ha dado tiempo a llevarme los libros. Enviaré a Nora a por ellos lo antes posible.*

No esperaba que me contestara de inmediato, ya que lo más probable era que siguiera en el bufete en el que trabajaba con su padre, el mismo en el que lo había conocido y en el que había caído rendida ante sus encantos. Ni loca iba a volver a aparecer por ahí después de romper con él, sobre todo porque la mujer con la que me había engañado trabajaba ahí.

El teléfono sonó varias veces, y casi me dio miedo mirar. Daniel siempre había sido un tío tranquilo, pero, al ver los mensajes, habría podido decir que se le había acabado la calma.

Daniel: *Íbamos a casarnos en dos meses.*

> ***Yo:*** *Pero ya no estoy en casa. Ja, ja. ¿Lo pillas? No podemos* CASA*rnos porque no estoy en* CASA*.*

Daniel: *Déjate de bromas y vuelve para que lo hablemos como adultos. Todos cometemos errores.*

> ***Yo:*** *Deberías haberlo pensado antes de tirarte a otra. Además, ¿qué fue lo que me dijiste…? Ah, sí… Que soy demasiado «vainilla». Te vas a enterar de lo que es «vainilla».*

Me levanté, fui hacia mi bolso y lo abrí de un tirón. Las cosas habían estado raras entre nosotros durante los últimos meses, pero yo pensaba que era una combinación de estrés por la boda y el trabajo. Me dolió averiguar que se debía a que se aburría conmigo en la cama, porque no me había dado ningún indicio de ello. No iba a negar que nuestro recuento de posturas ascendía a tres, las más básicas, y quizá, si él hubiera sido mejor con los preliminares, habríamos

progresado de forma natural hacia algo un poco menos convencional. Y también podría haberlo hablado conmigo…

Daniel: *¿Qué quieres decir? Lo siento, no tendría que haberlo dicho. Estaba enfadado. Pero podemos solucionarlo.*

Yo: *No. Se acabó. Y voy a salir. Buenas noches.*

Intentó llamarme, pero no contesté. No sabía cómo dejarle más claro que lo nuestro se había terminado desde el momento en que se había acostado con otra. Y a saber con cuántas más me había engañado…

Se me revolvió el estómago de asco; cogí unas bragas y un camisón del bolso, y entonces me puse a pensar en lo que Nora había dicho sobre que un orgasmo despeja la mente.

Cerré los ojos e intenté relajar los hombros, que estaban tan tensos que casi los tenía pegados a las orejas. ¿Por qué no salía por ahí y buscaba un hombre? Nunca me habían tirado los tejos en un bar o en una discoteca, pero tampoco había salido nunca sola o con la intención de encontrar un rollo de una noche: siempre había ido en grupo. Si me sentía segura, podía salir bien. Nora lo hacía mucho.

Las probabilidades de encontrar a alguien con quien ligar eran escasas, pero rebusqué en el fondo de la maleta y saqué un vestido rosa de manga casquillo con un diseño floral en tonos morados y verdes. Tenía un profundo escote en uve, la cintura entallada y una falda *evasé* por encima de la rodilla. Era lo más coqueto que tenía, y me regodeé pensando que Daniel lo odiaba.

Me fui al cuarto de baño para arreglarme, con los nervios cosquilleándome en el estómago. A lo mejor perdía el tiempo, pero la alternativa era quedarme en la habitación del hotel, deprimida y pensando que todos los ruidos eran de ratas.

No pasa nada por intentar divertirse un rato, ¿no?

2

La lima agredida

Ryker

—La manera en que has metido los dedos en esa lima no ha sido nada sexy. —Luca se echó hacia atrás en su silla y cruzó las manos detrás de la cabeza; estábamos dándole los últimos retoques a un vídeo publicitario para las redes sociales en el que Garrett mostraba una nueva freidora de aire de última generación sexualizando la comida con la que cocinaba. Se necesitaba mucha delicadeza para llevarlo a cabo, pero con las habilidades interpretativas de Garrett y sus manos y antebrazos —que la cámara adoraba— nos había quedado una obra maestra. Esperaba que la serie de vídeos cortos se hiciera viral.

Garrett dio un manotazo sobre la mesa con una sonrisa burlona.

—No le estaba metiendo los dedos, gilipollas. Tanteaba sus pliegues, pidiéndole que me dejara entrar. —Hizo una demostración del gesto sobre la mesa reluciente—. ¿Ves? Es una caricia, no una penetración. Es lo que hay que hacer. Deberías conocer la importancia de los juegos preliminares.

Me quité las gafas y me pellizqué el puente de la nariz. Los toma y daca entre Garrett y Luca no eran nada nuevo, pero últimamente no hacían más que crisparme los nervios. Estábamos accediendo a una clientela distinta, y las expectativas de éxito y profesionalidad estaban por las nubes.

Carraspeé para interrumpir las bromas entre Garrett y Luca.

—Hablemos de normas. Estamos preparándonos para trabajar con grandes empresas, y tenemos que asegurarnos de mantener la profesionalidad, incluso durante las reuniones, aunque solo estemos nosotros tres.

Garrett cruzó los brazos sobre el pecho y su sonrisa juguetona desapareció, pero no dijo nada. Luca asintió lentamente, comprendiendo por fin la gravedad del asunto. O eso creía yo.

—En mi opinión profesional, esa lima tenía pinta de cítrico reticente. Esa

lima no había dado su consentimiento. Si no volvemos a grabarlo, nos van a echar por violarla. ¿De verdad quieres tener ese peso sobre tu conciencia? ¿Eh?

¿Por qué tenía que ser yo el único que se tomara las cosas en serio? Éramos una de las empresas de marketing más exitosas de Nueva York, pero todo eso podía desaparecer de un plumazo. Otras empresas se habían hundido por mucho menos.

—Joder, Luca. ¿Puedes ser profesional un minuto para que podamos irnos pronto? —Deslicé la silla hacia atrás y me levanté, echándome hacia delante con las manos sobre la mesa—. Esto es un negocio, por si lo has olvidado.

Alzó las manos en señal de rendición.

—¡Vale! Cálmate, tío, pareces un viejo cascarrabias. Es viernes y por fin hemos terminado con este proyecto. Deberías estar contento, no amargado como si alguien te hubiera metido un escariador de cítricos sin lubricar por el trasero.

—¿Viejo? —Sabía dónde quería ir a parar, y me enderecé, pasando una mano por los botones delanteros de mi chaqueta de punto. A diferencia de él, con su traje sastre de tres piezas, yo prefería vestir informal los viernes. Pero tenía razón en lo de calmarse, y a veces necesitaba que me lo recordaran—. Ya te gustaría a ti poder ponerte esto.

—¡Buen trabajo! —Luca se levantó de un salto y dio una palmada—. Enviemos todo esto para su aprobación final y vayamos a celebrarlo.

—¿Celebrarlo cómo exactamente? —Garrett no levantó la vista de la pantalla de su portátil, desde el cual estaba enviando a nuestro cliente un correo con un enlace a todo el material que habíamos creado.

Aquel había sido nuestro mayor proyecto de marketing hasta la fecha, pero la parte fácil había terminado; ahora nos quedaba esperar a que nos dieran el visto bueno para poner en marcha las campañas que habíamos pasado horas planeando durante las últimas semanas.

Luca colocó su silla y pasó una mano por el respaldo para quitarle una mota de polvo inexistente.

—Bueno, estaba pensando que… ha pasado mucho tiempo.

Garret dejó de teclear por un segundo; la sala quedó en silencio, excepto por el suave zumbido del aire acondicionado. La razón por la que había pasado tanto tiempo desde la última vez era precisamente él, y Luca y yo nos quedamos mirándolo, esperando su respuesta.

Finalmente se encogió de hombros, pero no levantó la vista de la pantalla.

—Si os parece bien, entonces claro que sí. Si no, me voy a casa.

—Creo que esto es lo que los dos necesitáis. Haré que mi chófer nos recoja en diez minutos, a menos que quieras ir a casa a cambiarte. —Luca alzó una ceja en mi dirección—. Nos iría mucho mejor si te pusieras otra ropa.

Garrett cerró su portátil y me miró.

—A mí me parece que su aspecto de profesor entrañable mejorará nuestras posibilidades: neutraliza un poco el ceño casi permanentemente fruncido de su cara.

Mantuve una expresión neutra, aunque quería fruncir el ceño.

—Vámonos antes de que cambie de opinión —gruñí.

Los viernes por la noche eran a la vez las mejores y las peores noches para salir. Por un lado, había muchas oportunidades de ligar, pero eso también aumentaba las probabilidades de que nos reconocieran.

Cuando entramos en el Diamond Lounge del hotel Bella Grand, nos separamos: Luca y Garrett se dirigieron a un extremo de la barra y yo al otro. Si alguien iba a reconocer o a llamarle la atención la atención a uno de nosotros, sería a Luca, ya que su familia era propietaria del Bella Grand, así como de otros establecimientos por todo el mundo.

La barra estaba llena, pero aún quedaban asientos, puesto que había un momento de calma entre la hora feliz y la llegada de la gente que se quedaba de fiesta toda la noche. La madera oscura y la iluminación estratégica componían un telón de fondo perfecto para el romance. Me senté en un taburete junto a un par de rubias que bebían algo rosa. Hice un gesto con la cabeza al camarero, que me lo devolvió para confirmar que iba a servirme lo de siempre, y las dos mujeres me miraron y luego susurraron entre ellas, riéndose. Las risitas no eran lo mío, pero las dos eran atractivas.

Hasta que habló la que estaba a mi lado.

—Hola, me llamo Sarah, y esta es Megan. —Su voz era nasal, y supe sin duda que sería una mataerecciones infalible—. ¿Cómo te llamas, papi?

Me entraron tantas ganas de poner los ojos en blanco que tuve que apartar la mirada. Garrett negaba sutilmente con la cabeza y Luca se reía en su vaso de whisky, obviamente de la palabra «papi». Joder. Prácticamente todo el bar la había oído.

Volví a mirar a las mujeres, que me sonreían.

—No soy tu padre. —Cogí la bebida que acababa de servirme el camarero y me deslicé hacia el taburete vacío que había a mi lado.

Ambas me dedicaron un gesto desdeñoso antes de que la que se llamaba Sarah se volviera para darme la espalda.

Sacudí la cabeza y cogí mi *bourbon* para darle un trago mientras observaba la sala. Me notaba oxidado, ya que llevaba un año utilizando una aplicación de citas. Era cómoda porque siempre estaba claro lo que querían ambas partes, y una ventaja añadida era el acuerdo de confidencialidad que se establecía automáticamente.

Sin embargo, no era lo mismo que conocer a alguien sobre el terreno. En la aplicación había muy poco flirteo, ninguna anticipación y solo atracción física. Hasta el momento, el bar y sus rubias risueñas no eran mucho mejores.

Alguien me tocó suavemente el codo y volví la cabeza en dirección a la rubia, dispuesto a dejar bien claro que no me interesaba. Podía ser atractiva, pero ya estaba cansado de ligar siempre con el mismo tipo de mujer.

—¿Está ocupado este asiento? —Una mujer de pelo castaño me sonrió tímidamente, con las mejillas teñidas de rosa.

—No. Todo tuyo. —Miré su boca, incapaz de resistirme cuando se mordió el labio inferior.

Se recogió el pelo detrás de la oreja, apartó el taburete y se giró en mi dirección al sentarse. Sus rodillas me rozaron el muslo y sentí un cosquilleo. Tamborileó con las uñas contra la barra y se adelantó para coger la carta de bebidas.

—¿Qué me recomiendas?

—No hay error posible con ninguna de estas bebidas. —Me volví hacia ella, y una de mis rodillas se apoyó en su pierna.

No se apartó, pero sus manos apretaron ligeramente la carta y miró mi vaso.

—¿Qué estás bebiendo?

—*Bourbon.* —Arrugó la nariz, pero yo le ofrecí mi copa y estiré el brazo para coger una pajita de cóctel—. Pruébalo.

—¿De tu vaso? —Me quitó la pajita y la metió en el líquido ambarino—. ¿No tendrás piojos?

—¿Los tienes tú? —Puse la mano sobre el respaldo de su silla y me acerqué a ella para susurrarle al oído—: Si la noche sale como espero, lo último en lo que pensarás será en mis piojos.

Se le puso la piel de gallina cuando rocé su oreja con mis labios antes de volver a mi espacio. Era un movimiento atrevido, pero si quería que aquello ocurriera, no podía ser disimulado con lo que quería.

Ella agitó la pajita asintiendo en silencio, colocó un dedo en el extremo y la sacó del vaso para llevársela a la boca. Mi pene cobró vida cuando sus labios rosados se cerraron en torno a ella y me miró fijamente al retirar el dedo. Sus ojos color avellana se dilataron. Se sacó la pajita de la boca, ahuecando las mejillas mientras chupaba el líquido. El calor me recorrió la espina dorsal al imaginarla haciéndome eso.

—¿Te gusta? —Aparté la mano del respaldo de su taburete y acaricié su brazo desnudo.

—Mucho. —Torció un poco el gesto y tosió.

Me reí entre dientes e hice un gesto al camarero para que nos sirviera dos más.

—Cuando te acostumbras, se vuelve más suave.

Se llevó una mano a la garganta.

—Vaya. Eso ha sido tan fuerte que podría haberme salido pelo en el pecho.

—Ah, ¿sí? ¿Te ha pasado antes? —El contraste entre lo que acababa de hacer con la pajita y lo que salía de su boca me resultaba de lo más divertido. Cogí mi vaso e intenté disimular mi sonrisa dando un trago.

—¿Y qué si me ha pasado? El vello es algo natural. No dejarás que un pelito de nada en un pezón te distraiga de lo importante, ¿verdad?

Me atraganté con la bebida y se me aguaron los ojos cuando el alcohol se fue por el conducto equivocado. Ni siquiera tuve que mirar al otro extremo de la barra para saber que Luca y Garrett se estaban partiendo de risa, los oía a la perfección. Ella me dio unas palmaditas en la espalda antes de frotármela en círculos.

—Oh, Dios. No me puedo creer la vulgaridad que acabo de soltar. Qué soez he sonado.

Presentía que estaba a punto de huir, así que reuní fuerzas para hablar.

—¿Tienes pelos en los pezones? —pregunté con voz estrangulada.

Para mi consternación, apartó la mano con la que me acariciaba la espalda y se tapó la cara.

—Esto se me da fatal.

El camarero nos sirvió las nuevas bebidas y añadió un vaso de agua; incluso había puesto hielo en su *bourbon* para que le resultara más fácil bebérselo. Iba a

recibir una propina extragrande por ser tan observador. Tomé un poco de agua y me atreví a mirar a mis amigos. Sus ojos estaban fijos en nosotros, pero cuchicheaban entre sí como si fueran dos adolescentes hablando de sus cuelgues de la manera más pueril. Enarqué una ceja y ambos asintieron sutilmente.

Mi atención volvió a la mujer que estaba a mi lado, que seguía con la cara tapada.

—Eh. —Deslicé mis dedos por su antebrazo hasta su mano, que rodeé suavemente para apartársela de la cara—. No se te da fatal.

Se acercó más a mí.

—Estaba hablando de tener vello en los pezones con un hombre muy atractivo con el que quiero… ya sabes… —susurró.

En lugar de soltarle la mano, la bajé hasta mi muslo.

—¿Y te crees que me has espantado?

Su respiración se entrecortó y me apretó ligeramente.

—Nunca había hecho esto… Es decir, sí lo he hecho, pero no con alguien a quien no conozco. —Volvió a morderse el labio. Le acaricié la barbilla y le pasé el pulgar por el labio para liberarlo.

Su mano se movió hacia el interior de mi muslo, tan cerca de mi miembro que sentí el calor de su piel. Podía ser que fuera demasiado inocente para lo que le tenía reservado, pero si las cosas no se desarrollaban como yo quería, al menos la tendría solo para mí esa noche.

—¿Cómo te llamas? —Rocé su cuello y tuve que resistir el impulso de pegarla a mí y tomar su boca con la mía.

Su belleza era natural, de piel suave y pelo castaño ondulado que me hacía querer enterrar los dedos en él mientras ella me hacía lo que le había hecho antes a la pajita. Sus expresivos ojos delataban que estaba excitada pero también un poco nerviosa.

—Paige. —Su voz se suavizó cuando le acaricié la garganta—. ¿Y tú?

—Ryker, pero puedes llamarme Ry. —Esperaba no arrepentirme de haberle dado mi nombre—. ¿Vives aquí en la ciudad o solo estás de visita?

—Negocios. —Se estremeció cuando retiré lentamente la mano de su cuello, recreándome en las sensaciones que despertaba en mis dedos.

—Igual que yo. —La mentira me supo amarga, pero cuanto menos le contara de mí, mejor—. ¿Te animas? —Señalé las bebidas que teníamos delante.

Con la mano aún en mi muslo, alzó su copa y me miró por encima del borde mientras bebía. Para no haber ligado nunca, lo estaba haciendo muy bien. Hice girar mi bebida en el vaso y luego me la tomé de un trago. Estaba listo para poner en marcha el numerito.

Y, con suerte, iba a ser todo un espectáculo.

3

COWABUNGA

PAIGE

Había reunido toda la confianza que tenía en mí misma y me había acercado a un hombre que probablemente estaba fuera de mi alcance. En los treinta minutos que llevaba en el bar, ninguno había despertado mi interés tanto como él. Me había llamado la atención al pasar por delante de la mesa en la que estaba tomándome un licor, y casi se me había parado el corazón al verlo atravesar la sala en penumbra.

Tenía una presencia imponente, y su pelo rubio peinado con pulcritud brillaba bajo las luces. Sus intensos ojos azules recorrieron rápidamente a la multitud antes de sentarse junto a una rubia en la barra. Cuando finalmente se alejó de ella me asaltaron las dudas, pero el alcohol me había soltado un poco y me arriesgué. Y, por fin, después de algunos coqueteos y una conversación no muy sutil, nos dirigíamos a su habitación.

¿Era así como se suponía que funcionaban las cosas? No podían haber pasado más de quince o veinte minutos.

Había un uno por ciento de probabilidades de que él fuera un asesino en serie y yo, otra de sus víctimas. Solo su confianza y su carisma inquebrantables y únicos explicaban cómo había acabado agarrada de su brazo con tanta facilidad.

—Estoy en una *suite* ejecutiva de la planta cuarenta. —Ryker entrelazó sus dedos con los míos cuando nos dirigíamos hacia la salida; me sujetaba con fuerza pero suavemente, lo cual me tranquilizaba en nuestro camino hacia la puerta.

Me quedé un poco rezagada y tiré de su mano, mirando por encima del hombro hacia la barra.

—No hemos pagado.

—Lo cargarán a mi habitación. —Me soltó la mano para rodearme la cintura

y pegarme a su costado, y nuestros pasos se sincronizaron en un ritmo cómodo.

Había mil preguntas que quería hacerle, pero nos dirigíamos al piso de arriba para practicar sexo y no quería chafar el ambiente. Aunque, si mi pirotecnia verbal sobre tener pelos en los pezones no lo había asustado, preguntarle a qué se dedicaba y de dónde era probablemente tampoco lo haría.

Debí haberle preguntado a Nora cuál era el protocolo típico para el sexo casual. ¿Tenía que darle mi número cuando acabáramos? ¿Pasaba yo la noche con él? ¿Se suponía que debíamos consensuar primero lo que nos gustaba y lo que no?

Incluso sin esas preocupaciones, me inquietaba que me pasara algo en el dormitorio. Mi ex y yo llevábamos al menos seis semanas sin tener relaciones sexuales cuando lo pillé con otra, pero antes de eso tampoco eran para lanzar cohetes.

Pasamos junto a los ascensores y llegamos a una pequeña recepción, donde el guardia de seguridad que había en el mostrador nos sonrió, y entonces una gran puerta ornamentada que había junto a él se abrió automáticamente.

Llegamos a una sala de estar repleta de sofás y sillas de cuero con una enorme lámpara de araña colgada en el centro. Nos acercamos a un grupo de cuatro ascensores, cuyas puertas doradas relucían. Tragué saliva. Estaba tan nerviosa que me sudaban las manos.

—Vaya, cuánto lujo. —El ascensor en el que había escaneado su tarjeta se estaba tomando su tiempo, así que señalé los otros—. ¿No podemos usar uno de estos?

—Los otros tres van a los pisos del ático. Este va a los dos niveles ejecutivos. —Me rozó la oreja con los labios—. Estás temblando.

Exhalé un suspiro trémulo.

—¿Y si…? —Pero el ascensor se abrió con un tintineo y me salvó de la vergüenza de expresar mis preocupaciones.

Me condujo al interior y, antes de que pudiera ponerme más nerviosa, me tenía contra la fría pared de espejos. Sus labios se encontraron con los míos, por fin, en un beso más suave de lo esperado. Deslicé mis manos desde donde habían aterrizado en sus bíceps hasta su cintura, y mi contacto fue el catalizador que él necesitaba para hundir los dedos en mi pelo y echarme la cabeza hacia atrás para besarme con más intensidad. Nunca me habían besado con tanta pasión. Abrí la boca cuando su lengua me acarició los labios. Ya no

había vuelta atrás.

Todos mis nervios se esfumaron y me quedé con un dolor ardiente entre las piernas. Si aquel beso era un indicio de sus habilidades en la cama, al final de la noche me habría olvidado por completo de mi mierda de vida.

Gemí cuando rompió el beso; no quería que parase, pero también agradecía la pausa para respirar. Sus labios me recorrieron la mandíbula hasta el cuello. Mi cuerpo palpitó, agradecido.

—El ascensor —jadeé mientras él mordisqueaba mi piel sensible—. La habitación.

—Mmm. —No presionó el botón del ascensor. En lugar de eso, me levantó y mis piernas lo rodearon por voluntad propia. Se me cayó el bolso al suelo, pero yo solo podía pensar en la suavidad de su suéter en mis muslos y de sus manos en mi trasero.

Las puertas del ascensor empezaron a cerrarse, pero volvieron a abrirse cuando entraron dos hombres. Intenté soltarme, pero Ryker me sujetó con más fuerza.

—¿A qué piso vais? —Uno de los hombres pulsó un botón y las puertas se cerraron; tenía los antebrazos cubiertos de tatuajes que desaparecían bajo las mangas subidas.

—Al cuarenta. —Ryker volvió a besarme, distrayéndome momentáneamente del hecho de que teníamos público.

El calor recorrió cada centímetro de mi piel, no solo por la calidez de su cuerpo a través de mis bragas cada vez más mojadas, sino por los ojos que sabía que nos miraban. Una de sus manos me soltó, pero no intenté escapar de nuevo. Mi lujuria estaba demasiado desbordada como para preocuparme por nuestra descarada demostración pública de afecto. Mis muslos se apretaron a su alrededor mientras me masajeaba el pecho a través del vestido.

Cuando sus besos viajaron hasta mi cuello, abrí los ojos y me encontré con las miradas lujuriosas de los dos hombres. Nunca me había sentido tan desinhibida y deseada en toda mi vida. Ryker me chupó el lóbulo de la oreja; respiraba agitadamente, y su cálido aliento me hacía cosquillas.

—¿Quieres que pare? —Sus dedos descendieron hasta mi escote para acariciarme los pechos.

—No pares. —De todos modos, el ascensor estaba a punto de alcanzar su destino, así que no podríamos llegar muy lejos, ¿verdad?

Enseguida obtuve mi respuesta cuando Ryker me bajó de un tirón la parte

superior del vestido y el sujetador. Se llevó un pezón a la boca. El hombre que no tenía tatuajes en los brazos se frotó el labio inferior con el dedo índice mientras miraba.

¿Me apetecía? Desde luego, a mi cuerpo sí; mi apetito no hacía más que ascender peldaños; ansiaba que me tocaran hasta el alma.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Ambos dudaron un momento antes de salir. El hombre de los tatuajes me dirigió una mirada ardiente por encima del hombro y me guiñó un ojo antes de que se cerraran las puertas.

—Oh, Dios —gemí por fin. Había estado aguantándome durante todo el minuto que llevábamos en el ascensor—. ¿Qué acaba de pasar?

El trayecto en ascensor hasta la siguiente planta fue corto, pero fue suficiente para que Ryker volviera a ponerme el vestido en su sitio y deslizara mis piernas hasta el suelo.

—Espero que te haya gustado. Me moría de ganas de besarte y tocarte. —Recogió mi bolso y me guio por el pasillo hasta su habitación con la mano en la parte baja de mi espalda.

No dije nada porque no estaba segura de lo que acababa de ocurrir. El caso era que nunca me habían gustado los besos ni las muestras de afecto en público, pero ¿podría haber sido por los hombres con los que había estado?

—¿Paige? —Ryker abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarme entrar—. ¿Me he pasado de la raya?

Deslicé una mano por su pecho al pasar.

—No. A mí me ha gustado. Hemos tenido suerte de que no hayan sacado sus teléfonos para grabarnos.

La habitación era el doble de grande que la típica habitación de hotel. Tenía una zona para la sala de estar y otra más pequeña para el comedor, y la cama extragrande parecía sacada de un sueño, pero eso no fue lo que más me llamó la atención: dos de las paredes eran de cristal; los ventanales iban del suelo al techo. Las vistas hicieron que mi corazón saltara emocionado y que me olvidara por un momento de la humedad entre mis muslos, así como del hombre que la había provocado, para acercarme a una ventana con vistas a Central Park.

—Esto es impresionante.

Había crecido en un hogar humilde y siempre había tenido la cabeza metida en mis estudios y en mi carrera, por lo que aún no había tenido tiempo ni

dinero para viajar; tal vez aquella fuera la señal para empezar a hacerlo. Todo era igual que en las fotos, y al mismo tiempo muy distinto. Me sentía diminuta en comparación con la extensión de luces que se perdían en el horizonte.

Ryker se colocó detrás de mí y me rodeó el pecho con un brazo y la cintura con el otro, y apoyó la cabeza junto a la mía. Como llevaba tacones, mi metro setenta y cinco se quedaba apenas a unos centímetros por debajo de su estatura.

—Tú eres impresionante. —Empezó a subirme el vestido lentamente—. Quiero ver lo mojada que estás. —Deslizó un dedo dentro de mis bragas y gimió contra mi cuello—. Joder, Paige, estás empapada. ¿Todo esto es por mí o también por los dos hombres del ascensor?

Ante la mención de los dos mirones, mis muslos se apretaron y atraparon su mano entre ellos. No podía controlarlo, y con este hombre no quería hacerlo.

—Es por los tres.

Su dedo subió y bajó por mi entrada, provocándome con una promesa de lo que estaba por venir.

—Podríamos haber parado el ascensor.

Me mordí el labio y apoyé una mano en el ventanal. Estaba preparada.

—¿Y luego qué?

Me besó en la oreja.

—Te habría puesto así contra el espejo de la pared para que vieran cómo mis dedos entraban en ti.

Me metió dos dedos y jadeé, apretando aún más las piernas mientras me mordía la oreja. No hubo caricias desganadas ni falsas promesas de placer; me penetró como si estuviera usando el pene. Se oía lo mojada que estaba, y eso no hizo más que excitarme aún más.

—Oh, Dios. Por favor, Ryker. —Tuve que apoyar la otra mano en el cristal para estabilizarme.

Se encontró con mis ojos en el reflejo de la ventana.

—¿Te los imaginas mirándonos? ¿Lo que se excitarían al oír lo mojada que estás?

La imagen acudió a mi mente. El hombre de los tatuajes estaba apoyado contra la pared y se la acomodaba en los pantalones. El otro no mostraba ninguna emoción, aparte de sus ojos oscurecidos y el bulto de su entrepierna. No podían apartar la vista de nosotros.

El hormigueo de un orgasmo me recorrió la columna vertebral. Mi clítoris

ardía de deseo, necesitaba más estimulación que el roce ocasional de su mano.

—Estoy a punto…

Sus dedos bajaron el ritmo y mis rodillas casi cedieron.

—Tu orgasmo les pertenece a ellos tanto como a mí.

—¿Qué? —jadeé, y pensé brevemente en meter la mano entre las piernas para frotarme el clítoris.

—¿Quieres que vean cómo te corres entre mis dedos? —Apartó la mano que había estado apretada contra mi pecho y me giró la cabeza, de modo que quedásemos cara a cara—. ¿Quieres que nos vean follar?

Oh. Dios. Dios.

Mis labios se entreabrieron, pero no produjeron ningún sonido. ¿Lo decía en serio? ¿De verdad se lo estaba planteando?

—Pero… ¿qué? ¿Cómo? —Estiré el cuello para mirar por detrás de él, hacia la puerta, por donde asomaba un resquicio de luz del pasillo. Al parecer, no la había cerrado—. Ryker…

—Son los amigos en los que más confío. Puedes decir que no, pero… —retiró los dedos y los levantó para que los viera antes de metérselos en la boca. Mientras los chupaba, gimió; sus ojos se cerraron para volver a abrirse enseguida con un deseo renovado— creo que quieres decir que sí.

—¿Solo mirarían? —susurré—. Todo esto es… Me has engañado.

Me giró para que quedáramos cara a cara del todo y me apoyó contra el ventanal.

—Entiendo que pienses eso, pero quería que lo experimentaras antes de pedírtelo.

Me mordí el labio, preguntándome si la sinceridad de sus ojos azules era real o una mirada perfeccionada para doblegar a las mujeres a su voluntad.

—¿Y si digo que no?

Me acarició la mejilla, y de sus dedos me llegó un fuerte aroma que me recordaba lo excitada que había estado ante la perspectiva de compartir mi cuerpo con tres hombres.

—En ese caso, cierro la puerta y hago que te corras una y otra vez.

Cerré los ojos cuando deslizó el pulgar por mi labio inferior. La escalada de acontecimientos de los treinta últimos minutos había sido una locura, y yo estaba aterrorizada y excitada a la vez. Todo aquello podía salir terriblemente mal, pero no tenía por qué, ¿no? No me oponía a la idea de que los otros hombres se unieran, ¿verdad?

—Sé que es mucho que asimilar. —Me besó la mejilla—. Y entendería que…

—Sí.

Su pulgar dejó de moverse, como si lo hubiera sorprendido.

—¿Sí?

Abrí los ojos y me encontré con los suyos.

—Sí, pueden mirar. Mi palabra de seguridad es «cowabunga». —El incidente con la rata había afectado a mi cerebro más de lo que pensaba. ¿Quién elegía «cowabunga» como palabra de seguridad durante el encuentro más sexy de su vida?

Un destello de confusión recorrió sus facciones, pero luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Fue un espectáculo precioso ver su amplia sonrisa y la diversión en sus ojos. El momento de tensión que acabábamos de vivir se evaporó.

—Esa no puede ser tu palabra de seguridad.

—¿Por qué no? Es mi palabra. Es eso o «pezón peludo», y no creo que quieras que lo diga delante de tus amigos. —*Cállate, Paige*—. No me han salido pelos por ese *bourbon,* ¿verdad?

Sus ojos brillaron en la penumbra y me pasó un dedo por el escote.

—Puedo comprobarlo.

Le aparté la mano.

—¡Cowabunga!

Me cogió de la muñeca y la sujetó por encima de mi cabeza contra el ventanal. Su expresión se había vuelto seria de repente.

—Las palabras de seguridad no son una broma, Paige. Si la dices, me lo tomaré como una señal para dejar de hacer lo que estoy haciendo y averiguar qué te incómoda. ¿Lo entiendes?

Se me cortó la respiración ante su intensidad. Asentí. Me soltó la muñeca y me recorrió el brazo con los dedos.

—Necesito oírlo.

—Lo entiendo. —Se me puso la piel de gallina y mi ritmo cardíaco aumentó. Iba a pasar de verdad.

—¿Tienes algún límite? —Volvió a acariciar mi brazo, hasta que entrelazó nuestros dedos contra la ventana sobre mi cabeza.

—No… no lo sé. Soy vainilla. —Me encogí cuando la palabra salió de mis labios y bajé la mirada. La parte menos segura de mí misma amenazaba con apoderarse de mí, y me aferré a la mujer que había sido hacía solo un minuto.

—Mírame. —Ryker sonaba enfadado, así que levanté la cabeza, sorprendida por su tono—. Los hombres que usan el término «vainilla» piensan que las galletas saladas son picantes. Están proyectando su problema en otra persona.

Resoplé, aunque me daba cuenta de que lo decía muy en serio.

—No sé cuáles son mis límites.

—Entonces supongo que tendremos que ponerlos a prueba. —Me soltó la mano.

Mis ojos se abrieron de par en par cuando retrocedió hacia la puerta sin apartar la mirada de mí. ¿Estaban esperando en el pasillo? Dios mío. Aquello ya empezaba. Mi corazón parecía querer escaparse de mi cavidad torácica.

—Paige. —Se detuvo junto a la puerta. Su voz ronca era a la vez una amenaza y una promesa—. De rodillas.

Tuve la sensación de que solo lo veía a él cuando abrió la puerta y un lado de su rostro quedó bañado en luz y el otro en sombra. Se oían pasos acercándose por el pasillo.

Inspiré hondo, rezando en silencio a los dioses del sexo para que me protegieran, y me puse de rodillas.

4

Los dioses de los «cannoli»

Luca

La expectación me estaba matando hasta el punto de que me puse a rezarles a los dioses de los *cannoli* para que aquello ocurriera. Hacía demasiado tiempo que no veíamos a Ryker con una mujer. Un año y doce días, para ser exactos. Y no porque Ryker y yo no quisiéramos, sino porque Garrett se negaba. Por supuesto, Ryker y yo podríamos haber seguido haciéndolo sin él, pero la única vez que lo habíamos intentado había sido una experiencia extraña.

La primera vez que Garrett y yo vimos a Ryker con una mujer fue en nuestro primer año de universidad. Había habido alcohol de por medio, pero no el suficiente como para olvidar lo jodidamente vivo que me sentía viendo cómo uno de mis mejores amigos complacía a una mujer. No fue solo eso, sin embargo: fue la forma en que Garrett reaccionó.

Éramos observadores silenciosos, pero Garrett era de todo menos silencioso. No porque gimiese, sino por la forma en que sus ojos seguían cada movimiento y por la forma en que se acariciaba el miembro a través de los pantalones.

En el presente, mientras esperábamos en el pasillo de la habitación 4004, Garrett se centraba en su teléfono para evitar mi mirada. Llevaba callado desde que Ryker había sacado a la morena del bar y la había llevado al ascensor. Me aclaré la garganta y me aparté de la pared para acercarme a él.

—No deberías estar mirando el móvil —susurré.

Me observó desde donde estaba, apoyado en la pared opuesta, sin levantar la cabeza.

—No me creo que esto esté pasando. Parecía tan inocente…

—¿Has visto cómo chupaba esa pajita? —Le quité el teléfono y miré la pantalla—. ¿Qué coño es esto?

—Nada. —Lo cogió, lo apagó y se lo metió en el bolsillo—. Solo

investigación.

Apreté tanto los puños que mis cortas uñas se me clavaron en las palmas.

—Hacer búsquedas en LinkedIn mientras esperamos el permiso para ver a Ryker follando con alguien no es investigación, Gary.

Odiaba que lo llamara Gary de tal manera que se le tensó la mandíbula.

—Probablemente tengamos que contratar a alguien para el departamento de marketing en redes sociales; pronto vamos a necesitar más gente.

No le creí ni por un segundo, ya que no nos encargábamos del personal de ningún departamento de nuestra empresa. Para eso teníamos un especialista en contratación.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué? —Se estaba haciendo el tonto, pero no quería discutir con él en el pasillo, y menos ante la perspectiva de disfrutar de una mujer preciosa; era incapaz de olvidar su imagen, con las piernas alrededor de Ryker y los ojos ardiendo de deseo.

Cuando la puerta se abrió, mi pene —que Garrett había hecho que se desinflara— cosquilleaba de anticipación. Giré sobre mis talones tan rápido que la cadena de mi cinturón estuvo a punto de golpeármelo.

Garrett suspiró, pero me siguió mientras recorría la corta distancia que nos separaba de la puerta donde estaba Ryker. Este nos miró por encima del hombro con las pupilas dilatadas y se hizo a un lado.

Los dioses de los *cannoli* no decepcionan nunca.

Ella estaba de rodillas frente a los ventanales; su vestido rosa era lo bastante largo como para tocar el suelo. Entendía por qué a Garrett le había parecido tan inocente, con su maquillaje sutil y su vestido soso, pero allí estaba, arrodillada ante nosotros.

Me detuve delante de la puerta y me aparté para que entrara Garrett. Tenía muchas ganas de decirle lo guapa que estaba, pero había normas, y Ryker nos echaría si no las cumplíamos.

Ryker cerró la puerta y la mujer se estremeció y se retorció las manos. Me atrevería a decir que nunca antes había hecho algo así. Él caminó en su dirección y se detuvo a unos pasos para permitirnos verla.

—¿Cuál es tu palabra de seguridad?

Sus labios se crisparon y nos miró antes de susurrar la respuesta, de modo que solo Ryker la oyó.

—Más alto, Paige, que te oigan.

¿Había sonado como si aquello le pareciera divertido? Eso sí que era raro. Ella lo miró, suspirando pesadamente.

—«Cowabunga».

A Garrett se le escapó un ruidito cuando trató de no reírse, y yo no pude evitar la sonrisa que rompió la expresión indiferente que se suponía que debía poner.

Ryker nos lanzó una mirada de advertencia por encima del hombro y nos señaló con un movimiento de barbilla las dos sillas giratorias colocadas estratégicamente en el salón. Estaban a un lado de la cama, pero podían girarse fácilmente para mirar en cualquier dirección.

—¿Y qué pasará cuando uses «cowabunga»? —No sabía cómo Ryker podía decir aquello sin reírse, pero, claro, no era de los que se reían muy a menudo.

—Pararás y comprobarás si hay algún problema.

Nadie había usado antes su palabra, y esperaba que aquella noche no fuera diferente. Quería verla perder el control.

Ryker pasó junto a nosotros hasta la cama y se sentó en el borde. El nerviosismo y la incertidumbre de Paige alcanzaron su punto álgido y miró hacia la puerta, probablemente pensando en huir.

—Ven aquí. —La voz de Ryker se había vuelto más grave, a juego con sus ojos, y cuando Paige empezó a levantarse, gruñó—: De rodillas.

Sus ojos se abrieron de forma casi cómica, pero obedeció y empezó a gatear. El problema era que el vestido, que era más largo de lo habitual, se le enganchaba debajo de las rodillas cada vez que avanzaba.

Dile que se lo quite. Pero Ryker no lo hizo.

A medio camino de nosotros, a unos tres metros de distancia, soltó un resoplido frustrado y se sentó sobre sus talones. Cerró los ojos mientras jugueteaba con el dobladillo de su vestido. Comprendí sus dudas. Allí estábamos nosotros, tres desconocidos, viéndola arrastrarse hacia nosotros, y ahora se enfrentaba a la disyuntiva de quitarse o no el vestido.

Vamos, nena, tú puedes.

Cuando por fin abrió los ojos, estaban llenos de lágrimas y determinación. Estuve a punto de levantarme de un salto y correr hacia ella, pero se quitó el vestido con un movimiento rápido y se acercó tan deprisa que, si hubiera parpadeado, me lo habría perdido.

Volvió a sentarse sobre los talones, con las manos cruzadas sobre el estómago. No me gustaba que no se sintiera cómoda con que la observáramos.

Garrett debió de pensar lo mismo, porque se agarró con fuerza a los brazos de la silla mientras girábamos para mirar hacia un lado. La vista era absolutamente perfecta.

Ryker se puso de pie, imponente sobre ella, y le agarró la barbilla para alzarle la cabeza.

—Joder, eres preciosa. —Le giró la cabeza para que pudiera mirarnos—. Mostradle lo duros que estáis.

Aquello no formaba parte de nuestro numerito, pero me daba cuenta de lo que estaba haciendo. Me desabroché los pantalones y mi hinchado miembro se liberó; el *piercing* Prince Albert invertido brillaba en la punta.

Ella se humedeció los labios cuando me rodeé la base del pene con la mano. Como no podía decirle lo mucho que me ponía, me la sacudí con fuerza.

Ryker soltó la barbilla de Paige y se desabrochó el cinturón; después liberó su miembro y atrajo de nuevo la atención de ella. La agarró del pelo para hacer que se pusiera de rodillas de nuevo. Ella lanzó un gemido.

—Abre esa boca tan dulce que tienes, que pueda meterla y demostrarte lo mucho que me excitas.

Ella abrió la boca y se la metió hasta que le tocó el fondo; se atragantó. Sus manos se agarraron a los muslos de Ryker cuando él la sacó y le recorrió los labios con la punta. Con cuidado, le acarició el pelo.

—¿Estás bien?

—Sí. —Volvió a metérsela en la boca y él gimió sin apartar los ojos de ella.

—Eso es, Paige. Ya sabía que tu boca sería maravillosa —dijo.

Garrett se removió en su asiento; su pene sobresalía de sus pantalones y los dedos se le clavaban en los muslos mientras observaba el espectáculo erótico que teníamos delante.

Mi atención volvió a la escena cuando Paige le bajó los pantalones y los calzoncillos a Ryker hasta los tobillos y metió la mano entre sus piernas para masajearle los testículos mientras le chupaba y lamía el pene como si fuera un helado.

Atrás había quedado la mujer tímida que parecía a punto de llorar o salir corriendo, y en su lugar había una mujer que quería que la vieran. Probablemente ayudaba el hecho de que era ella la que estaba dándole placer a Ryker y no al revés. Tener a dos extraños observándola ya era un gran acto de fe.

Ryker gimió con los ojos cerrados y la mandíbula apretada, como si se

estuviera conteniendo.

—¿Vas a dejar que me corra en tu garganta, cariño?

Ella asintió y rodeó la base del pene con la mano que no le acariciaba los testículos, y la retorció mientras lo estimulaba. Sentí un cosquilleo en las pelotas mientras yo me hacía lo mismo. Quería correrme también y mancharle la espalda con mi semen, pero eso estaba descartado.

—Joder, sí —gimió Ryker apretando los músculos del culo cuando se derramó en su garganta—. Tómalo todo. Hasta el fondo. Trágatelo como una buena chica.

Me masturbé con fuerza, apretando los dientes para evitar emitir ningún sonido cada vez que me rozaba el *piercing*. Garrett soltó un suave sonido estrangulado, y miré hacia él justo cuando su semen aterrizaba en un chorro por toda su mano.

Estaba perdido.

Mi propio orgasmo me golpeó como una tonelada de *cannoli;* toda la presión que había estado acumulando en mis testículos se liberó de golpe. Mi esperma caliente se derramó sobre mi mano, y rápidamente coloqué la otra debajo para que no cayera por todas partes.

Ella soltó la polla de Ryker, que le acarició la mejilla.

—Mira cuánto los has excitado.

Ryker retrocedió un paso, con el pene colgando a media asta contra el muslo mientras se desabrochaba el jersey. Ella se volvió hacia nosotros, con los labios rojos e hinchados y las mejillas sonrojadas. Una gota de sudor brillaba en su frente, y se la secó con el dorso de la mano.

—Debería… traerles toallas.

Ryker aún llevaba los pantalones por los tobillos, así que no pudo evitar que ella se levantara y se dirigiera al baño, donde enseguida cerró la puerta con llave.

—¿Qué coño acaba de pasar? —murmuró Garrett para sí mismo.

—Ha pasado un tiempo desde la última vez, y puede que haya sido demasiado que os la sacarais. —Ryker se acercó arrastrando los pies y tiró su camisa y su jersey en la mesita baja detrás de nosotros antes de quitarse los zapatos.

—¿Crees que volverá a salir? —Me giré hacia la puerta del baño, donde se oía el agua correr—. Sería una pena que quisiera parar ya.

—Le ha gustado, pero quizá esté nerviosa por lo que viene ahora. —Ryker

se quitó los pantalones de una patada y los dejó en un montón en el suelo con los zapatos, lo que no era propio de él. Se dirigió al baño—. Voy a ver cómo está.

Me volví hacia Garrett.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondió mirando a través de la ventana, al otro lado de la cama.

Suspiré.

—Lo único que habría mejorado ese orgasmo es que me lo hubiera provocado ella directamente.

Se tensó y sonreí con satisfacción. Sabía que le estaba tocando las narices, pero hacía más de un año que todos habíamos traspasado los límites establecidos mucho antes. Ryker era el único que tocaba, y nunca repetíamos con la misma mujer.

Las pocas veces que traté de sacar el tema de nuestra indiscreción y sus consecuencias a lo largo del último año, se puso todo sudoroso y me evitó. Otro recordatorio de que teníamos reglas por una razón.

Bajé la voz por si Ryker estuviera escuchando mientras esperaba junto a la puerta del baño.

—Si quieres irte, no pasa nada.

Se levantó, sosteniendo su miembro como si fuera a desperdiciar sus preciados jugos, y se dirigió al otro lado de la cama, donde había una caja de pañuelos. Suspiré y apoyé el cuello en el respaldo de la silla para mirar el techo. Desde el momento en que se mudó al dormitorio frente al mío, supe que iba a ser mi mejor amigo. Era el tío más majo que había conocido, y nos habíamos hecho muy amigos, junto con Ryker, con quien compartía habitación.

Decir que me sorprendió que a Garrett le pareciera bien mirar a Ryker era quedarse corto. No era de los que se enrollaban con cualquier chica, pero no le importaba ver a su amigo hacerlo. Era increíble.

—Toma. —Garrett puso la caja en mi regazo y volvió a sentarse, con los pantalones ya en su sitio.

Me limpié rápidamente, dejándome los pantalones desabrochados pero metiéndomela dentro de los calzoncillos.

—Lo siento.

—No tienes nada de lo que disculparte. —Por fin me miró—. Deberíamos centrarnos en ella.

—Ya. Y mañana la olvidaremos.

Volvió a mirar hacia la cama sin decir nada más. Tal vez había sido una mala idea sugerir que retomáramos nuestra actividad sexual favorita, que claramente a él ya no le gustaba.

Me giré justo a tiempo para ver salir a Paige con la cabeza alta y los hombros hacia atrás. Estaba desnuda.

5

El asiento perfecto

Paige

Seis ojos me recorrieron cuando aparecí desnuda como un pollo recién desplumado en la puerta del baño. La tentación de taparme con las toallas que llevaba en la mano era tan fuerte que las lancé hacia el pecho desnudo de Ryker para que las cogiera antes de que pudiera actuar en consecuencia.

Los ojos de Ryker prácticamente ardían mientras se recreaba contemplándome.

—Supongo que ya tengo mi confirmación de que estás bien.

—Sí —inspiré, y mis ojos se clavaron en los otros dos hombres que me devoraban con la mirada—. ¿Cómo se llaman?

Ryker chascó la lengua y me llevó hacia él, atrapando las toallas entre nosotros.

—No te van a decir sus nombres, cariño.

Me besó de un modo tan dominante que me temblaron las piernas. Me había sorprendido al pedirme que me pusiera de rodillas y gateara hacia él, y había estado a punto de usar mi palabra de seguridad en cuanto había empezado a pisarme el vestido y había tenido que quitármelo para no estropearlo. Era mi peor pesadilla hecha realidad: que tres tíos buenorros me vieran arrastrarme mientras mi estómago se balanceaba como gelatina. Pero ellos no lo habían visto así. Nunca me había sentido tan atractiva, y por eso me había quitado el sujetador y las bragas y pensaba cruzar la habitación con la cabeza bien alta.

Ryker dejó caer las toallas al suelo. Con las manos en la parte posterior de mis muslos, me levantó para envolverse con mis piernas. Por un segundo me preocupó que me dejara caer, pero, tras verlo sin ropa y poner mis manos en su culo y sus muslos musculosos, mis preocupaciones desaparecieron. Su lengua se movió contra la mía de un modo que hacía que mi entrepierna estuviera cada vez más resbaladiza.

La expectación crecía con cada paso que daba hacia la cama, pero no me hacía ilusiones: no esperaba que fuese nada más que él follándome. Hacía tiempo que había perdido esa esperanza. Y esa fue probablemente la primera señal de que merecía más.

Me tumbó en el borde de la cama y rompió nuestro beso. Me agarró por las pantorrillas y me exhibió ante los espectadores.

—Quiero que vean lo mojada que estás. Pon el pie sobre la cama.

Un escalofrío me recorrió, pero hice lo que me pedía mientras subía mi otra pierna a su hombro y me movía ligeramente hacia un lado para que los dos hombres tuvieran una buena vista. Me tapé los ojos con el antebrazo mientras el silencio se hacía cada vez más intenso. Aunque tampoco habían dicho nada en toda la noche.

Ryker deslizó los dedos por mi pantorrilla hasta la parte posterior de mi rodilla y la acarició en círculos lentos.

—No hay mejor regalo para un hombre que el sexo mojado de una mujer.

Me reí, pero la carcajada se me quedó en la garganta cuando me pellizcó la cara interna del muslo.

—Nada de pellizcos. —Volvió a hacerlo y me apoyé en los codos para mirarlo.

No me hizo caso. Siguió explorando mi piel desnuda.

—No pensaba azotarte, pero si vuelves a reírte, me veré obligado a hacerlo.

Volví a reírme, esa vez a propósito, y sus fosas nasales se dilataron. Se arrodilló junto a la cama con mi pierna colgando sobre su hombro. Me gustó excitarlo así, y no creía que me importara que me diera unos azotes. Solo había una forma de averiguarlo.

Me metió dos dedos sin previo aviso y se me olvidaron todas las risas y los posibles azotes. Caí de espaldas sobre la cama, pero cuando él se detuvo, volví a incorporarme.

—Mira. —Deslizó lentamente sus hábiles dedos en mi interior; sus movimientos alcanzaron un punto tan sensible que traté de cerrar las piernas —. Ni lo sueñes. —Empujó la única pierna que aún no tenía cautiva hacia donde había estado.

Acarició aquel punto una y otra vez; el nudo que se estaba formando en mi estómago se apretaba más y más. Mi clítoris palpitaba, necesitaba que lo tocara, pero él lo evitó y optó por cambiar de mano y seguir metiéndome los dedos. Tras unos cuantos empujones, me soltó la pierna. Con una breve

mirada en mi dirección, se levantó y se acercó a sus amigos. Tomé aire cuando les ofreció los dedos. Ambos se los llevaron a la boca para saborearme sin quitarme los ojos de encima. Aquella escena se iba a quedar para siempre en mi archivo de imágenes.

Me incorporé sin saber qué hacer mientras ellos terminaban de chuparle los dedos. ¿Iba a probarme él también? Apreté los muslos y me llevé una mano a uno de los pezones.

Ryker se volvió para mirarme, y sus ojos se clavaron en mi pezón.

—¿Te he dado permiso para tocarte?

Dejé caer la mano y me quedé boquiabierta contemplando cómo volvía hacia mí. Sin embargo, rodeó la cama por el otro lado.

El hombre de los tatuajes y el *piercing* en el pene volvió a sacárselo, y se puso a juguetear con el aro de la punta mientras sus ojos pasaban de Ryker a mí y de mí a Ryker, quien se había tumbado con la cabeza vuelta hacia ellos. El otro hombre, mucho más serio, se acomodó.

—Ven aquí. —Ryker se estaba masturbando cuando me giré para mirarlo—. Siéntate en mi cara.

—¿Qué? ¿Que me siente encima? —No podía ser que quisiera que hiciera eso. ¿No podía simplemente bajar a mi entrepierna?

—Sí. Ponte a horcajadas sobre mi cabeza, de cara a ellos para que puedan verte. —Cuando no me moví, sus cejas se fruncieron—. Ya, Paige.

—Pero… —Gateé hacia él y me situé de cara a nuestros espectadores—. Entonces, ¿me siento encima?

—¿Nunca te has sentado en la cara de un hombre? —Su expresión se suavizó ligeramente—. No pasa nada. No te diría que lo hicieras si no lo deseara.

Tenía razón. Aquel hombre sabía lo que hacía, y si presintiera que lo aplastaría o lo asfixiaría, no me lo habría pedido. A menos que le gustaran esas cosas, lo cual estaba muy bien, pero no quería que la muerte de nadie recayera en mis manos… o en mi entrepierna.

Me puse a horcajadas sobre él y luego me acerqué de rodillas a su cara. Sus manos me agarraron inmediatamente el trasero y tiraron de mí para acercarme. Prácticamente chillé cuando metió la cara entre mis muslos y su barba me arañó la piel, mientras que su boca… Dios, su boca. Mi primer instinto fue caer hacia delante, pero él me detuvo poniendo una mano en mi estómago. Sacudió la cabeza, pero no supe si me estaba diciendo que no o si era un

movimiento para meterme la lengua.

—¡Ryker! —Me agarré a su pelo, me temblaban demasiado las piernas como para mantenerme sobre él. Me agarró de las caderas y tiró de mí hacia abajo—. Sí —siseé.

No sabía lo que estaba haciendo, pero no quería que parara. Estaba usando toda su cara, y mis preocupaciones sobre la logística se fueron volando, junto con todas mis otras inseguridades. Mi cuerpo quería mecerse sobre él, así que me dejé llevar, y me puse a juguetear con mis pezones. Lo oí gruñir dentro de mi sexo; su forma de comerme era cada vez más fuerte y desesperada.

—Oh, Dios. Justo ahí. —Me pellizqué el pezón con fuerza y dirigí la mirada a mis espectadores—. ¡Sí, sí, sí!

El de apariencia estoica solo nos miraba, pero la erección que escondía en sus pantalones no me pasó desapercibida. El otro hombre se acariciaba, y cuando me encontré con su mirada acalorada, se llevó un dedo a la boca y se lo chupó.

—¡Joder! —Me eché hacia atrás sin importarme que me ardieran los muslos. Hice girar las caderas contra la cara de Ryker; necesitaba más fricción, más de todo.

Sacó la mano de donde había estado atrapada antes de que me tumbase y atacó mi clítoris con el pulgar. No fue suave, sino rudo y decidido, y me puso al borde del abismo.

Solté un grito que llenó la habitación, un grito como jamás había salido de mi boca, y mis piernas se apretaron alrededor de su cabeza. Todas mis terminaciones nerviosas se dispararon a la vez, lo que me hizo preguntarme si la muerte por orgasmo sería así.

Las caricias de Ryker se ralentizaron y se detuvieron por completo cuando le aparté la mano e intenté liberarme. Ahora estaba prácticamente tumbada de espaldas sobre él y tenía las piernas en un ángulo antinatural en el que me resultaba difícil moverme, sobre todo porque las sentía entumecidas.

Se rio cuando no me moví. Me levantó con una fuerza sobrehumana y me tumbé boca abajo. Gemí contra el edredón cuando pude estirar las piernas y el entumecimiento se convirtió en un hormigueo.

Me di cuenta de que se había levantado de la cama y giré la cabeza para ver cómo cogía un condón de la mesilla y se lo ponía. Mi cuerpo aún se estaba recuperando, así que no me moví; no estaba segura de poder hacerlo.

Se acercó a mis pies, que colgaban por fuera de la cama, y me rodeó el

tobillo con la mano.

—Aún no hemos terminado, Paige.

—Cinco minutos —murmuré con los ojos cerrados.

De repente, su mano me golpeó el trasero y grité, poniéndome de rodillas. Me agarró por la cintura y me dio la vuelta. Se me encendieron las mejillas y se me retorció el estómago de necesidad. Quería que me azotara otra vez, pero solo cogió una almohada y me la puso debajo del trasero para alzarlo.

Seguíamos en un ángulo en el que sus amigos podían vernos a los dos. Colocó mis piernas sobre uno de sus hombros, con la punta de su miembro rozando mi entrada.

—Puedo sentir cómo palpitas por mi pene, Paige. —La forma en que mi nombre salía de sus labios era como una caricia en mi clítoris—. ¿De quién es tu coño? —Metió un poco la punta.

—Tuyo —jadeé—. Es tuyo. Fóllame como si te perteneciera.

Me llenó con un movimiento suave que, sin embargo, me dejó sin aliento.

—Joder, qué estrecha estás. —Se detuvo un momento para que me adaptara a su tamaño—. ¿Estás bien?

Asentí con entusiasmo mientras él se retiraba, de modo que dejó solo la punta dentro. Levanté un poco el culo y él gimió antes de volver a penetrarme. Su ritmo rozaba lo brutal, pero la sensación era increíble.

—Más. —Me agarré a la colcha, contenta de tener algo a lo que sujetarme—. Por favor, dame más.

—¿Quieres más? —Dio un empujón. Y otro—. ¿Quieres que follemos como locos?

—¡Sí! —Respiraba con dificultad a pesar de que no estaba haciendo ningún esfuerzo, y el sudor se me acumulaba en la frente y entre los pechos.

Apretó más mis piernas contra él y echó el cuerpo hacia atrás, formando un nuevo ángulo para que su pene tocara mi punto G.

—Pellízcate esos pezones tan sexys.

Solté el edredón; lo había estado apretando con tanta fuerza que me dolían los dedos.

—Qué bueno, Ry. —Jugué con mis pezones, y unas descargas de electricidad viajaron directas a mi clítoris.

Sus embestidas eran profundas y rápidas, nuestra piel chocaba y el sonido de mi entrepierna mojada me excitaba aún más.

—Pellízcalos con fuerza —dijo con los dientes apretados, acariciando mi

clítoris con dos dedos.

—Estoy muy cerca. —Pensaba que correrme en su cara era el mejor orgasmo que experimentaría jamás, pero lo que se estaba formando en mi interior iba a superarlo.

Me pellizqué los pezones y él me apretó el clítoris con los dedos, moviendo la mano con una rapidez impresionante. Unas luces centelleantes bailaron en mi campo de visión y el orgasmo se apoderó de mi cuerpo. Abrí la boca, pero no emití ningún sonido.

—Joder, sí —gimió con fuerza. Su pene me golpeó una última vez antes de unirse a mí en el tren del orgasmo; sus caderas se movían en pequeños círculos y empujones mientras llenaba el condón.

Ojalá me hubiera llenado a mí.

Mi orgasmo remitió, y, aunque me zumbaban los oídos y me hormigueaban las extremidades, conseguí apoyarme en los antebrazos para ver cómo el hombre del tatuaje se corría por segunda vez. El otro hombre me miraba fijamente, con la mano cubriéndose la entrepierna.

Ryker estaba quieto, y lo encontré contemplándome.

—Ha sido perfecto.

Volví a caer sobre la cama; me tapé los ojos con el brazo.

—No. Creo que esto ha sido todo obra de tu pene.

Se retiró y gemí por la repentina pérdida de contacto. Me bajó las piernas, pero no me moví; no quería afrontar lo siguiente.

Oí que los tres empezaban a moverse y me pregunté qué diablos estarían haciendo, hasta que la puerta se abrió y se cerró con un clic. ¿Se había ido sin despedirse?

Estaba demasiado asustada para mirar, pero al cabo de un minuto oí el sonido de un interruptor y luego el agua corriendo. Cuando los ruidos cesaron, presté atención a sus pasos sobre la alfombra.

—¿Cómo estás? —Me separó las rodillas y me pasó una toallita caliente por la piel, todavía sensible.

—Bien. —Me mordí el labio, un poco avergonzada de que me estuviera limpiando.

—¿Solo bien? —Terminó de limpiarme y luego retiró la colcha para meterse entre las sábanas—. Ven aquí.

Me dio una patadita desde debajo de las sábanas y gemí, después me di la vuelta y me deslicé a su lado. Me acercó a él y nos hundimos en las almohadas,

con mi cabeza apoyada en su hombro y sus dedos acariciándome el brazo.

—¿Cuándo repetimos? —Bostecé; por primera vez en lo que me pareció una eternidad, mi cuerpo estaba completamente relajado.

Tardó un momento en contestar, así que me giré hacia él.

—Hablaremos de ello por la mañana. Duerme un poco.

—Gracias. —Volví a acomodarme contra él y tiré de la sábana para cubrirme hasta el pecho.

—De nada. —Me besó la coronilla y deslizó una pierna por debajo de la mía.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, se había ido.

6

UNA ARDILLA FELIZ

PAIGE

Me quedé mirando la torre Caponetti, asombrada ante otro rascacielos más de Nueva York. Había visto muchos edificios altos en mi vida, pero no se parecían en nada a lo que había visto en el mes que llevaba allí. Aunque todavía tenía que resistir la tentación de volver a Los Ángeles, la ciudad me gustaba cada vez más. Entonces alguien chocó conmigo y estuvo a punto de tirarme de la acera. Vale, quizás Nueva York no me gustaba tanto como pensaba.

Ajustándome el bolso al hombro, me dirigí hacia la entrada principal de la torre Caponetti. Formaba parte de un trío de edificios que compartían una plaza con una gran fuente de formas geométricas apiladas, bancos y un paisaje impecable. Me detuve al pasar junto la fuente para hurgar en el bolsillo delantero de mi bolso en busca de la nota adhesiva en la que había escrito dónde tenía que ir.

—¿Dónde coño está?

Cuando las puntas de mis dedos por fin aferraban la nota, encajada en los pliegues del bolsillo, alguien se abalanzó sobre mí por detrás. Di un traspié y agité los brazos como las alas de una gallina desquiciada en un intento por mantener el equilibrio. El bolso se me resbaló y su contenido se desparramó por el suelo.

¿Por qué la gente tenía tanta prisa siempre?

Ni siquiera me molesté en mirar al culpable —en realidad, no tenía sentido —, y me agaché a recoger los bolígrafos y los blocs de notas adhesivas que se habían quedado tirados por el suelo.

—Lo siento. Déjame ayudarte. —Un hombre dejó en el suelo un portabebidas que contenía tres vasos de café. Los vasos llevaban impresa una ardilla completamente vestida con una riñonera rebosante de frutos secos. Cogió unos bolígrafos y me los tendió.

—No pasa nada. No debería haber parado de… —mi voz se cortó cuando levanté la vista y me encontré con unos ojos de color castaño claro que me resultaban muy muy familiares porque habían estado contemplándome hacía apenas tres semanas mientras su amigo me follaba— de esa manera —susurré.

Sus ojos se abrieron de par en par y dejó caer los bolígrafos en mi bolso antes de coger el portabebidas. Los tres vasos estaban cubiertos con sus respectivas tapas, lo que explicaba que el líquido no hubiera acabado sobre nuestra ropa.

—De nuevo, lo siento.

Ni siquiera tuve tiempo de formar un pensamiento coherente antes de que se alejara a toda prisa; para cuando desapareció por el lateral del edificio, iba prácticamente corriendo. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero las contuve y, en su lugar, recogí lo que faltaba. Había recordado aquella noche cientos de veces, y aún me dolía haberme despertado sola. Nora me aseguró que aquello era típico de los rollos de una noche, pero después de lo bien que había estado, pensé que querrían repetirlo.

¿Qué probabilidades había de que volviera a encontrarme con uno de ellos en una ciudad tan grande? ¿Significaba eso que trabajaba en la zona?

Tenía una entrevista dentro de quince minutos. No albergaba muchas esperanzas, ya que había presentado más de cien solicitudes y currículos y había tenido diez entrevistas en las últimas semanas, pero ninguna me había llevado a una oferta de trabajo. Ya ni siquiera sabía a qué me presentaba, me limitaba a seguir el procedimiento.

Quizá sea hora de volver a casa.

La idea me revolvió el estómago y me levanté volviendo a colgarme el bolso en el hombro. No podía permitirme volver, no sin pedirles dinero prestado a Nora o a mis padres. Mis tarjetas de crédito y mis préstamos estudiantiles ya eran suficiente; no necesitaba acumular más deudas.

Al menos, mi piso estaba libre de ratas desde que lo denuncié al portero. Eso no cambiaba el hecho de que en dos meses se me acababa el contrato de alquiler, y rezaba a mi colección de notas adhesivas y bolígrafos poder permitirme un sitio mejor… y más grande.

Las puertas se abrieron automáticamente y entré en el vestíbulo. Me recordó a un hotel, con sus techos altos, sus salas de estar y su mostrador de recepción. Me acerqué al escritorio, grande y curvado, en el que había cuatro personas distribuidas uniformemente al otro lado.

—Buenos días. Vengo para una entrevista a las nueve con LRG Marketing.

El hombre no levantó la vista de la pantalla de su ordenador.

—¿Nombre?

—Paige.

Suspiró y por fin se dignó a mirarme.

—Su apellido también.

—Ah, claro —reí, todavía nerviosa por mi encuentro en la plaza—. Paige Harper.

Sus dedos volaron sobre las teclas.

—Tiene que ir directamente a la planta 65 y la recepcionista la dirigirá a su entrevista. —Me entregó un pase de visitante y volvió a centrar su atención en la pantalla del ordenador.

Una vez trabajé como recepcionista, por lo que sabía que su frialdad no tenía nada que ver conmigo, sino probablemente con quien hubiera sido grosero con él antes de aparecer yo.

—Gracias. Que tenga una buena mañana.

Eso llamó su atención, y volvió a levantar la vista.

—Gracias. Buena suerte.

Sonreí, contenta de haber podido resetear su mal humor.

Me coloqué la tarjeta en la solapa de la chaqueta y pasé por el torniquete de seguridad que contaba a la gente que entraba y salía antes de detenerme en el panel de ascensores para esperar al siguiente. Un recuerdo pasó por mi mente y tuve que cerrar los ojos y calmar mi respiración. Se me hacía imposible ver un ascensor sin alterarme.

En cuestión de minutos llegué al piso 65 y el nerviosismo volvió a apoderarse de mí, pues no me había molestado en preparar la entrevista. No era propio de mí, pero después de tantos fracasos y rechazos, por mucho que supiera de una empresa, nunca me parecía que mereciera la pena esforzarme por ella. Probablemente eso fuera síntoma de que debía tomarme unos días de descanso y reorganizarme. Era desalentador tener que luchar por encontrar trabajo con un currículum tan brillante como el mío. Después de la entrevista, pensaba pedir una pizza y un refresco y ver algo en Netflix.

La recepcionista me condujo por un corto pasillo hasta un grupo de sillas frente a una puerta cerrada. Ahora solo me quedaba esperar.

Por obra de algún milagro, había impresionado a la especialista en contratación, y mi día se iba animando por momentos. Me había presentado a una entrevista para un puesto de introducción de datos, ya que había empezado a solicitar cualquier trabajo de oficina, dispuesta a llevar un ritmo más lento y menos estresante; sin embargo, la especialista en contratación había decidido que yo era la persona perfecta para un puesto de asistente.

Al principio no me entusiasmaba demasiado porque incluía ayudar a los propietarios de la empresa con los correos y la programación, así como con cualquier cosa que pudieran necesitar, y yo pensaba que mis días de hacer recados y tareas del montón habían quedado atrás, pero en cuanto vi el sueldo y las prestaciones, me olvidé de todo eso. Era casi el doble de lo que esperaba.

Después de firmar el papeleo y obtener mi clave de acceso al ordenador, Sue, la jefa de contratación, me acompañó desde Recursos Humanos hasta los ascensores.

—Los señores St. James, Wilson y Caponetti están ahora mismo en una importante reunión de marketing, pero he reenviado a tu nuevo correo una lista de tareas pendientes. Puedes instalarte en tu despacho mientras esperas a que terminen. Querrán reunirse contigo antes de que te pongas con alguna tarea importante. —Pulsó el botón de subida—. Ethan estará en la recepción de la planta setenta y te acompañará a tu despacho en la planta de ejecutivos. Enhorabuena. Creo que vas a encajar perfectamente con ellos tres.

La miré por encima del hombro cuando se dispuso a alejarse.

—Espera… ¿Caponetti? ¿No es ese el nombre del edificio?

—Así es. Luca Caponetti es uno de los directores generales de LRG. Su familia posee varias propiedades aquí y tiene hoteles de lujo por todo el mundo. El que está aquí en la ciudad es el Bella Grand.

—¿El Bella Grand? —Mi rostro se contrajo sin querer. ¿Estaban todos y todo a mi alrededor dispuestos a recordarme aquella noche?

—Oh, no. ¿A qué viene esa cara? —Sue parecía preocupada de repente.

—No es nada. Solo que no tuve una buena experiencia allí. —Me encogí de hombros, aunque no era eso precisamente lo que me apetecía hacer—. Gracias de nuevo por esta oportunidad. No sabes cuánto necesitaba una victoria.

Me dedicó una sonrisa cálida.

—En cuanto te he visto entrar en mi despacho he sabido que tenías algo especial.

Quería averiguar qué quería decir con eso porque, a mis propios ojos, yo solo era… yo, pero entonces el ascensor llegó y, con un último adiós, subí y pulsé la planta setenta. ¿Y si había un huracán? ¿Se sacudiría el edificio?

En cuanto salí del ascensor, un hombre muy alto —casi dos metros por lo menos— se abalanzó sobre mí desde un gran escritorio curvo.

—Oh, alabada baby Gaga, ya estás aquí.

Me eché a reír.

—¿Baby Gaga? —Supuse que se trataba de Ethan.

—¡Lo siento! Es que estoy muy emocionado. —Me ofreció el brazo para que me agarrase a él y carraspeó—. Hola. Me llamo Ethan. Soy el recepcionista ejecutivo de esta maravillosa organización. Déjame mostrarte tu oficina.

Lo cogí del brazo.

—Encantada de conocerte. Yo me llamo Paige y soy la nueva asistente ejecutiva-barra-personal.

—La respuesta a todas mis plegarias es lo que eres. Esto ha sido un infierno desde que Audrey fue despedida la semana pasada.

Solté una exclamación.

—¿Ya me estás contando el cotilleo?

—Tienes que saber dónde te metes, querida. —Me condujo más allá del mostrador de recepción hasta un pasillo más grande—. Este es el corazón de la planta, donde estarás la mayor parte del tiempo. A la izquierda de la recepción tienes la entrada a la otra mitad de la planta, donde se encuentran los equipos de marketing de alto nivel.

—¿Cuántos equipos de marketing hay? —Me sentí un poco culpable por no saber nada de la empresa en la que de pronto trabajaba.

—Cuatro si contamos a los propios dueños. Los niveles inferiores tienen más empleados, pero con el reciente crecimiento los niveles medio y superior han ido aumentando. —Se detuvo ante una sala cuya puerta estaba abierta—. Este es tu despacho. Tiene vistas directas a la sala de conferencias principal y a dos de los despachos ejecutivos. Esperan que tengas la puerta abierta para llamarte cuando sea necesario, pero la mayoría de las veces envían mensajes al móvil o correos.

Entré y me sorprendió lo bonito que era el mobiliario. Había una elegante silla de oficina, un escritorio espacioso y una pared repleta de armarios y estanterías.

—¡Vaya!

—¿Qué pasa por aquí? —Una mujer asomó la cabeza—. Por favor, dime que no estás asustando ya a la chica nueva.

Ethan se puso la mano sobre el pecho.

—Yo nunca haría algo así.

—Estaba a punto de hablarme de Audrey. —Dejé mi bolso sobre mi nuevo escritorio y me senté—. Soy Paige.

—Ophelia. —Miró hacia el pasillo, entró y cerró la puerta—. Los jefes han estado en pie de guerra últimamente.

Ethan se apoyó en el borde de mi escritorio y cruzó los tobillos.

—La tensión ha sido insoportable, pero Audrey llegaba tarde demasiadas veces y… —Se pasó un dedo por la garganta; un gesto cuyo significado quedaba claro en aquel contexto—. Ni siquiera hacía mal su trabajo.

—Y ayer mismo despidieron a uno de los jefes de proyecto. —Ophelia sacudió la cabeza en señal de desaprobación—. No entiendo por qué últimamente se comportan como si fueran gilipollas.

—Luca no se porta así. —Ethan se puso en pie y se ajustó la corbata—. Probablemente sea por toda la presión a la que están sometidos con los nuevos clientes. Nombres más grandes. Mayores exigencias. Más gilipollas.

—Ethan, ella no lleva aquí ni dos minutos.

—Es mejor que tenga toda la información de antemano. —Sin embargo, parecía arrepentido—. Lo siento.

—No lo sientas —le sonreí—. No te preocupes por mí. Esto es como un martes normal en mi vida. —Ambos enarcaron las cejas—. En mi anterior trabajo era asistente ejecutiva del socio principal de un bufete de abogados. Tenía sus días. —No añadí que era el padre de mi exprometido.

—En ese caso, estarás bien. Los del departamento jurídico me dan un susto de muerte cada vez que vienen por aquí con el ceño fruncido y montones de papeles. —Ethan se estremeció—. Si necesitas ayuda, dímelo. Parece que Sue confía plenamente en tus habilidades si te ha contratado durante tu entrevista y te ha enviado directa a los lobos.

—Sue es la mejor en lo que hace. Estoy en la oficina justo al lado de la recepción. Edito y corrijo cualquier cosa para quien lo precise. —Ophelia abrió la puerta y ambos salieron; por fin podía recuperar el aliento.

Todo había sucedido muy deprisa y la cabeza me daba vueltas. Me giré hacia la ventana y me encontré frente a frente con un edificio alto, pero también podía ver a su alrededor, lo que me ofrecía una vista espectacular de la ciudad.

—Demasiado bueno para un trabajo con menos estrés —suspiré, y me di la vuelta, mirando al fondo del pasillo, donde tenía una vista directa de la sala de reuniones en la que estaban mis nuevos jefes.

Abrí el portátil que estaba sobre la mesa e inicié sesión con la contraseña temporal que me habían dado. Después de cambiar la contraseña por una permanente, el portátil se inició y accedí a mi nuevo correo del trabajo.

En la lista que Sue me había enviado figuraban las tareas normales de una asistente ejecutiva, como gestionar los correos, mantener la agenda al día y llevar registros. Pero fue la lista de todos los asuntos personales que se habían acumulado durante la última semana la que me pilló desprevenida.

—¿«Llevar la planta de Garrett al médico»? Pero ¿qué…? —Me desplacé por la lista—. «Llevar el jersey de Ryker a la cadena PBS»…

Mi corazón latió con fuerza; el nombre de Ryker aparecía unas cuantas veces, pero no podía ser ese Ryker, ¿verdad? Dijo que estaba en la ciudad en viaje de negocios, igual que yo. Tenía una habitación de hotel, aunque no recordaba haber visto equipaje.

No podía ser.

Acabas de ver a uno de ellos en la calle.

Me desplacé hasta la parte superior, donde mencionaba el café, segura de que iba a vomitar sobre mi nuevo escritorio y mi portátil.

—«Un té verde, un café solo de tueste claro, un café con leche de La Ardilla Feliz cuando estemos en la oficina».

Que el hombre que había chocado conmigo llevara tres tazas con una ardilla podía ser una coincidencia, ¿no? Un director general no habría ido a por su propio café, y mucho menos a por tres.

Me estaba volviendo loca por nada. ¿Qué había hecho yo para merecer semejante karma?

Echando un vistazo por la oficina, encontré la impresora y la encendí, agradecida de que ya estuviera conectada al *bluetooth* del portátil. Tendría que preguntarles por algunas de las cosas de su lista de tareas, porque eran ridículas. Recoger la ropa de la tintorería y pedir entradas para el cine podía entenderlo, pero ¿quién le pedía a su asistente que alineara los gnomos en miniatura de su escritorio cuando estaba fuera de la oficina?

No es que yo fuera detective, ni mucho menos, pero me di cuenta de que todas las peticiones raras venían de Ryker y Garrett. Estaba a punto de buscar qué significaba LRG en Google, arrepentida de no haberlo hecho antes de la

entrevista, cuando la puerta de la sala de reuniones se abrió al final del pasillo. Un hombre y una mujer salieron y el hombre se detuvo a estrechar la mano de alguien en el umbral. Unas risas viajaron hacia mi despacho, y el hombre y la mujer se dirigieron a la recepción.

No son ellos. No puede ser.

Me tranquilicé pensando que los nervios del primer día me estaban jugando una mala pasada, después cogí de mi bolso la lista que había imprimido y mi bolígrafo favorito y me dirigí al vestíbulo.

Hora de conocer a mis nuevos jefes.

7

¡Llamad a Recursos Humanos!

Garrett

—Garrett, ¿estabas escuchando al menos? —Ryker se dejó caer en la silla de su despacho con bastante agresividad tras despedirnos de nuestros nuevos clientes. Había sido una gran reunión y otra gran cuenta de marketing con la que habíamos cerrado un trato.

—¿Qué? Claro que sí. —En realidad, había escuchado fragmentos sueltos, pero estaba seguro de que él me pondría al corriente, ya que solía microgestionar casi todo lo que hacíamos, y con aquel nuevo cliente estaría aún más encima de nosotros, ya que habían pagado un extra para que nos encargáramos de la mayor parte del trabajo creativo.

Cogí mi café con leche y tomé un sorbo. La bebida me recordó con quién me había cruzado unas horas antes. ¿Había sido incómodo de cojones? Sí. ¿Qué le dices a la mujer con cuyo recuerdo aún te masturbas a diario?

—Ya sabéis lo que necesitamos… Bueno, vosotros dos, no yo. —Luca se echó hacia atrás y puso los pies sobre la mesa, cruzándolos por los tobillos—. Necesitáis…

No terminó de expresar ese pensamiento en voz alta, por suerte —probablemente se refería a echar un polvo—, pues en ese momento llamaron suavemente a la puerta abierta de la sala de reuniones.

Paige estaba allí plantada, y parecía tan sorprendida como yo. Me miró brevemente a los ojos antes de levantar una hoja blanca y mirarla fijamente. Apreté el vaso casi vacío lo suficiente como para abollarlo. Ryker se puso rígido a mi lado, y los pies de Luca volaron de la mesa al sentarse erguido en su silla.

—¿Paige? —Era la primera vez que veía a Ryker tan confuso.

Ella nos había dicho que se encontraba en la ciudad en viaje de negocios, pero claramente no era verdad, ya que habían pasado tres semanas y allí estaba

ella, en la puerta de nuestra sala de reuniones, con el aspecto de una secretaria sexy salida de una fantasía.

Llevaba un traje negro que se ajustaba a sus curvas a la perfección. Su blusa blanca no era ni mucho menos escotada, pero solo habría que desabrocharle un botón para que mostrara un escote perfecto.

Dejé la bebida y me pasé la mano por la cara. Había una razón por la que no había querido volver a ver follar a Ryker, y era por mierdas como esta. Atrás habían quedado los días de follar y olvidar.

—Hola. —No levantó la vista del papel que llevaba en la mano, pero las mejillas se le habían teñido de rosa—. Soy vuestra nueva ayudante. Solo quería obtener unas aclaraciones sobre la lista que he recibido y comprobar si queríais algo antes de que me ponga con ella —dijo de un tirón.

Nadie sabía qué decir, ni siquiera Luca, que siempre salía con un chiste de los suyos. ¿Qué se suponía que teníamos que hacer con aquella situación?

No podía dejar de pensar en ella y en la forma en que había pasado de ser cohibida e insegura a confiada y audaz. Pero la mujer que teníamos delante era cualquier cosa menos eso. Su mano tembló ligeramente cuando me miró a través de sus largas pestañas y luego volvió rápidamente la vista al papel.

—Esto no puede ser. —Ryker se quitó las gafas y las dejó encima de su portátil cerrado—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué quieres de nosotros?

Paige estrujó el papel.

—Quiero saber si de verdad tengo que llevar la planta de Garrett al médico, tu jersey a la PBS y… alinear los gnomos en miniatura de tu escritorio cuando no estás.

Luca no pudo ocultar su sonrisa.

—Esos puntos son prioritarios. ¿Te han dado ya tu tarjeta?

Ryker lo fulminó con la mirada.

—¿No puedes tomarte nada en serio? Esto es una empresa.

—Relájate, Rykie. No sabía que hoy tendríamos una nueva asistente, de lo contrario no habría escrito todas esas tonterías. Eran solo para divertir a Ethan. —La sonrisa de Luca desapareció al encontrarse de frente con la desaprobación de Ryker—. En la vida no todo es trabajo. Quizá serías más feliz si te divirtieras un poco… con los gnomos.

—Todo es muy divertido cuando se cuenta con el dinero de papá. —Ryker se puso de pie, rodeó la mesa de conferencias y le arrebató la lista a Paige—. Necesitamos un minuto para discutir esto. Sue no lo ha consultado con

nosotros.

Paige inspiró profundamente, con toda la ira que solo una mujer podía reunir.

—Eres un gilipollas.

Giró sobre sus talones y cerró tras de sí con un portazo que fue como una bofetada.

—¿Qué hay que discutir? —Luca se levantó, fue hacia la puerta y se detuvo con la mano en el picaporte—. Prefiero ir a disfrutar del dinero de mi padre.

—Luca. —Ryker apoyó una mano en la puerta para que no pudiera abrirla —. Siéntate.

—Aparta esa mano antes de que la aparte yo por ti.

Luca estaba cabreado, lo que me inquietaba, ya que le costaba mucho ponerse así. Ryker le dejó salir. Su portazo fue tan fuerte que el cuadro de la pared tembló. Me eché hacia delante, apoyando la mejilla en el puño.

—Eso ha estado fuera de lugar.

—¿Cómo ha averiguado dónde trabajamos? —Tiró el papel sobre la mesa, ignorando mis palabras, y empezó a pasearse por la sala—. Se suponía que estaba aquí temporalmente.

—Pero tú le dijiste lo mismo, así que la mentira no importa. —Crucé los brazos sobre el pecho—. Sea como sea, ella no puede trabajar aquí.

—Bueno, al menos estamos de acuerdo en algo, joder. —Se pasó los dedos por el pelo de un modo que solo consiguió revolverlo—. Sabía que no debíamos volver a hacerlo, y ahora que somos más conocidos, es un gran riesgo. Como acabamos de comprobar. —Señaló la puerta—. Probablemente ha averiguado quiénes somos y ha conseguido trabajo aquí a propósito.

Era tan evidente que necesitaba creerse sus palabras que resultaba cómico.

—Te gusta.

Había visto cómo la miraba y trataba esa noche con mis propios ojos. La conocía desde hacía treinta minutos y aun así le importaba.

No confirmó ni negó mi observación, pero le tembló la mandíbula.

—Por eso las vemos una vez y ya está.

Yo lo sabía mejor que ellos. La última vez que encontramos a alguien con quien divertirnos cometimos el error de convertirlo en algo frecuente. Después, ella y yo tuvimos unas citas a espaldas de Ryker y Luca. Y luego descubrí que ella solo buscaba una manera de llegar a Luca.

Todos teníamos dinero, pero lo de Luca estaba en otra liga, y todos lo

sabíamos.

La puerta se abrió y Luca volvió a entrar; en su rostro no se reflejaba ninguna emoción. Ese era el Luca aterrador que me hacía preguntarme si ocultaba que pertenecía a la mafia o algo así. Para mi consternación, se sentó a mi lado e imitó mi postura.

—No podemos despedirla.

—Claro que sí. De todos los trabajos que hay en la ciudad… ¿acaba en este? ¿No te preocupa que esté a punto de marcarse un Kristy? —Ryker cogió su portátil, sus gafas y su teléfono.

Luca se estremeció al oír el nombre.

—Eso fue un hecho aislado. Yo tengo un poco más de fe en la humanidad; deberías probarlo alguna vez.

—Voy a enviar un correo a Recursos Humanos.

—¿Por qué motivo va a despedirla? No lleva aquí ni una hora. ¿Y si es la mejor asistente de la historia de las asistentes? —se burló Luca.

—Me ha llamado gilipollas.

Ni poniéndose a hacer pucheros habría sonado tan quejica. Pero Luca llevó la mirada al techo.

—Eso solo nos demuestra que para ella la sinceridad es lo primero.

El cuello de Ryker empezó a tornarse rojo, lo que significaba que estaba a punto de estallar y abalanzarse sobre él por encima de la mesa. Aunque tuviéramos treinta y pocos años y fuéramos propietarios de una empresa multimillonaria, la mitad del tiempo actuábamos como tres hermanos adolescentes.

Alguien tenía que comportarse como el adulto en aquella situación, así que me puse en pie para interrumpirlos.

—Vamos a esperar hasta que le encuentren un sustituto. Ethan trabajó más de doce horas diarias la semana pasada, no puede seguir así. Dile a Sue que Paige no encaja y que busque a otra persona. —Eso sonaba razonable, y solo tardarían una semana o dos en encontrar a alguien gracias al sueldo y las prestaciones que ofrecíamos—. El mercado laboral está horrible en este momento. Tal vez puedan trasladar a Paige a otro puesto en el que no interactuemos con ella.

Luca apoyó los pies en la mesa y sacó el teléfono del bolsillo.

—A juzgar por la forma en la que la has tratado, seguro que dimite. No estaba en su despacho cuando he ido a buscarla, así que quizá ya lo haya

hecho. Yo lo haría.

La voz de Ryker sonó de pronto como el gruñido de un lobo territorial.

—¿Has ido a buscarla?

—Yo no soy un cabrón desalmado como tú. —Luca se encogió de hombros —. Y lo pasamos bien con ella. Nada más. No soy yo quien tiene un problema con que trabaje aquí.

—Porque eres un promiscuo sin remedio. —Le revolví el pelo al pasar y me pegó un manotazo—. Me voy ya. Mandadme un mensaje si necesitáis algo.

Alejarme de la situación era la única forma de evitar hacer algo precipitado, como dimitir. ¿Podía un propietario dejar su propia empresa? Estaba cansado de la presión y de la necesidad constante de ampliar el negocio. Ganábamos mucho con el tamaño que teníamos; añadir más equipos de marketing y ofrecer más servicios no era algo que me entusiasmara.

Ninguno de los dos dijo nada cuando salí de allí. Sabían que no estaba contento, pero ignoraban por qué. Era más fácil así, sobre todo cuando llevábamos tanto tiempo trabajando juntos y nos queríamos como hermanos. Bueno, casi siempre.

Cerré la puerta porque probablemente iban a seguir discutiendo y nadie quería esa tortura, y miré al otro lado del pasillo, hacia la puerta cerrada de Paige. Luca había dicho que no estaba allí, pero tal vez simplemente no le había respondido o ya había regresado.

No hace falta que le preguntes cómo está.

Haciendo caso omiso de la voz de alarma en mi cabeza, me dirigí a su despacho y llamé suavemente a la puerta. Seguro que ni siquiera estaba allí.

—¡Adelante! —No sonaba molesta ni nerviosa, así que abrí la puerta y, cuando entré, la cerré tras de mí.

¿Era una buena idea cerrar? Probablemente no, pero no quería que Ryker me viera.

—Siento el comportamiento de Ryker.

—No acepto sus disculpas si no vienen de él, pero valoro tu preocupación. —No levantó la vista de la pantalla de su ordenador—. ¿Necesitabas algo? Ahora mismo estoy con los correos. Me ha parecido lo más prioritario de la lista.

—Voy a tomarme el resto del día libre, así que puedes saltarte los míos y ya los revisaré más tarde. —Me apoyé en la puerta y la observé.

—¿De verdad es tan imbécil? —Seguía evitando levantar la vista.

Suspiré y me aproximé a la silla frente a su escritorio.

—Es un tipo complicado. Eso no excusa que te haya tratado así, pero se pone en plan empresario alfa cuando hay mucho en juego. Estamos en plena expansión hacia la creación de contenidos para redes sociales y, hasta ahora, nuestros resultados nos han traído varios clientes nuevos que están dispuestos a pagar mucho dinero.

Ella pareció pensar durante unos instantes.

—Escucha, Garrett, si tenerme trabajando aquí va a suponer un problema…

—No te he dicho cómo me llamo.

Por fin levantó la vista. Sus ojos estaban un poco hinchados. Joder, ¿había estado llorando o tenía alergia?

—No hacía falta ser adivina.

—¿Estás bien?

Descartó la pregunta con un gesto de la mano y volvió a centrarse en el ordenador. Me acerqué y lo cerré para que me hablara. Me estaba adentrando en terreno peligroso, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Nunca me había sentido tan… tan… —Se miró las manos en el regazo y una lágrima resbaló por su mejilla—. Hoy me quedo, pero tendréis que encontrar un nuevo ayudante. —Se le escapó una risa triste—. Ni siquiera había solicitado este puesto. Solo quería un trabajo fácil en un cubículo introduciendo datos o algo así. Si hubiera buscado información sobre la empresa antes de mandar la solicitud, habría pasado a la siguiente oferta.

Mi estómago dio un extraño salto.

—Pero ¿Sue te ha ofrecido este puesto en lugar del otro? ¿Y sabes cómo revisar nuestros correos sin que nadie te haya explicado nada?

Se secó las lágrimas. Después se sentó derecha y alineó el portátil con el borde del escritorio.

—Antes de mudarme aquí era asistente ejecutiva. Revisar correos y etiquetarlos es fácil.

Odiaba lidiar con el correo, y Ethan no era el más preciso que dijéramos clasificándolo.

—¿Cuándo te mudaste aquí?

—Hace un mes. Una semana antes de… —Esa declaración no necesitaba más palabras.

—¿Por qué te mudaste? Está claro que no por haber encontrado trabajo aquí. ¿O sí lo habías encontrado pero lo dejaste? ¿O te despidieron? —Había

una pequeña parte de mí que estaba preocupada por si nos había buscado a propósito. No era del todo imposible.

—¿Acaso importa? —espetó—. He solicitado más de cien trabajos, y, aun estando sobrecualificada, nadie me ha querido.

Sonaba abatida y… triste.

—Ellos se lo pierden. —Mi estómago decidió ponerse a rugir en ese momento—. Vamos a comer —solté; mi estómago mandaba sobre las advertencias que me indicaba mi cerebro.

Parecía un poco desconcertada, y tocó su teléfono para ver la hora.

—Pero ni siquiera es hora de comer.

—Díselo a mi estómago. Mi restaurante de pastrami favorito está casi siempre abierto. —Ya me sentía demasiado cómodo con ella, aunque no sabía exactamente por qué.

Aquello era malo. Muy malo.

¿Era porque se mostró vulnerable sin desconfiar, por la manera en que *floreció* bajo nuestras miradas? Tampoco era la primera vez que hacíamos algo así, pero sí era la primera en la que Ryker no había parecido distante ni había querido que lo fuéramos nosotros. Y esa era la razón por la que teníamos que despedirla.

Me miró fijamente, con incertidumbre en los ojos.

—¿Y qué pasa con Ryker y Luca?

—¿Qué pasa con ellos? Seguro que siguen en el pasillo dándose golpes bajos el uno al otro, y después necesitarán un ratito para reconciliarse. —Me levanté y me dirigí hacia la puerta—. Trae esa lista y tacharé lo que Luca ha puesto para Ethan. Puede ser un almuerzo de trabajo.

O eso era lo que me decía a mí mismo.

8

Teta a la mostaza

Paige

En lugar de irme a comer pastrami con Garrett debí haber salido corriendo o, como mínimo, haber llamado a Nora para que me hiciera entrar en razón. ¿Por qué me molestaba en almorzar con él si iban a despedirme o a obligarme a dimitir? Los tres me habían visto desnuda, y no solo eso: también me habían visto tener orgasmos múltiples. ¿Cómo podía mirarlos a los ojos si cada vez que lo hacía pensaba en aquella noche?

Y luego estaba Ryker.

Podía haber dicho que estaba sorprendida por su actitud, pero habría mentido. Me había dicho que hablaríamos por la mañana, pero me había dejado sola después de una noche que había sido de todo menos normal. Si solo nos hubiéramos acostado, sin más, habría estado bien, pero no había sido así: había sido todo un acontecimiento.

Garrett caminaba a mi lado mientras atravesábamos una salida especial para ejecutivos situada en un lateral del edificio. Fuimos en la dirección opuesta a la que yo había entrado por la plaza, lo que nos alejó de gran parte del ruido, y caminamos unas manzanas en agradable silencio antes de que Garrett me mirara al cruzar una calle.

—Bueno…, ¿de dónde eres?

—De Los Ángeles, de las afueras. ¿Tú eres de aquí? —No podía imaginarme lo que sería crecer en un lugar tan abarrotado y que nunca disfrutaba de un momento de tranquilidad.

—Pues… —Se frotó la nuca y miró hacia delante—. Cuando era niño nos mudábamos mucho porque mi padre era deportista, pero acabé en un barrio a las afueras de Boston cuando se retiró.

—Debió de ser una infancia difícil. ¿Qué deporte practicaba, si no es indiscreción? —Aunque no seguía religiosamente ningún deporte, uno de mis

mejores amigos estaba obsesionado con ellos.

Suspiró y se detuvo frente al Pastrami Palace. No habíamos caminado mucho, pero parecía que estábamos en un barrio completamente distinto.

—Jugaba en la Liga Nacional de Hockey.

—¡Qué fuerte! El padre de mi mejor amigo jugaba y ahora es entrenador del Pacific Storm.

Se detuvo con la mano apoyada en la puerta.

—No me digas. ¿Brett Hastings?

—Sí. Es un tío genial. ¿Tú también jugabas al hockey? —Hice un rápido repaso de su cuerpo cuando abrió la puerta. Como llevaba traje era difícil asegurarlo, pero su trasero parecía fruto de unas buenas sesiones de sentadillas.

Deja de mirarle el culo. Estáis en un almuerzo de trabajo.

—Por desgracia para mi padre, no practiqué ningún deporte tan en serio como para entrar en un equipo universitario. Sí que jugué un poco al hockey, pero no era lo mío. —Me dejó pasar y ahogué una exclamación ante el rico olor; no sabía que el pastrami pudiera oler tan bien. El pan de centeno y el pastrami se unieron en un remolino armónico que me provocó un orgasmo nasal.

—La verdad es que nunca he probado el sándwich de pastrami.

—Perdona, ¿puedes repetir eso? —Garrett apoyó una mano en la parte baja de mi espalda y me guio hacia el mostrador—. ¿Que nunca lo has probado? ¿Cómo diablos has sobrevivido sin haber tenido la experiencia del pastrami?

—Tienen un sándwich de beicon de pavo. ¿Está bueno? —Lo miré para encontrarme sus ojos fijos en mí—. Es que… no quiero desperdiciar la comida si no me gusta.

—Jay te dejará probar un trozo, ¿a que sí? —Alzó la voz para que lo oyera uno de los hombres que estaban detrás del mostrador… y todos los que hacían cola.

—Lo que tú me pidas, tío. —Jay extendió una loncha sobre el mostrador, así que di un paso adelante para cogerla.

—Gracias.

—Prepárate para una experiencia culinaria que trasciende la realidad. —Garrett volvió a apoyar la mano en la parte baja de mi espalda cuando regresé a mi lugar junto a él, pero no me importó en absoluto.

Le di un mordisco al pastrami, y eso desató una reacción en cadena de sabores en mi boca. No se parecía a nada que hubiera probado antes. Era

como si la carne más tierna se hubiera estrellado contra un crisol de especias.

—¡Dios mío, esto está increíble!

Garrett rio.

—Te lo dije. Cuando tengo un mal día, un sándwich de pastrami de aquí me lo arregla.

Estaba tan bueno que casi olvidé por qué estábamos allí. Casi.

Pedimos nuestros bocadillos y encontramos una mesa semiprivada cerca de la parte trasera del establecimiento. Garrett me miró a través de la pequeña mesa con la preocupación reflejada en sus ojos marrones.

—Sobre lo de esta mañana…

Sabía lo que me iba a decir. Iba a decirme que tenía que marcharme.

—Me gustaría tener una oportunidad en este trabajo.

Por mucho que quisiera dimitir y huir lejos, muy lejos, necesitaba un trabajo, al menos hasta que pudiera encontrar otro. Las facturas no se pagaban solas y me estaba quedando sin fondos, ya que Nueva York era más caro de lo que había previsto. Eso me pasaba por lanzarme de cabeza.

Garrett negó con la cabeza.

—Solo quiero asegurarme de que estás bien. Ha sido mucho que asimilar de golpe… para todos.

Un calor desconocido me invadió y se instaló en mi pecho. Casi esperaba que fuera reflujo ácido por el pastrami y no porque me estuvieran saliendo corazones por los ojos.

—Presiento que viene un «pero». —Me retorcí las manos en el regazo. Quizá le habían encargado que me alejara de la oficina y me despidiera para que no montara una escena allí.

—¿Por qué quieres quedarte? ¿No te parece incómodo? —Garrett miró más allá de mí y luego una bandeja con nuestra comida aterrizó sobre la mesa.

Jay le dio una palmada en el hombro a Garrett.

—Espero que este tipo te esté tratando bien. Suele venir solo; debes de ser una mujer especial.

Mis mejillas se sonrojaron al oír sus palabras y sentí que me invadía una mezcla de emociones. Garrett me había llevado a un lugar que claramente no compartía con nadie más, pero toda la situación en la que estábamos envueltos era tan… inapropiada…

Jay me guiñó un ojo antes de dejarnos con nuestros bocadillos.

—Bueno… Entiendo lo que quieres decir, pero este trabajo es la primera

oportunidad que he vivido en semanas. La verdad es que no tengo elección, y preferiría no quedarme donde una rata acabe devorándome en mitad de la noche.

—¿Ratas? —Parecía preocupado—. Pero ¿tú dónde duermes?

Hice caso omiso de su pregunta y le di un mordisco a mi bocadillo; tuve que ahogar un gemido. Parecía que tenía un nuevo sándwich favorito. Pero Garrett no dejaba de mirarme.

—Entiendo que necesites un trabajo, pero debes saber que lo que pasó esa noche… fue un error. Ryker permitió que se le fuera de las manos y no va a poder soportar verte todos los días.

Fruncí el ceño, sintiendo una punzada de dolor ante sus palabras.

—¿Y qué hay de Luca y de ti? ¿No os pareció algo especial? ¿Aunque solo fuera una noche?

¿Por qué he tenido que decir eso? He sonado como un cachorro desvalido.

La forma en que los tres me habían hecho sentir era indescriptible, y dos de ellos ni siquiera me habían puesto un dedo encima. ¿Qué habría pasado si lo hubieran hecho?

Me removí en mi asiento y apreté los muslos para aplastar el dolor que me produjo la idea de que entre los tres me llevaran a un lugar que ni siquiera me había planteado que existiera. No podía ocurrir. No ocurriría.

Garrett me observaba atentamente, con las cejas ligeramente fruncidas y la boca formando una línea recta. Había una guerra en su interior, veía el conflicto en sus ojos.

Para mi consternación, negó lentamente con la cabeza.

—Lo siento, pero no fue así. Sé que no es lo que quieres oír, pero es la verdad.

Asentí, pero las lágrimas me escocían en los ojos. No quería sus disculpas porque lo que habíamos compartido aquella noche había sido cualquier cosa menos un error. Para mí había estado bien, aunque solo hubiera sido un rollo de una noche.

—No quiero que te sientas incómoda o que pienses que nos aprovechamos de ti, y por eso esto no es una buena idea. Puedo intentar ayudarte a encontrar otro trabajo, o Sue puede colocarte en un puesto que esté en otra planta.

Se me hizo un nudo en la garganta y parpadeé para contener las lágrimas que amenazaban con derramarse.

—No, no pasa nada. Lo comprendo. Encontraré otro trabajo, no hay

problema. —Ahora sonaba como un cachorro herido.

Contrólate, Paige.

Los ojos de Garrett estaban llenos de preocupación y vacilación mientras extendía lentamente la mano por encima de la mesa. La cogí sin dudarlo, aunque era una idea terrible tocarlo.

Suspiró antes de volver a hablar.

—Lo siento muchísimo.

Aparté la mano, sintiéndome tonta. Todas las palabras que había pronunciado eran bienintencionadas, pero, al mismo tiempo, yo era la única que se enfrentaba a las consecuencias de aquella noche.

Seguimos comiéndonos nuestros bocadillos en un silencio incómodo. No estaba segura de cómo serían las cosas cuando volviéramos a la oficina, pero esa preocupación podía esperar un poco. Terminarme mi sándwich era más importante en ese momento porque el pastrami estaba de puta madre, y no pensaba dejar que aquello me estropeara el resto del día. El bocadillo me había hecho sentir mejor, y podía encerrarme en mi despacho provisional hasta que llegara la hora de irme. La alternativa era huir con el rabo entre las piernas, pero me negaba a provocar que alguno de ellos tuviera que perseguirme. Estaba de acuerdo en que trabajar con ellos no era lo mejor, pero también había que plantearse una solución a mi situación laboral.

Mientras masticaba, metí la mano en el bolso y saqué el correo que había imprimido. Se suponía que íbamos a tener un almuerzo de trabajo, y yo necesitaba romper el silencio.

—¿Qué tareas debería priorizar hoy, aparte de clasificar el correo?

—Eso te llevará casi todo el día. —Dejó el sándwich y cogió el periódico—. Lo que hagas depende de si te cambias de departamento o si te vas del todo.

—La verdad es que no me importa hacer todo lo que pueda. Solo quiero saber qué es prioritario, ya que es una lista bastante larga. —Además, no sabía qué me depararía el resto del día ni si acabaría llorando en el baño, así que priorizar iba a salvarme a mí… y a ellos.

Garrett levantó la vista del periódico y me miró un instante antes de apartarla.

—Hablaré con Sue para ver qué le parece mejor. No quiero presionarte innecesariamente.

—Gracias, Garrett. Te lo agradezco muchísimo.

Terminamos nuestros bocadillos en un cómodo silencio, pero la tensión

entre nosotros seguía siendo palpable. Y, por desgracia, no pude evitar preguntarme qué habría pasado si las cosas hubieran ido de otra manera aquella noche y Ryker se hubiera quedado. Necesitaba tener una larga conversación con Nora mientras me tomaba un vino para aclarar mis sentimientos. Era ella la que me había animado a experimentar la vida fuera de mi zona de confort, y vaya lío se había montado.

Garrett y yo salimos del establecimiento y volvimos en dirección a la oficina. Estábamos a punto de girar una esquina cuando alguien en un monopatín motorizado apareció de la nada ante nosotros. Retrocedí a trompicones, jadeando por la sorpresa, conforme el borrón negro y plateado pasaba a nuestro lado.

Garrett me cogió del brazo y me sostuvo para evitar que me cayera.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

—Sí, estoy bien. —Inspiré hondo para calmar mi acelerado corazón y me apoyé en la pared—. Ha sido algo inesperado, y es la tercera vez hoy que me atropellan. Probablemente sea una señal para no volver a salir.

La mano de Garrett seguía en mi brazo, y la miré. Incluso a través de la chaqueta, su cálida cercanía me hizo estremecerme. Sabía que tenía que apartarme, pero me quedé inmóvil; no quería romper el contacto.

Sus ojos se clavaron en mis labios, y se me cortó la respiración. Estábamos en nuestra pequeña burbuja; el claxon de los coches, el rugido de los autobuses, el parloteo de la gente…, todo había desaparecido.

—Tienes mostaza —dijo con voz ronca.

Abrí la boca para preguntarle de qué demonios estaba hablando cuando me cogió la mejilla y me pasó el pulgar por la comisura de los labios antes de introducirlo entre ellos.

Succioné por instinto —y, vale, tal vez porque quería hacerlo— el leve toque de mostaza ácida que me llegó a la lengua. Su respiración se aceleró y sus ojos se posaron en mi apenas visible escote. Le solté el pulgar y miré hacia abajo.

—¡Ups! Me alegro de que no me haya manchado la camisa.

Moví la mano hacia la pequeña mancha de mostaza que había aterrizado justo donde terminaba la blusa y empezaba mi piel. La mano de Garrett fue más rápida que la mía y me agarró la muñeca, usando la otra mano para desabrocharme el botón de la camisa que me llevaba de «profesional» a «descocada».

—Garrett —susurré mirando a mi alrededor; sin embargo, nadie nos

prestaba atención—. Podría vernos alguien.

Con un gruñido estrangulado, me separó la camisa lo suficiente antes de bajar la cabeza.

Maldita rata de mi apartamento. Todo era culpa suya.

El calor se acumuló en mi vientre cuando su lengua recorrió la mostaza justo al comienzo de mi pecho. Se me puso la piel de gallina y los pezones se me endurecieron y rozaron el sujetador.

Dios mío.

Yo respiraba agitadamente mientras él me lamía en pleno Manhattan.

Su lengua era ligera, juguetona, y por segunda vez aquella mañana tuve que apretar los muslos intentando aliviar el creciente dolor que sentía entre ellos. Cuando apartó la cabeza, casi gemí por su lejanía.

Y entonces me apretó contra él y me besó.

Se tragó mi grito ahogado cuando su lengua atravesó mis labios para explorar mi boca. Conduje las manos a su cintura por debajo de la chaqueta, pero en cuanto entré en contacto con él, dio un paso atrás y me miró con los ojos ensombrecidos.

Mis manos cayeron a los lados y mi estómago se encogió al notar sus labios lejos de los míos. ¿Había perdido la maldita cabeza? ¿La había perdido él?

Se pasó la mano por el pelo.

—Lo siento, no debería haber hecho eso.

—No, no deberías. —No me había movido ni un centímetro de donde estaba, contra la pared—. Pensaba que me considerabais un error. —No era una pregunta; solo estaba repitiendo lo que había dicho antes.

—Eso ha estado fuera de lugar. Me he pasado de la raya. —No parecía muy convencido. De hecho, parecía a punto de tener un ataque de pánico.

Por fin pude moverme y me abroché el botón que me había desabrochado.

—Mira —dije en voz baja, intentando romper la tensión—. Los dos hemos tenido un subidón de adrenalina, y si ha pasado, ha pasado. Tampoco es que yo te lo haya impedido, así que ni siquiera tenemos por qué hablar de ello. ¿De acuerdo?

Carraspeó.

—No. Quiero decir… sí. Deberíamos hablar de ello. —Se pasó una mano por la cara—. Sabía que la mostaza no iba a seguir mucho rato en tu pecho, y supongo que solo buscaba una excusa para tocarte, ya que no pude hacerlo la otra vez.

El corazón me retumbó en los oídos cuando volví a mirarlo. Su expresión era vulnerable y sincera y, por alguna razón, eso hizo que me sintiera aún más atraída por él que antes.

—Lo entiendo —dije en voz baja, con las mejillas encendidas por un rubor que se extendía por ellas—. Además, la teta a la mostaza es un manjar en algunos países.

Garrett asintió lentamente y exhaló un suspiro de alivio antes de apartar la mirada de mí con una sonrisa tímida.

—Debería acompañarte de vuelta.

Hizo un gesto en dirección al edificio y echamos a andar, ambos en silencio. ¿Qué demonios había en ese sándwich de pastrami y por qué quería más?

9

El Señor Erizo de Mar

Ryker

Todo parecía fuera de control, y solo había una razón: ella.

Era culpa mía. Había bajado la guardia y había roto las reglas que Luca, Garrett y yo habíamos establecido hacía tiempo. No solo eso, sino que me había permitido sentir algo más que necesidad sexual, y de pronto ella trabajaba en nuestra empresa. Las posibilidades de volver a conectar con un ligue de una noche eran una cosa, pero no había sido simplemente sexo. Luca y Garrett habían estado observando.

Sue no había dejado de fulminarme con la mirada desde que la había llamado —a ella y a los jefes de Recursos Humanos y del equipo jurídico— a mi despacho. No teníamos una política de confraternización, y esto era territorio desconocido.

Mi mente trabajaba a toda velocidad tratando de averiguar cómo evitar las consecuencias. Si no manejaba aquello de la manera correcta, iba a ser catastrófico para nuestro negocio. Los periódicos podían agarrarse a una historia así como garrapatas. Todos me miraban expectantes, pues dependía de mí idear un plan que nos protegiera, mientras que yo solo deseaba que Luca y Garrett se tomaran las cosas tan en serio como yo.

Di golpecitos en la mesa con el bolígrafo, más nervioso que nunca.

—Con la cantidad de empleos que hay en esta ciudad… ¿y acaba convirtiéndose en nuestra ayudante? Es demasiada coincidencia, no me siento cómodo con ella.

Sue puso los ojos en blanco sin molestarse en ocultar su enfado.

—Solicitó un puesto de entrada de datos, Ryker. Fui yo la que decidió que su currículum y su entrevista habían sido demasiado buenos. Tiene la experiencia y la personalidad para conseguir un buen trabajo.

—¿Has comprobado sus referencias? ¿No la acabas de entrevistar hoy? —

Miré el currículum de Paige y las notas de la entrevista que Sue me había dado —. ¿Por qué dejó su último trabajo? ¿Qué te han dicho allí?

Sue llevaba años trabajando para nosotros, y, aunque normalmente confiaba en su criterio, una persona con malas intenciones podía colarse fácilmente en su círculo. Tal vez tenía que reconsiderar lo de no asistir a las entrevistas.

Javier, el director de Recursos Humanos, carraspeó.

—Independientemente de su historial laboral, tu conexión con ella de forma íntima es la cuestión. Has admitido haberte acostado con ella, y, aunque fue antes de que trabajase aquí, la situación es precaria.

—No podemos despedirla. La trasladaré al puesto de introducción de datos que solicitó, aunque el sueldo es casi la mitad. —Sue frunció el ceño, como si Paige fuera su amiga de toda la vida—. Ambos sois adultos. No entiendo por qué esto te altera tanto.

No lo entendía porque yo había procurado omitir la parte en la que Luca y Garrett estaban involucrados. Ninguno de nuestros empleados conocía esa faceta de nuestra vida personal, y nunca la conocerían.

Fatima, la principal asesora jurídica de la empresa, dejó de teclear en su portátil.

—Está así porque quiere volver a hacerlo.

Y siguió tecleando.

Resistí las ganas de decirle que se largara de mi despacho. Por desgracia, tenía algo de razón, pero tampoco podía evitar la sensación que había algo más. Por mucho que quisiera negar la afirmación de Fatima, había una verdad en sus palabras que no podía ignorar: todavía sentía la emoción de aquella noche, y la idea de ver a Paige cada día en el trabajo solo lo empeoraba. Pero había algo más que una simple atracción física; había una conexión que me resultaba inexplicable.

Cerré los ojos y solté el aire, intentando alejar los recuerdos indeseados de sus labios contra los míos y los suaves ruidos que hacía para mí.

Por supuesto, no funcionó.

—Al margen de mis sentimientos personales, tenemos que pensar en las posibles consecuencias para la empresa. Si se corre la voz de esto o ella tiene segundas intenciones, no quiero ni pensar en lo que podría pasar.

Javier asintió.

—Podríamos acabar enfrentándonos a acciones legales por parte de otros empleados por trato preferente. ¿Cuántas solicitudes internas tuvimos para el

puesto de asistente?

Sue vaciló, hojeando la pequeña pila de papeles que tenía delante.

—Unas cuantas, pero ninguno encajaba bien. El único empleado de aquí al que había considerado seriamente es Ethan Roberts.

Resoplé.

—Nos mataríamos.

Sue esbozó una sonrisa.

—Eso es exactamente lo que dijo él la última vez que se lo pregunté.

Ethan era un recepcionista fenomenal, magnético y trabajador, pero era como Luca con esteroides.

Me recosté en la silla y me froté las sienes.

—Independientemente de las razones por las que está aquí y de cómo ha llegado al puesto, quiero que se vaya; no solo que la trasladen a otro puesto en otra planta. ¿Podemos ofrecerle un contrato de rescisión con un acuerdo de confidencialidad y una indemnización por despido?

Sue negó con la cabeza; su pelo negro con vetas plateadas enfatizaba su rechazo a la idea.

—No podemos despedirla sin motivo, Ryker. Es un campo de minas legal, por no decir una gilipollez.

Fatima tosió para disimular la risa y cerró el portátil.

—Nuestro objetivo es proteger la empresa. Ninguna de las dos partes actuó con la diligencia debida a la hora de contratarla, pero solo lleva aquí unas horas. No está protegida por ningún sindicato, y, si estás dispuesto a pagarle la indemnización, eso no debería ser un problema. Tampoco hay precedentes legales en el estado de Nueva York para algo así, pero puedo seguir buscando.

—No. Ya he probado a googlear la situación antes y lo único que me han salido han sido recomendaciones de novelas románticas. —Había borrado de inmediato mi historial de búsqueda.

Javier se levantó y se estiró como si llevara horas sentado.

—Fatima y yo empezaremos a preparar el papeleo y lo tendremos en tu mesa en menos de una hora. ¿Cuántas semanas de indemnización?

Miré a Sue, aunque acababa de llamarme gilipollas.

—¿Serán suficientes dos semanas?

—Por supuesto que no. Que sean seis. —Sue cruzó los brazos sobre el pecho—. Esto no es culpa suya. Y puede que no te lo creas, pero tiene un alma pura.

—Bien. Seis semanas. —Me puse en pie y me dirigí hacia la puerta mientras recogían sus pertenencias—. Gracias por reuniros conmigo con tan poca antelación. Como siempre, espero la máxima discreción en el manejo de este asunto.

Fatima y Javier se fueron, pero Sue se quedó en la puerta. Lo último que necesitaba era que me sermonease. Solo le permitía que me echara la bronca porque la mayoría de las veces tenía razón, y yo respetaba su capacidad para contratar personal. Tanto que, cuando discrepábamos, la escuchaba y reflexionaba antes de tomar una decisión definitiva.

Excepto esta vez.

—Sue. No empieces.

Me dirigió una mirada larga y apenada y me apretó un brazo.

—No iba a hacerlo. Me doy cuenta de que ya te estás castigando por esto. —Hizo una pausa antes de añadir—: Me gustaría que le dieras una oportunidad. ¿Cuándo te he aconsejado mal?

No pude evitar sentir una punzada de culpabilidad. Era como una aguja afilada que se clavaba en mi corazón y se hundía cada vez más mientras yo intentaba ignorarla. Ya había dejado que mis sentimientos personales nublaran mi juicio una vez en este tipo de cosas, y no volvería a hacerlo. Los sentimientos no debían influir en mis decisiones.

—Mi decisión es definitiva.

Apretó los labios y asintió. Cuando me dejó solo en la puerta de mi despacho, una sensación pesada se instaló sobre mi pecho dificultándome la respiración.

Garrett había tenido la mejor idea largándose, pero yo tenía demasiado que hacer.

Cerré la puerta y, justo cuando volvía a sentarme en el escritorio, se abrió la puerta y entró Ethan.

—Ethan. ¿A qué debo el placer?

—¿De qué iba eso? —fue directo al grano.

—Vamos a despedir a Paige en cuanto estén listos los papeles. —Contemplé la pantalla de mi ordenador para evitar su mirada. Una mirada que había pasado rápidamente de curiosa a despiadada.

—¿Por qué?

—Eso no es de tu incumbencia. Esta tarde ya no estará, así que deberías ponerte a hacer las tareas de hoy. —Hice clic en mi ordenador, sin nada que

hacer en particular.

Puso los brazos en jarras.

—¿Sabías que ya tiene todo tu correo clasificado? Ha tardado unos treinta minutos como mucho.

Eso me llamó la atención, y abrí el correo.

—Eso es imposible.

—Compruébalo tú mismo. No sé por qué no se nos había ocurrido utilizar un *plugin* o un programa para gestionar el correo. Yo ni siquiera sabía que existiera una alternativa a lo que ofrece el proveedor de correo. En su último trabajo Paige trabajó con un programador informático para que le hicieran un programa. Al parecer, clasifica según la frecuencia de los correos de la persona, las frases clave, ese tipo de cosas. Supersofisticado y más allá del nivel de comprensión de mi cerebro geriátrico.

—Tienes veinticinco años, no ochenta y cinco. ¿Cómo sabes todo esto? —No me sorprendió que tuviera toda esa información, pues veía y oía muchas cosas sentado en la recepción de nuestra planta.

—Bueno, cuando ha salido del baño, después de llorar, hemos estado hablando de los continuos problemas con el correo. No resuelve el problema del todo, pero al menos ordena correctamente la mayor parte para hacerlo más manejable.

—¿Estaba llorando? —Se me revolvió el estómago. Había supuesto que estaría enfadada después de lo que había pasado, pero no llorando.

Joder, lo más bonito que se podía decir de mí era que tenía la inteligencia emocional de un erizo de mar y era igual de punzante.

Una sonrisa de complicidad se dibujó lentamente en su rostro.

—Ya veo…

—Tú no ves nada, Ethan. Vete a trabajar. —Volví a abrir unos archivos al azar y a cerrarlos. Ni siquiera podía pensar en lo que tenía que hacer, pero quizá, si seguía así, Ethan podía ver que estaba ocupado y se iría.

—Me pregunto cómo se sentirá Garrett por el injusto y prematuro despido de Paige después de haberla llevado a comer… al Pastrami Palace.

—¿Que Garrett ha hecho qué? —Era de conocimiento general que, cuando Garrett iba al Pastrami Palace, quería que lo dejaran solo. Había ido a comer allí muchas veces con Luca o a coger un bocadillo para llevar, pero nunca con Garrett—. Espera. ¿Cómo sabes eso?

—Los he oído hablar de camino al ascensor. —Ethan no era de los que se

inventaban las cosas, pero aun así, si no hubiera sido el mejor amigo de mi hermana, ya lo habría despedido.

Deja de despedir a la gente, gilipollas.

No era mi propia voz la que sonaba en mi cabeza: al parecer, la voz de Paige se había abierto paso en mi pensamiento consciente.

Cogí el móvil y le fruncí el ceño a Ethan, que salió corriendo de mi despacho. Que Garrett hubiera llevado a Paige a comer complicaba un poco las cosas, así que me urgía averiguar qué estaba pensando exactamente. El teléfono sonó una vez antes de que Garrett contestara con un fuerte suspiro. De fondo se oía el ruido sordo del tráfico y el clic de un intermitente.

—¿Así me saludas? —Mi voz era tranquila, aunque no se podía decir lo mismo de mí.

De los tres, Garrett era el último que necesitaba salir con uno de nuestros enganches. Habíamos pasado por ello antes, y había sido un desastre. La única diferencia era que en esta ocasión yo también sentía algo. Joder.

—Te he dicho que había terminado por hoy. —Sonaba tan cansado como yo —. ¿Qué pasa?

—Me han dicho que te has ido con Paige a almorzar. —Me molestaba más de lo que debía. ¿O eran celos? No, no estaba celoso. ¿Por qué demonios iba a estarlo? Apenas la conocía.

La conoces mejor de lo que crees.

—Eeeh… Sí, ¿y qué? —Su tono desdeñoso me dio ganas de tirar mi teléfono contra la pared.

Miré la hora en mi ordenador.

—No son ni las once.

—Repito: ¿y qué? —Las palabras de Garrett eran afiladas, cortantes.

—La has llevado al Pastrami Palace.

Se quedó en silencio.

—Garrett. —Mi voz era baja y áspera, mi agitación estaba ganando la partida —. ¿No lo niegas? Pensaba que el Pastrami Palace era tu lugar sagrado de soledad o alguna mierda así.

—¿Te has mirado en el espejo últimamente? —espetó.

—¿Qué coño tiene eso que ver con el pastrami?

—Puede que quieras echar un vistazo, porque te estás poniendo verde.

¿A qué venía esa actitud? Normalmente era el más tranquilo de los tres, pero sus palabras me golpearon como una ola. ¿Por qué sentía el impulso de saltar a

través del teléfono y asfixiarlo con mis propias manos? Pero yo no era así, por lo que me tragué mi indignación y mantuve la calma.

Olvidas de dónde vienes.

—Acabo de salir de una reunión con Sue, Javier y Fatima. Están preparando los papeles del despido y una indemnización. ¿Hay algo de lo que legalmente tengamos que preocuparnos?

—Oh, oh…

—¿Cómo que «oh, oh»? ¿«Oh, oh» qué? Acabáis de comer juntos, ¿verdad? —Me dolía la mano de lo fuerte que estaba agarrando el móvil.

Carraspeó.

—Puede que la haya besado. —Entonces fui yo el que se quedó en silencio —. Y puede que le haya lamido el escote a plena luz del día. En mi defensa debo decir que no podía desperdiciar una mostaza en perfecto estado.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Qué se supone que tenemos que hacer ahora? Eso es acoso sexual.

—No seas ridículo. Adelante, despídela si quieres. Yo recogeré los pedazos que dejes a tu miserable paso. —Colgó.

Intenté llamarlo de nuevo, pero me saltó el buzón de voz. Un calor abrasador inundó mi cuerpo. ¿Cómo podía ser tan descuidado? Había corrido un gran riesgo con sus acciones.

Una ventana de chat se abrió en mi ordenador para distraerme de la espiral en la que me encontraba.

Fatima: *Aquí está la documentación con todo lo que hemos hablado.*

Rápidamente hice doble clic en el archivo adjunto y lo hojeé. Era el mismo que dábamos a todos los empleados, salvo por el motivo de despido, que era una auténtica porquería.

Yo: *Me parece bien. Adelante, envíalo. Cuando lo firme, avísame y haré que los de seguridad la acompañen al exterior del edificio.*

Quería terminar con aquello, aunque, en el fondo, no quisiera terminar con ella.

10

SIN VASELINA

PAIGE

—¡Golfa! —me chilló Nora al oído cuando le conté mi cita con Garrett. Acababa de volver a mi despacho y había cerrado la puerta para llamar a mi mejor amiga.

—Y luego me ha acompañado de vuelta a la oficina, me ha dicho adiós con la mano y se ha largado. A mí me están grabando, en serio; en cualquier momento me va a salir un equipo de cámaras al grito de «¡Inocente!». La pregunta es: ¿qué harías tú? —Yo tenía claro lo que debía hacer, pero solo podía pensar en mi situación económica.

—Disfrutar del paseo…, ¿o debería decir paseos? ¿Qué opina de todo esto el tío del *piercing* en el pene?

—Se llama Luca, y no lo sé. Parecía tranquilo, pasado el susto inicial. —Me conecté a mi portátil—. Joder. Pues nada, parece que no tengo de qué preocuparme. Me van a despedir. —Con un suspiro pesado, hice clic en el correo con el asunto *«Despido»* y abrí el DocuSign.

—¡No pueden hacer eso! ¿No?

—Solo llevo empleada aquí unas horas. Pueden hacer lo que quieran. Debería haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad. ¿Ser contratada para un puesto que no había solicitado y empezar enseguida? Bandera roja. Banderas rojas por todas partes.

—A veces las mejores experiencias surgen de ignorar las banderas rojas. ¿Qué dice el correo?

—«Le escribimos para informarla del cese de su relación laboral con LRG Marketing, con efecto inmediato. Esta decisión se ha tomado debido a un conflicto de intereses que ha surgido y que era desconocido en el momento de su contratación. En concreto, ha llegado a nuestro conocimiento que ha mantenido una relación personal con su supervisor directo, Ryker St. James.

»Como empleada de LRG Marketing, es importante mantener un entorno profesional y evitar cualquier conflicto de intereses que pueda comprometer la integridad de nuestra empresa. Su relación anterior con su supervisor crea un sesgo potencial y puede dar lugar a preocupaciones con respecto al trato justo y la objetividad en el lugar de trabajo. Para garantizar los intereses de la empresa, hemos tomado la difícil decisión de despedirla».

El documento empezó a desdibujarse cuando unas lágrimas calientes amenazaron con hacer su aparición. Parpadeé varias veces para intentar deshacerme de ellas, pero las palabras seguían siendo un revoltijo.

—¡Esos cabrones…! Voy a coger un avión ahora mismo para ir a darles de bofetadas. —Nora intentaba aligerar el ambiente, pero su declaración en mi nombre hizo que se me saltaran las lágrimas finalmente.

Mis ojos se clavaron en la palabra «indemnización».

—Me dan seis semanas de sueldo. Eso es…

—¡Olvídate del dinero! ¿De qué van? —Si Nora hubiera estado en mi lugar, ya habría estado recorriendo el pasillo a grito pelado.

Era extraño, por no decir otra cosa, y me hacía sentir como un juguete. Todo aquello se podía haber evitado si hubiera utilizado mi cerebro e investigado la empresa con anterioridad. Las fotos de los empleados estaban al final de la página principal.

Seguí leyendo el documento hasta que llegué al acuerdo de confidencialidad. Había firmado uno en relación con la empresa junto con el contrato, pero este se refería a aquella noche. Era vago y solo mencionaba a Ryker, pero para mí estaba más claro que el agua.

Se me revolvió el estómago. Una cosa era despedirme porque se sentían incómodos teniéndome como empleada, pero otra cosa era obligarme legalmente a no hablar nunca de ello.

—Me está sobornando. No quiero su dinero. —Lo cerré todo y apagué el portátil. La decisión estaba tomada. No pensaba renunciar de esa manera a mis derechos.

—Técnicamente es dinero de LRG Marketing. Es normal que te den una indemnización por despido. De cualquier manera, te van a despedir, ¿no? Más vale que te paguen bien.

—Quieren que firme un acuerdo de confidencialidad sobre aquella noche. Creo que la han llamado «la relación anterior entre Ryker St. James y Paige Harper». ¿Quién hace algo así? —Cogí un bloc de notas adhesivas del bolso y

un bolígrafo—. Prefiero comer arroz y pasta a darles la satisfacción de tratarme como si fuera un gusano.

En una nota adhesiva escribí *«Que te jodan»* y en otra *«Dimito»*. Las puse justo en medio del escritorio y me levanté con mi bolso.

—Lo hace la gente rica. ¿Quizás no quieren que se sepa que les gusta mirar y ser mirados? ¿Qué piensas hacer? —Nora sonaba suspicaz, como si acabara de verme escribir aquellas notas.

—Dimitir. —Me asomé al pasillo para encontrármelo vacío, y salí en una alocada carrera hacia la escalera. Si iba hacia el ascensor, tendría que pasar por sus despachos, por la sala de reuniones y por delante de Ethan—. Pero…

La llamada se cortó porque perdí la cobertura en el hueco de la escalera. Menos mal, porque no quería dudar ni arrepentirme de mi decisión. ¿Era una estupidez no aceptar el dinero?

Era yo la que tenía que vivir con aquella decisión, y que me obligasen a callar a cambio de pasta era donde ponía el límite, aunque no hubiera planeado hacerlo así. Pensar en aceptarlo me producía una sensación desagradable.

Me detuve en el siguiente piso y puse la mano en el picaporte de la puerta de acceso antes de reconsiderar la posibilidad de bajar otro. La gente se preguntaría quién era y posiblemente llamarían a seguridad, pero la otra opción era bajar sesenta y nueve tramos más de escaleras.

—¡Joder! —Mi voz resonó en la escalera y me quité los tacones. No eran muy altos, pero mis pies estarían muertos si me los dejaba puestos hasta llegar abajo.

Pero bajar a pie no podía ser tan malo. Necesitaba tiempo para pensar.

«¿Pillar a tu prometido engañándote te mata las neuronas?», tecleé en Google, sentada en el sofá con los pies apoyados en la mesita. Las piernas y los pies me estaban matando, y no sabía en qué demonios había estado pensando al bajar tantísimas escaleras.

No estabas pensando. Ese es el problema.

Lancé el móvil lejos de mí y lo vi deslizarse entre el brazo del sofá y el cojín. Qué bien. Ahora ya no tendría que ver el nombre de Daniel aparecer a intervalos de cinco minutos cada vez que me enviaba un mensaje o me llamaba. Había sido implacable durante la última hora, y yo había optado por ignorarlo, aunque tal vez debí haber puesto el teléfono en silencio antes de

tirarlo.

Faltaba un mes para lo que habría sido el día de nuestra boda, y él me decía que necesitaba saber qué pensaba hacer yo. Creía que se lo había dejado muy claro, pero él parecía pensar que cada vez que preguntaba estaba más cerca de hacerme cambiar de opinión.

En retrospectiva, nuestra relación había estado plagada de problemas que yo había ignorado, y me sentía idiota por haber estado a punto de casarme con él. Cuánto tiempo perdido con un hombre que me hacía luz de gas y me trataba como a un felpudo…

Cogí una galleta Oreo del paquete que tenía al lado y me la metí entera en la boca. La decisión de mudarme a Nueva York había sido la peor que había tomado en la vida. Las notas adhesivas que recubrían el borde de la mesita con mis deudas me lo recordaban:

«37.000 en préstamos estudiantiles
3.600 de la tarjeta de crédito número uno
5.900 de la tarjeta de crédito número dos
7.200 de la tarjeta de crédito número tres
2.000 factura del dentista».

Sí. Me habían dado bien, y encima sin vaselina ni nada. Me comí otra Oreo, era lo único que se me ocurría.

Llamaron a mi puerta y estuve a punto de ahogarme. Tosí, me puse en pie con cautela y me acerqué a la puerta arrastrando los pies. Una mirilla, al parecer, era demasiado pedir, y no podía permitirme una cámara para el timbre. Me sentía segura en mi piso y en mi edificio, pero ¿había en realidad algún lugar seguro en aquella ciudad gigantesca?

—¿Quién es? —balbucí, tragándome el último trozo de galleta que me quedaba en la boca.

—Ryker.

¡Ryker! ¿Qué demonios estaba haciendo en mi apartamento?

—No conozco a ningún Ryker —grazné, dejando que las migas de galleta alojadas en mi garganta siguieran ahogándome.

—Los tacones que llevabas hoy están en la puerta, Paige. Abre. —Dios, esa voz hizo que mi cuerpo reaccionara, y también el hecho de que recordara qué zapatos me había puesto.

—Paige está actualmente cerrado por negocios. Por favor, diríjase a la salida

—dije con voz mecánica.

—No eres un negocio. Abre la puerta. —No pude captar de qué humor estaba, pero sonaba tranquilo a pesar de su actitud hacia mí en la sala de conferencias.

—¿No? Lo siento. Pensaba que recibir dinero por sexo era un negocio. ¡Oye! Tal vez me pueda dedicar a eso. Dicen que las fotos de pies se pagan bien. No es una deshonra aprovechar tus activos.

Por desgracia, esos activos estaban hinchados en ese momento.

—Eso no es lo que… Abre la puta puerta. —¿Acababa de gruñirme?

Abrí la puerta de golpe, dispuesta a darles a mis vecinos el espectáculo de la noche, pero me recibió un hombre que irradiaba estrés por todos los poros. Su pelo rubio parecía no haber conocido jamás un peine, y no llevaba la chaqueta del traje ni la corbata. En una mano sujetaba un sobre de papel manila, y no tuve que preguntarle qué contenía.

Sus cansados ojos azules me miraron, deteniéndose en mi pecho al subir.

—Joder. No deberías llevar eso.

Se me encendieron las mejillas y bajé la mirada hacia mis pantalones cortos de ciclista y mi fina camiseta. Tenía razón, no debía ir así, pero tampoco había estado esperando visita.

—No tenías ningún problema cuando no llevaba nada. —Hice ademán de cerrar la puerta, pero él puso el pie para impedírmelo—. ¿Qué parte de «vete» no entiendes?

—No me refería a eso. —Se abrió paso hacia el interior, y yo estaba demasiado débil para detenerlo—. Tus vecinos te van a ver los pezones y los muslos y van a tener ideas.

—Mis vecinos son inofensivos. —No hacía falta que le dijera que tenía una camiseta extragrande para cuando iba al baño.

Mientras cerraba la puerta, echó un vistazo a mi apartamento.

—¿Vives aquí?

—No. Aquí es donde me prostituyo. —Hice una mueca de dolor cuando di los cinco pasos escasos que había hasta la cocina, y tuve que apoyarme en la encimera.

—Deja de hablar así. —Se volvió hacia mí y me tendió el sobre.

Lo miré con el ceño fruncido.

—No pienso firmar nada.

Se llevó la mano al costado y se giró para mirar el altillo y luego mi sala de

estar.

—¿Esto es legal?

—¿Qué vas a hacer, denunciar mi edificio a la policía? El altillo cuenta como espacio habitable. —¿Por qué estaba defendiendo aquel apartamento que odiaba? Había parecido mucho más grande en las fotos, pero luego resultó que no contenía nada más que el sofá.

Sin pedir permiso, Ryker se sentó en el sofá.

—Puedo esperar toda la noche si hace falta.

—Hacer que alguien firme unos documentos legales bajo coacción no queda bien que se diga. —Crucé los brazos sobre el pecho porque sus ojos no dejaban de posarse en mis pezones—. ¿Te crees que está bien aparecer por aquí sin avisar y entrar por la fuerza?

—Cuando se trata de mi negocio, hago cualquier cosa para protegerlo. —Volvió a extender el sobre—. Firma esto.

Con un suspiro derrotado, di un paso adelante y le arrebaté el sobre. Oía débilmente el zumbido de mi teléfono, que estaba justo a su lado. Saqué los papeles impresos, dispuesta a tirarlos al fregadero y abrir el grifo. Dos trozos de papel más pequeños revolotearon hasta caer al suelo, y me agaché con un gemido para recogerlos. Me iba a resultar imposible caminar o levantarme al día siguiente con lo dolorida que estaba.

—¿Por qué hay dos cheques? —Uno era por seis semanas de sueldo, algo más de diez mil dólares, y el otro era un cheque de Ryker por otros diez mil—. ¿Qué es esto?

Me temblaba la mano al leerlo y releerlo. ¿Cómo podía algo ser tan asombroso y tan desgarrador al mismo tiempo?

—Es por las molestias que te he causado. —Había auténtica preocupación en su voz—. ¿Qué es esto? ¿Más notitas de amor?

¿Notitas de amor? Lo miré justo cuando cogía una de mis notas adhesivas.

—¡Deja eso!

Demasiado tarde. Había cogido, por supuesto, la nota con mi deuda de préstamos estudiantiles.

—¿Qué es esto?

El zumbido de mi teléfono aumentó mientras él cogía las notas adhesivas y las apilaba unas encima de otras.

—¿A ti qué te parece? —Miré los cheques y papeles que llevaba en la mano y los volví a meter en el sobre—. Deberías irte.

No dijo nada, solo se quedó mirando los cuadrados de colores brillantes que sostenía. Me temblaban las piernas, pero por muchas ganas que tuviera de sentarme, no me atrevía a moverme. Finalmente se aclaró la garganta.

—¿Sabías quién era yo?

—¿Qué quieres decir?

—Esa noche en el bar. ¿Sabías quién era? —Me miró con ojos tristes.

—No. ¿Por qué iba a saberlo? Solo estaba… —*Siendo valiente. Siendo estúpida. Siendo impulsiva.*

Mi teléfono volvió a sonar.

—¿Quién cojones está llamándote sin parar? —Metió la mano en las entrañas del sofá para localizar el zumbido y sacó mi teléfono—. ¿Quién es Daniel?

Por suerte, el teléfono dejó de sonar.

—Nadie. Dámelo. —Dejé caer el sobre sobre la mesa y extendí la mano justo cuando empezaba a sonar de nuevo.

Se levantó, alejándose de mí y acercándose el teléfono a la oreja.

—¿Diga?

Me senté, derrotada, tratando de respirar y con el cuerpo dolorido. La probabilidad de recuperar mi teléfono era mínima. Ryker era fuerte y yo estaba a punto de desmayarme por el dolor en los isquiotibiales y los cuádriceps.

—¿Quién coño eres? —La voz de Daniel era distinguible desde donde yo estaba, ya que siempre tenía el volumen al máximo. Odiaba cómo sonaba el altavoz, y el volumen máximo era demasiado.

—¿Quién coño eres tú? —respondió Ryker—. ¿Por qué no dejas de llamar?

—Soy el puto prometido de Paige tratando de llevar a cabo los preparativos para nuestra boda. Que se ponga.

Cogí mi paquete de galletas Oreo para evitar la mirada de Ryker, y me las puse en el regazo. Era mucho más de helado, pero era demasiado caro, y el diminuto congelador no funcionaba muy bien.

—¿Prometido? —Ryker empezó a pasearse, pasándose una mano por el pelo —. ¿Qué quieres decir con que eres su prometido?

—Ex —murmuré con la boca llena de Oreo.

—Paige tiene la boca llena ahora mismo, así que no puede hablar contigo. —No había ni una pizca de humor en la voz de Ryker.

—Escucha, imbécil. No sé quién te crees que eres… —Ryker le colgó—. ¿Estás prometida?

Le apunté con una Oreo.

—Es un exprometido que me ponía los cuernos.

—¿Por eso vives aquí? —Volvió a mirar en torno con las cejas fruncidas.

Lo que habría dado por escuchar sus pensamientos. De repente parecía que le importaba y al segundo siguiente me pedía que firmara los papeles otra vez e insinuaba que yo buscaba dinero. Tiré el paquete sobre la mesa, pero se deslizó por un lado y cayó al suelo junto con las galletas.

Ups.

—Vivo aquí porque perdí la puta cabeza, hice las maletas y me mudé aquí con lo suficiente para tres meses de alquiler y gastos. Me había gastado todo mi dinero en los depósitos de la boda porque mis padres no podían ayudar, y la familia de Daniel es tradicional en el hecho de que es la familia de la mujer la que debe pagar la boda. Por supuesto, como de todas formas estoy en la ruina, Daniel dijo que, si ponía todo mi dinero en ello, él pondría el resto. —Me reí por no llorar.

—No te merece. —Su mano apretó mi teléfono, y me preocupé por la integridad del aparato.

—Ya lo sé. —Miré el sobre sobre la mesa—. Coger ese dinero solo me haría sentir como una mierda. Por mucho que lo necesite y me haga la vida más fácil…, me la haría diez veces peor porque me sentiría… —Se me puso un nudo en la garganta que me impidió hablar.

Ryker dejó mi teléfono sobre la mesa y se sentó a mi lado, juntando las manos mientras apoyaba los brazos en las rodillas.

—¿Qué significaría? Ayúdame a entenderlo, porque ahora mismo me resulta imposible.

—Que no soy lo bastante buena. Que la he cagado. Sentiría culpa. —Intenté explicarlo lo mejor que pude, ya que ni siquiera lo entendía del todo—. Me sentiría barata.

Se pasó las manos por la cara y giró la cabeza para mirarme.

—No era mi intención hacerte daño.

—Lo hiciste en cuanto me desperté y te habías ido. —Quería apartar la mirada, porque, maldita sea, qué ojos tan intensos—. Sé que fue un rollo de una noche, pero me sentí como… No sé. Olvídalo. —Aparté la mirada finalmente y un movimiento me llamó la atención—. ¡La rata! ¡Ha vuelto! —Mi chillido probablemente lo asustó más que mi revelación sobre mis sentimientos.

Sin pensárselo dos veces, Ryker se puso en pie, cogió mi manta del respaldo del sofá y agarró a la rata, que había empezado a comerse mis galletas.

Qué movimientos tan audaces, tanto los de la rata como los de Ryker.

—¿Tienes un conducto de basura? —Se dirigió hacia la puerta mientras la rata emitía unos chillidos como si la estuvieran asesinando.

—Al final del pasillo, junto al baño. —Me quedé congelada allí mismo, sin saber qué hacer aparte de bailar como si tuviera bichos por todo el cuerpo.

Parecía tenerlo todo controlado, Ryker había convertido la manta en un saco para transportar a la rata.

—Tendré que comprarte una manta nueva. Haz las maletas. No te puedes quedar aquí.

Entonces, ¿dónde diablos iba a vivir?

11

El hombre que susurraba a las ratas

Ryker

Enfrentarme a la rata del apartamento de Paige me trajo demasiados recuerdos. Llevaba todo el día luchando por mantener a raya mis demonios y la rata no era más que la guinda del pastel. O de la Oreo.

Si las ratas salían a pesar de haber gente en la habitación y comían con tanto descaro, eso significaba que había un problema mayor acechando tras las paredes. Habría apostado a que, si escuchaba con atención, hubiera sido capaz de oírlas.

Paige estaba justo donde la había dejado, en el sofá, cuando volví sin la rata ni la manta. No podía dejarla allí y quedarme tan tranquilo, pero sabía que iba a intentar discutírmelo.

Pero sí que puedes comprar su despido.

—No puedo dejar que te quedes aquí con este problema de ratas. Donde hay una, hay muchas. No es seguro —dije con firmeza, tratando de ignorar el aspecto de sus curvas bajo la ropa ajustada que llevaba. Su top era prácticamente transparente, y ver sus pezones a través de la tela me hizo recordar cómo había jadeado cuando me llevé uno a la boca en el ascensor.

Resopló y se cruzó de brazos, claramente descontenta con que me entrometiera en su vida.

—Llevo viviendo aquí más de un mes y solo he visto una rata otra vez. El portero dijo que se había ocupado del asunto.

—Pues está claro que no lo ha hecho. —Recogí el paquete de galletas Oreo y las pocas que se habían derramado por el suelo—. Ve a ponerte algo de ropa y haz una maleta para unos días hasta que podamos trasladarte.

Paige puso los ojos en blanco, pero pude ver el miedo en ellos.

—Vale, pero no voy a dejar mi apartamento para siempre. No puedo permitírmelo.

Asentí para calmarla por el momento.

—Lo entiendo. Primero vamos a sacarte de aquí y ya pensaremos en otra cosa.

Hizo una mueca de dolor, se agarró con una mano al reposabrazos del sofá y se levantó. Imaginé que por eso no se había levantado enseguida al ver a la rata.

—¿Qué pasa? —Localicé su papelera y tiré las galletas antes de atar la bolsa.

—¿Eh? —Se dirigió a la parte inferior de la escalera del altillo y miró hacia arriba.

—Parece que te duela algo, y te mueves como si fueras el Hombre de Hojalata y estuvieras oxidada.

—Solo es un poco de dolor. —Suspiró y trató de levantar la pierna.

—¿Un poco? ¿Qué has hecho? ¿Correr una maratón? —Me acerqué a ella y le coloqué la mano en la parte baja de la espalda para guiarla.

Se puso rígida.

—Setenta tramos de escaleras.

La giré hacia mí, lo que fue un error, porque ahora estaba prácticamente pegada a mi cuerpo.

—¿Qué quieres decir con setenta tramos de escaleras?

—Los he bajado, ¿vale? Soy una masoquista. —Acarició con el dedo uno de los botones de mi camisa—. Antes he subido hasta mi altillo, pero ahora me duele mucho más.

La cogí de la mano para detener aquellas caricias tortuosas.

—¿Te parece bien si, en ese caso, subo yo y te hago la maleta?

Ella asintió.

—Está un poco desordenado. Lo que cojas estará bien.

—¿Por qué no vas a tirar la basura mientras? —Le dediqué una pequeña sonrisa y subí por la escalera. El altillo era pequeño pero acogedor, con un colchón pegado a la pared y montones de ropa esparcidos por todas partes como si hubiera estado intentando organizarlos. No había forma de ponerse de pie, así que me arrastré hasta la cama.

No sabía por qué esa mujer me importaba tanto. Me había matado dejarla en aquella habitación de hotel y me había matado aún más despedirla. Pero en realidad no tenía elección.

«Tienes la opción de ser feliz, Rykie. Solo eliges no serlo porque es más fácil para ti y para tu corazón». El sermón de Luca llevaba resonando en mi mente todo el día,

pero me había hecho falta ver aquel lugar y ver a la rata para que sus palabras cobraran sentido.

Tenía la opción de dejar a Paige en aquel basurero y sentirme como una mierda pensando en ello o sacarla de ahí. Me puse a hacer la maleta, listo para irme a casa y dormir para olvidar todos los sentimientos contradictorios que tenía con cada decisión que tomaba en relación con esa mujer. Paige ya tenía una maleta medio llena, así que me limité a amontonar en ella cosas esenciales para acabar de llenarla. ¿No tenía nada más?

—¿Va todo bien ahí arriba? ¿No estarás haciendo algo asqueroso como restregar tu polla por mis bragas? —dijo Paige desde abajo. Ni siquiera tuvo que gritar para que la oyera; así de pequeño era el espacio.

—No, pero es una buena idea —sonreí mientras cerraba la cremallera de la maleta—. ¿Necesitas algo más aparte de la ropa? ¿Un vibrador? ¿Una mantita o un peluche especial?

Hacía mucho tiempo que no salía con una mujer —no es que estuviera saliendo con Paige—, pero normalmente había un peluche por alguna parte.

Paige se rio.

—No, ya está todo. Mueve el culo para que podamos salir de aquí. Creo que he oído unos arañazos debajo del fregadero.

Mientras volvía a bajar por la escalera, no pude evitar sentir alivio por haberla sacado de aquel lugar. Era demasiado estrecho, y ella se merecía algo mejor.

Se merece algo mejor que tú.

Me sacudí el pensamiento de la cabeza. ¿Tenía esta mujer algún tipo de feromona que nos provocaba a Garrett y a mí pensamientos estúpidos? Porque él no la habría besado si no los tuviera también. ¿Y Luca? Con él era imposible saberlo.

—¿Quieres coger algo más? —Llevé sus cosas hasta la puerta—. ¿Algo del baño?

—Esto es como una residencia de estudiantes. —Cogió una bolsa de plástico y se acercó a mí—. Mis cosas del baño están justo detrás de ti.

Me aparté y ella señaló un carrito de tres pisos. Metió una cesta de ducha en la bolsa y llenó un gran neceser con otras cosas que había esparcidas por el estante superior.

—¿Te importa si te pregunto cuánto pagas por este lugar? —La ciudad era cara, así que no podía culparla por elegir un lugar con baño compartido.

Pasó junto a mí y descorrió una cortina que ocultaba un armario bajo las escaleras.

—Cuatrocientos.

—¿Solo? —Su leve roce debía de haber provocado un cortocircuito en mi cerebro.

Sacó una bolsa de viaje y metió en ella todos sus artículos de baño.

—Con un mil.

—¿Cuatrocientos mil? —O yo la había entendido mal o estaba para encerrarme. No sería la primera vez que oía hablar de propietarios que se aprovechaban de los recién llegados, pero aquello era demasiado.

¿Qué me pasaba? No podía ser tan caro, ni siquiera en Nueva York.

—Te tomaba el pelo, tonto; mil cuatrocientos al mes. —Me miró—. ¿Cuánto pagas tú?

—Demasiado, eso seguro. —Me mataba ver tanto dinero salir de mi cuenta cada mes para impuestos y gastos comunes. No quería ni imaginar lo que sería si tuviera un préstamo.

Miró a su alrededor y cogió una camiseta que estaba sobre el brazo del sofá, y se la puso.

—Lista.

—Me sorprende un poco que no hayas discutido lo de quedarte ni un poco siquiera. —Abrí la puerta y salí al pasillo, e inmediatamente me golpeó un olor a marihuana—. Joder, ¿quiénes viven aquí, Beavis y Butthead?

—No está tan mal cuando te acostumbras al tufillo. Y no te lo he discutido porque, de todas formas, no habría podido dormir aquí esta noche. La noche que te conocí fue la primera vez que me encontré con una rata. —Se puso un par de Crocs y cerró la puerta—. Así que deberías darles las gracias.

En efecto, era para agradecérselo. Mientras caminaba hacia las escaleras con ella a mi lado, no pude evitar darme cuenta de lo bien que me sentía.

Por una vez, no sentí ni una punzada de culpabilidad por el gasto añadido de utilizar un servicio de coche privado. Era un lujo que había tardado mucho tiempo en plantearme, pero como la vida se había vuelto tan ajetreada, no podía negar su conveniencia.

Al principio, el trayecto fue silencioso, y apoyé la cabeza en la fría ventanilla. Estaba agotado por todas las emociones que se me habían acumulado durante

todo el día. No tenía ni idea de cómo iba a aguantar el resto de la semana si seguía así.

Estaba a punto de quedarme dormido cuando Paige rompió el silencio.

—Has estado impresionante con esa rata. ¿Qué eres? ¿Un susurrador de ratas?

Mantuve los ojos cerrados. Necesitaba darle algún tipo de explicación; si no por mis excepcionales habilidades para atrapar ratas, sí por mi actitud hacia ella.

—Tuve que cazar muchas cuando era más joven.

Fingió una arcada.

—¿Por diversión?

—No, por diversión no. —Suspiré y abrí los ojos para mirarla—. Crecí en un barrio bastante duro, repleto de ratas. Era atraparlas y deshacerse de ellas o dejar que se apoderaran de todo.

—Pero ¿por qué cazarlas? ¿No podíais llamar al servicio de control de plagas o poner trampas? —Se estremeció, probablemente imaginándose la escena.

—Esas cosas hay que pagarlas, y nosotros no podíamos.

Paige sacudió la cabeza con una expresión pensativa en el rostro.

—Es una locura. Mi familia tampoco era rica, pero no era tan malo.

—No es algo de lo que me guste hablar. —Me apoyé en el reposacabezas; el peso de los recuerdos cayó sobre mis hombros.

—Lo siento —dijo en voz baja—. No quería meterme donde no me llaman.

—No pasa nada. Lo pasado pasado está. —Ojalá fuera cierto. A pesar de que Luca me había recordado antes que nunca volvería a esa situación, el miedo resurgía de vez en cuando.

La mano de Paige buscó la mía y la apretó suavemente, sorprendiéndome.

—No te avergüences de donde vienes, Ryker. Es parte de ti y te hizo ser quien eres hoy.

Giré la cabeza para mirarla y nuestros ojos se encontraron. Era como si pudiera ver a través de mí, como si estuviese destruyendo el muro de ladrillos que yo había construido durante años para protegerme.

—Gracias —susurré, sorprendido por el nudo que se me había puesto en la garganta—. Nadie me había dicho nunca nada así, y menos cuando he sido un completo imbécil con ellos.

—Lo digo en serio —respondió, frotándome el dorso de la mano con el pulgar—. Seas o no un imbécil.

Era extraño cómo alguien a quien prácticamente no conocía podía tener tal efecto en mí. Pero había algo en Paige que me hacía querer dejarla entrar. Tal vez era por la forma en que me miraba como si yo valiera algo, o tal vez se tratase de su resistencia a dar marcha atrás, aunque yo se lo estuviera poniendo difícil.

Carraspeé y aparté la mano de la suya antes de llevármela a los labios.

—Ya estamos llegando.

—¿Y dónde, exactamente? —Ella estaba detrás del asiento del conductor y no podía ver el edificio por el lado del copiloto.

—A mi casa. Te quedarás conmigo hasta que resolvamos tu situación.

—Esa no es una buena idea.

—¿Por qué? —Me desabroché el cinturón y abrí la puerta—. Te prometo que está libre de ratas.

Paige agarró su tirador, con los ojos fijos en su regazo.

—Es que nosotros…, bueno, nos acostamos, y tú has insistido mucho en que no quieres volver a verme. ¿Y ahora me quedo en tu casa?

Hice una pausa; aún tenía medio cuerpo dentro del coche.

—¿Prefieres que te lleve a un hotel?

—Es que has sido muy duro conmigo, ¿y ahora vas a dejar que me quede contigo? ¿A qué viene ese cambio? Sigo sin querer firmar nada.

Eso lo había dejado muy claro, y sus razones eran tan válidas que me hicieron sentir un poco culpable por cómo había manejado toda la situación.

—He estado dentro de ti; lo mínimo que puedo hacer es ofrecerte mi habitación de invitados. —Salí dejando la puerta abierta para ella.

Así, con delicadeza.

El conductor ya estaba abriendo el maletero y sacando las maletas de Paige, así que me apresuré a ayudarlo. Podía separar lo nuestro de ayudar a una persona en apuros, ¿no? Además, era solo por unos días, hasta que le encontráramos otro lugar donde alojarse.

Nada de «lo nuestro».

Por fin salió del coche con los labios apretados. No quería arriesgarme a que me pidiera que la llevara a un hotel o a su casa, así que me quedé callado mientras subíamos a mi piso, en la trigésimo octava planta.

Cuando abrí la puerta, Paige se quedó boquiabierta. No podía culparla; mi piso parecía sacado de una revista. El diseño moderno y elegante combinaba a la perfección con el mobiliario cálido y acogedor. Cuando me mudé, al

principio me había parecido frío y poco acogedor con tanto blanco y cromo.

—Vaya —suspiró, recorriendo el espacio con los ojos muy abiertos antes de caminar hacia los grandes ventanales con vistas a Central Park y al río Hudson —. Esto es increíble.

Una extraña sensación de *déjà vu* me recorrió cuando dejé sus cosas al final del pasillo y caminé hacia ella. Esta vez, sin embargo, no la abracé.

Mientras permanecíamos en silencio y cada uno en su sitio, no pude evitar fijarme en lo guapa que estaba bajo el suave resplandor de las luces de la ciudad. Me sorprendió lo mucho que deseaba tomarla en mis brazos y besarla de nuevo.

—Deja que te acompañe a tu habitación. —Me alejé de ella antes de hacer algo estúpido—. Está justo al final del pasillo.

Los pasos de Paige resonaron en el silencio cuando me siguió. Me detuve frente a la habitación de invitados y le hice un gesto para que entrara. El dormitorio estaba bien, tenía una cama de matrimonio y su propio cuarto de baño. No disfrutaba de las mismas vistas que el salón o mi habitación, pero aun así era agradable.

—Espero que sea lo suficientemente cómodo. —Entré tras ella.

—Es perfecto. Es más grande que todo mi apartamento. —Se giró para mirarme y vi la vacilación en sus ojos—. ¿Estás seguro de que no pasa nada?

Me acerqué y clavé mis ojos en los suyos, manteniéndolos fijos en ella durante más tiempo del necesario.

—¿Por qué iba a pasar algo?

El corazón me latía con fuerza en los oídos y me sudaba la espalda. Retrocedió unos pasos, hasta que chocó contra la pared.

—Ryker —gimoteó cuando le acaricié la mejilla—. Vaya. Tienes la mano caliente.

—Nunca había recibido un cumplido acerca de mis manos. Normalmente, es Garrett el que se lleva todos los cumplidos de manos y brazos. —Mis palabras fueron justo el recordatorio que necesitaba para despertar de aquella ensoñación, y di un paso atrás—. Lo siento. No sé qué me ha pasado.

Se acercó a mí y posó una mano en mi mejilla.

—Estás ardiendo. ¿Te encuentras bien?

Me palpé la frente. Mierda.

—Hoy me he encontrado un poco mal todo el día, pero pensaba…

—Pensabas que era por mí. —Le dio la vuelta a la mano y noté el contraste

de temperatura entre los dos—. Deberías ir a tomarte la temperatura y dormir un poco. Pareces cansado.

Asentí, sin muchas ganas de irme de su lado.

—Sí, debería hacer eso. Buenas noches, Paige. —Me dedicó una sonrisa suave mientras yo retrocedía hacia la puerta sin quitarle los ojos de encima.

—Buenas noches, Ryker.

Cerré la puerta tras de mí y me apoyé en ella un momento, sintiéndome como un adolescente enamorado. A lo mejor tenía fiebre y estaba alucinando.

De camino hacia mi habitación, mis pensamientos se perdían en ella. La forma en que me miraba, la suavidad de su piel, el sonido de su voz. Toda su persona me estaba volviendo loco. Era como si me hubiera hechizado y no pudiera deshacerme de ella.

Al parecer, mi pene tampoco.

Entré en el cuarto de baño, abrí la ducha y me desnudé. Esperaba que una ducha fría me calmara la necesidad que me quemaba por dentro.

Al menos por el momento.

12

Ice, Ice, Baby

Luca

Me quedé ante la puerta de Ryker, preguntándome si llamar o si utilizar mi código de acceso sin más. Que Ryker no se presentara en la oficina a las nueve era algo inaudito, y me tenía preocupado. Además, no solo no había llamado, sino que su teléfono saltaba directamente al buzón de voz. Después de nuestra conversación del día anterior, no parecía muy equilibrado, aunque habíamos terminado nuestra pequeña discusión con un abrazo.

¿Seguía enfadado porque me había echado en cara el dinero de mi familia? Pues la verdad era que no. No podía negar que mi vida había sido muchísimo más fácil que la suya gracias a ese dinero, y no era tan engreído como para no reconocer el privilegio extremo que tenía.

Levanté la mano para llamar, pero me lo pensé mejor. Si no contestaba al teléfono, no creía que quisiera abrir, así que introduje el código para entrar y la puerta emitió un pitido que me permitió el acceso. Lo primero que me llamó la atención fue el par de Crocs rosas que había en la entrada.

Ryker no llevaba chicas a su casa, y las que estaban dispuestas a quedar no se ponían Crocs para ir a una cita.

El salón y la cocina estaban en silencio, pero el inconfundible sonido de un gemido procedía del dormitorio de Ryker, al final del pasillo. Mi corazón se aceleró con una mezcla de adrenalina y celos. ¿De verdad estaba con alguien cuando debería estar en el trabajo? Tal vez había estado viendo a alguien a escondidas.

Me quité los zapatos de una patada para avanzar sigilosamente por el pasillo hasta la puerta ligeramente abierta de su dormitorio.

—Ah. —Definitivamente era un gemido de Ryker, pero sonaba… ¿dolorido?

—Solo un poco más —ordenó una mujer con voz tensa—. Eso es. Ahora abre la boca.

—No puedo —graznó Ryker. ¿Qué coño le estaba haciendo?—. Sí que puedes —murmuró ella con suavidad—. Ahora bebe.

Intenté ver qué pasaba, pero el ángulo de la puerta me impedía la visión. No quería interrumpir; en todo caso, quería quedarme allí de pie y escuchar, así que me ajusté los pantalones, acerqué el oído a la abertura e intenté captar todos los sonidos. Debería haberse oído el sonido de la piel al chocar o de fluidos corporales, pero había silencio.

—¿Ya? —Ryker tosió—. Joder, eso quema.

Fruncí el ceño. Necesitaba ver qué pasaba en la habitación. Quizá si empujaba un poco más…

La puerta se abrió de golpe y me tambaleé al tiempo que la mujer gritaba. Pero no era cualquier mujer: era Paige.

—¿Qué cojones, Luca? —Ryker estaba en calzoncillos detrás de ella.

Me apoyé en la pared y me llevé la otra mano al pecho.

—Creo que mi corazón acaba de pegar un salto mortal.

—¿Nos estabas espiando? —Paige sostenía una taza de café con tanta fuerza que parecía que iba a romper el mango.

—Pues… Bueno… —Miré a Ryker en busca de ayuda.

—Ha pensado que estábamos haciéndolo. —Ryker tosió y volvió a la cama —. Aunque sabe que no traigo mujeres aquí.

—Bueno, es obvio que sí. —Miré a Paige de arriba abajo. Llevaba una camiseta demasiado grande y las piernas desnudas—. ¿Has dormido aquí?

—En la habitación de invitados. —Se irguió, y la camiseta se levantó lo suficiente para mostrar sus muslos—. ¿Tienes la costumbre de escuchar a la gente teniendo sexo?

—A propósito no. Solo si hacen el ruido suficiente. ¿Tú no lo harías? — Retrocedí mientras ella salía de la habitación cerrando suavemente la puerta tras de sí—. ¿Está bien?

—Tiene fiebre y dolor de garganta. —Pasó a mi lado y la seguí.

—¿Y te llamó para que vinieras a cuidarlo y viniste por voluntad propia? — Eso no tenía sentido teniendo en cuenta lo gilipollas que Ryker había sido y el hecho de que la había despedido. ¿O había dimitido ella antes?

—Anoche vino a mi apartamento con los papeles y un cheque, había una rata, me trajo aquí y me he despertado con sus quejidos. —Entró en la cocina y enjuagó la taza de café—. ¿Siempre se comporta como un bebé grande cuando está enfermo?

—Él no se pone enfermo. —Apoyé la cadera contra la isla y me deleité en sus piernas.

Paige me miró con una ceja levantada y sonrió satisfecha.

—Pero cuando lo hace le saca partido, ¿no?

Asentí, aún contemplando su piel expuesta y preguntándome si llevaría algo aparte de la camiseta.

—Sí que le saca partido, sí.

Tiró del dobladillo de su camiseta, intentando alargarla.

—Debería ir a cambiarme.

—No, no. Así vas bien. —Me aparté de la isla y me acerqué a ella.

Retrocedió hasta que chocó con la nevera y su cara se tiñó de un bonito rosa.

—¿Qué estás haciendo?

Me agarré al borde superior de la puerta y me incliné hacia ella sin tocarla. Olía divinamente, a fresas frescas con un toque de coco.

—Tengo una pregunta —dije, con voz baja y juguetona—: ¿llevas algo debajo de la camiseta?

Tragó saliva con dificultad y sus ojos se desviaron hacia abajo, donde mi otra mano jugueteaba con el dobladillo.

—Luca, no podemos.

—Ah, ¿o sea, que quieres? —Tomé la tela entre el pulgar y el índice sin apartar los ojos de los suyos.

—No estoy aquí por eso. Hay ratas en mi edificio de apartamentos. Del tamaño de Splinter. —No me estaba alejando, pero tampoco me estaba dando permiso.

—¿De ahí salió lo de «cowabunga»?

—Tal vez. —Me miró los labios—. ¿No deberías… estar en el trabajo?

—¿Y tú? —Rocé la parte exterior de su muslo.

Tembló y apoyó la cabeza contra la puerta con los ojos cerrados.

—No creo que esto sea una buena idea. Estoy dolorida.

¿Había estado follando con Ryker toda la noche? No me habría sorprendido, con tanto hablar sobre que trabajase para nosotros. No la quería allí porque no podía controlarse, y a Ryker le gustaba el control.

—¿Dónde te duele? —Como no me apartaba la mano, la introduje por debajo de la camiseta hasta su cadera—. Chica traviesa, que vas por ahí sin pantalones debajo.

Ella gimió, su respiración se hizo entrecortada.

—Esto es una mala idea.

—A mí no me lo parece. Te gustan las malas ideas, ¿verdad? —Apreté su cadera; clavé mis dedos en su suave carne.

Abrió los ojos.

—Me duelen las piernas de las escaleras… y… y… Garrett me besó.

—Entonces es cuestión de justicia que ahora me toque a mí. —No le di ninguna oportunidad de protestar. Acerqué mis labios a los suyos y vertí toda la necesidad que sentía por ella en nuestro beso.

Nuestras lenguas se encontraron y se enredaron en una danza salvaje, y mi mano subió por la curva de su cintura, acercándola más a mí. Su cuerpo se apretó contra el mío pidiendo más, derritiéndose por mí. ¿Y quién era yo para negarle nada?

La apoyé contra la isla y mis labios abandonaron los suyos para besarla desde la mandíbula hasta la parte sensible debajo de su oreja.

—Esta va a ser tu única oportunidad de detenerme.

—No pares. —Me pasó los dedos por el pelo y gemí. Joder, me encantaba que jugaran con mi pelo.

Con la escasa contención que me quedaba retrocedí dos pasos y me aflojé la corbata para quitármela.

—Fuera la camiseta. Necesito ver esas tetas perfectas mientras desayuno.

—¿De verdad eres tan mandón? —Se encogió horrorizada—. Dios, eso me ha hecho sonar como una…

Le metí la corbata, de Prada, en la boca, y sus ojos se abrieron de par en par mientras le agarraba la barbilla.

—Te hace parecer una mujer que sabe lo que quiere y que tiene a tres hombres dispuestos a dárselo.

Su suave gemido viajó directo a mi pene y avivó aún más mi necesidad. Nunca había deseado tanto a alguien como a ella.

—Ahora quítate la camiseta. —Me despojé de la chaqueta y la dejé sobre la encimera mientras ella se quitaba la camiseta y se la sujetaba contra el pecho.

Deseaba que la mujer atrevida de aquella noche saliera a jugar. Me remangué y me adentré en su espacio, recorriendo con mis labios su cuello y su clavícula.

—No voy a parar hasta que me lo supliques —murmuré contra su piel; mi mano esquivó la camiseta y se acomodó entre sus piernas—. No he podido dejar de pensar en lo bien que sabías.

Dijo algo, emitió un sonido irritado y se llevó la mano a la corbata que tenía

en la boca.

—No la toques. —Le di una palmada en la vulva, y la hice saltar con un chillido.

Su pecho se hinchó cuando agarró el extremo que le colgaba de la boca y dio un pequeño tirón sin apartar los ojos de los míos.

Volví a darle una palmada. Ella tiró de nuevo.

—Vaya, vaya, a alguien le gusta esto, ¿eh? —La froté a través de las bragas para aliviar el escozor—. Quiero oírte gritar mi nombre, pero todavía no.

Ella asintió y se metió de nuevo en la boca el trocito de corbata que había soltado. Sin embargo, seguía sujetando la puta camiseta contra su pecho.

La agarré por detrás de los muslos y la subí a la encimera.

—Ya que no puedes hablar, si quieres parar, da tres golpes en la encimera, ¿vale?

Ella asintió con la piel de gallina. Había incertidumbre en sus ojos.

Le pasé las manos por la parte delantera de los muslos.

—¿Dijiste que te dolían por las escaleras? Puedo ayudarte con eso. Recuéstate.

No vaciló, a pesar de la aprensión que reflejaba su lenguaje corporal. Estaba tensa, como una goma elástica a punto de romperse, así que por el momento le dejé la camiseta, pero la ropa interior tenía que ir fuera. Enganché la cinturilla de las bragas con los dedos, se las quité y las tiré a un lado.

—Precioso. —Le abrí más las piernas y pasé la yema de mi dedo por su brillante entrada—. Rosa y perfecta.

Me giré, abrí el armario junto al frigorífico y saqué una taza. Paige hizo un ruido que interpreté como una pregunta.

—Cuando te duelen los músculos tienes que alternar frío y calor. —Llené la taza de hielo y me volví para verla apoyada en los codos con las cejas fruncidas.

Puse la taza lo bastante lejos de ella para que no la tirara de la encimera; cogí un cubito y se lo coloqué sobre la rodilla—. Pondremos hielo primero y luego cambiaremos a calor.

Asintió, con los ojos fijos en el cubito de hielo mientras yo lo deslizaba de arriba abajo por su cuádriceps.

—Estás muy tensa. —Moví el hielo a la parte interior de su muslo, y ella se recostó sobre la isla, todavía apretando la camiseta contra ella—. No puedo esperar a comerme este de aquí también. —Le di una palmadita en la vulva de

nuevo—. Probablemente quieras un poco de hielo ahí también, ¿no es así?

Le pasé el cubito por la entrada, presionándolo cuando llegué a su clítoris. Se retorció sobre la encimera, intentando cerrar las piernas.

Me metí el hielo en la boca y gemí al sentir su sabor en la lengua. Quería tomarme las cosas con calma, pero mi determinación estaba decayendo.

Sabiendo que le dolían las piernas, se las levanté con cuidado para que sus pies quedaran apoyados en la encimera. Ella ajustó su cuerpo hasta que estuvo cómoda, y entonces me zambullí.

Había planeado torturarla con el hielo, pero necesitaba mi boca en su entrepierna tanto como respirar. Ella gritó contra la corbata cuando mi lengua fría se hundió en ella.

—Mmm, calentita y apretada —ronroneé mientras la abría más y empujaba mi lengua más adentro.

Mis manos encontraron sus caderas, y tiré de ella hacia mí para enterrar mi lengua más profundamente. Sus caderas se levantaron de la encimera y chocaron contra mi cara.

—Esa es mi chica. —Besé el interior de su muslo y alcancé la taza—. Ahora aparta esa camiseta para que pueda mirar esas hermosas tetas mientras hago que te corras.

No lo dudó y me tiró la camiseta a la cara. Tenía un lado peleón del que yo pensaba disfrutar castigándolo. Le di dos golpecitos en la vulva y sus piernas se abrieron aún más.

Enterré la cara en ella de nuevo, mi boca encontró su clítoris y lo chupó. Cogí un cubito de la taza. Se balanceó contra mi cara y chilló cuando le introduje un trozo de hielo. El agua goteaba sobre la encimera mientras lo metía y la sacaba sin dejar de frotar su clítoris. Estaba a punto. Podía sentir la tensión acumularse en su cuerpo.

Tirando el hielo a un lado, le metí dos dedos, luego tres. Joder, podría haber soportado alguno más, pero no quise forzarla. Era flexible y estaba mojada, y empezó a agitarse contra mí mientras sus manos buscaban mi pelo.

Estimulé con los dientes su apretado manojo de nervios mientras presionaba su punto G, y ella estalló tal y como yo sabía que lo haría. Sus movimientos eran desesperados, y sus caderas se elevaban pidiendo más.

Seguí así hasta que se desplomó sobre la encimera.

Me erguí, saqué los dedos y me los llevé a la boca para chuparlos.

—Buena chica. Lo has hecho genial. —Besé el interior de su muslo antes de

alcanzar la hebilla de mi cinturón y hacer una pausa—. ¿Quieres que pare?

Protestó y sacudió la cabeza. Me desabroché los pantalones, pero no me los bajé, pues necesitaba que siguieran subidos para poder moverme.

—Siéntate. —En cuanto obedeció, le saqué la corbata de la boca y la besé.

Lo había hecho de maravilla, y me habría arriesgado a decir que era la primera vez que le llenaban la boca con algo que no fuera un pene.

Envolví sus piernas a mi alrededor y la llevé al comedor, desde donde se tenía plena vista del edificio situado a una manzana de distancia. Rompí nuestro beso para bajarla suavemente al suelo.

Miró hacia la ventana y volvió la cabeza hacia mí.

—Podrían vernos.

—Puede que sí, puede que no. —Saqué mi cartera y cogí un condón.

Me miró con los ojos muy abiertos mientras me bajaba los pantalones y los bóxers y me ponía el condón.

—Nunca he estado con alguien que llevara un *piercing*.

—Te va a encantar. —Al menos eso esperaba. De vez en cuando, alguna mujer se quejaba—. Date la vuelta.

Ladeó la cabeza, confusa, pero hizo lo que le pedía. Su culo era increíble, y no pude evitar morderlo. Su gemido deshizo el último hilo de autocontrol que me quedaba; la acomodé sobre la mesa y luego me abalancé sobre ella. Gritó, pero no me importó si Ryker la oía y salía furioso. En ese momento era mía, y tendría que cortarme la verga para que parara.

Enganché el pie alrededor de una silla para acercarla y sentarme, y después me puse a Paige encima. Estaba tan dentro de ella y me sentía tan bien que estuve a punto de correrme.

—Móntala, Paige, móntala como si fuera tuya. —Le mordí en un lado de la espalda, y ella comenzó a moverse.

Al principio lo hizo despacio, pero con cada embestida notaba cómo se relajaba.

—¿Te gusta? Está golpeando justo en el punto bueno, ¿verdad? —Besé su hombro—. Apuesto a que estás magnífica desde el otro lado de la mesa… o desde el edificio de enfrente.

Su vagina se contrajo a mi alrededor.

—No hay nadie mirando.

—Mmm. —Lamí su oreja—. No puedes saberlo. No querrían que los pillaran mirando.

Ella gimoteó, su cuerpo se levantaba más y más con cada movimiento.

—Desde allá no pueden ver mucho.

—Pueden ver lo suficiente. —Acerqué la mesa en nuestra dirección—. Ahora fóllame, Paige. Fóllame como si me odiaras por dejarles mirar.

Se echó ligeramente hacia delante, con los antebrazos sobre la mesa, y me miró por encima del hombro.

—¿Así? —Se levantó casi por completo de mi pene y volvió a bajar el trasero.

—Joder, sí. Así, así. —Me agarré a sus caderas para mantenerla firme—. Deja que vean tus tetas rebotar.

Empezó a moverse utilizando la mesa como palanca.

—Esto es genial.

—Tú también. —Le acaricié los pechos—. Apuesto a que quienquiera que esté mirando ahora mismo se está tocando.

Su ritmo aumentó. Le gustaba la idea de que alguien la mirara, o al menos que yo hablara de ello.

—Si fuera una pareja, ella querría que él la tomara así. —Deslicé mi mano arriba y abajo por su columna vertebral—. O tal vez él la dejara mirar mientras se arrodillaba frente a ella y le abría las piernas.

Las sensaciones crecían y crecían a medida que ella rebotaba con más fuerza sobre mí, y yo no podía continuar con mi juego de hipotéticos mirones.

No pasó mucho tiempo hasta que estuve al borde.

—¡Maldita sea, Paige! Eres jodidamente perfecta —gruñí, y seguí empujando.

Con un último empujón, me derramé dentro de ella, mi orgasmo me golpeó tan fuerte que no pude respirar por un momento.

Apretó su entrepierna contra mí mientras yo la rodeaba con el brazo y le frotaba el clítoris. Con las uñas clavadas en mis piernas, su vagina se contrajo con fuerza.

—¡Luca! Oh, Dios. ¡Sí! ¡Sí!

Besé su espalda, justo en el centro.

—¿Te arrepientes de algo?

Aún respiraba entrecortadamente, pero consiguió decir las únicas palabras que yo quería.

—De nada en absoluto.

Estaba jodido.

13

Amigos del alma

Paige

Parecía que las ratas eran las precursoras de los orgasmos más épicos de mi vida. Pensé que, si tuviera una como mascota, probablemente me quedaría catatónica de tanto placer.

—¿Qué habías dicho de una rata? —Luca seguía dentro de mí y mis piernas estaban demasiado inestables como para intentar ponerme de pie.

—Nada. —Suspiré, cubriéndome los pezones con un brazo. Quitarme la camiseta había sido innecesario teniendo en cuenta que él ni siquiera se había bajado los pantalones.

Ahora que las endorfinas se estaban asentando, mi realidad se estrellaba contra mí. Cualquiera podría habernos visto de haber tenido una buena vista o unos buenos prismáticos. Y Ryker solo estaba al final del pasillo; su apartamento no era enorme como yo había creído al principio, por lo que, sin duda, ese final lo habría oído.

—Deberíamos asearnos. —Luca me besó en el hombro y soltó mi cintura—. ¿Puedes mantenerte en pie?

—Sí, creo que sí. —Me puse de pie con cautela; un escalofrío me recorrió cuando él la sacó y la humedad goteó por mi pierna—. Debería…

—Quédate ahí. —Luca se levantó y se dirigió a la cocina, donde se quitó el condón, lo ató y lo tiró a la basura, debajo del fregadero. Se recolocó los pantalones, pero se los dejó desabrochados.

Verlo hizo que mi cuerpo se encendiera, y no porque estuviera excitada, sino porque estaba desnuda en un comedor que ni siquiera pertenecía al hombre con el que acababa de follar. Antes de mudarme a Nueva York, solo me había acostado con tres hombres, y en un mes me había acostado no con uno, sino con dos. Sin mencionar el beso con Garrett. ¿Qué estaba haciendo?

Luca volvió con una toalla limpia y el ceño fruncido por la preocupación.

—¿Qué te pasa? ¿Te he hecho daño?

Me aguanté las lágrimas. *No te atrevas a llorar después de que este hombre te haya proporcionado dos orgasmos alucinantes.*

Me puso suavemente la toalla doblada entre las piernas y luego me estrechó entre sus brazos frotándome la espalda.

—Lo siento si te he hecho daño.

Negué con la cabeza y enterré la cara en su camisa. Había sido una idea horrible, igual que la del hotel, la otra vez. Mi crisis de la vida adulta se estaba convirtiendo en eso.

—No creo que esté hecha para el sexo casual.

Con las manos aún en mi espalda, se apartó lo justo para mirarme a los ojos.

—Lo que acaba de pasar aquí no ha tenido nada de casual.

—Entonces, ¿qué ha sido exactamente?

No quería pensar que lo decía por decir, pero aquello desafiaba la lógica. Apenas había hablado con ese hombre ¿y lo que acabábamos de hacer no era casual?

—No importa. —Me encogí de hombros y di un paso atrás, confundida no solo por mis acciones, sino por las de todos ellos. Solo había sido una noche, y, sin embargo, sentía una extraña atracción hacia los tres.

—Sí que importa. —Luca suspiró y se pasó los dedos por el pelo—. Sé que todo esto está sucediendo en el orden equivocado, pero, venga, salgamos a algún sitio.

—¿Por qué? —Me quité la toalla de entre las piernas y encontré la camiseta colgando a duras penas de uno de los taburetes de la barra—. Mi coño no puede ser tan mágico, ¿verdad?

—Oh, sí que es mágico, desde luego. —Cazó mis bragas antes de que pudiera cogerlas yo y se las metió en el bolsillo.

Arrugué la nariz.

—Eso es…

—Nada que salga de tu boca es aceptable, pero eso ha sido increíblemente sexy. —Cogió la toalla que había dejado en la encimera y la tiró al fregadero—. No les amargues el helado a los demás.

Me mordí el labio para ahogar una carcajada.

—¿El helado? ¿Es que te vas a comer las bragas? O a lo mejor las quieres hervir para hacerte una sopa. Eso podría ayudar a Ryker a ponerse bien.

—La *zuppa di figa* es un manjar en Italia. La gente viaja desde todas partes del

mundo para probar la sabrosa sopa de higos que tarda horas en hacerse. —Se sacudió la corbata antes de enrollarla y dármela—. Para ti, ya que me quedo yo con tus bragas.

Bajé la mirada hacia el trozo de tela azul que me había metido en la boca, con la cara roja por lo que acababa de hacerme.

—¿Gracias?

—Deberías ponerte eso y solo eso la próxima vez que salgas. —Cogió la chaqueta de su traje y se la puso sobre el brazo. Me dio un vuelco el corazón al pensar que se marchaba. Era la reacción totalmente opuesta a la que debería haber tenido.

—No me has dicho por qué quieres invitarme a salir. —Observé mi mano, que trazaba un círculo en la encimera.

—¿Por qué? —preguntó suavemente mientras me levantaba la barbilla—. Le has devuelto la vida a Ry…, le has hecho reír, preocuparse por algo más que el trabajo… Y luego, cuando se preocupa demasiado por el trabajo, lo llamas gilipollas y le escribes una notita con un cariñoso «Que te jodan».

Las lágrimas me escocían en los ojos, pero no podía apartar la mirada de los suyos.

—Pero… ¿por qué me invitas a salir?

Habría jurado que apretó la mandíbula, pero tenía la vista demasiado borrosa.

—Nada me produce más alegría que ver a mi mejor amigo perder la cabeza por una mujer por primera vez en su vida.

Las cejas se me alzaron hasta el nacimiento del pelo.

—Ya veo. —Di un paso atrás—. Creo que deberías irte.

No pensaba dejar que me utilizaran como un peón en ningún jueguecito retorcido que los tres se llevaran entre manos. Mis sentimientos por ellos ya me estaban desquiciando, y no necesitaba añadir más citas al montón.

—Paige. —Se acercó a mí—. No era eso lo que quería decir.

—Eso era exactamente lo que querías decir, Luca, y no te permitiré que me conviertas en el hazmerreír. —Esa era exactamente la razón por la que había huido de California, y, sin embargo, allí estaba de nuevo, poniéndome en una situación en la que me convertiría en el chisme que se cuenta para romper el hielo—. Merezco algo mejor.

No se me había pasado por alto que los papeles de mi despido me los había enviado alguien que no era Ryker, y en ellos se decía claramente que había

mantenido una relación íntima con él. La gente de su empresa sabía que me había acostado con él, y solo era cuestión de tiempo que se corriera la voz. Aunque no iba a estar allí para verlo, era inevitable.

—¿El hazmerreír? ¿De qué estás hablando? Quiero llevarte a una cita y conocerte mejor. —Alargó la mano en mi dirección, pero me aparté y me situé al otro lado de la isla dejando su corbata frente a él—. Me has entendido mal.

—Pues yo no lo creo. Yo soy una y vosotros sois tres. ¿No tenéis reglas por alguna razón? ¿Para evitar esto? —El hecho de que incluso tuviera que recordarle aquello era lo bastante disuasorio como para mantenerme alejada de ellos—. No pienso provocar el derrumbe de una empresa ni estropear ninguna amistad. Eso no es justo para mí.

—Nadie te pide que elijas. —Se pasó la mano por la cara, con los hombros caídos por la derrota.

—Esa es exactamente la posición en la que me pones…, en la que me pongo. —Necesitaba huir, y huir rápido, antes de que él pudiera colocar más sentimientos raros en mi pecho—. Tengo que vestirme y dedicarme a buscar un trabajo y un lugar donde vivir. Tal vez regrese a California.

—Paige. —Se anticipó a mi retirada y me cortó el paso antes de que llegara a la entrada que daba al pasillo—. Esto se nos da fatal. Nos pasa a los tres.

—No puedo ser vuestro muñeco de prácticas. —Crucé los brazos sobre el pecho y los descrucé rápidamente en cuanto me di cuenta de que hacía que se me levantara la camiseta—. ¿Te vas a apartar o me toca llamar a gritos a Ryker?

—Sal conmigo el sábado. Como amigos. —Luca le dio un nuevo significado a la expresión «ojos de cachorrito» y sentí que me ablandaba un poco—. Invitaré a gente a venir con nosotros también.

Mierda, Paige.

—No sé, Luca… —Posé la mirada a su espalda cuando la puerta del fondo del pasillo se abrió y Ryker se apoyó en el marco. Se me revolvió el estómago al ver su ceño fruncido.

—¿Qué daño puede hacer? Si estás incómoda, puedes irte. —Me abrazó y mi decisión de huir se desmoronó.

—De acuerdo. Iré. —Siempre podía planear varias estrategias de escape.

—¡Perfecto! Te enviaré un mensaje. —Estaba sonriendo cuando se apartó—. ¿Tienes alguna alergia alimentaria?

—No, ninguna. —Esperé a que sacara el teléfono, pero, en lugar de eso, se puso la chaqueta—. ¿No necesitas mi número?

—Ya lo tengo. —Me dio un beso rápido en los labios y se marchó a paso ligero.

Ryker no se movió de donde estaba, apoyado en su puerta, mientras yo me dirigía a la habitación de invitados.

—¿Acabas de aceptar una cita con él? —Sonó exactamente como parecía que estaba: hecho una mierda.

Sentí una punzada de culpabilidad, lo cual era ridículo.

—De cita, nada. Vamos a salir por ahí. Deberías venir.

Se apartó del marco de la puerta y se acercó a mí arrastrando los pies, con una mirada tan acalorada que me asustó.

—¿A salir?

—Sí, como amigos. Podemos ser amigos, ¿verdad? Luca y yo, quiero decir. Bueno, y tú también. Quiero ser tu amiga. Eso creo. ¿Quieres que seamos amigos? —Mi boca no callaba, pero todas las demás partes de mí ser se quedaron congeladas hasta que él estuvo lo bastante cerca como para tocarme.

—¿Amigos? —Me agarró de la mano para detenerme porque yo ya retrocedía hacia la habitación—. ¿Te parece que solo somos amigos, Paige? —Puso mi mano sobre su entrepierna.

Creo que dejé de respirar cuando, sin darme cuenta, mi mano rodeó en parte su gruesa erección.

—¡Sí! —chillé—. Buenos amigos. Incluso amigos íntimos. Amigos del alma. Colegas.

Sonrió, se llevó mi mano a los labios y me besó la palma, lo que me dejó sin maneras de decir «amigos». Sus labios estaban más calientes de lo que debían.

—¿Como auténticos hermanos?

—Bueno, no. Eso sería incesto.

Se rio y su rostro se iluminó. El profundo sonido de su voz, el brillo de sus ojos azules, la luminosidad de su sonrisa. Quería hacerle reír así una y otra vez.

Apartó la mano de repente y se tapó la boca para toser. No parecía que le saliera del pecho, así que eso era bueno.

—Deberías estar en la cama. —Lo agarré del codo y lo llevé hacia su habitación—. Lo siento si te hemos despertado.

—Tengo trabajo que hacer. —A pesar de su lentitud de movimientos, acabó girándose hacia otra puerta y abriéndola—. Y no te preocupes por mí. Ya soy mayorcito.

Claro que sí.

Me quedé boquiabierta cuando entró en una gran habitación con un escritorio frente a las ventanas y las paredes forradas de estanterías del suelo al techo. En la pared de la puerta había armarios en la parte inferior y estanterías en la superior con todo tipo de cuadros y adornos decorativos. Las otras dos paredes, a ambos lados de la habitación, estaban repletas de libros, y ambas tenían escaleras correderas.

—¿Puedo? —Me acerqué a una de las escaleras, y estaba a punto de levantar el pie cuando recordé que no llevaba bragas—. Mejor no.

Tirando de la camiseta, me giré para encontrarme con sus ojos justo donde habría estado mi culo. Levantó la vista y carraspeó.

—Sí, será mejor que dejes tu momento biblioteca para otro día.

—Por supuesto. —Palmeé un peldaño de la escalera—. Debería ir a vestirme.

Rodeó su escritorio y se sentó pesadamente en su silla.

—Pediré algo para desayunar. No tengo mucho en la nevera, ya que Garrett suele cocinar para nosotros, y cuando no, compro algo en el camino de ida y vuelta al trabajo.

—¿Garrett cocina para vosotros? —Quería golpearme la cabeza contra la escalera, que no podía dejar de tocar.

—La verdad, debería haber ido a la escuela culinaria. —Ryker abrió el ordenador portátil que estaba en su escritorio—. ¿Qué te apetece? Hay un sitio muy bueno de *bagels* que hacen unos sándwiches de huevo y beicon increíbles. O de pastrami y huevo… —Sus labios se tensaron como si se estuviera aguantando la risa. ¿Me estaba tomando el pelo?

—Podrías pedir uno de cada, y así los compartimos. —Ojeé sus libros, sorprendida de que la mayoría fueran de ficción, y aún más sorprendida cuando resultó que los estantes inferiores estaban llenos de mangas—. ¿Tienen sopa? Deberías pedir un poco para después.

Hizo un ruido indeterminado para no comprometerse mucho y se concentró en la pantalla de su ordenador mientras yo me dirigía al otro lado de la estancia. Había tantos libros que algunos estaban repetidos. Saqué uno, y Ryker tosió tan fuerte que me sobresalté.

—No me gusta que toquen mis libros. —Apenas le salieron las palabras antes de toser un poco más.

Volví a deslizar el libro en la estantería, que no tenía ni una mota de polvo a la vista.

—Lo siento, es que echo de menos mis libros. No veía tantos desde que los precios subieron.

—¿No te los trajiste? —Volvió a hacer clic en su ordenador.

—Traje tres maletas grandes y guardé todo lo demás en un trastero hasta que estuviera más asentada. —Me acerqué a la puerta, intuyendo que quería que lo dejara solo.

Levantó la vista.

—¿Por qué no lo echaste? Él fue el que te engañó a ti.

—Era su casa. Yo solo pagaba un alquiler…

—¿Te hacía pagarle alquiler? —El «alquiler» le salió un poco más agudo y carraspeó bruscamente—. ¿Era un muerto de hambre o qué?

Miré hacia abajo y pasé el dedo gordo del pie por el borde de la alfombra.

—No. Era abogado… Socio.

—¿Y quería que pagases la boda? —La furia se oía claramente en su voz.

Oírlo en boca de alguien que no fueran ni Nora ni mis padres desgarró el último pedazo de dignidad que me quedaba respecto a esa relación. Había sido tan tonta y me había dejado llevar tanto por la idea del matrimonio y de una vida con alguien que había dejado de lado todos los aspectos negativos. Y había muchos. Y cada vez aparecían más, de pronto me daba cuenta.

—Avísame cuando la comida esté a punto de llegar. —Me di la vuelta y salí a toda velocidad del despacho.

Lo último que oí antes de encerrarme en el dormitorio de invitados fue su voz tosiendo mi nombre, pero no necesitaba su compasión.

14

Piezas de puzle

Garrett

Menudo día de mierda. Últimamente tenía muchos de esos, y estaba a punto de tirar la toalla. No había ninguna razón para haber estado trabajando tanto y encima expandiendo la empresa.

Llevábamos sin parar desde que decidimos crear la empresa juntos en nuestro primer año de universidad. Tardamos un tiempo en decidir qué queríamos hacer exactamente, pero una vez que lo hicimos, nos pusimos manos a la obra. Todo fue mucho más fácil gracias al dinero que Luca nos prestó sin intereses para los gastos iniciales y al uso gratuito de las propiedades de su familia.

Sabía que mi situación económica era poco menos que la de un hijo de puta con suerte, pero quería algo más aparte de una vida estresante. Lo único por lo que seguía volviendo a la oficina era mi protagonismo en los vídeos de marketing, pero incluso eso se acabaría tarde o temprano. Había un número limitado de campañas para las que podíamos utilizar mis brazos y mi pecho antes de que estuvieran demasiado vistos, y llegado ese momento, ¿qué me mantendría allí?

Me habría encantado decir que Ryker y Luca eran mi razón para quedarme, pero nos habíamos distanciado durante el último año. Seguía cocinando para sus vagas majestades, pero no nos sentábamos a comer juntos. Preparaba sus comidas unas cuantas veces a la semana mientras hacía mis cenas para mí. Cocinar era una de las cosas que más me gustaba en el mundo, pero nunca había tenido mucho interés en que esa fuese mi profesión. Me encantaba cocinar para los demás y convertir algo aburrido en algo delicioso.

Me rugió el estómago al pensar en el filete que me esperaba al llegar a casa. Estaba a punto de irme cuando recibí un mensaje de Ryker.

Ryker: *Hola, ¿qué haces?*

Yo: *Preparándome para irme a casa. ¿Por qué? ¿Cómo estás?*

Ryker: *Hecho una mierda.*

Yo*: He oído que tienes una nueva compañera de piso que hace de niñera.*

Ryker: *Como niñera no es muy buena. Ha quemado una sopa de lata. Casi me incendia el piso.*

Yo: *¿Quieres que vaya y te haga yo una sopa?*

Ryker: *¿No te importa?*

Yo: *¿No es por eso por lo que me has escrito así sin más, para ver qué estaba haciendo?*

Ryker: *Te he escrito porque somos amigos del alma… ¿O sería amigos del pene?*

Yo: *¿Perdona?*

Ryker: *Nada, nada. Si quieres venir y hacernos sopa de tomate con sándwiches de queso a la plancha para cenar, no voy a decir que no…*

Yo: *¿Necesitas algo de la tienda?*

Ryker: *Galletas Oreo para Paige. Una rata se comió las suyas. Bueno, lo intentó, pero le asesté un golpe de kárate.*

Yo: *¿Estás borracho?*

La conversación me dejó tan confuso como sonriente. Ryker era un tipo serio y rara vez bromeaba, como cuando estábamos en la universidad o los primeros años después. Parecía que cuanto más éxito teníamos, más estirado se mostraba.

Cuando salí de la oficina todavía hacía calor para ser finales de septiembre. La temperatura había rondado los veintiséis grados toda la semana, lo cual era agradable, pero yo estaba deseando que refrescara y empezara la temporada de hockey. Podía ser que no quisiera jugar profesionalmente, pero crecí con ese deporte, y mi hermano pequeño jugaba en los Tri-State Titans.

Me preguntaba si Paige querría ir a un partido de la NHL. Había mencionado que su mejor amiga era hija de un entrenador, pero no había dicho si le

gustaba verlo. Pensé en invitarla a un partido de prueba que se iba a celebrar.

Ninguno de nosotros vivía demasiado lejos de la oficina, pero Ryker era el que vivía más cerca. Se tardaba unos quince minutos andando y había una tienda de comestibles por el camino.

Cuarenta minutos después salía del ascensor en la planta de Ryker. Con las bolsas de la compra en una mano, introduje el código de la puerta y entré. Había silencio y un par de Crocs y unas deportivas de mujer junto a la puerta.

Me quité los zapatos y me dirigí a la cocina, pero me detuve en seco cuando vi a Paige sentada en el sofá mirando por las ventanas.

—Hola.

Dio un respingo y giró la cabeza.

—Joder, qué susto me has dado.

—Lo siento, pensaba que habrías oído la puerta. ¿Qué haces? —Dejé las bolsas sobre la encimera y encendí el horno para precalentarlo.

Se volvió de nuevo hacia la ventana.

—Observando el cielo. No creía que hubiera nada mejor que una puesta de sol en el océano Pacífico, pero hay algo mágico en que los edificios cobren vida al atardecer. En el cielo.

—La verdad es que sí. Sobre todo con estas vistas. —Rodeé la isla; me situé detrás de ella y le coloqué las manos en los hombros.

Ahora que había saboreado sus labios y sentido su cuerpo contra el mío, quería más. Había repasado todas las razones por las que debía o no buscar algo con ella, y una de las únicas que se me ocurrían en contra era que trabajara para nosotros. Sin embargo, eso ya no era un problema.

Se puso tensa ante mis caricias, pero se relajó rápidamente cuando le masajeé suavemente los músculos.

—¿Tú tienes unas vistas como estas?

—No, yo vivo en una de esas casas de piedra rojiza. Compensa la falta de vistas con el espacio privado al aire libre. —Deslicé una de mis manos hacia su cuello y ella inspiró bruscamente. La moví para que echara la cabeza hacia atrás—. ¿Me das un beso?

Se apartó de repente y se puso de pie.

—¿No te lo ha dicho Luca?

—¿Decirme qué? —Abatido, me aflojé la corbata y volví a la cocina para mantenerme ocupado—. Me ha dicho que te quedas aquí hasta que se resuelva tu situación con las ratas.

—¿Solo eso? —Se retorció las manos y se acercó a la isla que nos separaba.

No pude evitar que mis ojos bajaran de su camiseta de tirantes a sus vaqueros, que perfilaban sus caderas y muslos.

—Así es. ¿Se le ha olvidado comentarme algo?

—Él… eeeh…, nosotros… eeeh… —Suspiró. Se pasó una mano por el pelo y la dejó jugueteando con el moño.

Enarqué una ceja, observando cómo cambiaba el peso de un pie al otro. Estaba nerviosa, y yo no necesitaba leer mentes para atar cabos.

—Os habéis besado.

Bajó la mirada a la encimera y sus mejillas se tiñeron de carmesí.

—Y algo más.

Me quedé quieto con la bolsa de tomates en la mano.

—¿Algo más? ¿En qué consistió ese «algo más»?

—Nos dejamos llevar.

Solté la bolsa con los tomates en el suelo antes de hacer alguna locura, como lanzarlos por todas partes.

—Escúpelo, Paige. Tampoco es que hayas engañado a alguien.

Se encogió, pero era la verdad. Ella y yo sí que tan solo nos habíamos besado. Punto. No habíamos hablado de nada más, y tampoco era que estuviese enamorado de ella.

—Me he acostado con él, pero le he dicho que no quiero salir con él. —Sacudió la cabeza y se cubrió la cara con las manos—. Joder, todo esto me hace parecer una puta.

—No eres una puta. —Iba a matar a Luca por acostarse con ella. Él sabía que yo la había besado y que estaba lo bastante colado por ella como para mandarlo todo a la mierda y romper otra de nuestras reglas.

Claramente, con esa mujer no quedaban reglas que romper.

—Entonces, ¿de qué otra forma me llamarías? —Retiró las manos de su cara y, por suerte, no había lágrimas. Sin embargo, no me miraba, se había vuelto hacia el comedor—. No puedo creer lo que he hecho.

Me entretuve sacando la sartén y la tabla de cortar mientras pensaba en cómo responderle, pues aquel era territorio desconocido para mí. Se había acostado con mis dos mejores amigos y, sin embargo, aún me ardía en el estómago la necesidad de invitarla a salir. Pero no, no podía. No quería complicar las cosas con Ryker y Luca aún más de lo que ya estaban.

—¿Lo sabe Ryker? —Llevé los tomates al fregadero y los puse en un

escurridor para enjuagarlos—. ¿O se unió?

No le devolví la mirada, pero ella hizo un ruidito con la garganta que sonó muy parecido a una mezcla entre un gemido y un quejido.

—Lo sabe, pero no… se unió. ¿Soléis… hacerlo?

—No. —¿Había fantaseado con cómo sería compartir a una mujer en el dormitorio? Claro. Pero ¿salir con la misma? Eso era un lío con mayúsculas, sobre todo porque teníamos una empresa juntos.

Se hizo el silencio mientras terminaba de lavar los tomates y los llevaba a la isla para cortarlos, junto con una cebolla y un ajo. Paige estaba de pie junto a una de las ventanas con los hombros caídos, como si quisiera desaparecer. No quería hacerle aquello más incómodo, pero era difícil no hacerlo.

—¿Te estás convirtiendo en tortuga? Eso podría explicar por qué las ratas visitan tanto tu apartamento.

Se enderezó.

—¿Crees en el destino?

—No puedo decir que sí. —No estaba seguro de adónde quería llegar con su pregunta, pero esperaba que no se refiriera a hombres lobo… u hombres rata. Podía estar de acuerdo con que los alienígenas anduvieran entre nosotros, pero no con los cambiaformas.

Aunque, si le apetecía meterse un tapón anal con una cola de lobo y gruñirme, yo, encantado.

Joder, necesitaba dejar de escuchar a mi hermana parlotear sobre los libros que leía.

—¿Nunca ha habido un momento de tu vida en el que hayas pensado «Oh, mierda, todas las estrellas se han alineado para hacer que ocurra este increíble suceso»? —Finalmente se dio la vuelta, y me alegré de tener los dedos curvados hacia abajo mientras atravesaba un tomate con el cuchillo; de lo contrario, me habría cortado un dedo.

Estaba impresionante con el resplandor de la luz que se desvanecía tras ella. ¿A eso se refería con «destino»? Porque sentía que estaba justo donde tenía que estar, aunque la situación era muy complicada.

—No sé si lo llamaría destino, pero he tenido momentos en los que todo parecía encajar como las piezas de un puzle. ¿Por qué lo preguntas?

Sus ojos se clavaron en los míos mientras atravesaba la cocina en mi dirección. Era como si intentara ver dentro de mi alma.

—A veces siento como si el universo intentara decirme algo, ¿sabes? Como

si hubiera una atracción hacia algo o alguien contra la que, por mucho que haga, no puedo luchar.

Me quitó el cuchillo de la mano, rozando con sus dedos los míos, y lo dejó sobre la encimera. Su contacto me produjo una oleada de deseo y emoción.

Dios…, ¿qué sentiría si me enterrara dentro de ella?

No había explicación para que experimentara un impulso tan fuerte de hacerla mía. ¿Era eso lo que Luca había sentido? ¿Como si estuviera bajo su hechizo y no hubiera forma de detenerlo?

—Paige… —Me volví hacia ella, llevando la mano limpia a su mejilla.

Se me acercó y cerró los ojos con un suspiro resignado.

—Solo fue una noche. Ni siquiera hablaste.

—Lo sé. —Luchaba contra el impulso de rozarle el labio inferior con el pulgar. Si hacía eso, estaba acabado.

Paige abrió los ojos y me miró con un deje de tristeza.

—Entonces, ¿por qué es como si no pudiera alejarme de ti?

Una sensación de alivio me invadió cuando sus palabras me confirmaron que no era la única que se sentía así.

—No lo sé, pero yo también lo siento. Quizá sea el destino, o quizá solo sea nuestra propia versión retorcida de la atracción alimentada por la soledad.

—Solo es retorcido si lo definimos así. —Dio un paso atrás y carraspeó—. Perdona, solo digo ridiculeces.

Pero no eran ridiculeces; sabía exactamente lo que quería decir. Había algo en ella que me atraía, y no podía resistirme…; al parecer, ninguno podía. No era solo atracción física, aunque eso formaba parte de esta, sino que era algo más profundo, algo que parecía que hubiera estado acercándose desde hacía mucho tiempo, y lo único que yo debía hacer era alargar la mano y cogerlo. No sabía nada de ella, pero, de una forma extraña, sentía como si lo supiera todo.

Y hablando de cabezas jodidas…

—A lo mejor estamos pillando lo que tiene Ryker. Sus mensajes de hoy eran inquietantes, como si su cerebro hubiera sido secuestrado.

—Ah, ¿lo de los amigos del pene? —Se rio y sacudió la cabeza—. Creo que se ha tomado una sobredosis de la medicina para la tos sin querer.

El horno emitió un pitido indicando que estaba precalentado, y me volví rápidamente hacia la tabla de cortar.

—¿Por qué no coges un cuchillo y terminas de cortar esto mientras yo me pongo con la cebolla y el ajo? Así no tienes que acercarte a los fogones.

—No soy un caso perdido en la cocina, ¿eh? Solo quemé la sopa porque estaba reprogramando algunas reuniones de Ryker para mañana y el viernes. —Cogió un tomate y lo cortó en cuartos como yo había estado haciendo.

—¿Por qué las has reprogramado? —Empecé a cortar la cebolla y el ajo.

Se encogió de hombros.

—Porque hay un par a las que tú o Luca también tenéis que asistir, y tratar de encontrar un horario nuevo con lo ocupados que estáis ahora mismo es casi imposible. Vuestra anterior ayudante debía de perder entre diez y quince minutos cada vez que tenía que programar una en la que estuvierais los tres.

—¿Así que eres nuestra asistente otra vez? Pensaba que te habían despedido y que luego habías dimitido.

—No sé lo que soy. El objetivo de solicitar el puesto de introducción de datos era tener un trabajo poco estresante que no requiriera mucha capacidad intelectual.

Me di cuenta de que había más en su historia de lo que decía, pero no quise presionarla. ¿Por qué quería aceptar un trabajo peor pagado cuando tenía las habilidades que tenía? ¿Tan perjudicada la había dejado su exprometido?

En lugar de ponerme a disparar una pregunta tras otra, terminé de colocar todo en la sartén y la metí en el horno. Podía sentir la tensión no resuelta entre nosotros, pero ninguno de los dos parecía querer dar el primer paso. O, en nuestro caso, supongo que sería el segundo.

—Esto tardará unos quince minutos. ¿Quieres una copa de vino? —Saqué una botella de Chardonnay de una de las bolsas—. Que Ryker esté enfermo no significa que no podamos disfrutar nosotros.

—Sírveme una a mí. —La voz ronca de Ryker llegó desde la entrada como si lo hubiera invocado, y entonces apareció con aspecto de haberse levantado de la cama. Llevaba la camiseta arrugada y el pelo disparado en todas direcciones.

Hacía mucho tiempo que no lo veía tan mal. Con suerte, ninguno de los demás nos habíamos contagiado de lo que fuese que él tenía.

—¿Cómo te encuentras? —La preocupación estaba grabada en la cara de Paige mientras Ryker caminaba hacia nosotros, frotándose el sueño de los ojos.

—He estado mejor.

No pude evitar sentir una punzada de celos al verla alargar la mano y tocarle el brazo con preocupación mientras él abría el armario donde guardaba las copas de vino. Pero no había ningún motivo para que yo sintiera celos, así que, abriendo de un tirón el cajón donde estaba el abridor de vino, intenté no

pensar en aquella noche y en cómo el pene de él se había deslizado dentro de su boca. En cómo ella había *estado* en la lengua de él y cómo había dicho su nombre.

Ryker dejó tres copas de vino sobre la encimera y me rodeó para coger el abridor del cajón que yo había estado mirando.

—No vas a tomar vino. —El tono regañón de Paige me devolvió al presente, y cerré el cajón con demasiada fuerza.

—Joder —murmuró Ryker, dejando el vino y caminando hacia un taburete —. Me duele todo.

—Eso es lo que pasa cuando no te cuidas. —Descorché la botella—. Tal vez este tiempo libre sea bueno para ti.

Refunfuñó algo en voz baja mientras se sentaba y apoyaba la mejilla en la fría superficie.

—No necesito tiempo libre. Me tomaré tiempo libre cuando me jubile.

—Podrías retirarte ahora mismo si quisieras. —Serví el vino en dos copas y le di una a Paige—. De hecho, los tres podríamos hacerlo.

Paige bebió un pequeño sorbo e hizo un ruido de satisfacción con la garganta.

—Entonces, ¿qué haríais? ¿Jugar a videojuegos todo el día?

—¿Y si no es suficiente? —Ryker tenía los ojos cerrados y bostezaba, con la mejilla apoyada en el mostrador y los brazos colgando a los lados.

—Es suficiente. —No sabía cómo era su cartera de activos e inversiones, pero yo me acercaba a los treinta millones y él era mucho más frugal con sus gastos—. Bueno, a menos que tu objetivo sea tener un yate o una casa en los Hamptons, como Luca.

Paige balbució en su copa de vino.

—¿Tiene un yate?

—Mmm. Un yate grande y bonito. Sale a alimentar a los pececitos y a los tiburoncitos. —Los ojos de Ryker se agitaron cuando intentó abrirlos. Luchaba contra el impulso de volver a dormirse—. Paige, bonita, ¿te gustan los tiburoncitos?

—Estás fatal, tío —me reí, y bebí un largo trago de vino.

—Quizá deberías volver a la cama, cielo. —Paige dejó el vino y se acercó a él para frotarle la espalda—. Vamos.

—Pero quiero sopa y un sándwich de queso a la plancha. —Se deslizó del taburete como si pesara el triple y sorprendentemente no se tambaleó—. Estoy

en edad de crecimiento. Tengo que comer.

—Aún tardará un poco, Ry. Ve a acostarte y te despertaremos cuando esté listo. O podemos recalentarlo más tarde. —Me volví hacia el horno y comprobé si se estaban asando los tomates. Se estaban cocinando perfectamente, y se me hacía la boca agua solo con el aroma.

Cuando Paige guio a Ryker hacia su habitación, me pregunté si ella sería la pieza del puzle que me faltaba.

15

SOLO AMIGOS

PAIGE

Escabullirme el viernes por la mañana, antes de que Ryker se despertara, fue mucho más difícil de lo que pensaba. No por miedo a despertarlo, sino porque me sentía peor que cuando había abandonado a Daniel.

Las situaciones no se parecían lo más mínimo, y, sin embargo, durante todo el tiempo que estuve recogiendo y asegurándome de que no dejaba allí ninguna de mis cosas, que poco a poco se habían ido esparciendo por el cuarto de baño y el dormitorio, tuve unas ganas tremendas de vomitar. Pero quedarme habría sido peor, sobre todo con el lío de sentimientos que tenía, porque ¿quién en su sano juicio busca algo con tres hombres a los que apenas conoce? Suponía que así llegaría a conocerlos, pero ¿a los tres? ¿A la vez?

Quizá si sus vidas no estuvieran entrelazadas, la historia sería muy distinta, pero no había manera de que pudiera elegir a uno para empezar a salir. Todos me atraían por diferentes razones.

Ryker tenía un exterior duro, pero me había mostrado su amabilidad en múltiples ocasiones, lo quisiera él o no. Un hombre de corazón frío no acoge a alguien en su casa por una simple rata. Protegía ferozmente la vida que había construido, y no podía culparlo por su reacción exagerada cuando aparecí en su empresa.

Garrett trataba de mantener la guardia alta en lo que se refería a su corazón, pero también lo llevaba en la mano para que todos lo vieran. Había una tristeza silenciosa en él que me hablaba. Se preocupaba mucho por sus amigos, pero no podía evitar preguntarme si ellos eran en parte la causa de su tristeza después de verlos interactuar.

Y luego estaba Luca. Luca aparentaba cierta indiferencia, pero se preocupaba por las cosas más de lo que aparentaba. Era aventurero y aprovechaba las oportunidades que se le presentaban. Era el más difícil de conocer, pero

también era con el que yo menos tiempo había pasado.

Y eso mismo era lo último que necesitaba: pasar más tiempo con cualquiera de ellos. Por eso salía huyendo.

Últimamente huía mucho de las cosas, pues me resultaba más fácil que lidiar con el dolor que suponía quedarse y dejar que los acontecimientos se desarrollaran. Por supuesto, nunca me habían puesto los cuernos antes.

Subí mi maleta los tres tramos de escaleras hasta mi piso y me detuve para recuperar el aliento. El portero me había dicho la noche anterior que la rata era en realidad una mascota del segundo piso que se había escapado. Yo no estaba convencida al cien por cien de que fuera cierto, pero al menos el hombre había sellado el hueco entre la tubería del fregadero y la pared de yeso.

Con cautela, abrí la puerta y, con un respingo, encontré un trozo de papel blanco con una foto en color de la rata en cuestión.

—¿Cómo puede ser esta mi vida?

Cogí el papel y metí la maleta; después, cerré la puerta tras de mí.

Sentada en el sofá, me quedé mirando la foto de la rata, abrumada por todo lo que había pasado en las últimas semanas. Mi vida amorosa era un desastre, y aún intentaba procesar el hecho de que deseaba a los tres hombres que habían irrumpido en ella. Era imposible y ridículo, pero a mi corazón no parecía importarle.

Suspiré pesadamente y saqué el móvil. Tal vez esa distracción me ayudase a ordenar mis pensamientos.

El corazón me dio un vuelco cuando recibí un mensaje en el momento en que estaba a punto de relajarme en las redes sociales.

Número desconocido: *¡Buenos días, cielito! Soy Luca. ¿Sigue en pie lo de salir mañana?*

Guardé su número en mis contactos, dándome tiempo para pensar mi respuesta. Apenas eran las siete de la mañana. ¿Por qué me escribía tan temprano? ¿Se había despertado pensando en mí?

Yo: *No creo que sea una buena idea.*

Luca: *¿Por qué? ¿Estás enferma?*

Podría haberle mentido, pero eso no habría resuelto mi problema. Tenía que poner fin a aquello enseguida. Inspiré hondo y escribí mi respuesta, intentando

que sonara lo más educada posible.

> ***Yo:*** *No, no estoy enferma. Es solo que no creo que sea buena idea que salgamos juntos. Es demasiado complicado y no es justo para vosotros. Intentar ser amigos después de todo sería casi imposible.*

Le di a enviar y apagué el teléfono, sintiéndome aliviada y culpable al mismo tiempo. No podía seguir dándoles largas.

Ponerme a buscar trabajo fue duro. Me pasé todo el viernes y medio sábado enviando currículos. Los empresarios tardaban en examinar a los solicitantes, pero empezaba a preocuparme el hecho de si había tomado la decisión correcta al subirme a un avión y mudarme a una de las ciudades más caras del país.

El condado de Los Ángeles no era barato, pero el alquiler que le pagaba a Daniel había sido razonable. Había subestimado cuánto me duraría el dinero y me había equivocado al pensar que al menos recuperaría algunos depósitos de la boda.

Solo de pensar en todo el dinero que había invertido en aquella celebración se me revolvía el estómago. ¿Cómo pude ser tan estúpida de dejar que Daniel me convenciera de que tenía que invertir todo mi dinero en ella?

Me tocaría buscar trabajo en un sitio de comida rápida mientras esperaba a encontrar un empleo mejor pagado.

No había otra opción.

Podrías haber aceptado el dinero de Ryker.

Pero ese barco había zarpado, junto con todo lo que se había estado gestando entre nosotros. Ryker me había enviado un único mensaje el viernes por la mañana cuando se despertó: *«Cuídate»*.

Sonaba bastante definitivo y era exactamente lo que quería, ¿no?

Cerré el portátil y me tumbé en mi pequeño sofá, con los pies colgando sobre el brazo.

Debería haberme ido a casa de mis padres. Ellos me habrían aceptado con los brazos abiertos y me habrían permitido poner mi vida en orden. La gente de mi edad siempre regresaba a casa durante los períodos de transición, pero normalmente su casa tenía espacio.

Mi familia nunca había tenido mucho dinero, pero a mí me habían criado

unos padres cariñosos que intentaban salir adelante día a día. Vivían en una casa muy modesta de dos dormitorios y un baño —la misma en la que yo había crecido— y nunca se habían dado ningún lujo, como coches nuevos o vacaciones.

En algunas ocasiones los había oído hablar de la ejecución hipotecaria, pero nunca llegó a producirse. Habían invertido mucho dinero y energía en convertir el pequeño *bungalow* en un hogar cuando no estaban trabajando, y durante un tiempo tuve la esperanza de que algún día podría mejorar su situación económica, pero ahí estaba yo, jodiendo la mía.

Daniel me había pintado un cuadro tan de color rosa de nuestro futuro que ni siquiera me pensé dos veces en lo que pasaría si me arrancaban la alfombra de debajo de los pies.

Pero ¿alguien lo hace alguna vez?

Mi teléfono zumbó sobre la mesita con una llamada entrante, y suspiré al ver el nombre.

Luca.

Había estado callado la mayor parte del viernes después de que le dijera que no podía ser su amiga, pero después decidió no escucharme. Quizá si lo oía de mi boca acabaría haciéndome caso, así que contesté.

—¿Diga?

—¡Paige! —Se oía el tráfico de fondo—. ¿Cómo entro en tu edificio? —Me erguí de golpe, sorprendida de que mis abdominales fueran capaces de tal hazaña.

—¿Qué quieres decir?

—He venido a recogerte, pero no sé cómo entrar. ¿Ryker no se presentó igual? ¿Cómo entró? —Sonaba francamente confundido, y se me encogió el corazón.

—Luca, te dije…

—Ya sé lo que me dijiste, y he decidido que lo dijiste bajo coacción. —Se oyó un pitido—. Estos botones de llamada no funcionan.

—No, no funcionan. —No debería haberme avergonzado, dado que pagaba un alquiler bastante normal, pero la diferencia entre ellos tres y yo era enorme —. No puedes presentarte aquí sin más.

—Gracias. —El ruido de fondo desapareció, y supe que alguien le había dejado entrar—. Cuatro…, cero, cuatro. Aquí es.

Me levanté de un salto y busqué la bata que solía ponerme para ir al baño.

Estábamos a casi treinta grados y el aire acondicionado de mi casa no era el mejor del mundo, así que me había quedado en ropa interior.

—Paige, ¿estás ahí?

—Sí. —Por fin encontré la bata en el suelo, junto al sofá, y me la puse.

Justo cuando me la ataba sonaron unos golpes melódicos en la puerta. ¿Por qué me tapaba? No tenía por qué abrirle.

Ninguno de los dos había colgado aún.

—No estoy en casa.

—Acabo de oírte a través de esta puerta de papel. No me extraña que Ryker prácticamente te sacara de aquí como un cavernícola. —Volvió a llamar—. Apuesto a que a tus vecinos les encantará que siga llamando.

Cerré los ojos e inspiré hondo, dispuesta a encontrar un poco de autocontrol.

—Luca, por favor, vete. No puedo hablar contigo ahora.

—Venga, Paige, déjame entrar. Tenemos que hablar. No me iré hasta que lo hagamos. —Su voz era insistente y se había vuelto lo suficientemente fuerte como para que toda la planta la oyera.

Dudé. Sabía que, si le dejaba entrar, las cosas podían descontrolarse rápidamente. Pero otra parte de mí sentía curiosidad por lo que tenía que decirme. Nunca me habían perseguido así. ¿De verdad no tenía nada mejor que hacer un sábado que intentar convencerme de que saliera con él?

—Mira, sé que estás asustada y confusa, pero ¿no estás también un poco excitada? ¿De ver a dónde podría llegar todo esto? —Sonaba como si estuviera tamborileando con los dedos en la puerta—. Cuando quiero algo, no me rindo hasta que es mío.

Me acerqué a la puerta y apoyé la frente en ella.

—¿Y qué es lo que quieres exactamente?

La respuesta de Luca fue inmediata.

—A ti. Te quiero a ti, Paige. Y no voy a parar hasta que te tenga.

Cerré los ojos, inspiré hondo de nuevo e intenté alejar el torrente de emociones que amenazaba con desbordarme. No es que Luca no me atrajera. Cada vez que pensaba en él, mi cuerpo reaccionaba.

—Creía que te parecía bien que fuéramos amigos. —Estaba empezando a sudar bajo mi bata de paño, y deseé haberme tomado el tiempo para ponerme ropa de verdad.

—No cogeré más que lo que puedas darme.

Pensé en que estaría bien tener un amigo en la ciudad, aunque fuera la amistad más complicada que hubiera existido jamás. En el fondo sabía que me arrepentiría de no haberle dejado entrar, así que descorrí el cerrojo y abrí. Frente a mí estaba un sonriente Luca vestido con un pantalón corto azul marino con pequeños tiburones por todas partes y una camiseta de tirantes azul claro.

Me quedé con la boca abierta al ver su piel tatuada. En un brazo tenía una colorida escena que empezaba con un sol gigante rodeándole el hombro. En el resto del brazo había un paisaje oceánico con su fauna marina y una preciosa sirena y un sireno abrazados. En toda la escena había tentáculos que parecían a punto de agitar un tarro de cristal. En su muñeca había un grifo del que salían unas gotas de agua.

Su otro brazo estaba hecho completamente en tinta negra y empezaba con una luna que le rodeaba el hombro. La escena que se veía debajo era un impresionante paisaje urbano que se transformaba en un bosque.

—Luca. —Su nombre me salió demasiado jadeante, pero me había sorprendido, y eso que aún no le había mirado las piernas.

—Si hubiera sabido que mis tatuajes te provocarían esta reacción, me habría quitado la ropa mucho antes. —Sonrió satisfecho y empezó a levantarse el dobladillo de la camiseta.

—¡No lo hagas! —Di un paso atrás, haciendo espacio para que entrara.

Con una sonrisa victoriosa entró, trayendo consigo la colonia con el olor más delicioso conocido por el hombre. Era sutil, y el aroma sensual y picante iba a juego con su personalidad.

—No me tomaré como algo personal que no quieras que me quite la camiseta. —Miró a su alrededor y luego se volvió hacia mí—. Bonito lugar.

Enarqué una ceja.

—Mentira.

Luca se rio entre dientes.

—Vale, vale, no es el sitio más glamuroso del mundo, pero tiene personalidad. —Se acercó a mi sofá, se echó en él y se puso cómodo—. Bueno, ¿qué has estado haciendo?

Me crucé de brazos; una gota de sudor me resbalaba por la espalda.

—Buscando trabajo.

—Esa no es forma de pasar el fin de semana. —Se echó hacia delante y cogió la novela romántica que estaba leyendo—. Ryker también tiene este

libro.

Crucé rápidamente la corta distancia entre nosotros y se lo arrebaté. Era la primera vez que leía un libro en el que había varios hombres con una mujer, y lo último que necesitaba era que lo abriera en una escena de sexo.

—Espera…, ¿has dicho que Ryker tiene este libro? —Lo abracé contra mi pecho como si él tuviera ojos láser para ver las páginas.

—Oh, sí. Mi amigo tiene unos cuantos de esos, escondidos detrás de sus *thrillers* legales. —Se sentó y cruzó el tobillo sobre la rodilla como si estuviera inquieto.

—¿Has leído alguno? —No podía creer que Ryker tuviera un alijo secreto de novelas románticas. No me extrañaba que no quisiera que mirara sus libros cuando estuve en su despacho. Aunque no había nada de qué avergonzarse.

—No. Desde luego, he intentado coger algunos de los suyos, pero me los quitó corriendo. Dijo que no podría entenderlos.

Levanté el libro que estaba leyendo.

—¿Sabes de qué tratan?

Se encogió de hombros.

—¿Sexo?

Volví a abrazar el libro contra mí.

—Con varios hombres. Todos juntos.

—¿Tríos? ¿Orgías? —Se levantó y vino hacia mí; sus ojos estaban posados en el lugar por donde yo estaba agarrando el libro—. Déjame leerlo.

Me puse el libro a la espalda y él se detuvo frente a mí.

—En algunas escenas sí, pero todos están… enamorados. Ella los ama a todos.

—¿En serio? —Parecía sorprendido—. ¿Así que me estás diciendo que Ryker ha estado leyendo novelas románticas en las que una mujer tiene múltiples novios? ¿Tienen ellos múltiples novias?

—No. Esa es la gracia. Ella no tiene por qué elegir, y ellos están completamente entregados a ella.

Estaba empezando a sudar de verdad, y sentía que me ardía la cara. De todas las conversaciones que podía tener con Luca, ¿por qué tenía que ser sobre aquel cliché? Sus ojos brillaban con picardía.

—Interesante concepto —dijo con voz grave—. Entiendo el atractivo.

Di un paso atrás y choqué contra la encimera; el libro se me cayó.

—¿Lo entiendes?

Se acercó a mí y me colocó un mechón rebelde detrás de la oreja.

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a considerar la idea de enamorarme de una mujer que no tiene miedo de perseguir lo que quiere? ¿Y si es con mis dos mejores amigos? Mejor aún.

—Pero…

Me puso el dedo sobre los labios.

—Sal conmigo. Como amigos. —Deslizó el dedo hasta mi barbilla, bajó por mi cuello y se detuvo justo en el centro de mi pecho—. La inmensidad del agua puede darte algo de claridad.

—¿El agua? —El corazón me latía tan desbocado que me sorprendió que no dijera nada al respecto mientras recorría mi piel con el dedo. No intenté detenerlo; ansiaba el contacto.

—Nos vamos a navegar en mi barco y luego cenaremos mientras vemos la puesta de sol.

—Eso suena romántico, no amistoso. —Me pesaban los párpados mientras él dibujaba formas aleatorias en mi piel expuesta.

—Tienes el control de la situación, Paige. —Se cernió sobre mí con la mano libre apoyada en la encimera, a mi espalda, mientras me besaba suavemente la mejilla y dejaba que sus labios se recrearan—. Si me dices ahora mismo que me aparte, lo haré.

El calor se me acumuló en el estómago, y tuve que morderme el labio para no girar la cabeza y besarlo.

—Solo amigos, Luca.

Se apartó, y la lejanía de su contacto me dolió y me hizo sentirme como una completa mentirosa.

—Ve a vestirte. Coge un suéter, que por la noche refresca.

Recogió el libro del suelo, se dirigió al sofá y lo abrió en cuanto se sentó. No había nada que le impidiera hacer lo que quería; lo había dejado muy claro.

16

Eso no es un barco

Luca

Me llamaban perseverante, y, una vez más, había demostrado que hasta lo imposible era posible. No sabía cómo reaccionaría Paige al presentarme en su apartamento —si es que aquel lugar podía llamarse así— sin avisar después de haberla disgustado unos días atrás. No me arrepentía de lo que le había dicho porque me había dado una idea de lo que pasaba por su cabeza, y esa era la confirmación que necesitaba de que ella estaba dispuesta a estar con los tres.

Decir que estaba contento habría sido quedarse corto.

Tenía mucho sentido que Ryker, Garrett y yo tuviéramos una relación con la misma mujer. Para ser sincero, me sorprendía un poco que Ryker no hubiera sacado el tema teniendo en cuenta los libros que leía.

¿Por eso los leía? ¿Para ver si se trataba de algo que podía entender?

Sabía sin lugar a dudas que Garrett sí podría, pero Ryker era más posesivo que nosotros dos juntos. Quería tener el control, y una relación poliamorosa le quitaba parte de ese control.

Hojeé la novela romántica mientras esperaba a que Paige se cambiara. Había tenido que reunir todo mi autocontrol para no tirar del cinturón de su bata y averiguar qué llevaba debajo, pero había conseguido mantener la compostura. Me sentía como un sátiro a su lado, pero también ansiaba que me tocara.

Había estado con muchas mujeres antes, pero cuando miré a Paige a los ojos y sentí su suave contacto, algo hizo clic. Fue como si la conociera a pesar de no haberla visto nunca. Sentí una extraña familiaridad y a la vez una intensa atracción.

Las piernas de Paige aparecieron en la escalera, y me alegré por cuánto de ellas había dejado a la vista. Se había puesto unos vaqueros cortos que le llegaban a mitad del muslo y una camiseta de tirantes holgada y floreada que dejaba entrever un poco de escote. Mis ojos recorrieron su cuerpo,

observando cada centímetro de ella mientras bajaba.

—¿Puedo retirar lo de ser amigos? —Quería deslizar mis manos por sus piernas antes de ponérmelas alrededor de mi cintura.

—¿Qué? —La angustia asomó a su voz, y se mordió el labio inferior.

—¡No! Solo quería decir que tienes tan buen aspecto que me dan ganas de hacerle cosas no relacionadas con la amistad a tu cuerpo. —Me levanté, cerré el libro que había estado hojeando y lo tiré sobre la mesa.

Ella se relajó visiblemente.

—Ya le has hecho suficientes cosas no amigables a mi cuerpo.

Observé con curiosidad cómo se acercaba a un carrito que había junto a la puerta. Mirándose en un espejo de mano que había colgado de una chincheta, se soltó el pelo, se lo cepilló y se lo recogió en una pulcra coleta.

Joder, las coletas eran sexis. Algo sólido con lo que manejar su cabeza mientras…

No, para, tío.

Carraspeé y cambié de postura para darle a mi pene hinchado un poco de espacio para respirar.

—Por cierto, tu libro abusa de la palabra «pene». He tardado exactamente cinco segundos en localizar la primera escena de sexo.

Se echó una especie de crema en la mano y se la esparció por la cara.

—Bueno, hay cuatro penes en ese libro. ¿De qué otras formas debería llamarlo la autora? ¿Pedazo de carne? ¿Salchicha?

—Sacó el pito, su punta relucía. Tiene sonoridad.

—No es sexy. —Se frotó la cara con una brocha de maquillaje—. Prefiero leer la palabra «pene» cincuenta veces que «pito» una sola vez.

—¿Y qué pasa con las pelotas? ¿Los autores usan solo «pelotas» o meten por ahí algún «cojones» y algún «escroto»? —Me sorprendía que me siguiera la corriente con aquella conversación, pero quizá era el tipo de cosas que hablaba con sus amigos.

—Solo he visto «pelotas» y «huevos». Esa referencia no tiene mucha variedad. ¿De qué otra forma podrían llamarse? —Se acercó más al espejo para hacerse algo en los ojos. Era fascinante ver a una mujer maquillándose.

—No sé si «nueces» es adecuado. Alguien podría ser alérgico, y usar la palabra estropearía el ambiente. Supongo que son como los adornos del pene, que no se pueden ignorar a pesar de sus nombres poco sexis. —¿Qué demonios estaba diciendo? Joder, menos mal que los chicos no estaban allí,

porque nunca me dejarían olvidar esa conversación—. A algunas personas les gusta que se los mordisqueen, que se los retuerzan y después les dediquen un poco de atención con la lengua. Una autora romántica no puede ignorarlos por aversión a la palabra «pelotas».

Soltó una risita que me llenó de una intensa satisfacción.

—Oye, nene, ¿qué tal si volvemos a mi habitación y les doy a tus adornos del pene un poco de chuperreteo?

—«Atención con la lengua» suena mucho más sofisticado, y me apunto a eso si tú estás dispuesta. —Le guiñé un ojo mientras me miraba a través del espejo.

—¿Cuántos años tienes? —Se giró para mirarme.

Su maquillaje era sutil, pero la forma en que se había pintado los ojos hacía resaltar las motas verdes y doradas de sus iris.

—Treinta y uno, y, lo creas o no, soy el mayor de los tres. Es cierto que solo por un mes, pero pienso vencer en lo que pueda. —Me metí las manos en los bolsillos, de repente un poco nervioso de que aquello fuera un problema—. ¿Cuántos años tienes tú?

—Veintisiete. —Cogió su bolso y su teléfono y se calzó unas sandalias antes de dedicarme una tímida sonrisa—. Creo que estoy lista.

Miré sus labios. Mierda. Eso de ser amigos iba a resultar más difícil de lo que pensaba.

—¿Lista para…?

—¿Una tacita de té, ya que eres tan viejo? —Puso los ojos en blanco y se rio. Definitivamente me estaba tomando el pelo—. Para irnos… en el barco.

—Puedo asegurarte que no hay nada viejo en mí. —La cogí de la mano y la conduje a la puerta.

Los amigos podían cogerse de la mano, y como ella no apartó la suya de la mía, entrelacé nuestros dedos.

—¿Esto está bien? No estoy seguro de cómo se cogen de las manos los amigos.

Cerró la puerta y caminamos juntos hacia las escaleras.

—Mi amiga Nora y yo solo nos cogemos de la mano si estamos superemocionadas o asustadas.

—Bueno, no sé tú, pero yo estoy muy emocionado. —Le apreté la mano—. Va a ser divertido.

—Ya veremos. —Metió la mano en el bolso cuando salimos y sacó las gafas de sol—. ¿A qué distancia está tu barco?

—Está en el Hudson ahora mismo. Tardaremos unos veinte minutos en llegar.

La conduje calle abajo hasta donde había aparcado mi chófer. Había sido bastante fácil encontrar sitio, ya que era fin de semana. Entre semana, a la gente le gustaba aparcar en las zonas circundantes y luego tomar un tren que tardaba diez minutos a Manhattan.

—¿Alguno de vosotros conduce? —preguntó Paige abriendo la puerta trasera. El aire frío salió a raudales del interior.

—Sí, pero hoy no me apetecía. —Me apreté contra el lateral mientras ella subía a la parte trasera del todoterreno, dejándome ver su redondo culo.

—¡Luca! —Giré la cabeza por instinto y me arrepentí al instante—. ¿Son ciertos los rumores? ¿Estás prometido con Clara Accardo? ¿Con quién estás?

¿De verdad creían que iba a responder a esa pregunta tan estúpida?

—Que tengáis el día que os merecéis, chicos. —Subí al todoterreno y cerré de un portazo.

El conductor ya había colocado la pantalla de privacidad, pero no necesitó mi autorización para arrancar. Sabía exactamente adónde íbamos.

—¿Eran *paparazzi*? —Paige observó a los tres gilipollas que intentaban sacar fotos a través de los cristales tintados.

Idiotas.

—Sí. No me siguen muy a menudo. Me molestan sobre todo cuando voy a eventos. — Saqué mi teléfono y envié un mensaje a mi equipo de seguridad sobre el incidente.

—¿Quién es Clara Accardo?

La verdad era que no quería hablar de Clara, pero no podía mantenerlo exactamente en secreto ahora que Paige sabía su nombre.

—Clara es la única heredera de Carlo Accardo, que dirige un imperio de joyería muy poderoso en Italia. Mi familia ha estado intentando que me case con ella.

—Eso es… Vaya. ¿Eso pasa en la vida real? —Se abrochó el cinturón.

—Desgraciadamente. —Miré por la ventanilla conforme nos alejábamos—. Ella es maja y tal, pero no somos compatibles.

—¿Qué quieres decir?

Deseé que dejara de hacer preguntas, porque le prometí a Clara que no diría nada sobre su sexualidad. No me correspondía a mí hacerlo público, por muy frustrantes que fueran nuestras familias.

—Nunca funcionaríamos. Los dos estamos de acuerdo en eso, pero nuestras familias siguen intentándolo; organizando cenas, poniéndonos uno al lado del otro en eventos, filtrando rumores. —Quería a mi familia, pero tenían que calmarse. Nuestro imperio ya era lo bastante grande.

—Ya veo. —Miró por la ventanilla mientras cruzábamos el puente hacia Manhattan.

—Eh, no hagas eso. —Me acerqué y tomé su mano—. No es nada. No pueden obligarnos a nada, y he dejado muy claro que no me van a concertar ningún matrimonio.

—Lo siento. Es mucho con lo que lidiar. —Me apretó la mano y me miró.

—No te preocupes. Yo solo quiero que lo dejen estar. —Odiaba que eso le importara a la gente, pero yo era uno de los solteros más codiciados de Nueva York.

Los tres lo éramos.

—¿Tengo que preocuparme por salir en las fotos? —La inquietud en su voz me hizo sentir como si me hubieran dado una patada en los huevos.

—No. Mi equipo las eliminará si consiguen alguna. Probablemente rondarán por tu casa unos días para asegurarse de que nadie ha visto de qué edificio hemos salido. —No los había visto al salir del edificio de Paige, pero, claro, con lo distraído que había estado…

—¿Nunca se han enterado de lo que haces en la cama? —Su pulgar empezó a frotarme la mano, y un cosquilleo me recorrió la columna.

—No. No es que sea una celebridad, pero hay algunas cuentas de redes sociales y blogs que publican contenidos sobre los ricos de Nueva York. —Apoyé la cabeza contra el reposacabezas, observándola mientras miraba por la ventanilla el paisaje—. Garrett y Ryker no forman parte de eso. Al menos todavía. Las mujeres sí saben quiénes son.

Hizo un ruido en la garganta, pero no respondió. Era mejor para ella saber de antemano todo lo malo que venía con lo bueno. Esperaba que lo bueno pesara más que lo malo.

Treinta minutos después Paige miraba mi yate con la boca abierta. Me estaba dando unas ideas que me tocaba expulsar de mi cerebro.

—Te presento a Holy Cannoli, una belleza de ciento ochenta y cinco pies. —La cogí de la mano y me dirigí hacia la pasarela, donde uno de los empleados

nos esperaba para darnos la bienvenida a bordo.

—Habías dicho barco, no yate. Garrett dijo que tenías un yate, pero luego Ryker bromeaba sobre dar de comer a peces y tiburones. Pensaba que estaban de coña.

—Siento decírtelo, Paige, pero un yate es un barco. Además, también tiene un bote llamado Bubba.

Sentía sus ojos clavados en mi espalda mientras subía por la pasarela con ella pisándome los talones. Me apretaba la mano con fuerza.

—Bienvenido a bordo, señor. Tenemos todo preparado, como usted pidió. Por favor, disfrute de la velada y avíseme si necesita algo más. —Tom se apartó e hizo un movimiento de barrido con el brazo.

—Qué elegante —murmuró Paige mientras caminaba a mi lado hacia la cubierta principal—. Esto es muy surrealista. No me puedo creer… Da igual.

—No, ¿qué ibas a decir? —La detuve al pie de la escalera y la giré hacia mí porque su tono había cambiado.

—No tiene importancia. —Llevaba puestas las gafas de sol, así que se las quité y se las puse encima de la cabeza para verle los ojos. Había lágrimas en ellos.

—¿Qué pasa? —pregunté suavemente, y le besé la mano—. ¿Es demasiado? ¿Te ha molestado algo?

—Es que vivimos en dos realidades completamente diferentes, ya está. Es como… cuando alguien dice que se ha comprado su quinto Bentley mientras tú ves cómo una rata te roba una Oreo que no deberías haber comprado con el poco dinero que te queda en la cuenta bancaria. —Exhaló un suspiro y miró hacia la zona de asientos de la cubierta inferior—. Lo siento, sueno amargada.

—No, es comprensible. Tienes razón: es excesivo. —Había tenido esa conversación muy a menudo con Ryker, sobre todo cuando estaba en uno de esos días de sentirse culpable por gastarse su dinero—. Ojalá tuviera algo filosófico que decir. Pagamos bien a la tripulación y trabajan a jornada completa, ya que también lo alquilamos.

—Supongo que nunca lo había pensado así. —Aún le brillaban los ojos, pero me dedicó una suave sonrisa—. Tal vez debería solicitar un empleo en tu yate.

—¿Y tratar con gilipollas ricos todo el tiempo? Claro que no. —La abracé y ella no dudó en devolverme el gesto—. Solo he pensado que te gustaría la experiencia. Podemos ir a hacer otra cosa si te incomoda.

—No, así está bien. Además, ¿no vienen amigos? —Empezó a subir las

escaleras, y me dejó mirándole el culo.

No sabía si decírselo entonces o esperar a que aparecieran mis amigos para lidiar con su ira.

—Sí, mis amigos estarán aquí dentro de un rato.

—Estoy deseando conocerlos —dijo por encima del hombro antes de detenerse en lo alto de las escaleras—. ¡Vaya!

La cubierta principal ni siquiera era la mejor cubierta, en mi opinión, pero tenía una zona exterior más pequeña con asientos y se abría a la sala de estar principal.

—Hay cinco dormitorios en este nivel y la *suite* vip.

Entró en el salón y pasó la mano por el respaldo de uno de los sofás de cuero de los tres que había en el gran espacio central de la sala y que rodeaban una enorme mesa de centro. Al fondo había una consola con un televisor oculto que separaba ese espacio de la mesa de comedor, de diez plazas.

Se dirigió al siguiente tramo de escaleras —que se curvaban hacia la cubierta superior—, donde había otra sala de estar interior y un comedor informal al aire libre bajo la cubierta superior.

—Hay cuatro habitaciones, una de ellas la *suite* del propietario. Aparte del helipuerto. —Me encogí ante eso porque era una locura incluso para mí.

—¿Un helipuerto? —Se dio la vuelta, con los ojos muy abiertos—. ¿Tenéis un helicóptero?

—No. —Me reí entre dientes—. Algunos huéspedes están muy ocupados y es cómodo. También es bueno para la seguridad.

—Claro. —Subió las siguientes escaleras—. ¿Qué tamaño tiene esta cosa?

—Hay dos cubiertas más. La cubierta del puente tiene una pequeña piscina, más alojamientos, un gimnasio y los aposentos del capitán, y es desde donde se controla todo. —Me estaba poniendo un poco nervioso porque estaba muy callada, solo decía una o dos palabras cuando abría la boca—. Luego, el siguiente nivel es el del puente superior, y hay más espacio de salón y comedor.

Se sentó en una de las tumbonas junto a la piscina tipo *infinity,* que tenía una pared de cristal a un lado para ver lo que ocurría bajo el agua.

No pude evitar preguntarme cómo sería verla follar en esa piscina.

—Di algo. —Me senté al final de su asiento y agarré su tobillo—. Podemos irnos.

—Deberíamos. —Se me encogió el corazón cuando se apoyó en las almohadas y volvió a ponerse las gafas de sol—. Tu barco no es lo

suficientemente grande.

Y así como así, todas mis preocupaciones se disiparon.

—No se trata del tamaño del barco.

Sonrió y sentí que me miraba a través de las gafas. No pude evitar pasar la punta de mis dedos por su pantorrilla haciendo que la piel se le pusiera de gallina.

—Luca. —Su voz carecía de convicción—. No puedes tocarme así.

—¿Así cómo? —Me incliné y le besé la rodilla—. Solo estoy siendo amable. —No volví a besar su piel, pero mantuve mi mano en su tobillo.

—Como si estuvieras tramando algo. —Se mordió el labio como si se estuviera callando algo—. Los amigos pueden llegar a…

—Señor, sus otros invitados han llegado. ¿Quiere que suban y les sirvo las bebidas aquí? —Cynthia, la tripulante primera de servicio, había aparecido de la nada.

Paige se incorporó rápidamente, balanceando las piernas sobre el borde de la tumbona.

—Eso sería perfecto. Gracias, Cynthia. —Me volví hacia Paige—. Tienes que prometerme que no te enfadarás.

—¿Sobre qué?

Me encogí de hombros.

—Bueno, sobre mis amigos. Es que… ya los conoces.

—No has mencionado ningún nombre. —Se levantó las gafas de sol; más que una mirada, me disparó un rayo láser.

Si fuera posible que una mirada castrara a un hombre, habría sido esa.

17

Botella de apoyo emocional

Paige

Cuando Luca dijo que había quedado con unos amigos, no pensé que se refería a Garrett y Ryker. Es decir, debería haberlo hecho, pero él habría dicho sus nombres, no los habría agrupado con un término genérico. Al menos, eso habría dicho yo si hubiera invitado a alguien que la otra persona ya conociera, pero, en el fondo, ¿me sorprendía tanto?

Luca me apretó la rodilla.

—Va a ser divertido. No hemos salido todos juntos, y creo que estaría bien.

—Va a ser incómodo. —Volví a bajarme las gafas de sol y me puse en pie, con los brazos en jarras—. Ocultar información que deberías haberme dado es mentir.

Entrecerró los ojos y se hizo visera con una mano para protegerse del sol.

—¿Habrías venido?

—Esa no es la cuestión, Luca —suspiré—. ¿Qué intentas hacer?

Una sonrisita apareció en sus labios, pero desapareció rápidamente.

—Nada.

¿Cómo iba a soportar estar sola con los tres? Mi cuerpo, y también mi mente, la verdad, me traicionaban cuando estaban cerca. Incluso había estado permitiendo que Luca me tocara en algo más que en plan «solo amigos».

Una risa femenina vino de la cubierta de al lado:

—Para, Gare.

—Tienes que estar de coña. —Unos celos como nunca había sentido se apoderaron de mí y me calentaron la sangre.

—¿Qué pasa? —Luca parecía confundido mientras yo retrocedía; el sonido de pasos en las escaleras me había hecho entrar en pánico.

Era como Daniel otra vez, pero peor, lo cual era ridículo porque ninguno de ellos era mío. Y, sin embargo, sentía como si alguien me estuviera apuñalando

en el pecho.

—Tengo que ir al baño. —No quería que me siguiera, eso estaba claro.

Antes de tener que ver a las mujeres que llegaban con Garrett y Ryker, prácticamente corrí hacia el otro tramo de escaleras y bajé por ellas. No tenía ni idea de adónde llevaban, pero necesitaba un minuto para recomponerme.

—¡Paige! ¿Adónde vas? ¡Hay un baño aquí arriba! —La voz de Luca me indicaba que seguía en la cubierta.

Entré en la parte interior de la embarcación. Atravesé un salón, un pasillo corto, una sala de estar y, por último, un pasillo con dormitorios. ¿Por qué era tan grande ese maldito yate?

Había cuatro puertas y todas estaban cerradas, así que elegí una, esperando lo mejor. Una vez dentro, cerré la puerta y me apoyé en ella con los ojos cerrados.

—Todo va a ir bien. Todo va bien —intenté tranquilizarme, pero el lazo alrededor de mi pecho estaba cada vez más tenso—. No estás saliendo con ellos. No importa.

Me deslicé hasta el suelo, aunque había una cama de matrimonio perfectamente hecha y una silla en el rincón. Solo necesitaba poner la cabeza entre las rodillas o algo para calmarme, nada más.

¿Por qué había hecho Luca algo así? ¿Para darme celos? ¿Para reclamarme? Al menos podía habérmelo dicho de antemano y entonces quizá no me habría sentido tan… engañada.

Saqué el teléfono del bolso y llamé a Nora. Ella me tranquilizaría; siempre sabía qué decir.

Pero, claro, también había sido ella la que me había metido en ese aprieto.

—¡Paige! ¿Qué pasa? —Había ruido de fondo, y cuando oí un silbido, supe que estaba en el entrenamiento de hockey.

—¿Estás ocupada? —Me tembló la voz y me mordí el labio.

No llores.

¿A quién quería engañar? Eso nunca funcionaba.

—Nunca estoy demasiado ocupada para ti. Solo evaluando las habilidades de patinaje durante los ejercicios. Uf. Necesitan mucho trabajo; ni siquiera saben lo que se les viene encima. —Sonaba como si fuera de lo más satisfactorio enseñar a un grupo de jugadores de la NHL a patinar con gracia—. ¿Qué pasa?

Le conté todo lo que aún no le había contado, que solo abarcaba ese día, pero aun así era mucho. Cuando terminé, me ahogaba en sollozos y me secaba

los ojos.

—Tía… —suspiró—. ¿Te estás escuchando?

—Sí. —Me puse en pie y entré en el cuarto de baño contiguo para coger un pañuelo antes de ir a sentarme en la cama.

—A mí me parece que no. Te quieren, Paige. Los tres. Tú los quieres a ellos. La verdad es que no sé por qué lo estáis demorando, aparte de por miedo.

—¿No me has oído decir que había mujeres con ellos? —Me limpié furiosamente las lágrimas, pero seguían cayendo—. Esto es un desastre, y todo es culpa tuya.

Se rio, y no era solo una risa de diversión, sino una de esas que seguro que llamaban la atención de todo el que la oyese.

—¿Mi culpa? Venga, vale, asumiré la culpa de que estés a punto de tener la experiencia sexual más épica de tu vida.

—Ya la he asumido yo. —Me quité el bolso y me volví a tumbar en la cama —. No puedo volver ahí fuera.

—Sí, puedes. Y lo harás. Sal con tu monada ahí fuera y preséntate como la novia de los tres, y ya está. Puedes tirar a todos los demás por la borda y dejar que los tiburones se den un festín.

—Pasas demasiado tiempo con jugadores de hockey. Y no soy la novia de los tres. Es un poco presuntuoso asumir que quieren eso. —Era un concepto tan poco convencional que ni siquiera sabía cómo plantearlo sin sentirme tonta.

—Todavía no se han matado entre ellos, ¿verdad? ¿Y saben todo lo del sexo y cualquier otra cosa que has estado haciendo con cada uno de ellos?

—Sí. Parece que lo comparten todo. —Enredé un dedo en un hilo suelto del edredón—. ¿Es raro que me sienta así y apenas los conozca?

Se quedó callada unos instantes, y, cuando habló, lo hizo con voz suave.

—Una vez le pregunté a mi padre cuándo supo que mi madre era la elegida, y me dijo que en cuanto le sonrió. Sé que es cursi, pero a veces hay una conexión innegable.

—No sé si es tan sencillo, teniendo en cuenta que son tres. —Suspiré, abrumada por la situación y mis propias emociones.

—No siempre es sencillo, pero merece la pena arriesgarse. No querrás mirar atrás un día y preguntarte qué hubiera pasado.

Me incorporé y volví a secarme las lágrimas.

—Tienes razón. Debería arriesgarme con ellos.

—¡Ese es el espíritu! Ahora sal y reclama a tus hombres.

Mis hombres.

Dios, ¿en qué estaba pensando?

Era aterrador, y mi corazón aún estaba hecho pedazos desde la última vez que se lo había entregado a alguien. Pero Nora tenía razón. No podía dejar que el miedo me apartara de algo que podía ser increíble.

Nora y yo nos despedimos y yo volví al baño para asegurarme de que no parecía que me había dado un ataque de nervios. Tenía los ojos un poco rojos, pero para eso estaban las gafas de sol.

Mientras salía de la habitación y me dirigía hacia las escaleras que conducían a la siguiente cubierta, me mentalicé. No era una persona conflictiva, pero cuanto más me acercaba a las voces, más apretaba los dientes.

Me detuve justo antes de llegar al final de las escaleras, manteniéndome fuera de la vista. Sin duda había dos mujeres, pero entonces un hombre que no era ni Ryker, ni Luca ni Garrett dijo algo.

Esa voz me resultaba muy familiar.

Después de recordarme a mí misma que había abundantes lugares en el yate donde podía esconderme si las cosas no iban bien, subí los últimos escalones.

Ethan estaba sentado con las dos mujeres, con las cabezas juntas como si estuvieran cotilleando. Me vio primero y se le iluminó la cara.

—¡Paige! —Se levantó de un salto y corrió hacia mí, enlazó su brazo con el mío y me condujo hacia las dos mujeres—. ¡Aquí estás! Estábamos hablando de ti.

—Eeeh… ¿sí? —Si Ethan ya era amigo de esas mujeres, eso debía de significar que llevaban un tiempo en sus vidas.

Sentí que iba a vomitar cuando nos detuvimos frente a ellas. Eran preciosas.

—Les estaba hablando de tus notitas de «Que te jodan» y «Dimito» y cómo las dejaste en tu escritorio. Fue realmente épico.

—A Ry debía de salirle vapor por las orejas —dijo en voz baja la mujer rubia antes de levantarse y abrazarme—. Soy Libby.

La otra mujer, morena, se levantó y me abrazó también.

—Y yo soy Harper. Ethan nos estaba poniendo al día sobre la mujer que ha conseguido que nuestros hermanos actuaran como idiotas hace un minuto, cuando Luca ha dicho que estabas aquí.

Hermanas.

Mis hombros se hundieron aliviados, y volví a sentir ganas de llorar. Solía pensar que me pasaba algo hasta que mi madre me dijo que las personas que

lloraban mucho estaban muy en sintonía con sus emociones y que dejara de enfadarme por haberme enfadado.

—Encantada de conoceros a las dos. —Traté de mantener el temblor fuera de mi voz, pero fue una batalla perdida—. ¿Han reaccionado como idiotas?

—Oh, chica. No tienes ni idea. —Ethan tiró de mí hacia abajo, a su lado, y luego señaló con la barbilla hacia la parte interior de la cubierta en la que estábamos.

Luca, Ryker y Garrett estaban dentro del gimnasio, con la puerta entreabierta lo suficiente para verlos manteniendo una conversación muy acalorada. Supuse que era sobre mí, pero ¿era una buena conversación o una que me dejaría sintiéndome incómoda durante el resto de la velada?

Antes de que pudiera darle más vueltas, Libby habló.

—No te preocupes por ellos. Luca nos contó vagamente lo que pasaba cuando nos invitó. —Era lo opuesto a Ryker: mientras que él era asertivo y seguro de sí mismo, ella tenía la voz suave y parecía tímida.

—¿Él quería que pensara que erais sus novias? —No deseaba apartar la mirada de los tres hombres, pero se adentraron más en el gimnasio y los perdí de vista.

—Creo que la intención de Luca era que hiciéramos entrar en razón a nuestros hermanos si era necesario. —Libby me puso la mano en el brazo y la miré—. Pero creo que no hace falta.

Cynthia, la tripulante primera de servicio, apareció portando un cubo con champán y unas copas.

—¿Quieren que les sirva las bebidas?

—Sí, por favor. —Necesitaba desesperadamente un poco de valor líquido, y agradecí la distracción.

Cynthia nos sirvió una copa de champán a cada uno, y las alzamos.

—Por una velada que estoy seguro de que estará llena de sorpresas. —Ethan me guiñó un ojo, y sentí el calor subirme por el rostro.

Todos chocamos las copas y yo me bebí la mía de un trago. Probablemente fue una mala idea, ya que el champán me ponía más borracha que cualquier otra cosa.

—Joder, chica. —Harper sonrió y tomó otro sorbo de su bebida—. ¡Oh! ¡El yate está empezando a moverse! Vamos arriba.

—Voy a por el champán. —Me levanté, dejé la copa sobre la mesita y cogí la botella de champán por el cuello.

Caminamos hacia las escaleras que conducían al puente superior y me detuve, lo que hizo que Libby chocara conmigo.

—Corre, venga. —Me empujó hacia la puerta del gimnasio.

—¿Y si están en una reunión de trabajo? —Bebí un trago de la botella que llevaba en la mano.

—Dudo que Luca deje que eso ocurra cuando lleva pantalones cortos. —Apartó la mirada de mí; sus mejillas se sonrojaron—. Sé que es raro, pero no es que Ryker esté cerrado a la idea… Me ha robado muchos de mis libros pensando que no me daba cuenta.

La miré con los ojos muy abiertos.

—Eso es…

—Asqueroso, sí, lo sé. Saber que mi hermano ha leído los mismos libros que yo me provoca pesadillas. También es el peor devolviéndolos, y ni siquiera estoy segura de querer que lo haga. —Hizo un ruido de arcadas.

—¡¿Venís?! —gritó Ethan desde arriba.

Las débiles voces en el interior del gimnasio cesaron, y supe que me veían a través de las ventanas a pesar de que estaban muy tintadas de mi lado.

—Ve. Nos vemos en la cena. O tal vez no. —Libby movió las cejas y subió.

Ambas hermanas parecían simpáticas y afables, pero me sorprendía un poco lo abiertas que se mostraban ante lo que estaba ocurriendo. Estaba segura de que había mucha gente a la que no le parecería bien lo que estaba a punto de sugerir, pero la única opinión que importaba era la mía.

Aunque decirlo en mi cabeza y ponerlo en práctica eran dos cosas totalmente distintas.

—Es hora de reclamar a mis hombres —murmuré para mis adentros antes de abrir la puerta—. Hola.

Tres pares de ojos me miraron fijamente cuando entré en el pequeño gimnasio y cerré a mis espaldas. El aire allí dentro me pareció denso cuando me acerqué unos pasos a donde estaban reunidos alrededor de un banco. Era un lugar un poco extraño para reunirse, pero tal vez les gustaba el olor del equipo de entrenamiento.

Nada como el olor a goma mientras te desahogas.

Eché un vistazo a Ryker y a Garrett. Ambos llevaban pantalones cortos, mostrando sus sexis pantorrillas de hombre, al igual que Luca. Garrett también llevaba una camiseta de tirantes, y Ryker una camiseta que le marcaba los músculos de los brazos. Parecía que había vuelto a ser el de siempre, sin un

solo pelo fuera de su sitio.

¿Por qué hacía tanto calor ahí dentro?

Le di un trago a la botella de champán y luego la abracé contra mí. Podía ser mi botella de apoyo emocional.

Luca carraspeó.

—¿Estás bien? Has salido corriendo.

—Tenía que hacer pis —mentí.

Garrett señaló hacia una puerta.

—Hay un baño al final de ese pasillo.

—Ahora no me hace falta. —Aquello se estaba volviendo de lo más incómodo.

—Tenemos que hablar. —Ryker carraspeó—. ¿Puedes quitarte las gafas de sol?

Inspiré hondo y me subí las gafas de sol a la cabeza, mostrando lo que yo sabía que eran unos ojos enrojecidos.

—Siento haberme ido así. Necesitaba un momento para ordenar mis pensamientos.

La mirada preocupada de Luca me dio ganas de salir corriendo.

—Lo siento, Paige. No creí que fuera para tanto. Pensaba que tal vez un día de diversión juntos nos ayudaría.

Ryker se pellizcó el puente de la nariz y Garrett hizo un ruido con la garganta.

Tomé otro trago de champán. Mantuve la mirada baja porque no podía soportar ver sus reacciones ante lo que estaba a punto de decir. Era hora de arrancar la tirita y acabar con aquello de una vez. Era entonces o nunca, porque no podía seguir haciéndome eso a mí misma. La incertidumbre y las dudas me estaban destruyendo, y ya no me quedaba mucho que destruir.

—Os quiero a todos, y no sé si es posible o razonable pediros esto, pero es lo que siento. No puedo elegir a uno, aunque eso sería muchísimo más fácil. —Me hormigueaban los pies por las ganas de salir huyendo, pero no me moví—. Lo siento.

Se hizo el silencio y los miré a hurtadillas. Luca sonreía como si le acabaran de regalar todo lo que había en su lista de Navidad, Ryker parecía a punto de decir algo y Garrett tenía la mandíbula tan apretada que pensé que se le iba a romper.

—Yo… —Me volví y señalé la puerta con la botella—. Os dejo para que

habléis…

—Deja de huir. —La orden de Ryker me hizo detenerme en mitad del giro —. Deja de huir y tal vez podamos alcanzarte.

—Siento que seas tan lento —se me escapó, y mis ojos se abrieron de par en par cuando Garrett se me acercó con aire ofendido.

Me quedé inmóvil cuando se puso delante de mí y me agarró de la base de la coleta. No fue brusco, pero tampoco suave. Me sorprendió tanto que estuve a punto de soltar la botella de champán. Finalmente habló; su voz era baja y controlada.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

—Sí, estoy cien por cien segura. Si me… —Iba a decir «si me aceptáis», pero… Garrett me silenció con su boca.

Gemí y me agarré a su camisa con la mano libre. Era abrumador que por fin volviera a besarme, y hacerlo delante de Ryker y Luca lo hacía mucho más real.

Quería aquello, y ya no había vuelta atrás.

18

No agites el barco

GARRETT

Ya era hora de que pudiera besar y tocar a Paige sin que la preocupación me provocara un nudo en el estómago.

Cuando Luca había pronunciado el nombre de Paige al subir las escaleras, me había invadido una sensación de terror. No porque ella estuviera allí, sino por Luca y Ryker. Ambos querían más con ella, y yo también, pero las cosas ya estaban tensas entre nosotros, y lo último que necesitábamos era pelearnos o discutir por una mujer.

Sin embargo, Luca había abordado el tema de que todos tuviéramos algo con ella, y, aunque ya se me había ocurrido a mí, siendo realistas, me parecía un acuerdo difícil. Pero ¿y si funcionaba?

Aunque Paige parecía querer lo mismo, ponerlo en práctica era algo muy distinto.

La canción *I Want You All* se repetía en mi cabeza mientras utilizaba la coleta de Paige para mover su cabeza y besarla más profundamente. No solo quería a Luca o a Ryker. También me quería a mí.

Paige gimió y me agarró de la camisa mientras intentaba acercarse más a mí. La sensación de su cuerpo contra el mío era algo con lo que soñaba todas las noches desde que la había besado en la calle. Me produjo una sacudida de deseo que no pude ignorar, aunque debería haberlo hecho, teniendo en cuenta que estábamos en medio del gimnasio.

Necesitábamos hablar de aquello para establecer algunos límites y averiguar qué queríamos exactamente. La conversación solo acababa de empezar cuando ella había entrado, con la botella de champán agarrada con fuerza como si fuera su salvavidas.

Interrumpí el beso con un cosquilleo en los labios y la respiración entrecortada. Sus ojos estaban llenos de deseo, pero no sabía si quería público

la primera vez que estaba con ella. Si no dejaba de besarla, eso iba a ser exactamente lo que tendríamos.

Se oyó un ruido detrás de mí y Luca se acercó a nosotros, cogió la mejilla de Paige y le giró la cabeza hacia él. La besó allí mismo, delante de mí, y, joder, hizo que mi pene se hinchara más todavía. No iba a ser fácil ocultar mi erección con los pantalones cortos que llevaba.

Ella todavía tenía la maldita botella en la mano, y se la arrebaté, echándome un paso atrás para darles espacio y dejar el champán en el banco.

Ryker se quedó mirando, lo cual era nuevo para él. Nunca le había gustado mirar, por eso teníamos el acuerdo que teníamos. Pero con Paige era diferente. Creo que lo supimos desde el momento en que la vimos de rodillas.

Luca tenía el brazo alrededor de la cintura de Paige mientras seguían besándose, y mis celos se dispararon. No podía evitar sentirme como un extraño, aunque acababa de besarla yo mismo.

Tenía que superar esa sensación si queríamos darle una oportunidad a aquello. Me acerqué a ellos y le pasé los dedos por el brazo de Paige, que rompió el beso con Luca y volvió la cara hacia mí. Me incliné hacia ella y la besé empujando sus labios con la lengua. Se abrió para mí, y gemí cuando nuestras lenguas se rozaron.

—Creo que viene alguien —nos interrumpió Ryker—. Por el pasillo.

Aunque me gustaba la emoción de que estuvieran a punto de pillarnos, había un momento y un lugar para eso, y aquel no lo era. Quería ese momento para nosotros solos.

Paige se apartó primero, con los labios hinchados y los ojos pesados.

—Vaya.

—Tenías razón. —Luca dio un paso atrás justo cuando la puerta del otro lado del gimnasio se abrió y entró el capitán.

Se quedó parado un segundo y miró entre nosotros enarcando una de sus cejas. Como habíamos tenido fiestas salvajes en el yate, no parecía muy sorprendido.

—Perdone si le interrumpo, señor. Cynthia me ha dicho que estaba en el gimnasio. Necesito saber si ha decidido si nos quedamos en el Hudson o salimos ya a mar abierto.

Paige giró la cabeza hacia Luca tan rápido que su coleta me golpeó en la cara.

—¿A mar abierto?

¿Por qué parecía tan sorprendida? ¿Había omitido Luca que planeaba viajar

durante la noche?

—Bueno, eso depende de ti. —Luca se llevó una de sus manos a los labios —. Podemos navegar por el Hudson y quedarnos a cenar, o podemos salir al Atlántico y dormir a bordo.

—No he traído nada. —Se miró a sí misma.

El capitán carraspeó.

—Señora, tenemos lavandería a bordo y artículos de aseo personal en la mayoría de los baños. Cualquier cosa que necesite podemos ordenar que nos la traigan.

Paige abrió la boca.

—¿Hacer que alguien se suba a un bote y lo traiga al yate?

Le puse la mano en la espalda, sintiendo su incertidumbre.

—Podemos salir al mar y luego, si decides que no te apetece pasar la noche, volvemos. A menos que te dé miedo el mar.

Ella resopló.

—No me asusta el mar, solo estoy sorprendida. —Volvió a mirar a Luca, y capté su mirada en el espejo.

—Entonces nos pondremos en camino. El tiempo es perfecto para un rápido viaje nocturno. —El capitán le tendió la mano a Luca para estrechársela y luego volvió por el pasillo interior hasta el puente del yate.

—Esto podría considerarse secuestro, Luca. —Paige se giró hacia él, llevándose las manos a las caderas—. Me debes un par de explicaciones.

—No te preocupes, creo que todos estamos a salvo. —Ryker por fin se movió del sitio en el que había estado todo el tiempo, se inclinó y le dio un beso en la mejilla. ¿Ahora le daba por ponerse en plan modesto? Quizá se le había pegado de su hermana.

Luca puso los ojos en blanco y cogió la botella de champán del banco.

—Es un barco grande, Ryker. Podría haber cualquier trampa esperándoos en el sitio más recóndito.

Ryker se inclinó de nuevo y besó el cuello de Paige antes de susurrarle al oído lo bastante alto como para que tanto Luca como yo lo oyéramos:

—Planeo castigarte por haberte largado ayer sin despedirte. —Le mordió el lóbulo de la oreja y ella se estremeció, con la respiración entrecortada.

Me crucé de brazos, deseando apartarla de ellos y estar a solas. Los dos habían estado dentro de ella y, sin embargo, yo solo la había besado. ¿Me sentía como un niño envidioso? Sí, pero no podía evitar sentirme en desventaja.

¿Y si, cuando por fin nos acostáramos, no estuviera a la altura de lo que ella quería? ¿Se retractaría de lo que había dicho de que nos quería a todos?

—Anímate, Gary. —Luca me dio un codazo—. Puede que veamos a tus amigos mientras estamos en el mar.

—¿Gary? —Paige se volvió hacia nosotros, apoyando la espalda contra el pecho de Ryker. Suspiré, cerrando los ojos con frustración.

—¿Podemos dejarlo estar?

Luca me pasó el brazo por el hombro y bebió un sorbo de champán de la botella de Paige.

—Gary Wilson Junior.

—¿Eso qué es? Creía que el apodo de Garrett era Gare. —Paige parecía confusa, todavía apoyada en Ryker, que le había rodeado el pecho con un brazo posesivo.

—¿No sabes de quién hablo? —Luca fingió sorpresa y yo puse los ojos en blanco. Hacía años que no sacaba el tema, aparte de llamarme de vez en cuando Gary para fastidiarme.

Paige negó con la cabeza y Ryker disimuló una sonrisa.

Luca dobló el codo para que Paige pudiera verle el antebrazo. —Este de aquí es Gary Wilson Junior—. Señaló el caracol marino que estaba fuera de lugar entre la belleza de su tatuaje.

Paige se acercó a su brazo y entrecerró los ojos.

—¿No es la mascota de Bob Esponja?

Solté un gemido y le arrebaté el champán a Luca para darle un largo trago. Para mi consternación, la botella estaba casi vacía.

—Exacto. Y mira, va a beber hasta perder el sentido y probablemente se ponga a maullar si se lo pides con amabilidad. Al menos, en la universidad lo hacía por las mujeres guapas. —Luca movió las cejas.

—¿Cómo ha surgido esto? —Paige se zafó de Ryker y me rodeó con sus brazos, y, joder, todas mis inseguridades y la irritación se esfumaron.

—Una vez contesté al teléfono con el altavoz puesto y mi madre me llamó Gary. Es culpa suya por ponerme el nombre de mi padre y necesitar un apodo que él no hubiera reclamado ya. —Apoyé la mejilla en el pelo de Paige y solté un suspiro de satisfacción—. Entonces, ¿vamos a hacer esto de verdad? ¿Aunque mi apodo sea el de un caracol marino que maúlla?

Se rio y me acarició el cuello con los labios.

—Quiero intentarlo. Deberíamos tomarnos las cosas con calma…, tal vez.

No lo sé. Todo ha encajado en los últimos días, y no he pensado mucho en la logística.

—Tenemos mucho que hacer todavía. —Ryker se metió las manos en los bolsillos; parecía un poco fuera de su elemento—. No pelearnos debería ser lo primero en nuestra lista de prioridades.

Apreté los dientes para no arremeter contra él. ¿Por qué tenía que convertirlo todo en una transacción comercial? Joder, incluso verlo con una mujer tenía reglas que debíamos seguir.

—No tenemos que resolverlo todo ahora mismo. Dejemos que la corriente siga su curso. —Luca miró por las puertas de cristal—. Probablemente debería ir a buscar a nuestros invitados y ser un buen anfitrión. Me disgustaría empezar algo aquí y que una de vuestras hermanas nos pillara.

—Ni siquiera sé por qué los has invitado. —No me lo había planteado cuando nos había invitado a mi hermana y a mí.

El rostro de Luca se suavizó.

—Son una red de seguridad para Paige. No sabía cómo iban a ir las cosas, y quería que hubiera más gente aquí aparte de nosotros.

—Eso es muy dulce… para un secuestrador. —La burla era evidente en la voz de Paige—. ¿Significa esto que ya tengo el Síndrome de Estocolmo?

—Te lo compensaré. —Luca se situó detrás de ella y la agarró por las caderas.

—Luca, vamos a darles a Paige y Garrett unos minutos. —Ryker me arrebató la botella casi vacía y se dirigió hacia la puerta—. ¿Recuerdas que querías ver a tus invitados?

Luca se alejó de mala gana.

—Debería haber planeado toda esta situación un poco mejor.

Ryker me dedicó una sonrisa tensa y salió, con Luca justo detrás de él. La puerta se cerró con un clic y, por fin, me quedé a solas con ella.

Se apartó lo suficiente para mirarme a los ojos.

—¿Esto te parece bien?

Me tomé un momento para ordenar mis pensamientos antes de responder.

—Las cosas llevan un tiempo tensas entre nosotros. No solo por lo que pasó la última vez que me salté las normas, sino en el trabajo.

Acarició con el pulgar la línea que separaba mi barba incipiente de mi mejilla suave.

—¿Y te preocupa que esto empeore las cosas?

—Me preocupa que, si termino dejando la empresa, eso empeore las cosas y lo estropee todo antes de que haya empezado de verdad.

—Lo entenderán si lo haces, Garrett. Son tus mejores amigos. —Ahora su pulgar se paseaba por mis labios, y olvidé por un segundo dónde estábamos y de qué habíamos estado hablando—. Tienes que decirles cómo te sientes. Diles lo que necesitas de ellos.

Abrí los ojos y vi que los suyos me atravesaban el alma.

—Ahora mismo te necesito a ti.

—Entonces, hagámoslo.

Mis labios buscaron los suyos y le di un beso profundo y urgente. Quería que se concentrara en mí y no en la posibilidad de que alguien nos viera. Volví a agarrarla de la coleta, esta vez un poco más bruscamente, y eché su cabeza hacia un lado como si yo fuera un vampiro y ella mi comida. Jadeó cuando separé mis labios de los suyos, y le mordí el cuello con la fuerza suficiente como para dejarle marca.

Deslizó las manos por mi pecho hasta la cintura de mis calzoncillos, y sus dedos bailaron sobre mi piel.

—Déjame probarte, Garrett.

Solté su pelo y retrocedí lo suficiente para bajarme los calzoncillos.

¿Quién era yo para negárselo?

Me rodeó con los dedos y gemí, mis caderas se movieron por voluntad propia. Volví a agarrarla del pelo y empezó a ponerse de rodillas, pero mi atención se fijó en la máquina de remo que había justo detrás de nosotros.

Le tiré del pelo, ya que parecía gustarle, y la detuve.

—No te quiero de rodillas.

—¿No? —Estaba confusa, hasta que le indiqué que mirara por encima del hombro—. ¿Quieres que me siente en el remo?

—Sí. —Mi voz salió grave cuando la imaginé deslizándose hacia delante y hacia atrás.

La solté mientras se sentaba, con los pies apoyados en el suelo, y se movió unas cuantas veces. Adelante, atrás. Adelante, atrás.

—¿Crees saber usarlo, Paige?

—Sí. —Siguió deslizándose con los ojos puestos en mi polla.

Eso fue todo lo que necesité para quitarme los pantalones y los bóxers. Después de aquello me compraría un remo para mi gimnasio.

—Quítate la camiseta y el sujetador. —Sabía que era mucho pedir, teniendo

en cuenta dónde estábamos.

Se mordió el labio, pero se alejó de mí para poder quitarse la camiseta de tirantes y desabrocharse el sujetador.

Sus tetas eran más exquisitas de lo que recordaba, sus pezones rosados se endurecieron hasta convertirse en dos puntas duras que quería pasarme horas torturando. Conforme se deslizaba hacia delante y hacia atrás sobre el remo, sus pechos se movían con sus movimientos.

Su sonrisa era juguetona, y se apretó los pechos uno contra otro, rozando los pezones con los pulgares.

—¿Me recompensarás por obedecer tus órdenes?

El semen se me acumulaba, listo para lo que ella estuviera dispuesta a darme. Me agarré la base del pene y lo acaricié un par de veces.

—Tu recompensa es mi pene en tu boca. Ven aquí.

—Qué mandón. —Se deslizó hacia delante y se detuvo agarrándose a mis caderas. Me miró cuando su lengua salía para lamer la punta.

—Joder —gemí mientras ella pasaba la lengua por las venas—. En tu boca. Tómame en tu boca.

—Sí, señor —dijo con voz cantarina. Y lo hizo.

La cogí por la cabeza mientras me rodeaba con los labios. Me moví y penetré su boca. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendida, y clavó las uñas en mis muslos cuando llegué al fondo de su garganta.

—Fóllame con la boca, nena. —Seguí sujetándole la cabeza mientras ella usaba las piernas para empujar hacia atrás en el remo hasta que solo quedaba la punta dentro—. Esa es mi chica.

Empujó hacia delante, y de nuevo mi pene llegó al fondo de su garganta. Era la mejor idea que había tenido para una mamada. Cuando volvió a deslizarse hacia atrás, succionó ahuecando las mejillas.

—Qué bien la chupas. —No podía apartar los ojos de ella mientras su ritmo aumentaba y encontraba la posición justa para su boca—. Sí, Paige, más fuerte.

Ella gimió y la vibración me recorrió la espina dorsal. Iba a correrme demasiado fuerte y rápido si le dejaba trabajar mi polla como lo estaba haciendo.

Tras unas cuantas tandas más en el remo, me aparté de sus labios, y se le escapó un ruidito triste.

La agarré suavemente de la barbilla y me incliné para besarla. De eso no me cansaría nunca, y moriría feliz si fuera lo único que me dejara hacer el resto de

mi vida.

Se apartó, con los ojos brillantes de emoción.

—Vamos a hacerlo.

—Levántate. —Mi voz era una ronca aspereza, la necesidad de estar dentro de ella afectaba a todo mi cuerpo. Se levantó y le desabroché los pantalones, deslizándolos junto con las bragas por sus caderas.

Se apoyó en mis hombros mientras se terminaba de desprender de su ropa, y después la empujó hacia un lado.

—Mierda. No llevo condones. —Me pasé la mano por la cara—. Mi cartera está en mi mochila, que se han llevado a mi habitación.

—No pasa nada. Tomo anticonceptivos, y después de aquella noche en el hotel, fui a hacerme pruebas. —Se mordió el labio.

—Yo también estoy limpio. —Nunca lo había hecho sin condón, pero confiaba en ella.

—Quiero decir, sí, Ryker llevaba condón, pero yo no siempre usaba con…

La besé porque lo último en lo que quería que pensara era en su ex. Tardó unos segundos, pero se relajó.

No sabía muy bien cómo explicarle lo que quería que hiciera, así que me puse a su lado y empujé el asiento del remo hasta el fondo.

—Arrodíllate y ponte a horcajadas sobre la barandilla. Vas a inclinarte sobre el asiento.

Hizo lo que le pedí y utilizó el asiento para mecer las caderas.

—Oh, Dios, Gare. Esto va a ser genial cuando estés dentro de mí. —Me miró con las mejillas teñidas de un hermoso color rosa—. ¿A qué estás esperando?

19

Adaptación al vaivén del barco

Paige

Mi cuerpo ardía mientras me mecía lentamente en el asiento del remo. Solo había utilizado la máquina una vez, y, al cabo de cinco minutos, me había desplomado en el suelo junto a ella.

Esta vez me derrumbaría de puro placer. No sabía que el sexo podía ser tan bueno hasta que estos hombres llegaron a mi vida.

¿Y Garrett? Qué sorpresa. Nunca pensé que me gustaría ser mangoneada y que usaran mi cuerpo como él estaba usando el mío. Me hacía sentir la mujer más poderosa del mundo.

Garrett se puso de rodillas detrás de mí, a horcajadas sobre la barandilla, sin decir una palabra, lo que no hizo sino aumentar mi conciencia de todo lo que hacía.

Su mano recorrió mi espina dorsal, mi trasero y mis piernas. Tarareó satisfecho mientras deslizaba un dedo entre mis pliegues.

—Garrett, por favor. —Me balanceé un poco, haciendo que sus dedos se deslizaran adelante y atrás—. Te quiero dentro.

No me dio lo que quería, sin embargo, sino que mantuvo su mano quieta mientras yo me frotaba en ella. Su silencio me estaba matando. Quería oír sus cumplidos y las obscenidades que salían de su boca.

Con la forma en que se deslizaba el asiento, no podía llegar exactamente atrás y agarrarlo sin plantar la cara en la barandilla. Tuve que mantener mi torso centrado en el asiento.

Finalmente, movió la mano hasta que su dedo estuvo en mi entrada. La punta se deslizó en su interior, y yo empujé hacia atrás hasta que se enterró dentro de mí.

—Mmm… ¿Quieres follarte mis dedos, nena? —Su otra mano sujetó mi cadera—. ¿Cuántos puedes aguantar?

—Dos —jadeé, ajustando mi cuerpo al que se introducía dentro de mí.

Movió un segundo para unirlo al primero con mano firme mientras yo gemía. No era suficiente. Prácticamente estaba saltando sobre su mano, persiguiendo el orgasmo que sentía tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

—Tres.

Metió un tercero y giró la mano para colocarlos en posición y frotarlos contra mi punto G.

—Estás muy mojada de follarte mi mano, ¿verdad?

—¡Sí, sí, sí! —Mi voz aumentó de volumen, y me importaba una mierda si el capitán o los de arriba me oían.

Apartó la mano, para dejarme meciéndome en nada más que aire. Grité de frustración y me llevé la mano al clítoris.

Me sujetó la muñeca y me la inmovilizó a la espalda.

—Dime lo que quieres.

—Quiero correrme. —Sentí su polla entre mis piernas y empujé hacia atrás, haciendo que se deslizara entre mis muslos y chocara contra mi clítoris.

Se rio y acercó la punta a mi abertura.

—Fóllame, Paige. Córrete sobre mi polla.

Ahora sabía por qué a los hombres les encantaba oír a las mujeres decirles que las follaran. Que Garrett lo dijera era como gasolina para el fuego que ardía en mi interior.

Me soltó la muñeca y me agarré a la barandilla para impulsarme hacia atrás, empalándome en él con un grito. Sus dedos se clavaron en mis caderas y empecé a deslizarme en pequeños impulsos, adaptándome a su tamaño.

—Eso es, nena. Muéstrame cómo te gusta follar.

¿Quién era yo para negárselo? Me moví más deprisa, deslizándome lo justo antes de empujar con fuerza. Me dolía todo el cuerpo, y separé un poco más las rodillas para que él entrara más profundamente.

—Joder, Paige. Ojalá pudieras ver cómo se desliza mi pene dentro y fuera de ti.

Sus caderas se encontraban con mi trasero a un ritmo constante. Sin soltarme, metió la mano por debajo, buscó mi clítoris y lo pellizcó.

—¡Garrett! —Ahí estaba mi orgasmo, alcanzando la cima.

—¿Te vas a correr por mí, nena? —Garrett empezó a moverse más rápido, sus dedos me acariciaban con movimientos firmes y rápidos—. ¿Vas a dejarme sentir cómo te corres alrededor de mi verga?

—¡Sí! ¡Oh, Dios! —Cerré los ojos cuando el orgasmo me alcanzó—. ¡Garrett!

Él tomó el control, con sus caderas golpeando contra mí una y otra vez.

—Eso es. Tómalo todo. ¡Joder!

Con un golpe, se enterró en mí profundamente; se agitó dentro de mí mientras me llenaba con su semen.

Mi cuerpo hormigueaba y mi vagina ardía con una satisfacción que sentiría durante horas.

Garrett me acarició la parte baja de la espalda mientras recuperaba el aliento, sus caderas seguían moviéndose en pequeños círculos.

—Paige…, eres… increíble.

Solté la barandilla a la que me había agarrado y dejé los brazos colgando a los lados.

—Apenas siento las piernas.

Finalmente se calmó dentro de mí, pero no se retiró.

—Ese es el mayor cumplido que podrías hacerme.

Solté una risita y me retorcí un poco.

—Tengo que levantarme.

—Quédate aquí mientras voy a por una toalla. —La sacó lentamente, dejándome sintiendo un vacío que ya quería volver a llenar.

Gimió cuando se levantó para cruzar el gimnasio arrastrando los pies hasta un armario, de donde sacó dos toallas. Su miembro brillaba con nuestros fluidos mientras volvía y se arrodillaba a mi lado.

—¿Garrett? —Apoyé el mentón en la barandilla mientras él movía la toalla entre mis piernas, e hizo un sonido de reconocimiento—. Eres un poco salvaje.

Se rio mientras se afanaba en limpiarme lo mejor que podía.

—Puedo serlo. Me siento cómodo contigo, así que soy más… libre. Toma. Déjame ayudarte a levantarte.

Se puso en pie y me tendió la mano para que me sentara. Mis piernas no me sostenían; apenas podía levantar la pierna para pasarla por encima del remo. Me acercó al brazo de la cinta, donde pude estabilizarme mientras él recogía nuestra ropa.

—Así que… —Me mordí el labio cuando Garrett abrió mi ropa interior como si yo fuera una niña pequeña que necesitara ayuda para vestirse.

—Bueno… —Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras me subía la ropa

interior—. Vas a tener mi semen goteando de tu vagina el resto de la tarde.

Abrió mis *shorts* de la misma manera y yo me apoyé en sus hombros para estabilizarme. Probablemente podría haberme vestido sola, pero me gustó que lo hiciera por mí. Me hacía sentir querida, y nunca nadie me había hecho sentir así.

—Eso es un poco asqueroso, pero también extrañamente sexy, si te soy sincera. —Me puse el sujetador y me giré para que pudiera abrochármelo—. Gracias.

—No necesitas darme las gracias por el sexo, Paige. En todo caso, yo debería agradecértelo a ti. —Besó mi hombro—. Gracias.

Me reí y me di la vuelta para rodearle el cuello con los brazos.

—Eso, por cuidarme después de haber estado follando como locos.

—Ah, ¿sí? Espérate a cuando veas que no puedes caminar… —Se echó hacia atrás y se puso los calzoncillos azul claro y los pantalones cortos azul oscuro. En lugar de ponerse él la camiseta de tirantes, me la puso a mí por encima de la cabeza, y pasé los brazos por los agujeros de las mangas.

—¿Y tú? —Observé su torso, musculoso pero no voluminoso. No me habría importado quedarme mirándolo el resto del día.

—Prefiero que mi camiseta la lleves tú. —Ató en un pequeño nudo en mi cadera la tela de la camiseta que me sobraba—. ¿Te gusta así?

La había atado de modo que apenas tocaba la cintura de mis pantalones y, si me movía de cierta manera, dejaba al descubierto un trozo de piel. Normalmente, no me atrevería a mostrar ni un centímetro de piel allí, pero si él quería que lo hiciera, lo haría.

—Es perfecto. —Pasé la mano por delante para alisar las arrugas—. Todo el mundo va a saber lo que estábamos haciendo.

—No me importa lo que piensen los demás. —Recogió las toallas y las dejó en un cesto en la esquina—. ¿Lista? Seguro que hay más champán y aperitivos.

—Probablemente debería alejarme del alcohol, pero sin duda me vendría bien un tentempié después del entrenamiento. —Lo cogí de la mano cuando me la tendió y salimos.

El aire era más fresco que cuando había entrado en el gimnasio, y la brisa del yate en movimiento me soltó un mechón de pelo que me azotaba en la cara.

—Espera. —Garrett se movió detrás de mí y me soltó la coleta—. ¿Quieres que te haga una trenza? Tengo mucha práctica, siempre se la hacía a mi hermana.

—Sí, por favor. —Me emocioné un poco mientras me pasaba los dedos por el pelo y me colocaba de modo que la brisa no diera contra él mientras trabajaba.

—Me gusta hacerlas bajas, pero no quiero que se te enrede. —Sus dedos se movían con gracia, y cerré los ojos disfrutando de su contacto—. Bueno, en realidad, una coleta alta es agradable de agarrar.

Resoplé aguantándome la risa.

—Jamás habría creído que me gustaría, pero ojalá hubieras tirado más fuerte.

Sus manos dejaron de moverse y acercó su boca a mi oreja; su aliento hizo que se me pusiera la piel de gallina.

—Eso se puede arreglar.

Se oyeron risas en la cubierta, y Garrett me besó el cuello antes de volver a su tarea.

¿Cómo era posible que en tan poco tiempo ya sintiera que me enamoraba de los tres?

—¿Estás bien? Te has quedado callada. —Ató el extremo de la trenza y me cogió la mano.

—Solo estaba pensativa. —Me giré y sonreí—. Vámonos antes de que envíen un grupo de búsqueda.

Cogidos de la mano, nos dirigimos al puente superior. Era la parte más alta del yate, y tenía un gran sofá en un extremo y una mesa con sillas bajo la rígida cubierta. Ryker y Luca se fijaron en mí de inmediato. Había suficiente espacio entre ambos para mí, así que solté la mano de Garrett y me senté allí. Realmente deseaba que estuviéramos solos para hablar sobre lo nuestro sin público. No sabía cómo actuar, y estaba segura de que ellos tampoco.

Ryker se inclinó para que solo yo pudiera oírlo.

—Pareces recién follada. Me gusta, aunque no me atrae mucho que lleves su camiseta. —Pellizcó la tela antes de dejar caer su mano sobre mi muslo y apretarlo posesivamente.

—Estábamos hablando de ti —dijo Harper desde el otro lado de la mesa en la que había un surtido de bebidas y una impresionante tabla de quesos y embutidos.

—Panda de cotillas… —Garrett se sentó junto a su hermana y cogió una lata de *hard seltzer,* esa agua carbonatada con alcohol tan de moda.

—Si quieres que cotilleemos, podemos hablar de por qué lleva tu camiseta aunque ahora está acurrucada entre Ryker y Luca. —Ethan me ofreció una

bebida como la que había cogido Garrett y yo negué con la cabeza; en su lugar cogí una botella de agua.

—Le estábamos enumerando a Ryker todas las ventajas de contratar a Paige para que volviera como vuestra asistente. —Libby me sonrió desde el otro lado de la mesa—. Casi lo habíamos convencido.

—¿Eh? —Di un trago y miré a Ryker y luego a Luca—. ¿Y tú qué piensas?

—No necesito que me convenzan. —Luca deslizó su mano por mi espalda y la apoyó en mi cadera. Sus dedos empezaron inmediatamente a acariciarme por encima de la cintura de los pantalones—. Eres la mejor asistente que hemos tenido.

Me reí y puse mi mano en su rodilla, que estaba un poco en mi espacio, ya que tenía su tobillo sobre la otra pierna.

—Literalmente trabajé para vosotros una mísera hora.

—La mejor hora de nuestras vidas. —Se llevó el vaso a la boca, pero no bebió hasta que dijo—: Imagínate si hubieras trabajado para nosotros seis… o nueve.

La mano de Ryker se apretó contra mi muslo.

—Hablaré con Sue y te daremos un puesto en otro departamento.

—Venga, hombre. Aún no hemos encontrado a nadie, y Paige es perfecta. —Luca se echó hacia delante para mirar mejor a Ryker—. ¿O crees que te fallarán la fuerza de voluntad y la profesionalidad?

Ryker se tensó, y puse mi mano sobre la suya. Estaba siempre tan al límite cuando se trataba del trabajo que era preocupante.

—Por mi experiencia, trabajar con alguien con quien tienes una relación sentimental es duro, pero ¿con tres? —Me di cuenta de lo que acababa de decir un poco tarde y me encogí por dentro.

No quería que supieran lo complicada que había sido la situación con mi ex. Una cosa es que una relación se rompa y otra muy distinta es que haya trabajo de por medio.

Libby nos miró a los cuatro.

—Bueno, yo creo que podría ir bien, así tenéis más tiempo para vosotros. Es romántico, de verdad.

Ethan miraba fijamente a Ryker.

—Estaría bien tener a alguien ahí para que te recordara que son las cinco y que es hora de irte a tu puta casa.

—O para convencerte de que te tomes un rato libre porque pareces a punto

de vomitar una bola de pelo —murmuró Luca.

Ryker giró la mano y entrelazó nuestros dedos. Fue inesperado, y el calor me subió por el cuello hasta la cara. Todo el mundo parecía estar pendiente de sus movimientos.

—¿A alguien le importa lo que yo piense? —Garrett se había quedado callado y ahora tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

Hubo una tensión incómoda entre mis tres hombres, y recordé lo que Garrett me había dicho sobre que sus relaciones profesionales y personales eran tensas. No lo había notado antes, pero ahora que lo pensaba, veía a qué se refería.

Apreté la mano de Ryker porque se había quedado mirando a Garrett.

—Claro que nos importa lo que pienses. —Luca cogió un panecillo, un trozo de queso y una loncha de salami.

—Adelante —dijo Ryker, con un tono indiferente pero también un poco tembloroso.

—Si aquella noche no hubiera ocurrido, la contrataríamos sin dudarlo. He mirado su currículum y las notas que Sue tomó durante la entrevista. Es más que capaz de gestionar la carga de trabajo… y a nosotros. —Finalmente rompió su mirada con Ryker para mirarme—. Puedes trabajar para mí y para Luca.

Harper se levantó con la bebida en la mano.

—Bueno, creo que esa es nuestra señal para ir a buscar nuestras habitaciones. Y luego me apetece darme un chapuzón.

—Es una gran idea. —Libby se levantó y miró a Ethan haciéndole un gesto con la cabeza.

—Bueno, supongo que también me toca irme. —Ethan me guiñó un ojo cuando siguió a las chicas escaleras abajo.

Luca suspiró.

—Por eso hay una política de no hablar de trabajo en este yate.

Ryker era el que más callado estaba, y cuando lo miré, el rojo le subía por el cuello hasta la mandíbula.

—Por el amor de Dios. —Me levanté, ignorando la protesta de Luca, y me dirigí a donde ellos no estaban—. ¿Por qué querría trabajar en un lugar en el que los jefes están a un comentario de arrancarse la cabeza a mordiscos?

—¿Qué querías decir con lo de tu experiencia respecto a las relaciones laborales? —Ryker se echó hacia delante, con las manos juntas entre las

rodillas.

Mierda. Debería haber sabido que sacaría el tema.

—He visto a una amiga luchar contra las secuelas de una ruptura. —Podía considerarme mi propia amiga, ¿no?

Ryker no parecía convencido, pero lo dejó pasar y volvió a centrar su atención en Garrett.

—No puedes hacer cambios en la descripción de un puesto sin incluirme.

—No puedes despedir a alguien porque tienes miedo —se burló Garrett.

—¡Tú también querías que se fuera! —Ryker alzó la voz, e hice una mueca.

Luca miró alternativamente a sus dos mejores amigos, con una expresión de impotencia en el rostro.

¿Siempre había sido así entre ellos? Seguro que, si era así, no habrían seguido siendo amigos ni trabajando juntos.

Luca se adelantó hacia mí como si fuera a contarme un secreto.

—Para que conste, yo no quería despedirte.

Garrett terminó de dar un largo trago a su bebida.

—¿Por qué iba a importarme si trabajaba para nosotros cuando ni siquiera yo quiero trabajar para nosotros?

—¿De qué estás hablando? —El momento de jocosidad de Luca se había esfumado.

—No estoy contento. —Garrett se encorvó en el sillón, apoyando la cabeza en el respaldo—. Hace tiempo que no lo estoy.

—Creo que os pasa a los tres —dije en voz baja, pero lo bastante en alto para que me oyeran—. ¿Vale la pena tener dinero si no sois felices?

Luca parecía querer decir algo, pero no lo hizo, lo cual fue de agradecer, porque cualquier cosa que precisamente él dijera en relación con el dinero cabrearía a Ryker.

—¿No estás agotado? ¿De estar siempre subiéndote la carga de trabajo? ¿Y la nuestra? —Garrett no tuvo que mirar a Ryker para que supiéramos a quién se dirigía.

Ryker se pasó las manos por el pelo antes de cubrirse la cara con ellas.

—Lo siento.

—Te lo ha preguntado para saber si estabas agotado, no para que te disculpases. —Luca me sorprendió acercándose a Ryker y poniéndole la mano en el hombro—. Nunca paras, Ry.

Ryker apartó la mano de Luca y se levantó, evitando mirarnos a ninguno.

—No puedo.

Nos dio la espalda y se marchó, y yo me quedé con la duda de cómo iba a arreglar aquello y de si podría hacerlo siquiera.

20

Tristeza de lunes por la mañana

Ryker

Los lunes por la mañana solían ser mi momento favorito de la semana. Nada me hacía sentir tan bien como volver a la rutina y sentir la satisfacción de conseguir otro cliente. Pero aquel día, mientras subía en el ascensor vacío que me llevaba a la planta setenta, sentí una sensación de miedo en la boca del estómago. Era la misma sensación que había tenido tantas veces cuando habían cambiado demasiadas cosas a la vez. Los cambios portaban demasiada incertidumbre consigo. Demasiadas variables. Demasiados «y si…».

El futuro estaba lleno de posibilidades, pero el miedo a no saber cuáles podrían ser me dejaba inseguro. Cada día deparaba nuevas sorpresas y decisiones que podían cambiar mi vida. Tenía que estar preparado para lo peor, porque siempre cabía la posibilidad de lo peor.

¿No estás agotado?

«Agotado» era una palabra demasiado débil para lo que sentía. No era agotamiento físico; en ese aspecto estaba bien. Era un vacío que me hacía sentir emocionalmente muerto.

Las puertas se abrieron y entré en la poco iluminada recepción. La mayoría de las veces era el primero en llegar y el último en marcharme. Incluso en la universidad había tenido una necesidad imperiosa de ser el mejor, y, para serlo, tenía que trabajar al máximo. Así había sido y así sería siempre.

Caminé hacia mi despacho, intentando sacudirme todas las sensaciones del fin de semana. Garrett bien podría haberme dado un puñetazo en el estómago el sábado.

«No estoy contento. Hace tiempo que no lo estoy».

¿Cómo había dejado que esto se estropeara tanto? Todo lo que habíamos construido juntos colgaba de un hilo ahora; nuestro negocio, nuestra amistad, Paige.

Paige no se iba a quedar si yo no lograba recomponerme. Tenía a otros dos hombres que no la pondrían en una montaña rusa emocional.

Me senté y saqué el portátil del maletín, con la mente acelerada intentando idear un plan para arreglar las cosas. Pero no sabía por dónde empezar. Por primera vez en mucho tiempo, no sabía cómo seguir adelante.

Respiré hondo y me recosté en la silla con los ojos cerrados. Era inútil estresarse cuando había que centrarse en el trabajo. Al fin y al cabo, era lo que mejor se me daba. Si Garrett quería irse, se iría. Lo único que podía controlar era a mí mismo y lo que hacía. Eso solo significaba que para proteger lo que habíamos construido tenía que trabajar más duro que nunca.

Abrí los ojos y me quedé mirando al techo un momento, haciendo una lista mental de tareas. Había muchas cosas que habían quedado pendientes de los días en que había estado enfermo, y el domingo había sido un desastre, así que no había hecho nada.

Mi teléfono zumbó y lo saqué del bolsillo de la chaqueta. Suspiré al ver el nombre de Paige en mis notificaciones. Me había enviado varios mensajes durante el fin de semana. Le había dicho que no me encontraba bien y que no se preocupara.

Eso no cambiaba el hecho de que le había estropeado el fin de semana al dejar el yate. No merecía tener a Paige preocupada por mí.

> ***Paige:*** *¡Buenos días! He parado a tomar algo de camino. ¿Quieres tu té verde de siempre? ¿Has desayunado?*

Yo: *Buenos días. Ya tengo un té. Gracias.*

> ***Paige:*** *¡Vale! Hasta luego.*

Tiré el teléfono sobre la mesa y me pellizqué el puente de la nariz. Ella era el único punto positivo de mi vida y acababa de mentirle. No importaba que fuera una mentira diminuta. Pero no era solo una mentira diminuta; fingir que todo iba bien era una gran mentira.

Me levanté y me acerqué a la pared acristalada; el cielo estaba gris y encapotado, fiel reflejo de mi estado de ánimo. Ignorar las cosas ya no era una opción si quería que algo creciera entre Paige y yo, y, desde luego, si quería reparar la ruptura entre mis amigos y yo.

Pero ni siquiera sabía por dónde empezar.

Volví a mi escritorio, necesitaba distraerme con otra cosa. Si lo permitía, mis inseguridades y problemas me acosarían todo el día.

Me puse las gafas, abrí el portátil y me puse a trabajar.

Nadie me molestó conforme la oficina cobraba vida al otro lado de mi puerta cerrada. Probablemente era lo mejor, ya que no era la mejor compañía cuando estaba tan inquieto.

Finalmente, mi burbuja de tranquilidad se rompió cuando Sue llamó a mi puerta antes de asomar la cabeza.

—¿Tienes un minuto?

—Para ti siempre tengo un minuto. —Después de nuestra última interacción, era lo mínimo que podía hacer. Había sido un completo imbécil y ella había tenido razón; Paige había sido buena para mí, solo que no de la manera que ella quería decir.

—¿Cómo te encuentras? —Cerró la puerta tras de sí y se sentó frente a mí.

—Bien. Tuve suerte de que solo pareciera un virus leve. El sábado ya estaba mucho mejor. —Lo bastante como para estar en aquella excursión en el yate.

—Me alegro… —Me lanzó una mirada cómplice, y no tuve que preguntar para concluir que sabía que Paige había cuidado de mí—. Javier me ha dicho que Paige va a empezar a trabajar de nuevo hoy como asistente de Garrett y Luca.

Oírlo de su boca lo hacía mucho más real. Asentí, sin confiar en mi capacidad para mantener la emoción a raya. No es que no creyera que Paige encajara bien. Las cosas se complicarían rápidamente con ella trabajando para nosotros. Ya iba a ser bastante difícil mantener la relación entre los cuatro, si es que eso seguía siendo posible para mí.

Sue se echó hacia delante, colocando una mano en el borde de mi escritorio como si fuera mi brazo.

—Llevo un tiempo preocupada por ti, ¿y ahora solo Luca y Garrett van a tener ayudante?

Suspiré, me quité las gafas y me froté las sienes. Aún me resultaba extraño hablar de aquello con Sue. Era muy reservado con mis asuntos personales, sobre todo con mi vida amorosa.

—Eso parece.

Sue frunció el ceño.

—¿Quieres que te busque tu propio ayudante? —No tenía duda de que ella podría encontrarme uno fácilmente.

Por un lado, pensé que estaría bien tener a alguien que solo trabajara para mí, pero, por otro lado, siempre habría cierto nivel de coordinación y comunicación con el otro asistente. Ya habíamos intentado tener tres asistentes distintos, y había sido más quebradero de cabeza de lo que merecía la pena.

—No es necesario.

—¿Vas a hacerlo todo tú mismo? ¿Coordinar tu propio horario? ¿Tomar notas? ¿Responder a todos tus correos? —Sacudió la cabeza con incredulidad —. Ya trabajas bastante.

—Seguro que me irá bien. Me gusta estar ocupado. —Volví a mirar la pantalla del ordenador sin creerme mis propias palabras; debí haber dicho que, cuando estaba ocupado, no tenía tiempo para preocuparme.

Con un fuerte suspiro, se levantó y se dirigió a la puerta, pero se detuvo al poner la mano en el pomo.

—Solo tienes una vida, Ryker, y tienes muchas cosas en ella. Es hora de disfrutarlas un poco.

Se marchó sin decir nada más. En el fondo sabía que tenía razón, que Garrett y Luca tenían razón, pero cada vez que pensaba en ir más despacio me asaltaba la preocupación. Trabajar todo el tiempo no era vivir, lo sabía, pero ser capaz de avanzar en la vida no era tan sencillo.

Mi ordenador emitió un pitido y apareció un recordatorio de reunión. Cerré el portátil y cogí el expediente del cliente con el que iba a reunirme antes de salir de mi despacho por primera vez desde que había llegado.

Eché un vistazo hacia el despacho de Paige, pero estaba vacío. Como tenía que estar en la sala de reuniones unos minutos antes, me acerqué a su puerta y asomé la cabeza. Aún no lo había hecho suyo, pero en su escritorio había un jarrón con una variedad de flores rosas. Miré detrás de mí antes de acercarme a su mesa y coger la tarjeta que había junto a ellas.

«Que tengas un buen primer día.
Luca y Garret».

—¿Ryker? —La voz de Paige me hizo dar un respingo; solté la nota y la carpeta que sostenía—. ¿Qué estás haciendo?

Me di la vuelta y vi a Paige ante la puerta con cara de perplejidad. Llevaba El

Vestido.

¿Por qué demonios había elegido el vestido que llevaba la noche que nos conocimos?

Mis mejillas se sonrojaron mientras me agachaba a recoger la tarjeta y la carpeta, que se me habían caído.

—Solo estaba… eeeh… buscando una cosa.

Entrecerró los ojos, como si no me creyera, y me arrebató la tarjeta con una sonrisa en los labios. Sentí una punzada de celos; quería ser yo quien le hiciera sonreír así.

Volvió a dejar la tarjeta sobre la mesa casi con reverencia y echó un vistazo al despacho.

—Todavía está un poco desangelado.

Asentí.

—Pero será más agradable una vez que te instales.

La sonrisa que me dedicó no iluminó su rostro como lo habría hecho una genuina. Se apartó de mí y pasó un dedo por una estantería.

—Es difícil volver a empezar, ¿sabes? Me desequilibra.

Era fácil olvidar que hacía muy poco que había dejado atrás su vida para empezar una nueva aquí.

Aún me quedaba mucho por descubrir sobre ella.

Sentí un repentino impulso de protegerla, pero no estaba seguro de qué. ¿De mí?

—Quiero disculparme por mi comportamiento este fin de semana.

Se volvió hacia mí; se acercó y me colocó una mano en el pecho.

—No hace falta que me pidas disculpas.

Puse mi mano sobre la suya.

—Pero te afectó. Te viste en medio de todo aquello.

—Pero entiendo lo que te pasa. Creo que tal vez Garrett y Luca necesitan que se lo expliques, porque no crecieron en un entorno similar al tuyo, y no entienden cómo cambian esas cosas a una persona.

Tenía razón. Luca y Garrett sabían que había crecido en la pobreza, pero no les había explicado el cuadro completo porque era difícil hacerlo. Las dos únicas personas que sabían cómo había sido éramos Libby y yo.

Apartó la mano de mi pecho y dio un paso atrás; después se pasó el pelo por detrás de la oreja.

—¿Por qué no se lo explicas? Creo que eso es lo que les molesta. Puede que

Luca no lo demuestre como Garrett, pero estaba igual de involucrado en la conversación.

Ser abierto y sincero a pesar del dolor que me causaría era lo mejor que podía hacer si quería que las cosas volvieran a ir bien. Le toqué suavemente el brazo. Sus ojos se encontraron con los míos, y solo había comprensión y compasión en ellos.

Acortó la distancia que nos separaba y me rodeó la cintura con los brazos. Me tragué el nudo de emoción que tenía en la garganta y le devolví el abrazo, necesitado del consuelo que me ofrecía.

—Sé que no es fácil abrirse, Ry, pero tienes que dejar que la gente te vea —dijo suavemente.

Enterré la cara en su pelo, asentí y aspiré su dulce aroma. Me dio un último apretón antes de separarse lo suficiente como para que pudiéramos volver a mirarnos.

—Me asusta acabar de nuevo en ese lugar, aunque, lógicamente, sé que no lo haré. Es vergonzoso lo mucho que he dejado que esto me consuma y afecte a mis relaciones. Y la presión… —Mi voz temblaba.

Tomó mi mano entre las suyas, y tuve que parpadear rápidamente para evitar las lágrimas.

—No tienes nada de qué avergonzarte. —Me apretó la mano para tranquilizarme—. Tu pasado no define quién eres, sino tu corazón.

Joder.

Se le escapó una lágrima traicionera, pero no se la secó. En lugar de eso, se inclinó y unió sus labios con los míos.

Alguien carraspeó y nos separamos. Garrett estaba en la puerta; tenía el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tu cita de las diez te está esperando.

Me limpié las pocas lágrimas que se me habían escapado y le di a Paige otro beso rápido.

—Gracias.

Garrett descruzó los brazos mientras se apartaba de mi camino.

—¿Quieres que te sustituya? —Hizo además de coger mi carpeta, pero yo me la metí bajo el brazo.

—Estoy bien —sonreí, pero me temblaban las mejillas de tanto fruncir el ceño. De todas formas, no era el momento de abordar aquello.

—Como veas. —Sacudió la cabeza y entró en el despacho de Paige.

No era el momento de solucionar mis problemas, así que cuadré los hombros y me dirigí a la sala de reuniones. En ese instante, nuestro cliente era más importante. Pero, por alguna razón, quizá por primera vez en mi vida, supe que no era cierto.

21

Excursión

Garrett

—No te vas a creer lo que acaba de hacer Ryker. —Ethan estaba sin aliento a pesar de que la recepción estaba a solo seis metros de mi despacho. Se quedó parado un momento como un corredor al final de una carrera, con el pecho agitado.

—¿Qué coño has hecho, venir corriendo? —Luca pausó el vídeo de marketing que estábamos revisando antes de enviárselo a un cliente—. No habrá intentado despedir a Paige otra vez, ¿verdad?

—¿Por qué iba a hacer eso? Tenía una sonrisa de oreja a oreja cuando ha encontrado la galleta que ella había dejado en su escritorio. —Ethan parecía a punto de desmayarse—. Ojalá Paige fuera mi tipo.

—Me alegro, porque nos estarías dando guerra. —Me recosté en la silla, intentando recordar si Ethan había tenido alguna vez una cita de verdad en el tiempo que lo conocíamos, que era bastante—. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita?

—El mercado últimamente no está a mi altura. —Ethan se examinó las uñas —. Además, los hombres son gilipollas.

Luca resopló.

—Tú eres un hombre.

—Exacto. —Se irguió de nuevo, de repente lleno de energía—. Volviendo a lo que me ha traído aquí: Ryker se ha ido del trabajo temprano.

Miré el reloj de mi ordenador.

—Pero si apenas son las cuatro.

—¡Ya lo sé! Le he preguntado adónde iba, ya que no había nada en su agenda, y me ha dicho que ya había terminado por hoy. —Ethan se alisó la corbata—. ¿Puedo irme yo también?

Luca rio.

—Buen intento. ¿Puedes asegurarte de que Paige no se está tirando de los pelos por nuestras listas de tareas?

Sonrió satisfecho.

—La he visto varias veces esta tarde. Lo está petando. Sin embargo, no estoy seguro de tu último punto, Luca.

Gemí.

—Luca. ¿Qué has puesto?

—Eso es entre Paige y yo… y supongo que ahora también Ethan. —Luca sonrió satisfecho.

Ethan se encogió de hombros y sacudió la cabeza con una carcajada, dirigiéndose a la puerta.

—Hay cosas que no necesito ver ni oír —dijo antes de cerrar tras de sí.

—Quizá, si no fuera tan entrometido, no vería ni oiría cosas que no quiere. —Luca levantó la vista de la pantalla del ordenador—. ¿A qué viene esa mirada?

Me di unos golpecitos en los labios.

—¿Qué le has puesto en tu lista?

—Contestar correos, reservas para comer con un cliente la semana que viene…

—Lo último.

Luca sonrió y se reclinó en la silla, poniendo los pies sobre la mesa.

—Ambos sabemos que no era una tarea de negocios. —Hizo una pausa, dejando que el suspense aumentara, para mi disgusto—. Quítate las bragas, siéntate en mi escritorio y espérame.

Tuve que luchar contra el impulso de arrojar algo contra la cara engreída de Luca.

—Esto es un negocio, Luca. Tú eres su jefe.

Se encogió de hombros, sin inmutarse por mi reprimenda.

—¿Me estás diciendo que cuando ha entrado esta mañana con ese puto vestido no se te ha puesto dura ni has querido colocarla sobre algo en ese mismo momento y…?

—Calla. —Cogí un clip perdido y empecé a darle vueltas entre mis dedos.

—¿Por qué? ¿Se te pone dura al pensar en ella tendida sobre mi escritorio mientras yo me doy un festín con ella? Te dejaría unirte, ¿sabes? —Había un destello inconfundible de deseo en sus ojos.

Negué con la cabeza, tratando de apartar las ideas que se me estaban

ocurriendo. La verdad era que ella era lo único en lo que podía pensar desde que había aceptado trabajar para nosotros.

—No creo que nos dejara.

—¿Que nos dejara qué? ¿Divertirnos en el trabajo o estar con ella al mismo tiempo? ¿Es eso siquiera algo a lo que estés abierto? —Luca parecía haberse olvidado por completo de terminar nuestro trabajo para que pudiéramos irnos por fin.

Aunque ya nos habíamos visto hacerlo unas cuantas veces, al final decidimos que nos gustaba más mirar a Ryker. Nunca habíamos abordado el tema de los tríos. Todos éramos un poco posesivos, así que la idea de que una mujer dividiera sus atenciones no nos atraía.

Pero ¿con Paige? Parte de mi placer era su placer.

Le di unos golpecitos en el pecho con el clip que había estado girando.

—Sí que estoy abierto a ello.

Luca abrió la boca para responder algo, pero nuestros teléfonos sonaron al unísono.

Abrí el mensaje de Ryker y lo leí en voz alta, ya que lo había enviado en un nuevo grupo, que incluía a Paige.

—«Os envío indicaciones. Nos vemos allí en una hora. Hay algo que quiero que veáis».

—No suena nada sospechoso. —Luca abrió el mensaje—. No es la mejor parte de Queens.

—¿Por qué quiere que vayamos hasta allí? —Pinché en el enlace que llevaba al mapa, pero no había ido a Queens muy a menudo, así que no tenía ni idea de dónde estaba la ubicación.

Llamaron suavemente a la puerta antes de que Paige entrara con una expresión ligeramente preocupada; llevaba el teléfono en la mano.

—¿Habéis visto el mensaje de Ryker?

Luca cerró su portátil.

—Sí. Aunque no estoy seguro de que debas ir. No es la mejor zona de Nueva York.

Puso los ojos en blanco.

—¿Y qué? No es de noche y estaré con vosotros. Deberíamos ponernos en marcha. El mapa dice que está a cuarenta minutos.

Llegamos a donde nos esperaba Ryker, que estaba de pie en la acera, mirando un descampado lleno de basura y maleza. Paige le rodeó la cintura con los brazos y él la rodeó con el suyo. Ninguno de nosotros habló mientras esperábamos a que Ryker nos dijera qué demonios hacíamos ahí fuera.

Me miró primero a mí y luego a Luca, antes de volver los ojos al campo.

—Ya os dije que tuve una infancia pobre, y que las cosas fueron… duras. Pero no os dije exactamente cómo de duras. Solo viví en Connecticut desde los trece años… Estuvimos en acogida hasta que nos adoptaron a Libby y a mí unos años después y nos mudamos a las afueras de la ciudad. Antes de que nos acogieran vivíamos aquí. —Señaló el solar vacío, entre dos edificios abandonados—. Antes había un edificio aquí. Este fue el último lugar de todos en los que vivimos antes de que muriera mi madre.

Luca habló primero, con la voz afectada por la emoción.

—Debió de ser duro para Libby y para ti.

—Sí y no. —Un músculo se contrajo en la mandíbula de Ryker antes de apoyar su mejilla en la cabeza de Paige—. Cuando mi padre se fue después de que naciera Libby, nuestra madre dejó de ser nuestra madre. Diane y Hugh son nuestros padres; lo fueron desde el momento en que nos adoptaron.

Me metí las manos en los bolsillos, sin saber qué decir o hacer. Luca y yo no teníamos ni idea de esto, y como solo conocíamos a Diane y a Hugh, nunca profundizamos.

—Por eso soy como soy. No se trata solo de no querer volver a este tipo de vida, sino de querer cuidar de la gente que cuidó de mí y de Libby. —Su voz se quebró, y tuvo que carraspear—. Quiero ser mejor… Mejor amigo. Mejor novio. Mejor empresario.

—Tienes que empezar por ser mejor contigo mismo. —Apoyé una mano en su hombro y apreté—. Gracias por compartir esto con nosotros. Significa mucho.

Asintió y tragó saliva.

Paige miró a su alrededor con los ojos brillantes.

—¿Qué crees que van a hacer con este solar? Parece que están construyendo nuevos edificios de apartamentos en la calle anterior a esta.

—Muchos de estos edificios van a ser derribados para construir viviendas sociales. Algo que deberían haber hecho hace mucho tiempo. —Ryker dio una patada a una piedra del suelo y se llenó de polvo sus lustrosos zapatos—. En cuanto a este solar y los dos edificios de los lados…, aún no he decidido qué

voy a hacer con ellos.

—Espera, ¿qué? —Luca se volvió, mirando a todas partes.

—Hace un tiempo, cuando empezamos a ganar dinero de verdad, encontré al propietario, le hice una oferta y aceptó. Lo primero que hice fue derribar el edificio en el que vivía. —El ceño de Ryker se relajó y de repente esbozó una sonrisa—. El equipo incluso dejó que Libby participara.

Daba gusto verlo sonreír cuando acababa de abrirse en canal.

—¿Por qué no derribaron los otros edificios también?

—No quería pasarme, ya que no sabía lo que iba a hacer. —Ryker soltó a Paige y se dirigió al centro del solar.

Por fuera, los edificios de ladrillo de tres plantas parecían sólidos a pesar de las ventanas tapiadas y las pintadas por todas partes. Las dos plantas bajas tenían casi toda la fachada cubierta de contrachapado, lo que indicaba que habían sido negocios.

—Vamos a darle un minuto. —Por mucho que quisiera abrazarlo, parecía necesitar un momento consigo mismo.

Cogí a Paige de una mano, Luca la cogió de la otra y nos dirigimos al todoterreno que estaba al otro lado de la calle. El coche de Ryker no estaba a la vista.

Nos sentamos en silencio, observándolo. Giró en círculos unas cuantas veces antes de poner los brazos en jarras. Lo había visto adoptar esa postura varias veces, cuando le rondaba una idea por la cabeza.

Paige se giró para mirarnos a Luca y a mí, que estábamos en el asiento de atrás.

—Estáis demasiado callados.

—Hay mucho que asimilar —dijo Luca ignorando su teléfono, que había estado zumbando intermitentemente desde que habíamos subido al coche—. Ahora todo tiene sentido.

—Ojalá se hubiera encontrado lo bastante cómodo como para compartir esto con nosotros, ¿sabes? Podríamos haberlo ayudado a superarlo. Es un gran secreto. —No pude evitar pensar en todas las conversaciones que habíamos tenido sobre dinero y en lo ridículos que me habían parecido sus temores. Ahora no me lo parecían tanto.

—Sé que no hace mucho que os conozco, pero no creo que Ryker sea del tipo de persona a quien le gusta depender de otros. —Apoyó la barbilla en los puños—. Pero quizá eso cambie.

—Me hace estar agradecido por todo lo que tengo. —Luca sacó su teléfono —. Pensándolo bien, retiro lo dicho.

—¿Qué pasa? —Le eché un vistazo mientras él le devolvía, furioso, un mensaje a su madre.

—Una gala benéfica a finales de octubre. Mi madre quiere asegurarse de que me entero con la antelación suficiente para despejar mi agenda. Los Accardo estarán allí. —Luca tiró el teléfono en su asiento y se restregó las manos por la cara—. ¿Queréis ir?

—Lo apunté hace meses en mi calendario. Siempre me apetece un poco de drama familiar. —Intenté ocultar mi sonrisa, pero me encantaba ver a Luca incómodo.

Los labios de Paige se torcieron en una mueca pensativa.

—¿Qué día?

—Sábado veintiocho. Es formal, así que tendremos que buscarte un vestido. —Luca se frotó las manos, con emoción en los ojos—. Es hora de ir de compras.

Paige había desconectado, sus ojos se posaban vacíos en el asiento entre Luca y yo.

—¿Paige? —Agité la mano delante de su cara y dio un respingo—. ¿Estás bien?

—Sí, lo siento. Ha sido un día largo. Todo está yendo muy rápido. —Le dedicó a Luca una sonrisa forzada—. Me encantaría ir a la gala, pero no puedo permitirme un vestido elegante.

—No te preocupes por eso. —Luca cogió su teléfono de buen humor—. Yo te invito al evento, así que todos los gastos corren de mi cuenta.

Paige abrió la boca para protestar, pero la puerta trasera se abrió y Ryker entró deslizándose junto a ella con una mirada decidida.

—Ya sé lo que voy a hacer. —Se giró en su asiento para poder hablarnos a los tres—. Voy a construir un lugar donde los niños puedan venir a sentirse seguros. Puede haber un programa extraescolar con clases particulares y un programa deportivo. Danza. Arte. Lo que sea. Incluso podríamos asociarnos con equipos deportivos profesionales. —Me miró y sus ojos se iluminaron de emoción.

—Estoy seguro de que Dom nos ayudaría a conectar con la gente adecuada para que eso ocurra. —Mi hermano tenía la cabeza metida en el culo la mitad del tiempo, pero seguro que me pasaría algunos contactos.

—Y Libby puede dirigirlo todo… Bueno, quizá con mucha ayuda al principio hasta que se adaptara a ese papel. —Su sonrisa vaciló, pero luego volvió a su lugar—. O no tiene por qué dirigirlo. Puede hacer lo que quiera.

—¿Y qué hay de ti? —Paige le acarició la mejilla con ternura—. Ya trabajas mucho.

Eso desinfló un poco su entusiasmo. Me alegré de que fuera ella quien sacara el tema y no Luca ni yo.

—Podemos contratar un equipo con un gestor de proyectos que se encargue de todo el trabajo pesado y ser más selectivos con los clientes que aceptamos —sugirió Luca.

Ryker pareció inseguro de repente.

—Me estoy adelantando. Se me acaba de ocurrir y es como si todos los sentimientos negativos asociados a este lugar desaparecieran.

—Creo que hay muchas cosas que tendremos que discutir y resolver. La recaudación de fondos va a ser un componente clave. —Me abroché el cinturón—. Pero me apunto si necesitas ayuda.

—Yo también. —Paige le besó la mejilla antes de darse la vuelta.

—Yo también, quieras o no mi ayuda. —Sonrió con satisfacción y bajó la pantalla de privacidad entre nosotros y el conductor lo suficiente para decirle a dónde ir—. Vamos a casa de Garrett.

—¿Por qué a mi casa?

Luca se encogió de hombros.

—Me parece el lugar adecuado. También tienes una barbacoa, y con suerte nos darás de comer.

Cuando el todoterreno se alejó de la acera, mis hombros se relajaron y me recosté en el asiento, observando cómo Ryker y Paige hablaban en voz baja delante de nosotros.

No estaba seguro de que hubiera compartido esto con nosotros si no hubiera sido por ella. Aún nos quedaba un largo camino por recorrer para arreglar lo que poco a poco habíamos dejado que se desmoronara, pero por primera vez en mucho tiempo sentí un destello de esperanza de que las cosas mejorarían.

22

«Bon appétit»

Paige

—Eso está… tan mal y tan sexy al mismo tiempo… ¿Por qué me excita? ¿Me pasa algo raro? —Apreté los muslos mientras me sentaba en la isla de Garrett y contemplaba cómo manoseaba una pechuga de pollo muy inapropiadamente.

—La comida puede ser muy sensual —sonrió con satisfacción, y le dio un azote al pollo. Me recordó a la forma en la que Luca me había golpeado la entrepierna, y mi vagina se contrajo.

Nunca volvería a mirar el pollo de la misma manera.

Luca me rodeó con sus brazos por detrás, haciéndome dar un respingo. Había desaparecido en algún rincón de la casa de Garrett con Ryker, y ni siquiera lo había oído volver a la habitación.

—Eso, haz que le dé un ataque al corazón. —Me estremecí cuando deslizó la nariz por mi cuello.

—Tal vez Gare pueda manosearte la entrepierna así más tarde. —Su aliento contra mi oreja hizo que me cosquillearan los pezones, y un escalofrío recorrió mi espina dorsal—. Mientras yo te hago otras cosas por detrás.

Necesitaba frenar aquello antes de que terminara en la encimera de nuevo.

—Bueno…, ¿de qué estabais hablando Ryker y tú?

Luca enterró su cara contra mi cuello, y pude sentir su sonrisa contra mi piel.

—De formas de aliviar del estrés.

—¿Por qué no vienes aquí y cortas estas patatas por la mitad? —Garrett dejó el pollo a un lado y fue al fregadero a lavarse las manos.

—¡Oh! ¡Eso puedo hacerlo! —Intenté levantarme, pero Luca me obligó a quedarme donde estaba—. Venga ya, solo quemé la sopa una vez.

—Y todavía hay un ligero olor a tomate quemado en mi apartamento. —Ryker se sentó a mi lado, con su pierna presionando contra la mía—. ¿Cuándo cenamos?

Garrett le dirigió una mirada fugaz antes de golpear muy agresivamente una lechuga contra la encimera.

—Nada te impide ayudar. —Sacó el corazón de la lechuga y se lo lanzó a Ryker, que casi me tiró del taburete al esquivarlo.

—Niños, delante de nuestra invitada no. —Luca tenía a su lado el escurridor con las patatas *baby* que Garrett había lavado y empezó a cortarlas por la mitad.

Fue divertido verlos a los tres interactuar en un ambiente tan relajado. Tan pronto como habíamos entrado en casa de Garrett, fue como si hubiera un cambio en su comportamiento.

Se quitaron los zapatos y los calcetines, tiraron las chaquetas y las corbatas sobre una silla del salón y se remangaron. Parecía que toda la tensión del día hubiera desaparecido y lo que quedara fuera simplemente ellos mismos.

Los movimientos de Garrett en la cocina no se parecían a nada que hubiera visto antes. Se mostraba completamente tranquilo, pero también había sensualidad en sus movimientos. No sabía si lo hacía por mí o qué, pero me estaba volviendo loca.

—¿Paige? —Ryker me tocó el brazo, y lo miré. Su rostro parecía más relajado de lo que nunca lo había visto, y las arrugas que normalmente le cubrían la frente habían desaparecido. Nunca me había fijado en ellas hasta que ya no estaban.

—¿Eh? —Le miré los labios, deseando besarlo y sentir el pinchazo de su barba incipiente contra mi piel. Pero ¿a quién quería engañar? También quería sentirlo entre mis piernas.

Habían despertado a la bestia sexual que había albergado dentro de mí, y sentía que mi mente estaba siempre inundada de imágenes y pensamientos sobre ellos.

—Te preguntaba si querías más vino. —Sacó la lengua y sus labios se entreabrieron un poco, como si le abriera la puerta para que entrara mi lengua.

—Creo que quiere otra cosa —rio Luca entre dientes bajando el cuchillo.

—Sí, por favor. —Mi voz apenas fue un susurro, y necesité todas mis fuerzas para no echarme encima de él y besarlo.

—Te traeré otra copa. —Garrett se inclinó sobre el mostrador y cogió mi copa vacía. Tenía una bodega más grande que mi apartamento en el sótano con todo lo que un experto en vinos podía desear.

Ryker apoyó una mano en mi rodilla expuesta; su mero contacto hizo que

saltaran chispas.

—Entonces, ¿cómo va a funcionar esto entre nosotros cuatro?

La pregunta se quedó flotando en el aire un momento antes de que ninguno de nosotros hablara. Había pensado mucho en ello, y era algo que me asustaba pero también me entusiasmaba. Solo había visto relaciones poli en libros, y la mayoría de las veces eran romances paranormales con magia o una profecía de por medio.

—Tomándonos nuestro tiempo y dejándonos llevar. —Garrett roció con aceite de oliva las patatas que Luca había puesto en la sartén—. Nos ha funcionado hasta ahora. No es que haya pasado mucho tiempo, pero…

Luca se subió a la encimera, cogió su copa de vino y la movió en círculos.

—Creo que deberíamos asegurarnos de que todos estamos cómodos e ir paso a paso.

Ryker me apretó la rodilla tranquilizadoramente mientras nos miraba de uno en uno; sus ojos se detuvieron en los míos un segundo más de lo necesario.

—¿Y el sexo?

Garrett hizo una pausa, con un par de pinzas en la mano, y me dedicó una mirada acalorada.

—Con lo que Paige se sienta cómoda, ya sea con uno cada vez, con dos o, si se atreve, con los tres.

¿Hacía calor? Si no, ¿por qué de repente quería quitarme la ropa?

Luca bebió un sorbo de vino con expresión pensativa.

—Todos debemos sentirnos cómodos y respetados, y asegurarnos de que se satisfacen las necesidades de todos. Si alguien no se siente seguro, debe decirlo. Pero lo más importante es que no nos pase nada si nuestros penes se tocan o una mano se cuela donde no debe.

Los cuatro nos miramos un momento antes de romper a reír. Era mejor dejar que ellos se preocuparan por esa cuestión. Aquello era a la vez estimulante y aterrador, pero sin duda era algo que deseaba. La luz del día se desvanecía rápidamente cuando Garrett encendió las luces del patio mientras él y Luca llevaban la comida para ponerla en la barbacoa. El tiempo había cambiado desde el calor de la semana anterior, y el aire me helaba los brazos y las piernas, expuestos.

—Vamos a sentarnos en el salón. —Ryker se levantó y me puso la mano en la parte baja de la espalda mientras yo hacía lo mismo.

La casa de Garrett no se parecía en nada al piso de Ryker. Aunque la casa de

Ryker era bastante cómoda, no parecía tan habitada como la de Garrett.

El salón estaba pintado de un verde apagado y tenía el suelo de madera oscura. En el centro de la sala había un gran sofá azul marino con una mesa baja de madera restaurada delante. Frente al sofá había una composición modular blanca que abarcaba casi toda la estancia, con varias estanterías y un gran televisor en el centro.

Mis pies se hundieron en la alfombra de pelo largo mientras caminaba hacia el sofá, dispuesta a acurrucarme y disfrutar de la velada con mis novios. Dios mío. Tenía tres novios.

Antes de que me sentara, Ryker me quitó la copa de vino y la dejó sobre la mesita junto con la suya. Me rodeó con el brazo y caímos sobre el sofá; unimos los labios en cuanto desapareció el riesgo de rompernos los dientes.

Una de las manos de Ryker me acarició el pelo, su beso se volvió más profundo conforme su lengua exploraba mi boca. Su otra mano subió por mi muslo; no había duda de adónde se dirigía.

Le desabroché la camisa, necesitaba sentirlo. Gimió con el primer roce de mis dedos en su vientre. Se apartó. Nuestros ojos se encontraron en una conversación silenciosa, o, al menos, eso parecía.

Los dos sabíamos que Garrett y Luca estaban fuera y que volverían a buscarnos.

Apreté las caderas contra las suyas y le clavé las uñas en los abdominales para incitarlo. Con un sonido que se parecía mucho a un gruñido, me besó y me mordió desde la mandíbula hasta el cuello; sus dedos rozaron el interior de mis muslos.

—Ya estás jodidamente empapada, ¿verdad? —Sus dedos me acariciaron, apenas rozando el clítoris, esperando a que lo encontrara—. ¿Sabes cuántas veces a lo largo del día he querido que te reclinaras sobre cualquier superficie para ponernos a follar como locos?

—¿Cuántas? —gimoteé cuando me apartó las bragas y deslizó el dedo por mi raja con movimientos esquivos.

—Tantas veces que me ha dolido todo el día. —Metió un dedo dentro de mí y me arqueé hacia él, jadeando—. ¿Y ahora? ¿Estás pensando en lo que va a pasar cuando Gare y Luca vuelvan?

—Joder, Paige.

Oír la pura necesidad y el deseo en su voz me hizo apretar alrededor de su dedo. Los quería como ellos quisieran tenerme. La conexión que sentía con los

tres se volvía más y más ardiente con cada segundo que pasaba.

Tanteé su cinturón. Me temblaban las manos cuando sacó un dedo y me acarició el clítoris con él. Luego metió dos.

Sus dedos tocaron el punto exacto que lo hacía arder todo y grité, necesitaba liberarme. Se rio contra mi pecho; en algún momento me había bajado el vestido y el sujetador. Se metió el pezón en la boca, del modo que yo quería que me chupara el clítoris.

Por fin mis manos cooperaron lo suficiente para desabrocharle el cinturón y los pantalones. Su verga estaba dura bajo mi palma cuando la acaricié a través de los calzoncillos.

—La verdad es que no quiero tener que limpiar semen de mi sofá. —La voz de Garrett nos sorprendió a los dos, y nos separamos como dos adolescentes atrapados en una posición comprometida.

—Muy mal. Cómprate uno nuevo. —Ryker se levantó y se quitó los pantalones y los bóxers antes de desabrocharse la camisa.

Lo miré apretando los muslos. Luca se interpuso entre Ryker y yo y me tendió la mano. Sin saber muy bien qué estaba pasando en mi aturdimiento lleno de lujuria, la cogí y me puso en pie.

Me rodeó con el brazo y bajó la boca hasta mi pezón expuesto, mordiéndolo más fuerte de lo esperado. Grité y me agarré a su pelo.

Como si hablaran entre ellos a través de algún tipo de conexión telepática, Luca me giró de modo que quedé contra Ryker. Su erección me empujaba mientras me apartaba el pelo por encima de un hombro y me besaba el cuello.

—Quítale el vestido. —Garrett había movido las copas de vino de la mesa de café a un estante en el mueble de la televisión y empujó la mesa baja lejos de nosotros.

Luca soltó mi pezón con un chasquido y me levantó el vestido por encima de la cabeza, para después tirarlo a un lado.

—Maldita sea, qué cuerpo. —Me sujetó de las caderas y apretó.

Podría haberme sonrojado o incluso pensar que de alguna manera me estaban gastando una broma, pero sentir sus miradas acaloradas me quitó todas las inseguridades. No les importaba que mi vientre no fuera plano o que mi piel tuviera algunas marcas de estrías.

Ryker me desabrochó el sujetador. Temblé, preguntándome qué harían a continuación. Con los tres implicados, cualquier cosa era posible. Todos eran amantes dominantes, y yo solo esperaba que sus personalidades no chocaran e

hicieran las cosas incómodas.

Ryker me cogió los pechos por detrás y me acarició los pezones con los pulgares.

—Dinos si quieres que paremos.

—Ni hablar. —Me recosté contra él mientras Luca me bajaba las bragas.

—Desnúdate, Luca. —Garrett era, al parecer, el director de esa pequeña velada. Se situó a mi lado y guio mi boca hacia la suya.

Aquello estaba sucediendo. Iba a tener mi primera orgía. Solté una risita contra los labios de Garrett, que se apartó con expresión confusa.

—Orgía es una palabra muy graciosa, ¿no crees? —Me tapé la boca, intentando contener la risa.

Garrett me agarró del pelo y lo usó para girarme la cabeza y mirar a Luca, que estaba sentado desnudo en el sofá, con el puño cerrado alrededor de la base de su verga.

—Ponte de rodillas y veremos lo divertido que te parece.

Mi última risita se quedó en un jadeo cuando Ryker me tiró al suelo con él. De repente me puse nerviosa. Nerviosa por si metía la pata y le mordía el pene a alguien en un momento de confusión.

—Se nos va a quemar la comida.

Garrett usó mi pelo para hacerme levantar la vista hacia él. Parecía que no le importaba si la cena se quemaba, cuando estaba a punto de devorarme a mí.

—No se quemará. Y aunque pase, estás a punto de comerte tu cena ahora mismo. Muéstrale a Luca lo buena que eres con la boca.

Ryker me hizo avanzar hasta él, me separó las piernas y, con la mano en la nuca, me empujó hacia delante y Garrett soltó mi pelo.

Pasé las manos por los muslos tatuados de Luca, intentando no volver a reírme porque en uno había un ángel y en el otro una criatura monstruosa con aspecto de demonio.

—Me estás matando, Paige. —Luca se acarició arriba y abajo pasando el pulgar por su *piercing*.

—¿Y si me parto un diente? —Le pasé la lengua por la punta y rocé el adorno.

—Entonces te compraré un diente nuevo. —Luca enterró una de sus manos en mi pelo, no para controlar mis movimientos, sino para instarme a que me lo llevara a la boca—. No te pongas nerviosa. Lo tenemos controlado.

De eso no había duda, pero no podía evitarlo. Cuando había ido a casa con

los tres, no me había imaginado lo que me esperaba.

Lo rodeé con mis labios, tarareando ligeramente mientras chupaba.

—Oh, joder. —El pulgar de Luca me acarició la frente—. Tu boca es increíble.

Miré a Garrett, que se estaba desvistiendo como si su ropa estuviera hecha de algo precioso, de manera lenta y metódica. Ryker, que casi había olvidado que estaba detrás de mí, me cogió entre las piernas posesivamente.

—¿Tú también quieres mi pene, Paige? ¿Aquí mismo?

Murmuré mi respuesta alrededor de Luca, lo que le hizo soltar una retahíla de palabrotas.

Nunca le había hecho una mamada a alguien con un *piercing,* pero me imaginaba que era más sensible, sobre todo con las vibraciones.

—Tómala. —Garrett ya estaba desnudo, y se arrodilló a mi lado, pero no me tocó.

¿Sabían los dos que iba a ser así? Había supuesto que Ryker sería el más dominante, pero parecía que solo lo era cuando estaban mirando. Ninguno de los dos parecía sorprendido de que Garrett les diera órdenes, pero, de nuevo, se conocían bien.

Ryker presionó la punta de su verga contra mi entrada y la introdujo lentamente. Yo estaba lista para él, mi vagina no protestó ante su intrusión.

¿Cómo iba a chupársela a Luca y aguantar las embestidas Ryker al mismo tiempo?

—Cada vez que te detengas, Ryker se detendrá. ¿Lo entiendes? —La mano de Garrett se metió debajo de mí y me pellizcó un pezón—. Deberías ver lo sexy que estás tomándolos a los dos así. Es perfecto.

Sus elogios no hicieron más que enardecerme. Me llevé a Luca hasta el fondo de la garganta mientras Ryker empezaba a moverse dentro de mí. Ahuequé las mejillas mientras chupaba.

—No voy a durar mucho. —Luca tenía los ojos entornados mientras observaba la escena que se desarrollaba ante él. Tenía el mejor asiento de la casa.

Garrett me besó en el hombro y luego acercó su boca a mi oreja.

—¿Cuántos dedos te caben?

Fruncí el ceño, confundida, y él me soltó el pezón y bajó la mano entre mis piernas. Me apreté con tanta fuerza a Ryker que gimió, presionando contra mí, intentando metérmela más adentro.

Garrett me pellizcó el clítoris.

—¿Cuántos dedos, Paige?

—Uno —murmuré alrededor de la verga de Luca.

—Buena chica. —Se tumbó y luego su dedo estaba allí, deslizándose junto a Ryker.

—Garrett. —Ryker se detuvo detrás de mí, sus dedos se clavaron en mis caderas—. ¿Qué estás haciendo?

—Preparándola. —Metió y sacó el dedo presionando mi punto G—. Está mojada y lista. Creo que puede aguantar dos.

Grité alrededor de Luca y mis dedos se aferraron al cojín del sofá. Era demasiado e insuficiente al mismo tiempo.

—Esto podría ser demasiado —dije, chupando con fuerza.

—Esto va a estar bien, Ry. Ya lo verás. Ahora empieza a follártela otra vez o te daré de bofetadas.

Las suaves palabras de Garrett hacia Ryker contrastaban tanto con la forma en que aquel me había estado hablando que no pude evitar soltar una risita. Al menos hasta que Garrett levantó la cabeza y la parte superior del cuerpo del suelo, con los abdominales tensos, y se metió mi clítoris en la boca.

Eso, combinado con sus dedos presionando contra mi punto G y Ryker empezando a moverse dentro de mí otra vez, me llevó al límite. Solté la verga de Luca y opté por rodearla con la mano, mientras enterraba la cara en sus testículos y soltaba un grito gutural.

La mano de Luca cubrió la mía, guiándome arriba y abajo para igualar los empujones de Ryker.

—Voy a correrme, así que a menos que lo quieras en el pelo…

Volví a poner mis labios sobre la punta; mi lengua jugueteaba con su *piercing* y los ojos me escocían por las lágrimas mientras lo chupaba con fuerza.

—¡Paige! ¡Oh, joder! Eso es, cariño, ¡así! —Explotó en mi boca; el sabor salado de su semen golpeó la parte posterior de mi garganta cuando me lo tragué.

Estaba segura de que Garrett ya me había metido cuatro dedos, pero era difícil saberlo con lo mojada que estaba. Lo único que sabía era que quería a los dos dentro de mí. Realmente los quería a los tres, pero tendría que buscarlo en Google para ver si me destrozarían la vagina.

Ryker redujo la velocidad hasta un lánguido movimiento que me gustaba, pero que no era lo que yo quería. Retiré con cuidado la boca de Luca y miré

por encima del hombro.

—¿Por qué te has convertido en el señor Perezoso de repente?

Me azotó el trasero y todos los músculos de mi vagina se contrajeron.

—Dilo otra vez.

—Sí, dilo otra vez —murmuró Garrett, y entonces su lengua se deslizó junto a sus dedos.

—Joder. Siga moviéndose, señor Perezoso.

Vaciló un instante antes de que su mano me diera una palmada en la otra nalga.

—Te gusta eso, ¿verdad? He oído que también te gusta que te den palmaditas en esa vulva rosa tan bonita.

—Sí —gemí, con las piernas temblándome como si estuvieran a punto de ceder—. Por favor, sigue, Garrett. No puedo soportarlo más.

Garrett se apartó, dejándome con la sensación de que me faltaba algo, aunque la verga de Ryker seguía dentro de mí. Se puso de rodillas y le ofreció sus dedos a Luca.

—Pruébala.

Si algo podía hacer que me corriera solo con verlo, era Luca chupando los dedos de Garrett con los ojos clavados en mí.

—¿Estás bien así, Paige? —Ryker seguía empujando sin prisa, deteniéndose cuando estaba completamente dentro de mí antes de sacarla casi toda. Lo repetía una y otra vez; estaba volviéndome loca.

—Sí. ¿Por qué tardas tanto? Méteme la polla, Gary. —No estaba segura de la logística de lo que estábamos a punto de hacer, pero descubrí que no me importaba cuando Garrett giró la cabeza y me lanzó la mirada más depravada conocida por el hombre—. A ver qué sabes hacer, porque todavía no me has impresionado. —Sabía que lo estaba provocando, pero me moría de ganas de que desatara lo que escondía bajo su fría apariencia.

—Ryker. —Eso fue todo lo que Garrett tuvo que decir para que Ryker saliera de mí. Jadeé ante el vacío, las lágrimas asomaron a mis ojos.

—¿Qué…?

Ryker me agarró por la cintura y tiró de mí de modo que quedé tumbada sobre él, con su pene llenándome una vez más. Me rodeó con el brazo y apoyó la otra mano en mi bajo vientre, justo encima del pubis.

Garrett gateó entre nuestras piernas.

—Perfecto. Ahora, ¿qué era lo que decías? —Me besó la cara interna del

muslo—. ¿Sobre no estar impresionada?

Ryker repartió una serie de besos a lo largo de mi hombro.

—Relájate, Paige.

Me había puesto tensa por la anticipación, pero era difícil no hacerlo.

—No siento que te estés moviendo.

Mi cuerpo temblaba y no había forma de detenerlo. Garrett presionó la punta de su verga en mi abertura y tanto Ryker como yo gemimos al unísono.

Empujó despacio, con los ojos clavados en los míos y la mandíbula apretada.

Luca se acariciaba el miembro medio erecto, con los ojos fijos en el lugar donde Garrett desaparecía dentro de mí.

—Apuesto a que sientes esto de forma increíble contra tu polla, Ry.

—Así es. —La voz de Ryker sonó grave—. Sorprendente.

Creo que dejé de respirar cuando Garrett llegó hasta el fondo. Agarró una de mis piernas para engancharla alrededor de su brazo, y luego la otra. El estiramiento en el interior de mis muslos era casi demasiado, pero entonces empezó a moverse y me olvidé de todo lo demás, aparte de la sensación de su pene deslizándose junto al de Ryker.

—¿Estás impresionada ya? —Garrett la sacó lentamente hasta que solo la punta quedó dentro. Sacudí la cabeza y me penetró de golpe.

—¡Sí!

No sabía si seguiría viva cuando él acabase de entrar y salir a golpes mientras se me encorvaban los dedos de los pies y se me encogía el estómago.

El brazo de Ryker me rodeó con fuerza y su mano se deslizó hasta mi clítoris.

—¿Te vas a correr encima de nosotros, cariño? ¿Vas a gritar por nosotros?

—¡Sí! ¡Ah! —Mi volumen aumentó cuando Ryker empezó a frotarme el clítoris al mismo ritmo que las embestidas—. ¡Es demasiado!

—Así es exactamente como… quería… follar… contigo desde que nos conocimos. —Garrett luchaba por hablar; unas gotas de sudor goteaban de su frente y aterrizaban en su labio—. Fuerte. —Empujón—. Rápido. —Empujón —. Llenándote. —Empujón, empujón.

—Grita el nombre de Garrett, Paige. Haz que se corra también en mi pene. —Ryker me mordió el lóbulo de la oreja al mismo tiempo que me pellizcaba el clítoris, y se acabó el juego.

—¡Garrett! —Su nombre se escapó de mis labios mientras un orgasmo sin precedentes se abalanzaba sobre mí. Unos estallidos de luz bailaron en mi

campo de visión y cerré los ojos de golpe, con mi cuerpo agitándose en espasmos de placer.

—Eso es, móntalo. ¡Joder! —Las caderas de Ryker se movieron hacia arriba y se enterraron aún más hondo en mí.

Con un gemido estrangulado, Garrett la metió hasta la base; su cara era una máscara de placer mientras se corría dentro de mí junto con Ryker.

Era obsceno. Era sexy. Quería hacerlo una y otra vez.

No sentía mis miembros, y mi clítoris palpitaba por la sobreestimulación mientras mi cuerpo se relajaba sobre el de Ryker.

—Eh, no llores. —Luca se arrodilló a mi lado y me secó las lágrimas que no me había dado cuenta de que habían brotado—. ¿Te han hecho daño?

—No. —No sabía por qué estaba llorando, pero imaginaba que era una sobrecarga de hormonas sexuales.

—Luca, ¿puedes ir a buscar unas toallas? —Garrett todavía respiraba con dificultad, pero su voz se había ablandado. Me soltó las piernas lentamente y me frotó los muslos con cariño—. Has estado increíble, Paige.

Asentí con la cabeza ladeada mientras el cansancio caía sobre mí como una tonelada de ladrillos.

—Estoy jodida.

Ryker rio entre dientes.

—Y tanto.

23

Encantado

Luca

Podía contar con una mano el número de novias reales que había tenido en mi vida. Los tres podíamos, en realidad. Sí, había habido numerosas citas, pero no muchas que pasaran de ese umbral y se convirtieran en algo más que casuales. Y, aun así, duraban poco.

Siempre había dado por sentado que era un soltero empedernido, demasiado centrado en forjar mi propio camino con Ryker y Garrett como para ocuparme de todo lo que conllevaba cuidar de una mujer como se merecía.

Pero con Paige era diferente.

No había tardado nada en replantearme mi soltería y darle una patada en el trasero. No había dudas, ni lista de pros y contras ni «lidiar» con tener novia. Además de ser inteligente y divertida, tenía una forma de ser que me tranquilizaba. Mostraba su vulnerabilidad, pero luego la superaba y dejaba salir una versión mejor de sí misma.

No sé qué clase de gilipollas engañaría a una mujer así, pero se merecía que le cortaran el pene y se lo metieran por la garganta.

Habían pasado dos semanas desde que habíamos decidido darnos una oportunidad. El hecho de que Paige trabajara con nosotros nos había unido mucho más; no solo con ella, sino también entre nosotros. No me había dado cuenta de lo metidos que habíamos estado en nuestras propias cabezas hasta que empecé a pensar en las necesidades de otra persona.

—Luca, ¿estás escuchando? —Ophelia, nuestra contable ejecutiva, había estado repasando dos proyecciones de beneficios basadas en la ruta que tomaríamos para el negocio en el primer trimestre del año siguiente.

—Sí. —Miré el gráfico que había proyectado en el gran monitor sobre la pequeña mesa de reuniones de mi despacho—. Son iguales. ¿Cómo es posible?

—Veo que no estabas escuchando —suspiró—. Esto será si consigues el

cliente importante que Ryker ha estado persiguiendo durante los últimos meses. No hay diferencia en el beneficio esperado porque reemplazarán la adquisición de clientes más lenta en el futuro.

Todos habíamos decidido que necesitábamos encontrar un nivel de sostenibilidad con el que estuviéramos satisfechos. Dado que tanto Garrett como Ryker estaban emocionalmente implicados en la decisión de turnarnos, se me había encomendado la tarea de tomar la decisión final. Por un lado, yo no necesitaba el dinero, y, por otro, quería que Garrett y Ryker ganaran lo máximo posible sin agotarse.

—Bueno, eso pinta muy bien. —Me crucé de brazos—. Presiento que estás a punto de soltarme un gran «pero».

—Y no puedo mentirte… —carraspeó, y sonreí—. Perdón. Hay una proyección de beneficios si no conseguimos ese cliente.

Hizo clic y apareció un nuevo gráfico. Mis ojos se abrieron de par en par al ver la diferencia. Millones de dólares de diferencia.

—¿Eso será si no aseguramos el cliente? —Había imaginado que habría un descenso de los beneficios, pero no tan significativo.

—Es una cuenta enorme con potencial para seguir creciendo en los próximos trimestres sin añadir demasiados clientes más. Eso es lo que queréis, ¿verdad? —Pasó a la siguiente diapositiva para mostrar todo el año con el cliente principal y sin él.

—Mierda. —Me pasé el dedo por los labios—. O sea, no nos hará quebrar si no lo aseguramos, pero le dará a Ryker un susto de cojones.

—Os abrirá las puertas a clientes aún mayores, lo que os permitiría aceptar menos. —Deslizó una carpeta en mi dirección—. Te he imprimido todas las proyecciones.

—Gracias. —Ojeé distraídamente la carpeta antes de mirar a Ofelia—. Entonces, tenemos que asegurar a ese cliente.

—Correcto. —Cerró el portátil y se levantó—. Tampoco es que la empresa vaya a quebrar si no lo conseguís.

—Bien. —Pero, a pesar de que le había asegurado a Ryker que siempre le cubriría las espaldas, no iba a soportar una disminución tan grande en los beneficios.

Parte del problema con nuestra forma de captar clientes era que nosotros éramos el reclamo. Nos querían a nosotros en los proyectos, no solo a nuestros empleados. Teníamos equipos que eran más que capaces de tomar las

riendas, pero los grandes clientes obtenían lo que querían.

El «no» no estaba en el vocabulario de Ryker cuando se trataba de complacer a un cliente.

Ofelia salió de mi despacho, y yo llevé la carpeta a mi escritorio y la abrí para mirar las cifras con más detenimiento. Tendríamos que concretar las negociaciones cuando llegara el momento.

Me llegó un mensaje y lo abrí con una sonrisa. A veces valía la pena dejar caer mi nombre para conseguir una cita en una *boutique* exclusiva que se reservaba con meses de antelación. Cogí el teléfono de mi despacho y pulsé el botón de marcación rápida al despacho de Paige.

—Paige al habla.

—Hola, preciosa. ¿Quieres salir temprano hoy e ir de compras? —Apagué el portátil.

—¿De compras? ¿A comprar qué?

—Un vestido. ¿Recuerdas que mencioné la gala hace unas semanas? He conseguido cita en una gran *boutique* que creo que te encantará. —Mis primas no paraban de hablar de lo mucho que les gustaba Enchanting Silhouettes.

Se quedó callada. Demasiado callada. ¿No debería haber estado chillando de alegría por salir temprano un viernes para ir de compras?

—¿Paige? ¿Estás ahí? No te preocupes por tu trabajo. Puede esperar hasta el lunes. —Cogí mi bolsa y deslicé mi portátil en su interior.

—Eeeh… vale. —Sonaba tan insegura que se me ablandó el corazón.

—Mira. Soy tu jefe. Te has partido el culo trabajando las últimas semanas. Ryker y Garrett no se van a enfadar. Ni siquiera están aquí, de todos modos. Voy a tu oficina. —Colgué y cogí mi móvil del escritorio antes de salir de mi despacho.

Pensaba que estaría bien hacer algo a solas con Paige. O sea, me encantaba el tiempo que habíamos pasado todos juntos en las últimas semanas, pero no había tenido la oportunidad de pasar un rato a solas con ella. Con Ryker en su recién empezada terapia de los viernes y Garrett en alguna cosa de hockey para su hermano, solo estaríamos nosotros dos durante unas gloriosas horas. Me moría de ganas de verla probarse vestidos y elegir uno que fuera perfecto para ella.

Cuando llegué al despacho de Paige, ella tenía el portátil cerrado y estaba ordenando unos papeles. Sue había tenido toda la razón al decir que era perfecta para nosotros. Era eficiente, resolvía la mayoría de las cosas por sí sola

o con muy pocas indicaciones, e incluso había empezado a encargarse poco a poco de las tareas de Ryker. Podía ser que este estuviera enamorado de ella, pero seguía trabajando para superar sus miedos a que la vida implosionara. Que ella trabajara con nosotros había sido un buen empujón para él.

Me apoyé en el marco de su puerta y ella levantó la vista.

—Tu despacho está quedando muy bien. —Sonreí al ver los nuevos accesorios de escritorio que debía tener. También había añadido algunas plantas y cuadros para que la sala no pareciera tan vacía.

Se sonrojó y apartó la mirada para abrir el cajón del escritorio donde guardaba su bolso.

—Gracias.

Algo no iba bien, pero no sabía qué.

—¿Qué te pasa? ¿No quieres ir?

Sus labios se torcieron en una mueca y luego suspiró.

—Me gusta ir de compras sola.

—Ah. Bueno, puedo esperar en el coche si eso te hace sentir más cómoda. Pensé que sería divertido. —Me aparté del marco de la puerta, me acerqué a su escritorio y le levanté la barbilla para que me mirara—. ¿No quieres que te vea elegante y sexy con diferentes vestidos?

Sus mejillas se pusieron aún más rojas; más de lo que las había visto incluso durante el sexo. A lo mejor no se estaba sonrojando.

Puse mi mano contra su mejilla.

—Estás un poco caliente.

—Estoy bien. —Me apartó la mano de un manotazo, se levantó y cogió la bolsa que tenía en el suelo—. Entraré a echar un vistazo, pero probablemente no tengan nada que me guste.

—¿Qué? Paige, esta es una de las mejores *boutiques* de la ciudad según mis primas. Siempre compran su ropa más elegante allí. —Yo estaba bloqueando su camino a la puerta y no me moví incluso cuando trató de apartarme.

—Es una *boutique*. —Me miró fijamente como si eso fuera razón suficiente para que pareciera molesta por ello.

—Vale, ¿quieres ir a Bloomingdale's o a Nordstrom? Me gusta apoyar toda clase de comercios, pero me parece bien ir donde sea.

Le tembló la barbilla y se mordió el labio inferior. Ah, joder, ¿qué había dicho ahora?

—Oye… —La abracé, con sus brazos y su bolso atrapados entre nosotros

como un escudo—. ¿Qué pasa, cariño?

Sollozó y apoyó la frente en mi hombro.

—En las *boutiques* no tienen mi talla. Es vergonzoso entrar en una y tener que darte la vuelta e irte. Las tiendas especializadas no suelen tener tallas más altas.

—Oh… —Le acaricié suavemente la espalda—. Una de mis primas es más o menos del mismo tamaño que tú y va allí.

—¿Y qué tamaño es ese?

Una alarma se encendió en mi cabeza advirtiéndome de que tuviera cuidado con mis palabras.

—No estoy seguro. ¿Quieres que llame y le pregunte al dueño qué tallas tienen? ¿O que lo busque en internet? Siento no haberlo tenido en cuenta. No pensé que importara, la verdad.

Entendía vagamente que las mujeres lo tenían mucho más difícil que los hombres a la hora de ir de compras, pero no acababa de entender por qué. Los medios de comunicación hablaban tanto de la positividad corporal y la diversidad de tallas que suponía que las tiendas habían pasado a ofrecer más medianas y grandes.

Ella asintió contra mi pecho.

—¿Puedes? Llevo una cuarenta y dos o una cuarenta y cuatro, según el corte. Muchos sitios paran en la cuarenta o su cuarenta y dos es ridículamente pequeña.

Saqué mi teléfono y rodeé a Paige para sentarme en su silla.

—Siéntate. —Me di una palmada en las piernas.

Dejó las bolsas sobre el escritorio y se sentó en mi regazo con la cabeza apoyada en mi hombro.

—También estoy con la regla, así que no sé si hoy es el mejor día para ir de compras. Estoy un poco hinchada.

No respondí porque nada de lo que hubiera querido decir habría sido lo correcto. No parecía hinchada, pero ¿qué sabía yo? En lugar de eso, envié un mensaje a la propietaria, Seraphina, para preguntarle qué tallas tenían, y me respondió inmediatamente.

—Tienen vestidos de todas las tallas. ¿Lo ves? Ya te decía yo que estaría bien. —Le acaricié la parte baja de la espalda ,y gimió—. ¿Quieres que lo cancele? Podemos ir a mi casa y buscar otro sitio para comprar un vestido. Probablemente no debería haber pospuesto esto.

—Estoy comportándome como una tonta. Las hormonas son tontas. —Se puso en pie y cogió sus bolsas—. Lo siento.

—No te disculpes. Tu útero está librando una guerra con bajas masivas. —Me levanté y sacudí la cabeza—. Olvida lo que he dicho.

—No te equivocas del todo. —Cogió un pañuelo y se sonó la nariz. Dios, me encantaba lo cómoda que se sentía con nosotros para hacer cosas como sonarse y decirme que estaba hinchada.

—¿Lista? —Le ofrecí mi brazo y ella enlazó el suyo en el mío—. Si llegamos y cambias de opinión, nos vamos, ¿vale?

—Vale. —Me sonrió, y, joder, vaya vuelco me dio el corazón.

Después de una rápida parada en La Ardilla Feliz para reponer fuerzas por la tarde, llegamos a la *boutique*. Paige parecía sentirse mejor mientras sorbía alegremente su café moca.

Mi chófer aparcó en la zona de descargas y yo me bajé para tenderle una mano que ella tomó con una sonrisa, sin tensión en la cara ni en los hombros.

—¿Seguro que puedo entrar con esto? —Agitó su vaso de cartón medio vacío mientras entrelazaba nuestros dedos.

—Estoy seguro de que podrás dejarlo en algún lugar donde no manches nada. ¿O estás planeando derramarlo por ahí? —Le abrí la puerta, pero tiré de ella para atraerla contra mí.

Ahogó una exclamación cuando la pajita de su bebida casi se me clavó en el ojo.

—¡Luca!

—En mi cabeza esto era mucho más sexy. —Me incliné y le besé el lado de la boca donde se había manchado de nata montada.

Gimió, pero su cuerpo no estaba tan cerca del mío como yo quería mientras tomaba su boca al asalto. Sabía deliciosa y estaba fresquita, lo cual me estaba dando muy malas ideas. Tal vez debíamos cancelar la cita e irnos a casa.

Oímos un carraspeo y nos separamos para encontrarnos frente a una mujer que nos observaba con los brazos en jarras y una sonrisa burlona.

—Aún no la hemos acicalado y ya estás abalanzándote sobre ella.

—Es que para eso siempre estoy dispuesto. —Coloqué una mano en la parte baja de la espalda de Paige y la guie hacia el interior—. Supongo que eres Seraphina.

—Esa soy yo. —Sonrió cálidamente y miró a Paige—. Y tú debes de ser Paige.

—Sí, encantada. —Paige le tendió la mano, que Seraphina estrechó entre las suyas.

—Dejadme cerrar la puerta y después empezamos. Lo tengo todo listo en la parte de atrás. Por aquí. —Después de cerrar la puerta, nos condujo a través de la pequeña recepción y de unas gruesas cortinas negras hacia la parte trasera.

Le había enviado un mensaje a Seraphina mientras esperábamos el café, diciéndole la talla de Paige para que tuviera varios vestidos listos. Quería que Paige entrara y no se estresara buscando entre filas y filas de vestidos diminutos.

Había pensado que, al tratarse de una *boutique,* sería una tienda pequeña, pero Enchanting Silhouettes era más grande de lo que esperaba. Había una fila tras otra de percheros que llenaban la mayor parte de la habitación, y estanterías repletas de accesorios y zapatos a lo largo de una pared, mientras que en la pared del fondo había una hilera de cuatro probadores con las cortinas corridas. Delante de cada uno había cuatro sofás de terciopelo rosa con una tarima con sendas lámparas de araña colgando sobre cada una.

—He sacado algunas cosas después de que Luca me mandara tu talla, para empezar. ¿Buscas algo en concreto? ¿Un determinado color o estilo? —Seraphina sonaba entusiasmada cuando nos detuvimos frente a uno de los probadores.

Paige removió su café con la pajita.

—No estoy muy segura de lo que busco. La última vez que me puse un vestido fue en el baile de graduación. Bueno, y… —Sacudió la cabeza y miró fijamente su bebida. Su estado de ánimo volvía a decaer—. Acabemos con esto de una vez.

—Probaremos algunas cosas y partiremos de ahí, ¿de acuerdo? —La voz de Seraphina se había suavizado, y puso su mano en el brazo de Paige—. ¿Quieres la música encendida o apagada?

—Encendida. —Paige volvió a relajarse un poco y miró por encima del hombro para dedicarme una leve sonrisa.

No le apetecía nada, pero ya le había dicho que me lo dijera y nos iríamos.

Seraphina cogió una tableta de una mesa auxiliar y me la pasó. Había una aplicación de música abierta.

—Adelante, elige algo mientras nosotras empezamos.

—Confiarme la música podría no ser muy buena idea. —Me acomodé en el sofá mientras las chicas entraban en el vestuario y corrían la cortina. Pensé que podría participar más en el proceso, pero quizá era mejor que no lo hiciera, teniendo en cuenta que Paige no estaba teniendo su mejor día.

Desde allí las oía hablar, pero solo distinguía unas pocas palabras mientras me desplazaba por los canales de música en busca de algo que pudiera gustarle a Paige. Tenía gustos musicales muy eclécticos, y no parecía odiar nada que no fuera *death metal*.

Cuando oí la palabra «boda», me picó la curiosidad por saber qué pasaba detrás de la cortina y me puse en pie de puntillas.

—Eso es muy duro, cielo. Cuánto lo siento —decía Seraphina en ese momento.

—Todo en los últimos días me lo ha estado recordando, y ahora esto. —Paige suspiró—. La gala es la misma noche, y no puedo echarme atrás ahora.

—Pero tal vez eso sea algo bueno. Estarás del brazo de un hombre guapo en vez de revolcándote en un cubo de Ben and Jerry's.

—Revolcarme se me da bien. Este es bonito. En realidad, todos lo son. Solo espero que me queden bien. —Todavía había incertidumbre en su voz.

—Claro que sí, y, si no, te busco una talla más y una menos. Podemos modificar cualquier vestido que elijas para que se adapte a tu cuerpo.

—¿No habrá que esperar para eso? Esto es en dos semanas… Preparativos de última hora. Estaban pasando tantas cosas cuando Luca me pidió que fuera que me olvidé por completo hasta que me lo ha recordado hoy.

—Su familia, esa enorme familia, y sus amigos son buenos clientes nuestros, así que, si hay que modificarlo, lo haremos a tiempo. —Seraphina hizo un sonido de emoción—. Vamos a probar este primero solo para volver loco a tu novio.

Volví a mi asiento y pulsé una emisora cualquiera con la mente puesta en la primera parte de la conversación que acababa de escuchar. ¿Estaba diciendo que su boda habría sido el veintiocho? No habíamos hablado mucho de su ruptura ni de nada relacionado con ella, aparte de que su prometido la había engañado.

Aunque su relación había terminado, estaba seguro de que le dolía recordar las fechas y los planes que nunca llegaron a dar fruto. Era solo un recordatorio de lo que él había hecho y de cómo había abusado de su corazón.

Pensé que yo nunca le haría eso, y si Ryker o Garrett lo hicieran alguna vez, descubrirían que los chistes sobre bloques de cemento y tiburones podían dejar de tener gracia.

La cortina se abrió lo suficiente para que saliera Seraphina.

—¿Estás preparado para el primer vestido?

—Nací preparado. —Dejé la tableta a un lado y me eché hacia delante con los brazos sobre las rodillas—. Vamos a ver.

Abrió la cortina y Paige salió con la cabeza alta, sin dar señales de que acababa de hablar de sus nupcias canceladas.

Me quedé sin palabras al contemplar el vaporoso vestido color vino. No tenía la menor idea de qué tipo de vestido era, pero sí sabía que ella estaba impresionante.

¿Era eso lo que se sentía al enamorarse?

24

Enamorada de ellos

Paige

Mi vida empezaba a parecer completa por primera vez en mucho tiempo. No me había dado cuenta de lo que me había estado perdiendo hasta que Ryker, Luca y Garrett irrumpieron en mi vida. Me encontraba deseando estar cerca de ellos todo el tiempo, y ellos sentían lo mismo si nos fijábamos en sus acciones.

Las cosas se estaban desarrollando entre nosotros con tanta naturalidad que casi parecía demasiado bueno para ser verdad. Esperaba que hubiera tensiones y desacuerdos entre los tres por el tiempo que pasaban conmigo, pero no era así. A menos que no lo viera o no lo oyera.

Durante las tres últimas semanas habíamos pasado todos los días juntos, ya fuera en grupo o por separado. Solo había dormido dos veces en mi apartamento, y no echaba de menos mi propio espacio. Lo que no me gustaba era ir de un sitio para otro, pero esperaba que con el tiempo eso cambiase.

Mi teléfono zumbó cuando me llegó un mensaje, y aparté la mirada de la ventanilla mientras Garrett nos llevaba en coche a los cuatro hacia el este, fuera de la ciudad. No me habían dicho exactamente adónde íbamos, pero había oído algo de que tardaríamos unas horas cuando creían que no estaba escuchando.

Nora: *Echo de menos tu cara. ¿Cuándo puedo ir a visitarte? ¿El próximo fin de semana?*

Yo: *La gala es el próximo fin de semana…*

Nora: *Sí, pero…*

Yo: *Estoy perfectamente. Incluso he ido a comprar ropa sin llorar, y eso es una victoria, porque estaba con la regla.*

Nora: *¿Se lo dijiste?*

> ***Yo:*** *No, y no voy a hacerlo. No necesitan lidiar con mis lloriqueos.*

Nora: *Apuesto a que te harían sentir mejor.*

> ***Yo:*** *Lo hacen casi a diario. Mi vagina es una especie de parque de atracciones para ellos.*

Nora: *Qué envidia. ¿Me imaginas con tres hombres?*

> ***Yo:*** *¿Te pondrías en plan dominante con ellos?*

Nora: *Señora, no me amenace con pasar un buen rato. En realidad, soy bastante mansa en el dormitorio.*

> ***Yo:*** 😂

Nora: *¿Qué? Puedo ser feroz en el campo de hockey y recatada entre las sábanas. Es un buen cambio ser la buena chica de alguien. Apuesto a que te llaman «buena chica», ¿verdad? Qué morro…*

> ***Yo:*** *Por favor, para. Los chicos van a querer saber por qué me estoy riendo tanto.*

Nora: *Bien. ¿Qué tal si te visito en cuanto te mudes de ese nido de ratas en el que vives?*

> ***Yo:*** *La rata era la mascota de alguien…, creo. Eso espero. Tendrás que esperar un tiempo. Solo llevamos juntos tres semanas.*

Nora: *Técnicamente puedes contar desde que los conociste. Ahora que somos viejas, el tiempo corre.*

> ***Yo:*** *Es complicado siendo tres.*

Nora: *Pero apuesto a que has pensado en cuál de sus casas te gustaría más vivir. Apuesto a que es la de Garrett.*

Realmente tenía que dejar de contarle a Nora todo lo que pasaba en mi vida amorosa. Ahora volvía a pensar en las complicaciones de salir con tres hombres. Ni siquiera debería haber estado pensando en vivir con ninguno de ellos, y, sin embargo, era lo único en lo que podía pensar cada vez que estaba en una de sus casas.

—¿Me vais a decir a dónde vamos? —Adoraba las sorpresas y las odiaba a la vez. No había tenido que meter nada especial en la maleta, aparte de ropa de abrigo y unos cuantos conjuntos bonitos.

—No —dijo Ryker a mi lado, donde estaba tecleando en su portátil—. Es una sorpresa, así que no intentes averiguarlo.

—¿Por qué has traído eso? Es viernes. —Sabía que estaba haciendo progresos para reducir su horario de trabajo, pero era una ardua batalla para él.

—Estoy trabajando en el envío de algunas especificaciones del proyecto para obtener ofertas y plazos para el centro. Habré terminado para cuando lleguemos. —Me miró y sonrió—. No te preocupes.

—Supongo que una mamada o incluso un sesenta y nueve en el asiento trasero están descartados, entonces. —Me encogí de hombros, incapaz de ocultar mi sonrisa cuando Luca giró la cabeza.

Garrett gimió.

—Por favor, no lo hagas. No podré conducir.

—Eres insaciable. —Ryker se estiró al otro lado del asiento, y le cogí la mano —. Querrás que descanse ese delicado capullo tuyo para más tarde.

Me eché a reír.

—¿Delicado capullo?

—Es una hermosa flor esperando para darnos su dulce néctar. —Estaba tecleando con una sola mano, y yo no sabía si estaba escribiendo obscenidades o trabajando.

—Bueno, con eso de que tu pene sea del tamaño del aguijón de una abeja… —Luca se dio la vuelta con una risita.

—Eso no es lo que Paige decía anoche. —Garrett dio una patada en el asiento de Luca—. Creo que sus palabras exactas fueron «Quiero ese gran pene enterrado profundamente en mi vagina, Ry». ¿O la oí mal? —Ryker apretó mi mano, pero enseguida la apartó—. Mierda, he escrito «pene» en vez de «coste».

—Y por eso deberías dejarlo para la semana que viene —dijo Garrett.

Ryker suspiró.

—La semana que viene la tengo hasta arriba: Badden Apparel viene a negociar el contrato.

—No veo por qué no podemos hacerlo por videollamada.

—También están aquí para la gala, así que tiene sentido que nos conozcamos en persona. He oído que son bastante prácticos y que les gusta conocer a la

gente cara a cara antes de tomar grandes decisiones empresariales. —Ryker dejó de teclear y me miró—. Recuérdame que el miércoles repase contigo la agenda de la reunión.

Le hice un saludo militar.

—Entendido.

Enarcó una ceja y miró mi teléfono, que estaba en el asiento, entre nosotros.

—¿No vas a apuntarlo en tu agenda?

—Está en mi calendario desde el día en que se decidieron por LRG. —Bostecé y apoyé la cabeza contra la ventanilla—. Necesito una siesta.

—Ponte aquí y apóyate en mi hombro. —Ryker dio una palmadita en el asiento del medio.

Moví el teléfono y cambié de asiento, abrochándome de nuevo el cinturón antes de apoyar la cabeza en su hombro. No era lo más cómodo, pero era mejor que la ventanilla temblequeante.

Cuando me desperté, el paisaje se mostraba oscuro y lleno de árboles. Di un respingo pensando que estábamos a punto de chocar contra ellos, pero entonces me percaté de que el todoterreno enfilaba una carretera, bordeada de árboles.

—¿Estás bien? —Ryker me rodeó con el brazo y me apretó la cintura.

—Sí, los árboles me han sorprendido. —Me froté los ojos—. ¿Dónde estamos?

—Estamos en mi finca de los Hamptons. —Luca pulsó algo en su teléfono y, más adelante, una puerta se abrió—. Bueno, no es solo mía: soy copropietario con mi hermano. Lo conocerás en la gala.

—Pensamos que estaría bien pasar un fin de semana lejos de la ciudad. —Garrett atravesó la verja, y más adelante se vio una casa iluminada.

A medida que nos acercábamos, mi corazón latía cada vez más rápido. El ático de Luca en el edificio más alto de la ciudad era impresionante, pero la casa que quedaba a la vista era imponente.

Garrett entró en un garaje que Luca debía de haber abierto también, e intenté mantener mi excitación al mínimo. Nunca había estado en una mansión, y por el garaje grande y acabado con ventiladores de techo me di cuenta de que iba a ser un fin de semana increíble.

—Espero que no sea demasiado. —Luca se desabrochó el cinturón y volvió

a mirarme—. Decidimos que conducir sería un poco menos pretencioso que coger un helicóptero.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué?

Luca se rio y sacudió la cabeza.

—Deberías ver tu cara. Como un ciervo sorprendido por los faros de un coche.

Le di un manotazo en el brazo antes de desabrocharme el cinturón y salir detrás de Ryker.

—Es demasiado. ¿Cuánto cuesta un sitio así? ¿Es de mala educación preguntarlo?

—En absoluto. —Luca cerró la puerta y se dirigió a la parte trasera del todoterreno, que se estaba abriendo—. Fueron algo menos de veinte, así que unos diez después de que Leo y yo dividiéramos el coste.

—¿Veinte millones? —Miré al suelo cubierto de epoxi y a los dos coches aparcados al otro lado del garaje—. No me entra en la cabeza tanto dinero…

—Para que lo sepas, dona tanto o más de lo que gasta. —Garrett ayudó a Luca a sacar nuestras maletas del maletero—. Muchas veces de forma anónima.

—Uno de vosotros tiene que hacerles una donación a mis préstamos estudiantiles. —Quise esconderme en cuanto salió de mi boca—. Solo era una broma.

—Hecho. —Ryker me cogió de la mano y tiró de mí hacia la puerta de la casa—. Dame el nombre de tu banco y el número de cuenta.

Me detuve, pero su brazo tiró de mí cuando él siguió adelante.

—Que era una broma.

—Pues lo mío no. Enséñales a Luca y a Garrett las otras notas adhesivas que vi. —Volvió a detenerse frente a mí y tomó mi cara entre sus manos—. Puede ser un regalo de Navidad adelantado.

—No sé de qué notas adhesivas estás hablando. —No podía dejar que pagaran toda mi deuda. Tal vez si lleváramos más tiempo saliendo, lo consideraría.

—No pasa nada si no nos das la información. Puedo conseguirla. —Luca me guiñó un ojo mientras subía el único escalón hasta la puerta y la abría.

Ryker buscó mi mirada y, cuando no dije nada más, me soltó, no sin antes besarme. Lo único que necesitaba eran sus besos, no su dinero. Y mi trabajo

estaba muy bien pagado.

—Vamos. Ya verás el interior. —Ryker volvió a cogerme de la mano y entré tras él mientras Garrett nos seguía con las maletas.

Entramos en un recibidor que daba a un amplio pasillo. Ya me sentía a gusto lejos de la ciudad. La casa parecía sacada directamente de una página de anuncios. El espacio habitable era muy abierto, con un gran salón y una cocina digna de un chef con estrella Michelín. Todo era blanco, crema o beis, con toques de azul y verde en las obras de arte y los accesorios.

Deslicé la mano por el respaldo de uno de los sofás y me acerqué a uno de los ventanales. La piscina estaba iluminada y los chorros de agua, encendidos.

—Está climatizada. —Luca se colocó a mi lado—. También hay un *jacuzzi*.

Sacudí la cabeza, mirando mi reflejo en el cristal. De repente me sentí fuera de lugar con mis vaqueros y mi camiseta. Era un sitio donde las mujeres probablemente vestían sus mejores galas y, cuando no, llevaban pantalones de yoga de cien dólares.

—Tienes esa mirada otra vez. —Luca me observaba con el ceño fruncido—. ¿Qué mirada es esa? —Me volví hacia él y le rodeé el cuello con los brazos. Arqueó una ceja y ladeó ligeramente la cabeza—. No voy a caer en eso.

—Solo tengo que acostumbrarme. —Me pegué a él y lo besé antes de retirarme.

—Cuanto antes podamos mimarte, mejor. —Me colocó el pelo detrás de las orejas—. Te mereces el mundo.

Mis mejillas se calentaron e intenté apartar la mirada, pero él me detuvo.

—No hagas eso. —Sentí el repentino impulso de huir.

No podía encariñarme demasiado con esos hombres, porque ¿quién sabía lo que nos depararía el mañana? Con el tiempo, el factor novedad desaparecería, y, a largo plazo, ¿alguno de nosotros creía de verdad que aquello iba a funcionar?

—¿De qué tienes tanto miedo? —Luca vio a través de mi muralla, y no estaba segura de que me gustara.

Tragué saliva y lo miré un momento. ¿Qué me estaban haciendo aquellos hombres? Di un paso atrás, necesitaba algo de distancia. Ese tipo de intensidad era demasiado para mí. Sin embargo, Luca me siguió en mi retirada hasta que choqué contra un pecho fuerte y unas manos se agarraron a mis brazos.

—Tienes miedo de encariñarte, lo entiendo. Pero ahora estás aquí con nosotros. —Luca me rodeó la nuca con una mano posesiva—. ¿No te dice eso

algo? ¿Que tal vez lo que tenemos podría ser algo más que fugaz? ¿Que podría ser real?

Asentí y no dije nada más, pues no confiaba en mi voz en ese momento. Quería creer sus palabras, pero no estaba segura de hacerlo, pues las palabras eran solo eso: palabras. La gente las lanzaba todo el tiempo y no las decía en serio.

Ryker me frotó los brazos como si intentara calentar mi frío corazón.

—No te dejaremos escapar hasta que nos pidas lo contrario.

Mi corazón traidor se descongeló un poco y volví a apoyarme en Ryker. Esa semana había sido dura. Joder, los últimos meses habían sido duros, pero ¿me iba a perder algo tan bueno por dejarlos atrás?

Aquello podía ser tanto lo mejor que me había pasado en la vida como lo peor. En lugar de a un solo hombre tenía a tres. Tres oportunidades para el desamor. Tres oportunidades para un dolor del que no sabía si podría recuperarme.

Corrían el mismo riesgo con su amistad y su compañía. Y, sin embargo, allí estaban, ofreciéndome algo tan diferente y hermoso que no podía rechazarlo. No iban a dejarme huir, eso estaba claro.

—Yo… —Cerré los ojos cuando Garrett se unió a nosotros, los tres rodeándome como un campo de fuerza protector—. Se suponía que el sábado que viene iba a ser el día de mi boda. Es difícil pensar más allá de eso.

—Y no pasa nada. Estaremos aquí. —Garrett me limpió una lágrima de la mejilla.

Intenté contener mis emociones, pero salieron de mí en un sollozo tan angustioso que casi me hizo caer de rodillas. No quería que me vieran así ni que descubrieran lo mucho que aún me afectaba, pero no podía ocultarlo más tiempo.

Alguien me levantó —no sé quién—, me llevó al sofá y me sentó en su regazo. Los otros dos también estaban allí, con sus manos acariciándome el pelo, la espalda, los brazos y las piernas. No habían comprado billete para el tren del caos, pero ahí estaban, recogiendo mis pedazos.

Uno a uno, sus labios encontraron los míos, derritiendo el dolor y la preocupación que había estado sintiendo. Ya era hora de que dejara de ceder a mis miedos y aceptara lo que tenía delante: tres hombres increíbles que lo único que querían era que exploráramos nuestra conexión.

Y eso era exactamente lo que yo también quería.

25

JUEGOS Y RISAS

RYKER

De niño nunca llegué a experimentar todas las alegrías que podían traer las fiestas. Ni siquiera una vez que Libby y yo estuvimos en una casa de acogida había mucha alegría, pues lo único en lo que podía pensar era en todo lo que había perdido en mi vida. No ayudaba el hecho de que fuera adolescente y demasiado guay como para dejar que me vieran en público con los adultos que me criaban.

Así que cuando Luca sugirió que pasáramos la noche del sábado en un festival de otoño solo para adultos y luego alquiláramos el laberinto de maizales al final de la carretera, no tenía ni la más remota idea de lo que me esperaba. Por supuesto, los había visto en televisión y había leído sobre ellos, pero no me esperaba la sensación de alegría que producían para el oído, la vista y el olfato.

Y definitivamente no esperaba que me obligaran a ponerme una camisa de franela a juego con ellos.

—No puedo creer que te haya dejado convencerme. —Me subí al taburete de la cabina de pintura facial y cogí la tarjeta plastificada de una de las cuatro personas que pintaban caras.

Paige soltó una risita cuando se sentó a mi lado y miró la tarjeta.

—Ya sé lo que quiero.

—Sois adorables —me dijo la mujer que me habían asignado—. Casi ninguno de los hombres se pintan la cara ni se visten a juego con su… ¿esposa? ¿Novia?

—Novia. —Cogí la mano de Paige y la sostuve contra mi pierna.

—Ha perdido el desafío de comer mazorcas de maíz. —Paige me apretó la mano; sonaba divertida—. Así que no le des demasiado crédito.

La mujer se rio y sacó sus provisiones.

—¿Qué queríais que os hiciera? —Antes de que pudiera contestar, Paige volvió a hablar.

—A él, una abeja con un aguijón bien grande. —La miré, levantando una ceja con una sonrisa burlona.

—¿En serio, Paige?

—Yo me haré una flor con mucho néctar. Será perfecto. —Me guiñó un ojo, y, joder, noté en el corazón un extraño aleteo que me hizo plantearme seriamente si me iba a dar un infarto.

La noche anterior llegué a pensar que nos habíamos pasado. ¿La habíamos presionado demasiado, cuando acababa de salir de una relación?

Su llanto angustiado me había hecho sentir enfermo y un poco malvado. Cómo alguien podía herirla tan profundamente me resultaba incomprensible. Después de desahogar todo el dolor que llevaba dentro, se secó las lágrimas y disfrutamos del resto de la noche haciendo la cena juntos y acurrucados alrededor de la hoguera. Fue muy entrañable, y me encantó cada segundo.

Nunca me habían gustado los mimos, hasta que llegó ella. Desde aquella primera noche había sentido la necesidad de abrazarla y no soltarla nunca. Me asustaba y me excitaba sentir ya algo tan profundo por una mujer, pero ahí estaba yo. Ahí estábamos todos.

¿Era por eso por lo que ninguno de nosotros había tenido una relación duradera? ¿Habíamos estado esperando a que apareciera alguien como Paige a quien pudiéramos amar juntos?

—¿Quieres la abeja en esta mejilla? —La maquilladora me dio un golpecito en la mejilla izquierda y rompió el hechizo que me producían los pensamientos sobre Paige.

—¿Qué te parece, cariño? —le pregunté, besando nuestros dedos entrelazados.

—Me haré la flor en la derecha para que la abeja pueda coger su néctar después. —Soltó una risita cuando le mordí un dedo.

A los pocos minutos de empezar nuestras obras de arte, Garrett y Luca se acercaron con una sonrisa socarrona. Después del paseo en carreta, se habían inventado la excusa de que tenían que ir a hacer una llamada para nuestra gran reunión de la próxima semana. En realidad, habían estado asegurándose de que todo estaba listo para el laberinto de maizales.

—Oh, mira, Britt. Van todos a juego. —La mujer que pintaba la mejilla de Paige nos contempló a los cuatro con curiosidad.

Aunque el poliamor estaba más aceptado que nunca, aún dudaba sobre cómo debíamos abordar las preguntas. Pero antes de que ninguno pudiera pensar demasiado en ello, Paige habló.

—También son mis novios —dijo con una sonrisa que no mostraba ninguna duda.

—Mírate. —La cara de Britt enrojeció como una remolacha mientras daba un paso atrás y cogía un espejo de mano, sosteniéndolo para mí—. Tu abeja está acabada.

—Ha quedado genial. —Me hinché el carrillo para que pareciera que tenía mucho néctar, lo cual, si me salía con la mía, sería cierto dentro de un rato.

Garrett tomó una foto antes de que me diera cuenta de que había sacado el teléfono.

—Esto va en nuestro boletín de la empresa. El asunto será «Cuidado con Ryker».

Me levanté de un salto y él se metió entre la multitud, conmigo pisándole los talones.

—¡Vuelve aquí!

La gente se apartaba de nuestro camino mientras corríamos entre ellos. Parecía que habíamos vuelto a la universidad, sin preocupaciones. Entonces, se equivocó de camino y se encontró atrapado entre dos tiendas que estaban pegadas a una valla metálica.

—Ah, mierda. —Levantó las manos en señal de rendición.

Apoyé las manos en los muslos, un poco sin aliento. Necesitaba añadir los *sprints* a mis entrenamientos si las carreritas iban a empezar de nuevo. Miró hacia atrás como si estuviera pensando en saltar la valla.

—¡No te atrevas, Gary Wilson Junior! —Di unos pasos en su dirección haciendo crujir mis nudillos—. Estás acorralado; ahora debes luchar.

Se cruzó de brazos con el teléfono agarrado con fuerza en la mano.

—Que ya estamos en la treintena, tío. No puedes hacer esto. Tenemos novia. Si ella nos viera…

Me reí, sacudiendo las manos.

—Que gane el mejor.

—¡Te odio! —Chilló cuando me abalancé sobre él.

Se agachó, pero no huyó, ya que nuestras reglas eran no huir una vez atrapado. Se guardó el teléfono en el bolsillo trasero y se puso en posición de combate.

—No me estoy conteniendo, Ry, y sabes que soy el campeón.

Sonreí, saltando sobre las puntas de los pies como si fuera Rocky, listo para derribar a mi oponente.

—Por algo tienes el título, Gary, pero me he estado conteniendo.

Su primer movimiento fue ir a por las rodillas para derribarme, pero lo esquivé y le hice una llave con el brazo por detrás, y cayó de rodillas.

—¿Deberíamos separarlos? —Paige estaba de pie junto a Luca en la apertura del pequeño callejón.

—No. —Luca nos sonrió mientras yo luchaba por tirar a Garrett al suelo. Apreté con más fuerza—. ¿Te rindes?

—¡Nunca! —Garrett se revolvió y se soltó lo justo y en el ángulo equivocado para preparar un placaje perfecto.

En un instante estaba encima de él, y, antes de que pudiera apartarse, metí la mano entre los dos y le pellizqué un pezón.

—¡Ah! ¡Cabrón!

—¡Ríndete! —Ya me estaba riendo a carcajadas cuando empecé a empecé a retorcérselo.

—¡Me rindo! —Garrett suspiró aliviado cuando lo solté.

—¿Esto es algún tipo de juego previo que no conozco? —Paige estaba justo detrás de mí.

—Puede ser lo que tú quieras. —Me bajé de Garrett y me levanté, extendiendo la mano. Garrett se puso en pie, se pasó una mano por el pectoral e hizo un mohín—. Paige, Ryker me ha hecho daño en el pezón. ¿Puedes darme un besito?

Lo empujé entre risas. Aquella escena había sido ridícula e inmadura, pero me había hecho sentir como si me hubiera quitado todo el peso de encima.

Paige dio un paso adelante y envolvió a Garrett con sus brazos, plantándole un beso en el pecho, donde yo lo había pellizcado.

—Ya está. Todo mejor.

Después, se volvió hacia mí; sus ojos eran una caricia.

—Puedes pellizcarme así cuando quieras si te hace sonreír de ese modo.

El corazón se me aceleró. Tiré de ella hacia mí y enterré la cara en su cuello.

—Tú me haces sonreír así, Paige.

—Bueno, esto es tan dulce como *cannoli* bañados en chocolate —dijo Luca con un pronunciado acento sureño.

—Disculpen. No está permitido estar aquí. —Un guardia de seguridad

apareció detrás de Luca con los brazos en jarras—. Señora, ¿se encuentra bien?

Paige se apartó de mí y se giró.

—Estoy bien. Solo nos habíamos perdido.

—Claro que sí —murmuró conforme desfilábamos a su lado como chicos de instituto recién reprendidos.

Cogí la mano de Paige y Garrett cogió la otra. A Luca no pareció importarle caminar a mi lado, pero así era Luca. Él y yo éramos completamente opuestos, pero quizá por eso seguíamos siendo amigos a pesar de nuestros desacuerdos.

Había estado trabajando mucho en terapia. Tener una sesión a la semana era intenso, pero era lo que necesitaba si quería seguir adelante y ser el mejor novio y amigo que podía ser. Soltar el control no era fácil, pero cada día lo intentaba un poco más y era más feliz.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Paige me soltó la mano y sacó su teléfono del bolso—. Van a cerrar pronto. ¿Nos vamos?

Luca miró su reloj.

—Por mí sí; todavía tardaremos un poco en salir del aparcamiento.

—Me parece un desperdicio para nuestra pintura facial. —Paige me miró—. Tu abeja se ha manchado un poco jugando a pelear con Gare.

—Sí, el aguijón parece que ha quedado reducido al tamaño correcto. Apenas se ve. —Luca tenía suerte de no seguir a mi lado.

—Solo tienes envidia de aguijón. —Me rasqué la cara con el dedo corazón.

¿Cuándo fue la última vez que nos habíamos reído tanto juntos? Hacía mucho tiempo, eso seguro, pero lo habíamos recuperado, y todo porque un día me arriesgué con una mujer que bromeaba sobre tener vello en los pezones.

Treinta minutos más tarde entramos en el aparcamiento vacío del laberinto de maizales. Paige había estado leyendo algo que Luca le había enviado por teléfono, pero levantó la vista cuando los neumáticos crujieron sobre la grava.

—¿Dónde estamos?

—Hemos alquilado el laberinto. —Garrett aparcó el todoterreno y la miró —. Si te apetece.

Ella se mordió el labio y estiró el cuello para mirar por la ventanilla delantera el laberinto.

—Pero está oscuro.

Cogí una de las linternas que Luca había dejado en el asiento entre nosotros

y la encendí, apuntándole.

—Tenemos luz.

Paige se volvió para mirarme y luego casi saltó de su asiento cuando sus ojos se posaron en Luca. Se había puesto una máscara de Jason y se había acercado a ella para apartarle un mechón de pelo de la cara.

—¿Quieres jugar?

—¡¿Qué cojones?! —Se llevó una mano al pecho y me fulminó con la mirada a mí y luego a Garrett—. ¿Vosotros también lleváis máscaras?

—Sí. —Metí la mano debajo del asiento y saqué la mía—. Puedes decir que no.

—¿Qué me vais a pedir exactamente? —Cogió la linterna que Luca le ofrecía, y Garrett la tomó de la mano libre.

—¿Confías en nosotros?

—Ahora mismo no.

Luca soltó una risita.

—Te proponemos un juego del gato y el ratón. Tú eres el ratón.

—¿Queréis perseguirme por un oscuro laberinto de maizales… con máscaras? —Qué mona estaba mientras procesaba la información y miraba nuestras camisas de franela a juego—. ¿Y qué pasará cuando me atrapéis?

—El que te atrape se lleva el premio: tú. —Garrett besó su mano y luego la soltó—. Pero no sabrás quién es…, con suerte.

Inspiró hondo.

—Puedo distinguiros aunque vayáis iguales.

Luca bajó la voz, en un tono amenazador.

—Cuando estamos todos juntos es fácil, pero cuando estás corriendo, con la adrenalina bombeando por tu organismo, tu corazón latiendo en tus oídos, tu…

—No me das miedo. —Volvió a mirar los tallos de maíz que se alzaban frente a nosotros—. Pero el maíz sí…, por eso no veo películas de miedo. La gente estúpida se mete en oscuros maizales buscando un susto por diversión y resulta que hay un asesino de verdad.

—Esta vez habrá un asesino de vaginas. Quien te encuentre destruirá esa dulce vagina tuya y los otros dos tendrán el premio de consolación de mirar. —Me puse la máscara—. Ya sabes qué palabra gritar si quieres parar. Diez…, nueve…

Abrió los ojos de forma cómica y salió corriendo del todoterreno hacia la

puerta abierta. Pude ver su linterna como un faro cuando la encendió en el laberinto; la luz bailaba al ritmo de su carrera.

—¿Estamos seguros de esto? No quiero asustarla. —Garrett cogió el teléfono de Paige, que se le había caído al suelo, y lo puso en la consola central junto con el suyo.

—Va a ser divertido. No habría salido del coche si no quisiera hacerlo. —Luca salió dejando atrás su linterna.

La luna y las luces del perímetro eran suficiente, pero me llevé mi linterna por si acaso. Hacía un poco de frío cuando nos dirigíamos hacia la entrada del laberinto, y esperaba que Paige fuera lo bastante abrigada.

Ya no podía ver su luz, y me pregunté si la habría apagado o si habría llegado lo bastante lejos como para que no pudiéramos verla desde donde estábamos.

—Que gane el mejor. —Luca se ajustó la máscara y se adentró en el laberinto—. ¡Paige!

¡Allá vamos!

—Me da que esto le está gustando demasiado. —Garrett se puso su máscara y siguió a Luca, lo que me dejó en la retaguardia.

Mi pene ya estaba cobrando vida mientras correteaba por el oscuro campo. Solo esperaba encontrarla primero para poder reclamarla como premio.

No había avanzado mucho cuando oí algo a mi izquierda y luego un grito masculino aún más lejos. Se oyó una risita suave en algún lugar entre los tallos de maíz, no muy lejos.

—¡Eso no es justo, Paige! ¡No puedes lanzarnos cosas! —gritó Luca.

Mis ojos se adaptaron a la oscuridad y divisé una mancha blanca. Me quedé quieto, esperando a que Luca se apartara para poder realizar mi movimiento.

Mientras ellos corrían pensando que se había adentrado en el laberinto, ella se había escondido cerca de la entrada. Era demasiado lista para aquel juego.

Avancé lo más sigilosamente posible, tratando de controlar la respiración. Ella estaba tumbada en el suelo y parecía concentrada en la dirección en que se marchaba Luca, así que no se dio cuenta de que me acercaba.

Me detuve de nuevo y oí el suave susurro de la brisa al moverse entre las hojas. ¿Cómo iba a atraparla en aquella posición? No éramos jugadores de rugby; no quería lanzarme sobre ella y hacerle daño.

Comenzó a moverse, poniéndose sobre manos y rodillas, deteniéndose para escuchar cualquier sonido.

No se oía nada, lo que significaba que, si hacía algún ruido, sabrían dónde

estaba si se encontraban cerca.

Se puso de rodillas y esperó de nuevo, y fue entonces cuando hice mi movimiento.

26

OBSCENO

PAIGE

Mi corazón nunca había latido tan fuerte. Después de correr hacia el laberinto, decidí esconderme en lugar de intentar encontrar el camino a través de él. Luca había hecho mucho ruido, pero a los otros dos no los había localizado.

No pude resistir el impulso de arrojarle a Luca una mazorca de maíz que había encontrado tirada en el suelo cuando se detuvo lo suficientemente lejos de mí como para que pudiera esconderme. Había sido facilísimo lanzársela y luego tirarme al suelo. Oírlo gritar bien había valido la posibilidad de que me atrapara, pero hasta el momento parecía no haberse dado cuenta de dónde venía.

Todavía no podía oír nada aparte de los sonidos de la noche, y no podía quedarme tirada en el suelo todo el tiempo. Probablemente había bichos esperando para darse un festín con mi carne, y encima el suelo estaba frío.

Me puse de rodillas con cuidado, escuchando cualquier ruido antes de sentarme sobre las rodillas. Empecé a limpiarme las manos en los vaqueros cuando una mano rodeó la base de mi coleta y otra me tapó la boca.

Hice lo que habría hecho cualquier mujer en su sano juicio si la pillan desprevenida; intentar gritar e intentar zafarme, pero sus manos eran fuertes, y me sujetaba el pelo de un modo que apenas me dejaba moverme. Al menos sabía lo que hacía en ese aspecto.

No hablaba, así que no había forma de saber quién era, pero el miedo se convirtió en excitación mientras él esperaba pacientemente a que dejara de intentar escaparme de rodillas. Menos mal que no estaba de pie, o le habría dado una patada en los huevos.

Retiró la mano de mi boca y oí el débil sonido de su cremallera al bajarse.

—¿Garrett? —susurré, deseando saber quién estaba detrás de mí. Pensé primero en Garrett porque era el que solía agarrarme del pelo.

No hubo ninguna reacción. Eso me hizo apretar las piernas, sabiendo que estaba a punto de tener sexo sin saber con quién. Me estaba preparando para que me empujara contra el suelo boca abajo cuando se puso delante de mí, encendió una linterna y me alumbró directamente a los ojos.

Subí la mano para protegerme, pero él la apartó y después rozó mis labios con la punta de su miembro. Apreté las piernas, deseando que aquel hombre me tocara, fuera quien fuera. No creía que se tratara de Luca, porque le faltaba el *piercing* genital, pero podría habérselo sacado, ¿no?

Gemí alrededor del pene que tenía en la boca, mis manos fueron a la parte trasera de sus muslos para estabilizarme. Todos tenían muslos musculosos, así que aún no sabía quién era.

Su pene salía y entraba cada vez más profundamente. Se me humedecieron los ojos y se me saltaron las lágrimas. Percibí movimiento no muy lejos, y se me puso la piel de gallina. ¿Me estaban mirando los otros dos? No podía ver nada porque tenía los ojos cerrados.

Sus manos abandonaron mi pelo y desapareció, y la luz con él. Distinguí dos figuras donde el camino se unía con el maizal, observando y posiblemente esperando su turno.

Una mano me agarró de la nuca, y grité de sorpresa cuando me empujó hacia abajo, de modo que tuve que ponerme a cuatro patas.

—Dios mío. —¿Me pasaba algo para excitarme tanto con aquello? El riesgo de ser atrapados. El anonimato. Los ojos vigilantes.

Me desabrochó los vaqueros y me bajó las bragas hasta dejarme el trasero al descubierto. Hizo un sonido de aprobación y pasó la mano por una de mis redondas nalgas antes de azotarla.

—¡Sí! —Empiné el trasero en su dirección—. Más.

Azotó el otro lado antes de empujar la punta de su miembro entre mis piernas. Estaba goteando, y él gruñó mientras se deslizaba hacia delante y hacia atrás entre mis pliegues.

—Por favor, fóllame ya. ¿No sientes lo preparada que estoy para ti? —Abrí las piernas cuanto pude con los vaqueros aún por las rodillas.

Me agarró las caderas y me penetró de un solo empujón, suave pero demoledor.

Grité, arañando el suelo. No me importaba tener tierra bajo las uñas durante días ni que los guijarros se me clavaran en las palmas de las manos. Nunca me habían follado tan duro, y quienquiera que estuviera haciéndolo no se estaba

conteniendo.

El campo, antes tranquilo, se llenó de los sonidos de nuestras pieles chocando, de mis gemidos y sus gruñidos. Lo necesitaba más dentro, necesitaba liberar una mano para frotarme el clítoris, así que bajé el pecho hasta el suelo y apoyé la mejilla en la tierra. Él gimió, sus embestidas se hicieron más intensas y me golpearon con más fuerza.

—Eso es, hasta el fondo, cabrón obsceno. —Sorprendida por mis palabras, solté una risita, que interrumpí con un grito ahogado cuando su mano volvió a bajar sobre mi culo.

Casi podía sentir a los otros dos hombres acercándose mientras nos contemplaban.

¿Se estaban tocando? ¿Planeaban ocupar el lugar de mi *follador* una vez terminara?

Dios, eso esperaba. Estaba segura de que podría seguir toda la noche.

—Vamos. Puedes darme más fuerte. Fóllame como si fuera en serio. —Empujé hacia atrás, contra él, y prácticamente vi las estrellas—. ¡Joder!

Me metí la mano entre las piernas, pero él me la apartó antes de volver a golpearme el trasero. Cada vez que me azotaba, mi vagina palpitaba y sentía un cosquilleo en el clítoris.

Sus embestidas eran desquiciadas y hacían arder mi cuerpo. Se enterró en mí una última vez y me llenó con su semen, haciendo movimientos circulares pero sin dejarme llegar a mi punto máximo.

Gimoteé con una urgencia que nunca antes había sentido.

—Por favor, tócame. —No pude ocultar el tono suplicante de mi voz.

Sacó el pene, aunque yo aún no estaba segura de que hubiera terminado de vaciarse, y me dio la vuelta con una fuerza que me sorprendió, para después meterse entre mis piernas, que seguían atrapadas en mis pantalones, y las colocó sobre sus hombros. Me levantó hasta que casi ya no tocaba el suelo, más que con el cuello y la cabeza. Se alzó un poco la máscara, y entonces sus labios rodearon mi clítoris.

Sentí como si me hubiera puesto un succionador encima y lo hubiera ajustado al máximo.

Grité en la noche cuando un orgasmo poderoso estalló en cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Mis piernas se apretaron alrededor de su cuello e intenté agarrarlo del cabello, pero la máscara me lo impidió. Ni siquiera había podido ver el color de su pelo ni la forma de su cara.

Me moví contra su boca mientras él chupaba y chupaba hasta que prácticamente me sacó el alma del cuerpo. Después se dedicó a lamerme y besarme el interior de los muslos.

Destrozada. Esa fue la única palabra que se me pasó por la cabeza cuando volvió a bajarse la máscara sobre la cara y posó mis piernas en el suelo. Me había dejado temblando, pero no estaba segura de si era por el frío o por el orgasmo que acababa de tener. Se subió los pantalones y me ofreció una mano que no cogí.

—¿Ryker? —Había captado un destello de pelo claro cuando se había vuelto a bajar la máscara, y sus manos lo delataban. No me había dado cuenta de que conocía sus manos tan bien. Luca tenía tatuajes que sobresalían en las suyas, y las de Garrett eran más venosas que las de Ryker.

—No te he hecho daño, ¿verdad? —Se levantó la máscara, pero no podía ver sus ojos en la oscuridad—. Joder, Paige, no sé qué me ha pasado.

—Me ha encantado cada segundo. —Me levanté y me subí los pantalones, consciente de que me había manchado por todas partes.

—A nosotros también. —Garrett apareció junto a mí—. Especialmente cuando has dicho «Hasta el fondo, cabrón obsceno». Tienes que hablar así más a menudo.

Se me calentaron las mejillas y le tendí la mano a Ryker, que seguía mirándome como si me hubiera roto. Tiró de mí y levanté la cabeza para besarlo.

Suspiró y me rodeó con los brazos; su lengua acariciaba la mía suavemente.

—Me has tirado una mazorca de maíz. —Luca se había colocado a nuestro lado, casi en nuestras caras.

Di un pequeño respingo, rompiendo el beso, que no duró mucho antes de que Luca me llevara hacia sus brazos. Me besó con tanto ardor que pensé que me iba a dejar lista para el segundo asalto.

Pero entonces algo húmedo me dio en la frente y luego en la mejilla. Me separé de Luca, confundida por un momento, cuando el cielo pareció abrirse sobre nosotros.

—¡Ah, joder! —Luca me cogió de la mano y los cuatro salimos corriendo hacia el laberinto—. ¿Por dónde?

—No estoy seguro. —Ryker giró en un lento círculo—. Podríamos atravesar el maizal en línea recta hasta el perímetro.

—¿Y qué hay de divertido en eso? —Garrett extendió los brazos y elevó la

cara hacia el cielo.

—Se va a embarrar todo. —Luca miró hacia la tierra, que ya se oscurecía—. Vamos por aquí. —Me arrastró por el camino, pero giramos hacia un callejón sin salida.

—Vamos a cortar por lo sano. —Tiré de él hacia donde Garrett todavía estaba con la cara hacia el cielo—. ¿Garrett?

—¿Sí? —Giró un poco la cabeza y abrió los ojos—. ¡Mierda! —Ya no tenía la cabeza hacia arriba, y se frotaba los ojos—. ¿Qué cojones pasa con esta lluvia?

—Es normal que duela, está cayendo cada vez con más fuerza. —Ryker me cogió la otra mano antes de volver a tomar la dirección por la que habíamos llegado—. No estábamos muy lejos del comienzo del laberinto.

—Deberíamos haber consultado el tiempo —murmuró Luca.

—No pasa nada. La lluvia nunca le ha hecho daño a nadie. —Mis dientes empezaban a castañetear, y la lluvia me empapaba la ropa.

Ryker tenía razón, y muy pronto nos amontonamos en el todoterreno y pusimos la calefacción a tope.

Garrett y Ryker habían terminado en la parte trasera conmigo, y Luca al volante.

—Sigues temblando, cariño —dijo Garrett—. Vamos a quitarte esta ropa mojada.

No protesté porque tenía bastante frío y el aire de la calefacción no llegaba. Ryker se quitó la camisa y los vaqueros.

—¿De verdad os vais a desnudar los tres en el asiento de atrás sin mí? Estaremos en casa como en diez minutos.

—Concéntrate en conducir para que no te paren. —Ryker se agachó, me quitó las zapatillas y los calcetines y me rodeó el pie con una mano—. Tienes los pies helados.

Mis zapatillas eran de lona, no muy adecuadas para la lluvia. Me levanté del asiento y prácticamente tuve que despegarme los vaqueros de las piernas. No había nada peor que unos vaqueros mojados.

—Ven aquí. —Ryker me colocó sobre su regazo de lado, mirando a Garrett, y se abrochó el cinturón conmigo encima. No era lo más seguro, pero tampoco lo era congelarse.

—Pero bueno, ¿no os parece acogedor? —Me acurruqué contra el pecho de Ryker mientras Garrett se quitaba los pantalones y se acomodaba en el asiento

del medio con mis piernas sobre su regazo.

—Claro que sí. —Ryker me besó el hombro y me estremecí—. ¿Seguro que estás bien?

Le acaricié la mejilla mirándolo a los ojos.

—Ha sido perfecto. Justo lo que necesitaba. —Le di un beso en la mejilla que no tenía una abeja medio borrada y le susurré al oído—: Todavía puedo sentirte entre mis piernas.

—¿Sabías que era yo? —Me puso algunos mechones de pelo suelto detrás de la oreja.

—Hasta el final no. Teníais razón. Estaba demasiado excitada para prestar atención a los detalles. Además, estaba tan oscuro que no podía ver gran cosa. —Suspiré, feliz, mientras Garrett pasaba sus manos por mis piernas—. Me encantaría que me ataran y me vendaran los ojos.

Las manos de Garrett se detuvieron un momento antes de volver a moverse.

—Eso requiere mucha confianza.

—Pero lo veo… Yo, con los ojos vendados y tumbada en la cama de un hotel. Alguien entra, pero no sé quién es. Al final, estáis los tres. —Suspiré y apoyé la cabeza contra el pecho de Ryker.

Me habían abierto los ojos a ideas totalmente nuevas que nunca había pensado que me interesaran. Garrett tenía toda la razón: hacía falta mucha confianza, y yo confiaba en ellos más de lo que nunca había confiado en nadie.

Pero eso era exactamente lo que ocurría cuando amabas de verdad a una persona. O, en mi caso, a tres.

27

Rata de oficina

Paige

Trabajar para LRG era una de las mejores cosas que me podían haber pasado. No solo porque trabajaba estrechamente con los tres hombres por los que sentía algo muy intenso, sino porque me mantenía alerta y con la mente ocupada.

Había pensado que quería un trabajo aburrido que fuera lo mismo día tras día, pero ahora que le había pillado el gusto, no podía imaginarme sentada en un escritorio todo el día introduciendo datos.

Las cosas habían cambiado entre los cuatro desde nuestro fin de semana en los Hamptons. Se había desarrollado una cercanía que antes no existía y una felicidad que no me había dado cuenta de que me faltaba, no solo a mí, sino a los tres. No había explicación para la intensidad de mis sentimientos, salvo que había conocido a las personas con la que quería pasar el resto de mi vida, aunque, por supuesto, eso conllevaba la duda de si ellos pensaban lo mismo y la pregunta de cómo funcionaría. No podríamos casarnos, y además, ¿qué pasaría cuando quisiéramos tener hijos? ¿Querían tener hijos?

Terminé de escribir mis notas para cada uno de ellos y las pegué en las carpetas que había preparado con el orden del día y la propuesta de contrato con los hermanos Badden.

Parecía un acuerdo cerrado con la principal empresa de equipamiento y ropa deportiva del país, pero las cosas siempre podían venirse abajo en la mesa de negociaciones. Lo había visto tantas veces como para saber que hasta que la tinta no se secaba, cualquier cosa podía salir mal.

No pude encontrar mucho sobre el asesor jurídico de los Badden, ya que tenían su propio equipo que trabajaba internamente para ellos, al igual que LRG.

Los chicos ya estaban en la sala preparándose para su reunión de las diez. Si todo iba según lo previsto, acabarían a última hora de la tarde, pero si no, las

negociaciones podrían alargarse hasta la noche.

Cogí las carpetas que había preparado, junto con un cuenco de caramelos, y caminé por el pasillo hasta la sala principal.

Llamé a la puerta y cuando oí un «sí» entré.

—Buenos días.

No los había visto desde que habían salido de casa de Luca al amanecer. Habíamos ido rotando de casa para pasar la noche cada pocos días, excepto la mía por razones obvias. No había ido a mi piso en toda la semana.

—Buenos días, Paige. Hoy estás muy guapa. —Garrett levantó la vista de su portátil y una sonrisa se dibujó en su atractivo rostro—. ¿Caramelos?

—Sí, señor. —Dejé el cuenco en el centro de la mesa.

—Paige —gimió Luca—. No digas «sí, señor» en el trabajo. No quiero que uno de los clientes piense que me estoy empalmando por él.

Ryker se recostó en la silla a la cabecera de la mesa y cruzó las manos sobre el estómago.

—No sé, Luca. Alexander Badden fue votado como uno de los solteros más atractivos menores de veinticinco años hace unos años. Puede que hoy se haya puesto guapísimo para nosotros.

—A Ethan le va a costar tomar las actas de la reunión cuando Paige salga a los descansos. —Garrett cogió un caramelo del cuenco—. Esto ha sido una mala idea. Voy a pasarme el día comiendo caramelos.

—Muy bien, eso te hará aún más dulce. —Sonreí mientras les entregaba a cada uno sus carpetas, poniendo las otras para los Badden delante de los asientos vacíos. Les habían enviado copias digitales de todo, pero a menudo era más fácil trabajar con una copia en papel.

—¿Qué es esto? —Ryker sacó la nota adhesiva de su carpeta.

—¿Qué es qué? —Me acerqué al aparador de la pared del fondo y abrí la puerta corredera para sacar botellas de agua para quien las necesitara.

—Qué perversa. Te voy a obligar a esto. —Ryker dobló la nota rosa y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Les había escrito una nota de ánimo a cada uno, pero también había añadido que les esperaba una mamada de felicitación bajo la mesa.

—Esto es un sueño. —Luca se llevó la nota al pecho antes de guardársela en el bolsillo.

—¿Me puedes dar ya la mía? Los pantalones me aprietan un poco en la entrepierna. —Garrett se recolocó el paquete debajo de la mesa.

Tenía que ignorarlos y no incitarlos. Lo último que quería era tener que apretar los muslos durante toda la reunión pensando en arrodillarme ante ellos.

—¿Necesitamos algo más? Llegarán en cualquier momento.

—Solo tu trasero en esta silla. —Luca palmeó el asiento junto a él. Se sentó a la izquierda de Ryker, y Garrett se sentó a su derecha.

—¿Vas a ser capaz de mantener las manos quietas? —Me dirigí hacia la puerta, necesitaba ir a por mi portátil y mi café.

—Soy un profesional consumado, señorita Harper. ¡Oye! ¡No me des patadas!

Sacudí la cabeza ante las tonterías de Luca y salí de la sala para dirigirme a mi despacho, donde estaban mis cosas. Esperaba que la reunión fuera bien para los chicos, porque estarían menos tensos entre ellos.

Ryker había hecho grandes esfuerzos por desapegarse un poco del trabajo, y sus relaciones con sus dos mejores amigos habían mejorado visiblemente. También ayudaba el hecho de que ellos se hubieran sumado al proyecto comunitario de Ryker, y eso le aportaba mucha paz respecto a su pasado.

Desenchufé el portátil, cogí un bloc de notas y un bolígrafo y me volví hacia el pasillo, pero me detuve en seco. Se me cayó el alma al suelo al ver entrar en la sala de reuniones a seis personas, a una de las cuales conocía muy bien. Como si sintiera que alguien lo miraba horrorizado, giró la cabeza y se le borró la sonrisa de la cara.

Daniel.

¿Qué coño hacía en Nueva York, en mi trabajo, con clientes que tenían su propio asesor jurídico?

Salí corriendo por la puerta para que no pudiera seguir mirándome y me senté lentamente en la silla frente a mi escritorio, con la mente trabajando tanto que estaba consumiendo toda mi energía. Tenía que ser un error. Una alucinación.

Abrí el portátil, tecleé dos veces la contraseña porque me temblaban mucho las manos y busqué el bufete de abogados en el que trabajaba. Quizá se habían asociado con los hermanos Badden. Thompson y Turner se especializaba en derecho corporativo, así que era una posibilidad. Era un negocio tan grande que quizá los Badden querían más experiencia.

Al pinchar en la pestaña de asociados, suspiré mientras recorría la lista de asociados sénior. No estaba. Rápidamente comprobé la lista de socios, que era algo por lo que Daniel se había esforzado desde que entró a trabajar en el

bufete de su padre.

Llamaron a la puerta y di un respingo, tirando mis cosas del borde del escritorio, donde estaban precariamente colocadas.

—Joder, chica. Actúas como si te hubiera pillado viendo porno. —Ethan se rio entre dientes—. La reunión está lista para empezar.

Cerré el portátil y recogí mis pertenencias desparramadas.

—Gracias. Solo estaba comprobando algo.

—Oye, ¿estás bien? —Ethan entró y cerró la puerta—. Parece que estás a punto de desmayarte. ¿Has desayunado?

Cerré los ojos, rogando por que las lágrimas no brotaran. No necesitaba eso precisamente aquel día, y no solo porque se tratara de una reunión importante, sino porque era el día antes de mi boda con Daniel.

—¿Ya se han portado como unos gilipollas contigo? Los mataré. —Ethan se puso en cuclillas frente a mí—. Cielo… Cuéntamelo para que pueda ayudarte.

—Es él. —Ante la confusión de Ethan, sacudí la cabeza con total incredulidad—. Daniel. Mi ex.

—Sé que va a ser un fin de semana duro para ti. Intenta mantener la mente ocupada, ¿vale? —Me dio una palmadita en la rodilla y se levantó—. Tomar notas para esa aburrida reunión es una buena forma de empezar.

Abrí la boca para decirle que me refería a que Daniel estaba en la reunión, pero luego la cerré. Lo último que quería era meter a Ethan de por medio. Podía soportar estar en la misma sala que Daniel, ¿no?

—¿Paige? —Ethan me arrebató mis cosas—. Vamos, te acompaño.

Asentí y me levanté, estirándome la blusa con una mano y recolocándome los pantalones con la otra. Podía pedirle a Ethan que fuera a hacer el acta de la reunión por mí. Podía coger el teléfono de la mesa y enviar un mensaje a los chicos para decirles que ese impresentable estaba allí. Pero ¿después qué? Si supieran que era ese Daniel, le darían una paliza y lo echarían todo por tierra.

Seguí a Ethan hasta la puerta entreabierta de la sala de reuniones, donde unas voces masculinas charlaban animadamente. Me devolvió mis cosas y me puso la mano en el brazo.

—Mándame un mensaje si necesitas un descanso, ¿vale?

Asentí. Podía hacerlo. Podía ir a la reunión con la cabeza alta y una sonrisa. No creía lo más mínimo en la fuerza de la atracción, pero por una vez quise recuperar la confianza que había perdido de repente y entré.

—¡Ahí está! —Luca me sonrió y me acercó una silla junto a la suya—.

Caballeros, esta es nuestra asistente, Paige Harper. Estará aquí para lo que necesitemos y levantará acta.

Puse una sonrisa en mi cara y caminé alrededor de la mesa hasta mi asiento, horrorizada de estará al lado de Daniel. Me habría parecido bien si se hubiera sentado en otro sitio, pero ¿justo a mi lado?

Cuando me senté, prácticamente podía sentir la tensión que irradiaba de él.

Ignóralo. Haz tu trabajo.

La reunión empezó con las presentaciones, así que tomé nota de ello, pero entonces Daniel movió su pie justo al lado del mío y me dio un golpe.

Me puse rígida, mis dedos se detuvieron momentáneamente mientras giraba ligeramente la silla para recolocar las piernas. Luca me miró y se ladeó hacia mí.

—¿Estás bien?

Asentí y me relajé cuando su mano se deslizó sobre mi muslo. No era nada sexual, sino reconfortante, al menos para mí. Recé para que nadie se diera cuenta, pero todos estaban concentrados en Ryker.

Pasaron treinta minutos, luego una hora, luego dos. De alguna manera me las arreglé para tomar notas mientras Daniel hablaba, e incluso me reí de uno de los comentarios descarados de Luca.

Ethan llamó a la puerta hacia el mediodía y asomó la cabeza.

—La comida está aquí. ¿Quieren que la traiga o que la sirva en la sala de conferencias B?

—La sala de conferencias B estaría bien. Gracias, Ethan. —Ryker cerró su portátil—. ¿Hacemos un descanso para comer?

—Menos mal, me muero de hambre. —Noah Badden fue el primero en ponerse de pie, y su hermano, Gabriel, le lanzó una mirada fulminante—. ¿Qué? Tendremos que comer. Agradezco los dulces. Normalmente, durante las reuniones siempre se ponen frutos secos y semillas como si fuéramos pájaros.

Luca se acercó, bajando la voz.

—¿Quieres comer en mi oficina?

Sabía que no se refería a comer de verdad, pero la alternativa era socializar en una sala en la que se encontraba Daniel.

—Claro. Voy corriendo al baño muy rápido. ¿Me traes mi comida?

Antes de que nadie pudiera pararme para hablar, salí al pasillo. Los baños estaban a la vuelta de la esquina, y, en cuanto entré, mi cuerpo se relajó.

Entré en una cabina, me ocupé de mis asuntos y, cuando salí, no estaba sola.

—¡Daniel! ¿Qué haces aquí? —Esperaba que no se diera cuenta de que me temblaba la voz.

Estaba justo en la entrada, bloqueando mi salida, con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Por qué te miraban así?

—¿Quién? No deberías estar aquí. —Abrí el grifo para tener algo que hacer.

—Ryker, Garrett y Luca. —Dijo sus nombres como si estuvieran por debajo de él, pero eso no podría haber sido más inexacto—. Luca tenía su mano en tu muslo, Paige.

—No sé de qué estás hablando. —Me lavé las manos como si estuviera a punto de realizar una cirugía.

—Mentira, Paige. —Se apartó de la puerta y vi cómo me miraba de arriba abajo desde el reflejo del espejo—. ¿Te los has follado a todos? ¿Es por eso por lo que te han estado mirando durante toda la reunión como si fueras una de las siete putas maravillas?

—Estás delirando. —Cerré el grifo con la mandíbula palpitando de tensión.

—Mírame y dime que no te has follado al menos a uno de ellos. —¿Por qué estaba haciendo aquello? ¿Por qué le importaba?

Lo miré por el espejo, pero no iba a darle munición para que siguiera portándose como un gilipollas.

—¿Ya no trabajas en Thompson y Turner?

Se pasó la mano por el pelo, revolviéndose los mechones castaños pulcramente peinados.

—Mi padre estaba cabreado porque te fuiste, así que me despidió.

—¿Quieres decir que estaba cabreado porque me engañaste y me obligaste a dejar el trabajo? —No iba a hacerme creer que era culpa mía que su padre lo hubiera echado del bufete.

Apretó la mandíbula, y me di cuenta de que también estaba apretando los puños en los bolsillos.

—¿Qué pensarán mis nuevos jefes cuando se enteren de que estos tipos acosan sexualmente a una empleada?

—Eres un egocéntrico. Tú y yo ya no estamos juntos: terminamos cuando se la metiste a otra. —No podía creer que estuviera plantándole cara así en un baño, de entre todos los lugares donde podía haberlo hecho.

Resopló y se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿tengo razón? ¿Te acuestas con los tres? Se están aprovechando de ti, Paige. Esto tiene la palabra «demanda» escrita por todas partes.

—Los amo.

—¿Los amas? —Echó la cabeza hacia atrás y se rio de un modo que me atravesó el corazón—. Se están aprovechando de ti, y no lo voy a consentir. Puede que ya no estemos juntos, pero me sigues importando.

Intentaba con todas mis fuerzas no llorar, pero el escozor detrás de mis ojos era cada vez más difícil de parar.

—No han hecho nada malo. Los conocí incluso antes de trabajar aquí. Tienes que irte.

Me miró en silencio durante más tiempo del conveniente antes de volver a hablar.

—Se aburrirán del jueguecito enfermizo que se traen contigo, ¿y luego qué, Paige?

Se me subió la bilis a la garganta cuando dio en el puto clavo de una de mis mayores inseguridades. Tragué saliva, pero no pude evitar que se me saltaran las lágrimas.

—¿Cómo pude pensar alguna vez que te amaba?

Me agarró del brazo cuando intenté pasar a su lado.

—Íbamos a casarnos mañana.

—Suéltame —dije apretando los dientes.

Me soltó con un suspiro y prácticamente salí corriendo del baño. Entonces choqué con Ethan, que estaba allí de pie. Dios mío. ¿Había estado escuchando?

—Paige. —La forma en que pronunció mi nombre me produjo un escalofrío. Me apartó mientras Daniel salía del baño y se ajustaba la corbata.

Daniel nos miró, puso los ojos en blanco y dobló la esquina.

—Solo tienes que decirlo y traeré una pala. —Ethan me envolvió en un abrazo, y me mordí el labio con tanta fuerza que me hice sangre—. ¿Por qué no has dicho nada?

—¿Lo has escuchado? —Me aparté secándome las lágrimas que se me habían escapado con el dorso de la mano.

—Lo he visto seguirte hasta aquí y, sí…, he abierto la puerta para escuchar. Habría entrado y le habría dado un puñetazo, pero esperaba que lo hicieras tú.

Sacudí la cabeza y me rodeé el estómago con los brazos.

—No puedo hacer esto.

—Joder. Vale, vale. ¿Quieres que vaya a buscar a los chicos? —Se echó hacia atrás y miró hacia la esquina.

—No. Yo… Joder. Le he dicho a Luca que comeríamos en su oficina. No puedo volver allí así… No quiero que lo sepan, Ethan. Esto podría romper su trato. —Estaba entrando en pánico, mis respiraciones eran cada vez más rápidas.

¿Y si Daniel decía algo? ¿Y si uno de los chicos empezaba una pelea? ¿Y si…? ¿Y si…?

¿Y si…?

—Eh, ya está. —Ethan tomó mis manos entre las suyas—. Esto es lo que vamos a hacer: voy a ir a buscar tu bolso a tu oficina y te lo traeré para que puedas irte. Luego les diré que estabas *proyectando* por los dos extremos…

—Ethan… —Se me escapó una carcajada a pesar de todo.

—Redactaré el acta de la reunión e intentaré por todos los medios no estrangular a ese tal Daniel. —Asintió como si su plan fuera el mejor del mundo—. Ve a esperar junto al ascensor. ¿Está tu teléfono en tu bolso?

—Sí. —Apreté sus manos—. Gracias, Ethan.

—No hay problema. No dejes que nadie te diga nunca que ser entrometida es algo malo. —Me guiñó un ojo y me soltó las manos—. Ahora vete. —Desapareció por el pasillo en dirección a mi despacho.

Me dirigí hacia los ascensores. Lo único que deseaba era que el día —todo el fin de semana, en realidad— terminara.

28

El pastrami me obligó a hacerlo

Paige

El Pastrami Palace. Garrett había dicho que podía arreglar un mal día, y yo necesitaba esa cura.

No sabía qué me había llevado hasta allí, pero mientras esperaba en la larga cola para comer, el olor del pastrami me reconfortó.

Lo que no me tranquilizaba era la idea de que Daniel echara a perder el trato con LRG. ¿De verdad caería tan bajo como para decirles a sus jefes que me acostaba con los tres?

Saqué el teléfono del bolso y vi una cadena de mensajes en un grupo.

Luca: *¿Tan mal te ha sentado la idea de comer conmigo?*

Garrett: *Cállate. Paige, ¿estás bien?*

Luca: *Apuesto a que se está riendo abrazada a un agujero de porcelana.*

Garrett: *Probablemente no esté en casa todavía.*

Ryker: *Por favor, dime que has llamado a nuestro servicio de coche y que te vas a casa de alguno de nosotros.*

Luca: *¿Quieres que alguno vaya a cuidarte? Dilo.*

> ***Yo:*** *Todavía estoy un poco mareada, pero creo que estaré bien. ¿Qué os ha dicho Ethan exactamente?*

Ryker: *Que has salido corriendo al baño y luego te has largado como si hubieras sobrevivido a una gira relámpago con tus mejores amigas, Salmo y Nella.*

Garrett: *¿Qué has desayunado? ¿Podría haber sido el café?*

> ***Yo:*** *Puede. Me he comido uno de vuestros burritos en el desayuno, pero si*

vosotros no estáis enfermos…

Luca: *Eso te pasa por no ir a La Ardilla Feliz.*

Yo: *Lección aprendida. Siento perderme el resto de la reunión.*

Ryker: *No te preocupes por eso. Solo queremos que te pongas mejor. Llevaremos a casa cosas para que Garrett haga sopa.*

La culpa por haberles mentido sobre por qué me había ido ya me roía como una rata que hubiera robado una Oreo.

Por fin era mi turno, y la cara de Jay se iluminó al reconocerme. Me sorprendía que se acordara de mí, ya que solo había ido una vez con Garrett.

—¿Sin Garrett? No me digas que no te trató bien. —Jay puso su bloc de pedidos en la parte superior de la pantalla de *delicatessen,* con la mano preparada para anotar mi pedido.

Sonreí, sintiendo una punzada de tristeza ante la idea de que Garrett rompiera conmigo.

—Me trata muy bien. Solo he venido a por un sándwich de pastrami con mostaza extra para arreglar un mal día.

Después de pagar, me las arreglé para encontrar una mesa vacía para dos justo al lado de la mesa en la que Garrett y yo nos habíamos sentado. Tal vez ir ahí a comer no había sido tan buena idea. Siempre podía pedir mi sándwich para llevar en su lugar.

Mi teléfono zumbó y volví a sacarlo. Esa vez era Ethan, que decía que me pondría al corriente de lo que pasaba en la reunión.

Ethan: *Paige, su apellido es Turner.*

Yo: *Sé que no puedes verme, pero te estoy poniendo los ojos en blanco.*

Ethan: *Esa es la bandera roja número uno.*

Yo: *Todavía no ha dicho nada de mí, ¿verdad?*

Ethan: *No. Todos están demasiado ocupados. No te preocupes, tengo los ojos puestos en él. ¿Lista para la bandera roja número dos?*

Yo: *Si no queda más remedio…*

Ethan: *Puedes decirme que pare. Pensaba que te animaría oírme enumerar*

todos sus defectos.

Yo: *Adelante.*

Ethan: *Tiene un pelo larguísimo en la nariz.*

Casi escupí el refresco que estaba bebiéndome. Me dio una gran alegría saber que le había faltado un buen corte de *pelo*.

—Ahí está esa sonrisa que faltaba cuando has pedido. —Jay dejó una bandeja con mi sándwich delante de mí—. Extra de mostaza, solo pastrami para arreglarte el día.

—Gracias. —Apenas conocía a aquel tipo, pero me trataba como a una vieja amiga.

—Sea cual sea la causa de tu tristeza, has hecho bien en venir aquí. Nada es más importante que cuidarse. —Dio un golpe en la mesa y me dejó con mi almuerzo.

Tenía razón. Cuidar de mí misma era importante, e intentar aguantar una reunión con ese gilipollas solo iba a hacerme daño.

Mientras comía, empecé a hacer mi propia lista de banderas rojas. Había ignorado muchísimas y me había conformado con una relación mediocre. Ahora que tenía tres hombres que me trataban como a una reina, me percataba de la verdadera mierda que Daniel me daba.

Tampoco era que no entendiese el razonamiento de Daniel para que le pagara el alquiler y parte de la boda, pero ¿soltar hasta el último céntimo que tenía? Lo había hecho porque él había dicho que éramos compañeros, y de todos modos no habría importado después de casarnos. Pero ya deberíamos haber sido compañeros incluso antes de comprometernos.

No merecía más espacio en mi cerebro, pero saber que estaba en LRG con mis hombres y potencialmente arruinando un gran negocio para ellos casi hacía que mi sándwich de pastrami fuera imposible de comer.

Luego me había soltado en la cara que se aburrirían de mí igual que él. Y yo me había limitado a… huir. Había huido en vez de decirle que no había nada aburrido en mí. Tal vez él había sido el problema todo el tiempo.

Me acabé el sándwich y saqué mi teléfono.

Yo: *Mándame un mensaje cuando se firme el acuerdo. Estaré esperando en el piso sesenta y nueve.*

Ethan: *Me acaban de mirar por contener una carcajada con lo del sesenta y nueve. ¿Qué vas a estar esperando exactamente?*

Yo: *No te preocupes.*

Ethan: *¿Saco las palomitas?*

Yo: *No… Espero que no.*

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero sabía que tenía que hacer algo, o el peso de Daniel iba a seguir hundiéndome.

No me sorprendió que Ethan me enviara un mensaje poco más de una hora después para comunicarme que el contrato estaba firmado. Las negociaciones de la mañana habían ido bien, ya que ambas partes estaban preparadas y dispuestas a llegar a un acuerdo.

Me quedé en la sala de descanso, casi siempre solitaria. La mayoría de la gente me conocía porque había enviado un correo cuando volví. No podía evitar preguntarme si alguien sabía que también tenía una relación con mis tres jefes. Pero cuando me puse a pensar si me importaba, me di cuenta de que no.

Utilicé las escaleras para llegar al piso setenta; no quería que Daniel se me escapara. Mi plan era bastante sencillo, y lo necesitaba hacer para liberarme de una vez.

Ethan, seguido de Fatima, la abogada jefa de la empresa, salía de la sala de conferencias cuando me acerqué. Sus ojos se abrieron de par en par al verme.

—¿Ibas en serio con lo de esperar? —Ethan cerró la puerta para que nadie pudiera oírlo.

Fatima me hizo un gesto con la cabeza y se dirigió a los ascensores con el teléfono en la oreja. Agradecí que no se quedara, porque cuanta menos gente lo supiera, mejor.

—Sí, hablaba en serio. ¿Siguen todos ahí? —Esperaba que salieran para poder apartar a Daniel y decirle lo que tenía que decirle. Las cosas que debía haberle dicho en el baño.

—Sí, están hablando de la gala. ¿Qué necesitas que haga? —Me puso una mano tranquilizadora en el brazo—. Yo te cubro las espaldas.

Le di mi bolso y mi *tote bag*.

—¿Puedes dejar esto en mi oficina?

—Mmm. Vale, pero ¿qué estás haciendo? ¿Vas a entrar ahí? —Parecía inseguro a la par que emocionado.

—¿Tienes una idea mejor? Voy a pedirle hablar con él a solas. —Era atrevido hacerlo delante de sus jefes y de mis novios, pero el contrato estaba firmado y lo verían de todos modos, ya fuera en el vestíbulo o en la sala de reuniones.

—Voy a necesitar ver esto. —Se colgó mis bolsos al hombro, moviendo el portátil y el cuaderno en los brazos—. ¿Quieres que haga un anuncio como los de la lucha libre? Puedes ser conocida por tu extraña habilidad para hacer cortes de papel que ponen en peligro la vida.

—Qué tonto —me reí. —No, no será violento.

Se apartó justo cuando se abrió la puerta con Ryker al otro lado. Al principio pareció confuso, pero no le di la oportunidad de preguntarme por qué había vuelto; simplemente entré. Mis ojos encontraron a Daniel, que estaba ocupado guardando sus cosas en su maletín.

—Daniel, me gustaría hablar contigo. A solas.

La sala se quedó en silencio, como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa para todos menos para Daniel. Cerró la cremallera de su maletín y me miró con cara de satisfacción. Me dieron ganas de abofetearlo.

—Paige, ¿qué está pasando? —preguntó Ryker en voz baja.

Las cabezas iban alternativamente de Daniel a mí, y noté que el calor me subía a las mejillas. Nadie se movía a pesar de que yo no quería público.

—Podemos ir a mi oficina.

Garrett miraba fijamente a Daniel, que ahora estaba recostado en su silla con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Lo que tengas que decir puedes decirlo delante de todos.

Luca se puso de pie de repente; su silla voló hacia atrás y golpeó el aparador detrás de él.

—No. Puede. Ser. ¿Eres *ese* Daniel?

Me acerqué a la mesa y apoyé las manos en el respaldo de una silla desocupada.

—Sí. Necesito hablar con él a solas. No convirtáis esto un gran problema.

—Puedes esperar a que vaya al baño y pillarlo desprevenido. Sería lo justo —dijo Ethan.

Gabriel me miró.

—¿Te ha seguido al baño? ¿Por eso te has ido?

Esto no iba a salir según lo planeado, aunque tampoco tenía mucho de plan

desde el principio.

—Daniel es mi exprometido.

Daniel carraspeó.

—Por ella dejé amistosamente la empresa de mi padre. Era su ayudante ejecutiva. Supongo que decidió ascender del hijo del dueño a los propios dueños.

La puerta se cerró ruidosamente tras de mí. Prácticamente podía sentir la ira de Ryker, y esperaba que no fuera dirigida contra mí. No había sido sincera con la información sobre mi situación laboral con el padre de Daniel.

Luca y Garrett parecían dispuestos a liarse a puñetazos, y los hermanos Badden y su otro abogado solo estaban allí por el espectáculo.

Sé fuerte.

—Lo que has dicho en el baño no era verdad. —Levanté la mano cuando Garrett abrió la boca—. No se van a aburrir de mí porque se preocupan por mí y porque no hay nada aburrido en lo que tengo con ellos.

Daniel se rio burlonamente.

—Vieron la oportunidad perfecta. Estás desesperada por llamar la atención y ellos estaban dispuestos a aprovecharse de ello. Sin duda, te romperán el corazón y volverás llorando a mí. Te lo garantizo.

La habitación estaba en silencio y llena de tensión mientras mis manos apretaban la silla que tenía delante. Pero no aparté la mirada del hombre que había creído que me amaba.

No tenía ni idea de lo que decía, pero no importaba; sus palabras seguirían haciéndome daño si se lo permitía.

—No sabes nada de Ryker, de Garrett ni de Luca… Ni de mí. Afirmas que me engañaste porque era aburrida en la cama, pero no ha habido nada aburrido con ellos.

Daniel puso los ojos en blanco.

—Claro que aún no se han aburrido. Eres su juguetito nuevo.

Lo ignoré y empecé a contar con los dedos.

—Nada aburrido en el gimnasio, ni frente a la ventana, ni sobre la encimera, ni con los tres a la vez, ni en ese oscuro campo de maíz…

Ryker se colocó detrás de mí y me puso la mano en la cadera, apretando posesivamente.

—No olvides todas las veces que nos has hecho correrno a los tres a la vez.

La cara de Daniel pasó de la suficiencia a una mezcla de ira e incredulidad

mientras se ponía de pie con las manos sobre la mesa.

—¿Qué clase de hombres sois? —Miró a Gabriel—. Aún podemos anular el contrato. Hay una cláusula de rescisión de cuarenta y ocho horas si es por una buena razón, y esta lo es. No querrás hacer negocios con gente así.

—No pueden hacer eso. —Dirigí a los hermanos una mirada suplicante, incapaz de comprender cómo se sentían.

Pero no dijeron nada. ¿Qué había pasado por sus mentes al escuchar todo aquello?

—¿Qué clase de hombres somos? —Ryker se alejó de mí y rodeó la mesa para situarse frente a Daniel con una rabia tranquila ardiendo en sus ojos—. Somos hombres que la quieren. Ahora lárgate de nuestra oficina.

El aire a nuestro alrededor vibró cuando Ryker lo agarró del brazo y lo empujó con firmeza hacia la puerta. Luca y Garrett tomaron posiciones detrás de él, listos para unirse si era necesario.

No podía hacer otra cosa que mirar fijamente a Ryker. ¿Me querían?

Daniel apartó el brazo y se dirigió a la puerta que Ethan mantenía abierta.

—Esto está completamente fuera de lugar. No puedes echarme porque te haya llamado la atención por acosar sexualmente a tu empleada.

Gabriel se levantó, se abrochó la chaqueta y cogió el maletín de Daniel. Su rostro inexpresivo daba un poco de miedo cuando se dirigió a la puerta y empujó el maletín de Daniel contra su pecho.

—Estás despedido. Ahora vete antes de que llamen a seguridad y quedes en evidencia aún más.

La cara de Daniel se arrugó mientras se agarraba a su maletín para evitar que se cayera.

—¿Qué? Pero…

—Era inevitable, Turner. No puedo tener a alguien trabajando para mí que arrincona a su ex en un baño de mujeres y luego actúa así. —Gabriel volvió a su asiento sin mostrar un ápice de emoción.

Daniel se quedó un momento con la boca abierta, asombrado, antes de darse la vuelta y salir. Hice ademán de ir tras él, pero Garrett me agarró de la mano.

—No se merece tu compasión, Paige.

—Tienes razón, no la merece, pero necesito decirle una última cosa… sin público. —Me zafé y me apresuré a alcanzarlo—. ¿Daniel?

Se detuvo ante los ascensores y pulsó el botón de bajada, pero no se volvió.

—¿Qué?

Por mucho que se mereciera todo lo que se había buscado, no pude evitar sentir un poco de pena y tristeza por él.

—Sé que en algún lugar de tu corazón sabes que lo que hiciste estuvo mal.

Sacudió la cabeza, pero no me devolvió la mirada ni habló.

—Cuando quieres a una persona, la aprecias, no la desechas como si fuera basura para que se la coma una rata. Solo espero que un día encuentres a alguien a quien desees querer.

Las puertas del ascensor se abrieron, y él entró. Por fin, me miró con pesar y derrota en los ojos.

—Adiós, Paige.

—Adiós, Daniel.

Las puertas se cerraron, y, por primera vez en meses, sentí que al fin había dejado atrás el pasado.

29

Toda nuestra

Luca

Lo último que me apetecía era asistir a una gala en la que mi madre iba a intentar convencerme de que un matrimonio concertado era lo mejor para todos. Claro que significaría más dinero para nuestra familia, pero ¿cuándo iba a ser suficiente para ella?

Antes de conocer a Paige, habría considerado seriamente casarme por dinero si se trataba de la mujer adecuada. Clara no era la mujer adecuada, ya que ni siquiera le gustaban los hombres. Las cosas habrían sido más fáciles si se lo hubiera dicho a mi madre, pero no me correspondía.

¿Y cómo se sentiría Paige? Ir a la gala en la que habría sido su noche de bodas era una cosa, pero ¿tener que oír a mi madre hablar sin parar de casarme? Me ponía enfermo solo de pensarlo.

Paige había pasado por muchas cosas en los últimos meses, y todo había llegado a un punto crítico en la reunión del día anterior. No teníamos ni idea de que había estado sentada al lado de su ex durante la mitad del día. Un ex que mostró su verdadera cara ante todos nosotros.

¿Nos había molestado un poco que no dijera nada sobre su presencia o sobre trabajar con él y su padre? Quizá un poco, pero sobre todo porque no queríamos verla sufrir.

—Me sorprende que seas el primero en estar listo. —Garrett se acercaba por el pasillo; sus zapatos negros brillantes resonaban en el suelo de piedra—. Normalmente, tenemos que esperarte.

Me volví desde donde había estado contemplando Central Park con un vaso de whisky.

—Cuanto antes nos vayamos, antes podremos volver a casa.

Garrett cogió uno de los tres vasos que había servido y se reunió conmigo en la ventana.

—Paige quiere ir, de lo contrario diría que nos lo saltáramos.

—Mi madre no volvería a hacerme *cannoli* si me perdiera esto. No solo porque quiere intentar casarme, sino porque es en nuestro hotel. —Suspiré y le di un sorbo a mi bebida—. Hay cosas en la vida de las que no estoy dispuesto a prescindir, y los *cannoli* son una de ellas.

Garrett se rio.

—Tú y los putos *cannoli*.

—Míralo, el señor Pastrami Que Te Cambia la Vida. —Miré por encima del hombro cuando Ryker entró. Por una vez no parecía incómodo con su esmoquin—. Y el señor Dónde Está Mi Chaqueta de Punto.

—Quizá deberías ponerte una chaqueta de punto alguna vez; puede que te guste. —Ryker cogió su vaso—. ¿Cómo es que soy el último en estar listo?

Me encogí de hombros.

—No hace falta mucho cuando ya eres guapo.

Garrett se rio sacudiendo la cabeza.

—¿Te atreves a decirle eso a Paige cuando haya terminado de arreglarse?

Ahí me había pillado, así que levanté mi copa para brindar por mis dos mejores amigos.

—Por una amistad que ha pasado por momentos difíciles pero ha salido fortalecida.

Chocamos los vasos y todos nos volvimos para mirar por la ventana. Tomé otro sorbo de whisky y la sensación de calor se extendió por todo mi cuerpo. No sabía si por fin había bebido suficiente o si era porque todo estaba encajando.

Durante un tiempo no había estado seguro de si nuestra amistad sobreviviría. Habíamos empezado a tener problemas, a pelearnos más y a no querer estar cerca el uno del otro. Pero ahora no se me ocurría mejor manera de pasar el tiempo que con Garrett, Ryker y Paige.

Como si fuera una señal, los tacones de Paige resonaron en el suelo y todos nos giramos.

Se me cortó la respiración al contemplarla. La curva de sus caderas y la turgencia de sus pechos me aceleraron el pulso. No me había enseñado el vestido que había elegido y ahora me alegraba, porque se lo habría arrancado en el probador.

Irradiaba confianza mientras atravesaba la estancia, con la tela burdeos abriéndose para mostrar su pierna derecha cada vez que daba un paso

adelante.

—¿Qué os parece? —Se detuvo frente a nosotros y giró, ofreciéndonos una vista completa de lo hermosa que era.

—Joder. —Me bebí el resto del whisky.

Garrett la agarró por la cintura, acercándola hacia él.

—Creo que tienes mostaza aquí. —La besó justo en la V del escote, y ella soltó una risita, dándole un manotazo.

—Estás preciosa. —Ryker la abrazó a continuación y le apartó el pelo perfectamente rizado del cuello para besarla allí.

Me coloqué detrás de ella y le besé la espalda. También había algo muy sexy en tener una V en la parte trasera del vestido. No estaba demasiado abajo, pero lo suficiente para exponer la elegancia de la parte superior de la espalda y los hombros. ¿Se me ponía dura al pensar en sus hombros? Sí, así era.

—Tenéis que parar o llegaremos tarde. —Ella suspiró mientras Garrett la tomaba del brazo y la besaba desde la muñeca hasta el hombro.

—¿De verdad eres nuestra? —murmuró Garrett contra su piel.

—Sí. —Exhaló su respuesta, balanceándose un poco. Ryker gimió contra su oído.

—Deberíamos parar.

Pero ella se apoyó contra mí; su culo conectó con mi polla cada vez más dura.

Eso pareció tranquilizarla, y se apartó de nosotros dirigiéndonos una mirada severa.

—Comportaos.

—Fuiste tú la que eligió este vestido. —Quería arrodillarme y poner su pierna sobre mi hombro para explorar bajo la raja—. Pero le falta algo.

Se miró a sí misma, pasando las manos por la gasa y el encaje.

—¿El qué?

—Mmm… —Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y saqué una caja de terciopelo negro que habíamos escogido entre todos—. Combinará perfectamente con la pedrería de tu cintura.

Sus ojos se abrieron de par en par y luego se llenaron de lágrimas cuando abrí la caja para revelar un collar de platino y diamantes con forma de corazón, con tres más pequeños unidos en el centro.

—Es precioso. —Me lo arrebató con manos temblorosas y pasó los dedos por los diamantes del corazón más grande. Abrió el cierre del collar y se lo dio

a Ryker—. ¿Me lo pones?

—Con mucho gusto. —Se lo puso alrededor del cuello; se quedó colgando perfectamente donde empezaba su escote.

—Es perfecto. Gracias.

Su sonrisa me calentó el corazón más que cualquier cantidad de whisky.

—Deberíamos salir ya o no nos iremos nunca.

No me oponía a la idea de no irme nunca, pero esa noche era tan buena como cualquier otra para demostrar no solo a mi madre, sino a todos los presentes, que Luca Caponetti, Ryker St. James y Garrett Wilson ya no estaban solteros.

Incluso yo tenía que admitir que la gala era uno de los actos de recaudación de fondos más impresionantes en los que había estado, y había estado en muchos.

Hubo una cena seguida de una velada con presentaciones y subastas a beneficio de una fundación artística que promovía la educación artística por escuelas de toda la ciudad. Pero no fue solo eso: fue un sueño.

Con tanta gente con la que hablar, había conseguido evitar a mi madre desde que llegó con mi padre poco antes de la cena. Como había añadido a Paige como acompañante, nos habían trasladado a una mesa para acomodarnos a los cuatro.

Pero mi suerte se había acabado mientras charlábamos con los hermanos Badden sobre posibles patrocinios del nuevo proyecto comunitario de Ryker.

—Luca. —Mi madre se deslizó a mi lado enlazando su brazo con el mío—. Es tan agradable ver a mi hijo mayor por fin…

La miré y sonreí antes de besarle las dos mejillas.

—Mamá, estás preciosa, como siempre. Siento no haber estado por aquí; ya sabes lo ocupado que estoy.

—Leonardo está tan ocupado como tú y encuentra tiempo para verme. —Miró justo cuando mi hermano aparecía a su lado. Quién sabía dónde estaba mi padre.

Oí una risita y miré a Paige al otro lado de nuestro pequeño grupo. Estaba charlando con Noah Badden y se tapaba la boca con la mano mirándome fijamente con los ojos muy abiertos, como si yo debiera saber de qué se reía.

—Bueno, ya que los dos estáis aquí, tengo que presentaros a alguien. —Le tendí la mano a Paige y ella la tomó—. Esta es mi novia, Paige.

A mi madre casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Novia? Eso es nuevo.

—Encantada de conocerla, señora. —Paige extendió la mano y mi madre, agradecida, la cogió—. He oído hablar mucho de sus fabulosos *cannoli*.

—Veo que Luca ya te ha enseñado a caerme en gracia. —Apretó la mano de Paige entre las suyas—. Encantada de conocerte.

Miré por encima de la cabeza de mi madre a mi hermano, que parecía tan sorprendido como yo de que a nuestra madre no le diera un ataque de nervios porque yo tuviera novia.

—Leo, ¿dónde está tu cita? —Lo miré con suficiencia, porque lo último que queríamos era hablar de nuestras vidas amorosas con mamá.

Me fulminó con la mirada y luego observó a Paige, que volvía a reírse. Había bebido unas cuantas copas de champán, pero no las suficientes como para reírse por cualquier tontería.

—¿Qué es tan gracioso? —La pegué a mí.

—Nada… —Volvió a soltar una risita mientras mi madre se giraba hacia mi hermano—. Es que… tu hermano se llama Leonardo.

—¿Y qué? —No sabía muy bien a dónde quería llegar con lo de que ese nombre fuera gracioso.

Ryker besó la mejilla de Paige tomando su mano.

—Las Tortugas Ninja.

—No voy a casarme con Clara, madre. Luca ni siquiera está prometido, y mira —Hizo un gesto vehemente hacia nosotros.

Ah, mierda.

Mi madre se volvió y sus ojos se abrieron cómicamente al verme sujetando a Paige por un lado y a Ryker cogiéndola de la mano.

—Sí, es que… —Miré a Ryker y se encogió de hombros—. Paige es mi novia, pero también es de Ryker y Garrett.

—Oh, vaya. —Mi madre se puso la mano sobre el corazón—. Luca Michelangelo Caponetti…

Paige perdió el control al oír mi nombre completo y se volvió hacia el pecho de Ryker. Eso le iba a dar material del que reírse más tarde.

—Ninguno de nosotros va a casarse con Clara, madre. Es una mujer encantadora y hará muy feliz a alguien, pero no a nosotros. —Estaba seguro de que mi hermano también sabía lo de Clara.

—Tengo que ir a hablar con tu padre. Si me disculpas… —Mi madre nos

besó a mí y a mi hermano y luego se alejó como si se le hubiera encendido un fuego bajo el culo.

—Joder, Luca. Avísame la próxima vez que planees destrozar los planes cuidadosamente orquestados de mamá. —Leo se puso a mi lado y me dio una palmada en el hombro—. ¿Así que ahora eres de los que comparten?

Puse los ojos en blanco.

—Compartir insinúa que la dividimos. Esta es una relación conjunta.

Paige finalmente se recompuso y se volvió hacia nosotros.

—Lo siento. El champán me relaja demasiado.

—Ah, ¿sí? —Leo sonrió satisfecho, y le di un codazo en el costado—. Joder. No me digas que no estabas pensando lo mismo, gilipollas.

—Es mi novia. Búscate una antes de que mamá te la encuentre —bromeé.

Suspiró. Después, miró a Ryker.

—He oído que vas a fundar una organización sin ánimo de lucro y construir un centro comunitario.

Mientras Ryker y mi hermano se enzarzaban en una conversación sobre planificación y donantes y sobre cómo mi hermano podía ayudar a acelerarlo todo, yo sacaba a Paige a la pista de baile.

—Tu madre parecía simpática. Has hecho que pareciera que te iba a obligar a casarte con Clara. —Paige me rodeó el cuello con los brazos mientras nos mecíamos al son de la música en directo.

—Tiene una mentalidad muy empresarial. Incluso más que mi padre, lo cual es mucho decir. Tuvieron un matrimonio concertado y les fue bastante bien. Supongo que como yo tengo treinta y un años y Leo casi treinta y ambos estamos solteros, se está poniendo ansiosa. —Apoyé una mano en la espalda de Paige y llevé una de sus manos hacia la mía.

—Bueno, ahora ya puede dejar de preocuparse. —Paige se mordió el labio —. ¿Verdad?

Besé sus dedos antes de estrechar su mano contra mi pecho.

—Verdad.

Garrett se unió a nosotros en la pista de baile, atrayendo muchas miradas curiosas mientras se movía detrás de Paige. Al principio, solo tenía las manos en las caderas de ella, como si estuviera en un baile de secundaria, pero no tardó en rodearle la cintura con un brazo.

—Todo el mundo está mirando —susurró Paige mientras nos acercábamos aún más a ella—. Y puedo sentiros a los dos.

—Que nos miren. —Garrett apoyó su cabeza contra la de ella—. Luca, tu hermano es bastante impresionante.

—Esperad. ¿Estamos hablando de vuestras pollas? —Paige se echó a reír.

—No, tonta. —Me acerqué un poco más para que pudiera sentirme de verdad—. Al menos, no creo que se trate de eso.

Garrett le besó el hombro y gimió frustrado.

—Estaba ignorando el comentario porque apenas me estoy conteniendo.

—Es difícil con lo buena que está, ¿verdad? ¿Y esa raja mostrando su pierna? No he dejado de pensar en apartarla y enterrar mi cara entre sus muslos en toda la noche. —Llevé de nuevo nuestras manos a mi boca y mordí suavemente uno de sus nudillos.

Su vaivén vaciló un poco y la mano que me rodeaba el cuello se clavó en mi pelo.

—Ya os vale.

Garrett se aclaró la garganta.

—Como iba diciendo, Leo ya ha convencido a Ryker para que le deje ser el director ejecutivo. Ya están hablando de una gala.

Eso me hizo sonreír.

—Eso sería bueno para él. Los dos son unos adictos al trabajo y siempre se han llevado bien. —Mi hermano había estado un poco perdido últimamente, y dirigir una organización benéfica podría ser justo lo que necesitaba.

—No he entendido ni una palabra de lo que decíais con vuestros penes apretados contra mí en vez de dentro de mí. —Paige se movió ligeramente entre nosotros.

—Oh, joder. —Garrett la agarró de la mano y tiró de ella hasta sacarla de la pista de baile.

Me reí, siguiéndolos hasta donde Ryker y Leo acababan de separarse dándose la mano.

—Leo, tenemos que robarte a Ryker.

—Ni siquiera voy a preguntar. —Se alejó riendo y sacudiendo la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Me necesitas para un baile? No estoy seguro de cómo vamos a coordinarnos los tres. —Ryker se frotó la barbilla, pensativo—. Podríamos formar un triángulo a su alrededor, supongo.

—Vámonos a casa. —Paige nos llevó de vuelta a nuestra mesa, donde había dejado su chal y su bolso.

Ryker nos miró con una ceja arqueada y, mientras ella estaba distraída,

Garrett y yo nos fundimos de nuevo con la multitud. Después de todo, ya que estábamos en el lugar donde todo había empezado, era lógico que nos divirtiéramos un poco.

30

El círculo del amor (y los orgasmos)

Garrett

Luca y yo esperábamos en un pequeño rincón, pasado el mostrador de seguridad vip, a que Paige y Ryker se dirigieran a los ascensores privados. Me parecía un poco surrealista volver a estar allí, pero esa vez mi cabeza y mi corazón estaban en el lugar correcto.

—¿Por qué tardan tanto? —Luca miró su teléfono por millonésima vez, asegurándose de que no había habido un cambio de planes.

—Apenas ha pasado un minuto. Tranquilízate. —Me asomé por la esquina —. Mira, ya vienen.

Me pregunté qué pasaría por la mente de Paige mientras Ryker la conducía a través de las puertas hacia los ascensores. Se suponía que iba a decirle que había una fiesta privada en un club exclusivo de la última planta para que no tuviera ni idea de lo que le esperaba.

Esperamos a que se cerrara la puerta y salimos de nuestro escondite para seguirla. El guardia de seguridad nos sonrió y miró la pantalla de su ordenador, que le mostraba en qué plantas se encontraban los ascensores en ese momento.

—Será un segundo. Hay uno bajando ahora mismo.

—Gracias, tío. —Luca le dio un billete de cien mientras una pareja esperaba detrás de nosotros.

—No hay problema. —Nos abrió la puerta e impidió que la pareja nos siguiera. El ascensor empezó a cerrarse justo cuando nos acercábamos. Tuvimos una sincronización perfecta y entramos. Y, como la otra vez, Ryker tenía a Paige contra la pared y sus labios devoraban los de ella.

Su pierna derecha estaba subida alrededor de la cadera de él, dejando al descubierto hasta el muslo.

—¿A qué piso vais? —Luca no se había molestado en preguntar el piso la

otra vez. Ryker rompió su beso.

—Al cuarenta.

Paige se estremeció e inspiró con fuerza en el silencioso ascensor.

—Pensaba…

Ryker la hizo callar con la boca mientras le recorría el muslo con la mano. Joder. ¿Por qué no le había dicho que quería hacer aquello?

Luca y yo nos colocamos al otro lado del ascensor y observamos cómo Ryker le besaba el cuello. Los ojos de Paige se cruzaron con los míos y luego se dirigieron a los de Luca antes de cerrarse. Apoyó la cabeza contra la pared. Por desgracia para nosotros, el vestido de Paige no era del mismo material elástico que la última vez, así que ver a Ryker llevarse el pezón de ella a la boca era algo para lo que tendríamos que esperar.

El ascensor llegó a nuestro destino y Ryker la soltó, tomándola de la mano.

—Coged su bolso y su chal.

La sacó del ascensor y yo recogí sus cosas. Ninguno de nosotros habló mientras Ryker se dirigía a la habitación y abría la puerta. Las cosas habían cambiado.

Paige ya estaba en la ventana, contemplando las vistas. Era absolutamente perfecta para los tres y nos había aceptado, con nuestros defectos y todo.

Antes de que Ryker pudiera siquiera cerrar la puerta, ella se volvió hacia nosotros con una suave sonrisa en el rostro.

Entonces se bajó la cremallera del vestido.

Ninguno se movió, paralizados por la visión que teníamos delante mientras ella dejaba caer las mangas por los hombros y el vestido resbalaba hasta el suelo. Lo empujó a un lado, vestida como estaba únicamente de encaje a juego con el vestido y los tacones.

Sus manos colgaban a los lados. No hizo ningún movimiento para quitarse nada más.

—Arrástrate hacia mí.

Ryker inspiró hondo y se arrodilló. No pude evitar sonreír al ver cómo le había dado la vuelta a la situación.

—Ahora vosotros.

—Hay que joderse —gimió Luca, dejándose caer y siguiendo a Ryker por la habitación.

—Garrett. —Dios, me encantaba cómo suspiraba mi nombre mientras Ryker le pasaba la mano por la pierna—. Ven aquí.

—Oblígame. —Hice lo que pude para ocultar mi diversión cuando sus ojos se abrieron de par en par. Al final me arrastraría hasta ella, pero quería ver qué hacía.

Ryker y Luca le quitaron los tacones y se dedicaron a besarle las piernas. Ella cerraba los ojos y se agarraba el pelo. Luca le bajó las bragas por las piernas, mirándola todo el tiempo. Sabía que estaba empapada por la expresión de lujuria de su cara.

Antes de que ninguno de los dos pudiera siquiera comprobarlo, ella los puso en pie tirándoles del pelo. Luca la besó y Ryker le desabrochó el sujetador para llevarse un pezón a la boca. Ella gimió contra los labios de Luca y luego se separó antes de arrodillarse lentamente, sin dejar de mirarme.

—Desnudaos para mí. —Se sentó sobre sus talones y esperó a que Luca y Ryker se quitaran los zapatos y los esmóquines.

Yo me quité los zapatos y después me aflojé la pajarita y me desabroché el chaleco y la camisa, pero no me desnudé del todo. Los ojos de Paige se movían de Luca a Ryker, sus manos descansaban sobre sus muslos. Yo quería que se tocara, que se pellizcara los pezones con los dedos.

—Perfecto. —Volvió a ponerse de rodillas y llevó las manos a las nalgas de Luca y Ryker para acercarlos a ella.

No podía ver nada de lo que estaba haciendo, pero oí el claro sonido de una succión. ¿Intentaba chupársela a los dos a la vez? Si hacía eso, solo le cabrían las puntas.

—¿Garrett? —dijo con su dulce voz—. ¿Estás listo para gatear hasta mí?

—¿Qué consigo si lo hago? —Me quité el resto de la ropa y la tiré sobre la mesa.

—Puedes follar conmigo el primero.

Supuse que me iba a arrastrar antes de lo que pensaba.

Me arrodillé y me arrastré hasta ella, viendo cómo se asomaba por la pierna tatuada de Luca. Sus ojos centelleaban con picardía, al menos hasta que gateé a su alrededor, separé más sus piernas y me tumbé en el suelo debajo de ella.

—¿Por qué Luca recibe una recompensa por…? Oh, joder, Paige. —Podía ver todo lo que hacía desde debajo de ella mientras pasaba la lengua por el *piercing* de Luca.

Tiré de Paige hacia mi cara y enterré mi lengua en su calor resbaladizo. Soltó un gemido ahogado, pero no me detuve a ver quién la había silenciado con su polla. La quería toda sobre mi cara y lista para nosotros.

Temblaba sobre mí, su cuerpo habría estado dispuesto a más si solo hubiéramos sido uno. Pero no éramos solo uno.

Le metí dos dedos, gimiendo contra su clítoris por lo caliente y mojada que estaba. Podía ser un cabrón avaricioso y penetrarla primero, como ella había dicho, pero quería que todos disfrutáramos de ella a la vez.

Le chupé el clítoris y le metí dos dedos en el trasero. Ella se quedó demasiado rígida. La habíamos estado preparando para este momento poco a poco durante la última semana, pero aún parecía insegura.

—Relájate, cariño. Lo estás haciendo muy bien —la tranquilizó Ryker con una suavidad a la que aún nos estaba costando acostumbrarnos—. Sigue chupándonos mientras él te prepara.

—¿Nos vas a tomar a los tres a la vez, preciosa? —Luca terminó su frase con un gemido—. Tu boca es casi tan buena como tu entrepierna.

Hizo un ruido de aprobación y le introduje uno de los dos dedos más dentro del ano, con la polla palpitando de lo apretada y caliente que estaba. En cuanto pasé la entrada se relajó un poco, lo que facilitó enormemente que mi dedo pudiera entrar y salir.

Con la otra mano le metí tres dedos en la vagina. La cosa escaló hasta el punto de que era incapaz de seguir chupándosela a Ryker y Luca, pero no paré de añadir dedos hasta que tuvo dos en el trasero y tres abiertos en la vagina.

—¡Garrett! —Su grito mientras se corría en mi cara fue fuerte y completamente desvergonzado. Estaba más que lista para nosotros cuando Ryker la alzó y la llevó a la cama.

Luca me tiró una toallita húmeda al pecho con una sonrisa burlona y se volvió hacia la cama, donde Ryker ya estaba sentado en el borde con ella, de pie de espaldas a él, entre las piernas mientras se echaba un chorro de lubricante por todo el pene.

Ryker tiró la botella a la cama detrás de él y la agarró por las caderas, haciéndola retroceder.

—Siéntate. —Ella emitió un gemido estrangulado mientras bajaba lentamente el culo hacia su verga.

—Mírate metiéndote su pene en el culo. —Luca se apartó de mí y se acercó a la cama mientras yo me limpiaba las manos y la cara—. ¿Cómo lo sientes?

Ella gimió, y, por un segundo, me pregunté si no la había preparado lo suficiente para él. Pero entonces gimió.

—Bien.

—Avísanos cuando estés lista para otro pene. —Luca se arrodilló frente a ellos y abrió las piernas de ella, de modo que estuvieran sobre las de Ryker—. Estás increíble tomando su pene así.

Arrojé la toallita sobre la mesa y me puse de pie; mi miembro apuntaba a su objetivo. Solo nos había tenido a dos a la vez dentro de ella, pero la idea de los tres prácticamente me hizo correrme sin más estímulo.

—Estoy… lista —jadeó, y se quedó quieta encima de Ryker.

Luca le levantó la pierna izquierda y se la puso sobre el hombro mientras se colocaba en posición, con el pene en su entrada.

—Respira. —Empujó lentamente, y Ryker y Paige gimieron.

Me acaricié lentamente, observando cómo Luca aumentaba la velocidad. No había forma de que la posición que habíamos pensado que funcionaría fuera cómoda.

—Luca, túmbate en la cama para que Paige pueda montarte. Esta posición no va a funcionar. —No sabría decir cuántas veces habíamos probado las distintas posturas con una almohada intentando averiguar cómo iban a encajar las piezas del puzle.

Luca se retiró y Paige gimió. Le levanté la barbilla para que me mirara y la besé mientras Luca se colocaba en medio de la cama.

—Queremos que esto sea bueno para ti —murmuré contra sus labios.

—Es bueno. —Gimió mientras la ayudaba a sacarse la polla de Ryker y la giraba hacia la cama.

Ella se subió y se hundió en él con una facilidad que demostraba que estaba más que preparada para mí.

Sentí un hormigueo de excitación cuando me puse detrás de ella y empujé la punta contra su entrada. Me deslicé lentamente en su interior, sintiendo cómo se estiraba para acoger dos penes.

—¿Estás lista? —Le pasé la mano por la espalda y le di una ligera palmada en el trasero.

—Creo que sí. —No parecía cien por cien segura, pero una vez que nos tuviera a los tres dentro de ella, pensaba que su incertidumbre cambiaría.

Me eché un poco hacia atrás mientras Ryker se ponía de pie sobre la cama y se colocaba sobre Paige, encajándose entre ella y yo. Una de las razones por las que habíamos querido probar la otra postura primero era por la fuerza de piernas que requería de Ryker esta segunda postura y porque me obligaba a mí a tener un asiento de primera fila del trasero de Ryker.

Pero, bueno, Ryker al menos tenía un buen trasero.

Me eché hacia atrás cuando él penetró lentamente el ano de Paige. Y joder, fue una sensación increíble. Sentí como si mi pene estuviera en una mordaza, apretujado con el de Luca, y el de Ryker con la delgada pared entre su pene y el de Luca y el mío.

Así debería haber sido siempre entre nosotros, pero solo hizo falta la mujer adecuada para sacarlo a la luz.

—Yo… no puedo… Oh…, di… —Paige apenas podía hablar, su vagina se contraía a nuestro alrededor—. ¡Oh, Dios mío! —gritó, aunque ninguno nos habíamos movido todavía.

—Solo tienes que decir tu palabra si quieres que paremos. —Ryker temblaba mientras se mantenía quieto frente a mí medio en cuclillas.

—No paréis. —Se contoneó un poco y todos gemimos. Ninguno iba a durar mucho—. Por favor. Moveos.

En cuanto Ryker empezó a retirarse, yo también lo hice. Ahora que estábamos en esa posturas, me gustaba bastante ver nuestros miembros salir de ella.

Volvimos a empujar al mismo tiempo y ella gritó de placer; noté cómo sus paredes me aferraban como si no quisiera soltarme. No tardamos en encontrar el ritmo, y Luca se unió a nosotros desde abajo.

Su roce contra mí añadió otro elemento a la mezcla, y todo mi cuerpo sintió un hormigueo mientras mis pelotas se tensaban. No quería ser el primero, pero lo fui.

—¡Joder! —Me enterré todo lo que pude en ella; mi semen salió disparado en el orgasmo más extremo que jamás había experimentado.

—¡Garrett! —Paige apretó nuestras pollas cuando tuvo el segundo orgasmo.

—¡Santa madre de los *cannoli*! —gritó Luca, con el calor de sus fluidos envolviéndome.

Ryker entraba y salía de ella, persiguiendo su liberación antes de que una última embestida lo enviara al precipicio. Su trasero se apretó con fuerza mientras movía las caderas, soltando hasta la última gota de su pene.

Aunque no se trataba de una actividad cotidiana, me moría de ganas de repetirla una y otra vez. Me sentía más cerca de mis mejores amigos que nunca, y eso era mucho decir.

Después de lo que me pareció una hora, aunque fueron más bien dos minutos, pellizqué la nalga de Ryker.

—Voy a por una toalla. No te muevas.

Todos necesitábamos una ducha después de aquello, pero probablemente el servicio de limpieza no iba a estar contento con un rastro de semen goteando por el suelo del hotel. Volví con unas toallas y las repartí, sosteniendo una entre las piernas de Paige.

—Precioso. —Le besé la parte baja de la espalda, ya que seguía tumbada encima de Luca.

—¿Te refieres al semen goteando de mis agujeros o a mí? —Paige soltó una risita y suspiró satisfecha.

—A las dos cosas. —Cogí una segunda toalla—. Vamos a ducharnos.

Después de una ducha extrañamente tranquila teniendo en cuenta que estábamos los cuatro a la vez, quitamos el edredón de la cama y nos metimos en ella.

—¿Cuándo podemos volver a hacer esto? —Paige enlazó una pierna sobre la mía, lo que le dio a Luca espacio suficiente para deslizarse entre sus piernas, con la cabeza apoyada en su vientre.

—Cuando quieras. —Ryker se apoyó en un codo y le recorrió el costado con los dedos—. Mañana, pasado mañana y el siguiente.

Luca subió la sábana y la tendió de modo que pasara por encima de su cabeza y Paige pudiera taparse. Yo estaba ardiendo de tanto contacto piel con piel, así que no me importó que me diera el aire fresco.

—Hemos cerrado el círculo, ¿verdad? —pregunté, jugueteando con el pelo húmedo de Paige.

—Ajá… —bostezó—. Es como el círculo de la vida, pero con orgasmos.

—El círculo del amor. —Me senté, mirándola—. Te quiero. Sé que es una locura en tan poco tiempo, pero siento que eso es lo que eres para nosotros.

—Creo que te quise desde el momento en que te sentaste a mi lado. —Ryker enterró la cara en su cuello.

—Te amé cuando me di cuenta de que le devolvías la vida a Ryker. —Luca trazó un círculo en su cadera—. Es curioso cómo simplemente… lo supimos.

Los ojos de Paige se inundaron de lágrimas, y sollozó.

—Estuve a punto de volver a Los Ángeles, pero ahora me alegro de haberme quedado.

—¿Sí? —Deslicé los dedos por su costado—. ¿Porque acabas de montártelo con tres hombres al mismo tiempo?

Soltó una risita y me dio un manotazo.

—Porque, de alguna manera, vosotros tres me recompusisteis el corazón y no solo me enamoré de tres hombres increíbles, sino también de mí misma.

EPÍLOGO

PAIGE

—¡Feliz día de la primera piedra! —Estreché a Ryker entre mis brazos mientras miraba por los ventanales que daban a la ciudad.

Se dio la vuelta y una sonrisa iluminó su rostro antes de inclinarse y besarme.

—Buenos días, preciosa.

Ryker me pasó el brazo por los hombros y nos volvimos hacia la ventana. Momentos tan tranquilos como esos, contemplando cómo la ciudad cobraba vida, me llenaban de felicidad.

Los diez últimos meses con mis *compañeros* habían sido increíbles. Poco después de la gala decidimos irnos a vivir juntos, ya que empezaba a ser un fastidio tener que cambiar de casa cada pocos días, y mi contrato de alquiler había acabado.

En última instancia, me habían dejado a mí la decisión de a qué lugar llamaríamos hogar, y lo lógico era mudarnos al sitio más grande donde pudiéramos seguir teniendo nuestros propios espacios. Aunque me encantaba la casa de Garrett, era demasiado pequeña para mantener la cordura con tres hombres.

El ático de Luca tenía espacio de sobra para los cuatro, y, como Luca no lo había decorado mucho, decidimos entre todos cómo hacerlo nuestro. Cada uno tenía su propia habitación, en la que casi nunca dormíamos, además de la *suite* principal, donde habíamos instalado la cama más grande del mundo.

La convivencia era cómoda y sorprendentemente fácil. Por supuesto, teníamos pequeñas disputas sobre el nivel de limpieza que cada uno estaba dispuesto a aceptar, pero desde el principio acordamos comunicarnos en lugar de guardarnos nuestros sentimientos.

—¿Por qué no podíamos haber planeado esto para la tarde? —refunfuñó Luca mientras entraba en la cocina con Garrett y abría el armario de las tazas.

—No debí quedarme despierto hasta tan tarde anoche. —Garrett rodeó a Luca, que tenía la mirada perdida en el estante de las tazas de café—. Tu taza está en el lavavajillas.

—¿Están limpios los platos? —Luca sonaba tan confuso que tuve que reírme. No le gustaban las mañanas hasta que se tomaba el café, y entonces era como si se le encendiera el cerebro.

—Están sucios. —Garrett cogió una segunda taza y las llenó las dos—. Sobrevivirás bebiendo de esta.

—¿Sabéis? El mal humor matutino de Luca es una buena práctica para cuando tengamos hijos. —Aparentemente, yo también necesitaba el café.

—¿Vamos a tener hijos? —La voz de Luca se quebró como si estuviera pasando por la pubertad—. ¡Santo cielo! ¿Estás embarazada?

—No —me reí, poniéndome una mano en el estómago—. He dicho «cuando». Deberíamos comprar una cafetera para el dormitorio, o un gotero.

—Para un segundo. —Ryker me giró hacia él—. Entonces, ¿quieres tener hijos? ¿Con nosotros?

Me encogí de hombros.

—Podría pasar cualquier cosa. Probablemente sea una conversación que debamos tener pronto para asegurarnos de que todos estamos de acuerdo. —Reprimí una risita.

—Todos queremos tener hijos. —Ryker me besó en la mejilla—. Estábamos pensando en tres.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Habéis hablado de esto sin mí?

El pánico cruzó la cara de Ryker, y le puse la mano en el brazo. Tampoco era que me molestara, solo me sorprendía.

Garrett suspiró y se apoyó en la isla de la cocina.

—Pues sí, lo hemos hablado. Es una conversación seria, y con tres padres potenciales, no queríamos que se convirtiera en un lío. Y él bromeaba con que quería tres. Pero tendremos los que quieras.

—¿Y si quisiera diez?

—Uh. ¿Diez? —Luca se acercó hacia donde estábamos Ryker y yo—. Quiero decir…, ¿por qué no once para que puedan montar su propio equipo de fútbol?

—El lacrosse tiene diez. —Garrett me miró con los ojos llenos de amor—. Deberíamos ponernos con eso ahora mismo.

Me reí.

—No pienso tener diez críos.

—Seremos felices pase lo que pase. —Ryker miró su reloj—. Deberíamos

irnos para no llegar tarde.

—Estoy muy emocionada y orgullosa de todo lo que habéis hecho los tres. —Los miré, aún sin creer que fueran todos míos.

—No podríamos haberlo hecho sin ti. —Ryker me besó en la sien—. Ahora vámonos antes de que alguien decida quitarse la ropa.

No se equivocaba en su advertencia; había ocurrido demasiadas veces para contarlas.

El corazón me estallaba en el pecho cuando Ryker y su hermana compartieron una pala para poner la primera piedra del centro comunitario de la Fundación St. James. Los otros donantes principales de la primera fase, como Garrett, Luca, Leo y los hermanos Badden, participaron con cascos mientras las cámaras captaban el momento.

Tras la recaudación de fondos inicial y una tonelada de papeleo, Ryker pudo por fin ver cómo su proyecto empezaba a cobrar vida. Aún no se había decidido el nombre del centro, pero se había superado el primer obstáculo y ya podían empezar la construcción y la recaudación de fondos de la segunda fase.

La multitud se animó cuando la ceremonia llegó a su fin. Ryker, Libby y Leo fueron retenidos por el fotógrafo de la fundación mientras los donantes se dispersaban entre la multitud.

—¿Qué pasa ahí? —Le di un codazo a Ethan y señalé con la barbilla hacia la hermana de Ryker, que le disparaba dagas con los ojos al hermano de Luca mientras el fotógrafo lo colocaba al otro lado de ella.

—Buena pregunta. —Ethan se metió las manos en los bolsillos, un gesto de preocupación nada habitual en él—. Libby no suele mostrar su veneno hacia nadie.

—¿Libby puede tener veneno? —reí, pues aquella chica era el ser humano más dulce que había conocido, y se había convertido en una amiga instantánea. Era callada, pero solo con la gente que no conocía.

—Bueno, está claro que sí. Joder, se me contraen las pelotas por Leo. —Ethan no había apartado la mirada de ellos, y sus ojos se entrecerraron como si pudiera leer sus mentes.

Leo intentó ponerle la mano en la parte baja de la espalda mientras le hacían la foto, y ella se movió para indicar que le cortaría la mano si la tocaba.

No estaba seguro de si alguien que no los conociera vería la tensión que

emanaba de ellos, pero para mí estaba muy claro.

—Parece una pelea de amantes.

—De eso nada —dijo Ethan con horror—. Los golfos no son su tipo.

—Nunca se sabe. —Lo miré. Era condenadamente alto y llevaba unas botas con un ligero tacón que leo hacían aún más alto—. ¿Te gusta a ti Leo?

—Puaj. El pene de ese hombre ha estado en demasiados orificios. —Movió la cabeza, y habría jurado que sus mejillas se sonrojaron, pero estaba haciendo un poco de calor al sol—. Destrozaría a Libby.

—Quieres decir que destrozaría su vagi… —Jadeé cuando unos brazos cubiertos de tatuajes me rodearon en un abrazo de oso y me levantaron del suelo.

Ethan puso los ojos en blanco y se dirigió hacia donde estaba el fotógrafo hablando con Libby y Ryker. Leo había desaparecido.

—¿Estabas a punto de decir algo sobre una vagina? —Luca me pellizcó la oreja—. Ethan ya ha visto y oído suficiente, ¿no crees?

—No es culpa mía que no llamara antes de entrar. —Me retorcí en su abrazo y giré sobre mí misma para rodearle el cuello con los brazos—. Estabas muy sexy con ese casco. Creo que deberíamos comprarte uno.

Resopló.

—¿Quieres que baile desnudo cantando la canción de YMCA para ti?

—Eso sí que me excitaría, si te soy sincera. —Sentí a alguien más detrás de mí y luego capté el aroma del perfume de Garrett—. A Garrett también hay que comprarle uno. Tenemos que estar seguros con todo lo que se está clavando, martillando y atornillando aquí.

Garrett gimió mientras me rodeaba los hombros con un brazo y me besaba en la cabeza.

—Menos mal que eres guapa. ¿Quieres ayudarnos a convencer a la gente para que apoye la fundación?

Ryker se unió a nosotros poco después de que empezáramos a charlar con posibles donantes. La segunda fase consistía en conseguir donaciones para gestionar el centro durante el primer año de funcionamiento. Las donaciones de la primera fase se habían destinado a la construcción del centro y a la contratación de una pequeña plantilla, que incluía a Leo y que acabaría incluyendo a Libby cuando se mudara al piso de Ryker, actualmente vacío, en las próximas semanas.

Cuando por fin todo terminó, me quedé con Garrett y Luca, esperando a

que Ryker hablara con Leo por última vez. Seguía esforzándose por no gestionar cada pequeño detalle, pero aún trabajaba en ello. Su confianza en Leo como director ejecutivo de la fundación crecía día a día.

Ryker vino hacia nosotros, que estábamos esperando en la acera.

—Todo parece estar controlado para la limpieza, así que podemos irnos a casa.

—Estaba pensando —dijo Garrett cogiéndome de la mano mientras nos dirigíamos hacia el todoterreno— que podríamos ir a almorzar al Pastrami Palace.

—¿Todos? —Luca nos abrió la puerta trasera.

—Sí. Hará que un gran día sea aún mejor. —Garrett se subió al coche.

—Eso suena… —Pero chillé cuando una rata gigante cruzó corriendo la calle con lo que se parecía muchísimo a una Oreo en la boca—. ¡Es Splinter!

Ryker se echó a reír y se sentó a mi lado en el asiento trasero.

—¿Sabes? Quizá esa rata dé buena suerte. Nos ha unido a los cuatro.

Me abroché el cinturón y suspiré.

—Quizá estaba aquí haciendo más magia para otras personas.

—¿Por qué no para nosotros? —Garrett apoyó su mano en mi muslo.

—Porque nosotros ya tenemos toda la magia que necesitamos.

CONTENIDO ESPECIAL

SINOPSIS DE ENAMORADA DE MIS JEFES

Todo comenzó con una huida. Dejé atrás un compromiso roto y llegué a Nueva York dispuesta a empezar de cero.

Lo que encontré fue un apartamento minúsculo, un baño compartido y una vida muy distinta a la que había imaginado.

Y entonces, una noche, lo conocí a él.

Misterioso. Atractivo. Irresistible.

Lo que parecía un momento fugaz de placer se volvió aún más inesperado cuando descubrí que no estaba solo… y que sus dos amigos también querían formar parte del juego.

¿Lo mejor —o lo peor— de todo?

Que ahora los tres son mis jefes… y mantener la distancia no está exactamente en la descripción del puesto.

CONTENIDO ESPECIAL

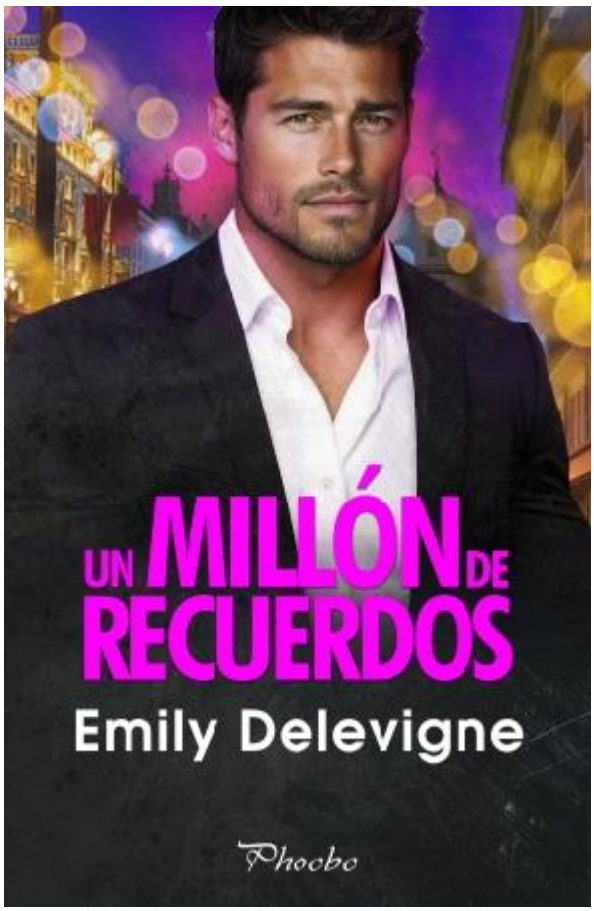
BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Antes de dedicarse a escribir novelas románticas de éxito internacional Maya Nicole se dedicaba a la enseñanza.

Aparte de leer y escribir, le gusta viajar sola.

Escribe sobre todo romance paranormal y comedias románticas contemporáneas de harén inverso.

mayanicole.com
IG: mayanicoleauthor
FB: mayanicoleauthor



Un millón de recuerdos

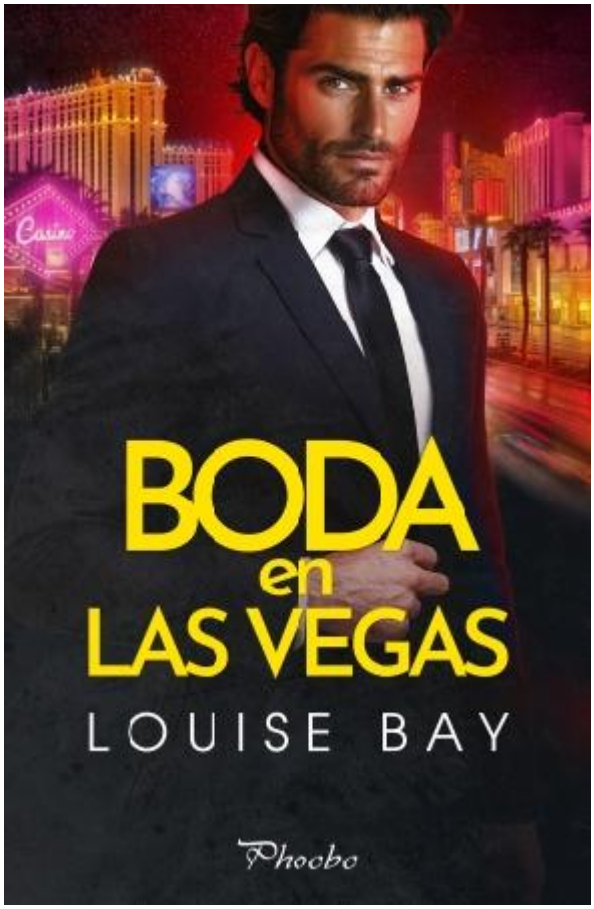
Delevigne, Emily
9788410070974
475

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sofía regresa a su pueblo natal para asistir al funeral de su abuela Linda. Cuando su padre le comunica que ha heredado una misteriosa caja, Sofía apenas le presta atención: hacía años que

apenas tenía relación con ella. Cinco años después, vuelve para pasar el verano con su padre, quien le recuerda la existencia de aquella caja olvidada. Al fin decide abrirla, sin imaginar que descubrirá los secretos de una vida apasionante que cambiarán su percepción de Linda para siempre. Lo que Sofía tampoco espera es cruzarse con Colton, un hombre tan irresistible como exasperante, que pronto se convierte en su mayor dolor de cabeza… y en su mayor tentación. Entre encontronazos, sarcasmos y una química imposible de ignorar, Sofía se verá atrapada en un torbellino de emociones que la harán replantearse su estancia más de una vez. Pero en medio de la confusión descubrirá que a veces el mayor enemigo puede ser también el mejor aliado… y quizá algo más.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Boda en Las Vegas

Bay, Louise
9791387787004
310

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Worth es el chico bueno al que quiere todo el mundo… hasta que ella le hace perder el control.

Es encantador, digno de confianza y un perfecto caballero, pero en cuanto ve a Sophia por primera vez, su mundo cuidadosamente controlado salta en pedazos.

Ella es la persona que no sabía que estaba esperando, pero ahora ¿qué puede hacer?

Pues cualquier cosa para hacerla suya.

Sophia ha renunciado a los hombres que intentan conquistarla con palabras bonitas y promesas vacías. Ya cometió ese error en el pasado, y se niega a repetirlo, pero Worth es persuasivo, firme, protector y peligrosamente irresistible.

Una imprudente noche en Las Vegas lo cambia todo, para bien o para mal.

De día Worth es firme y seguro.

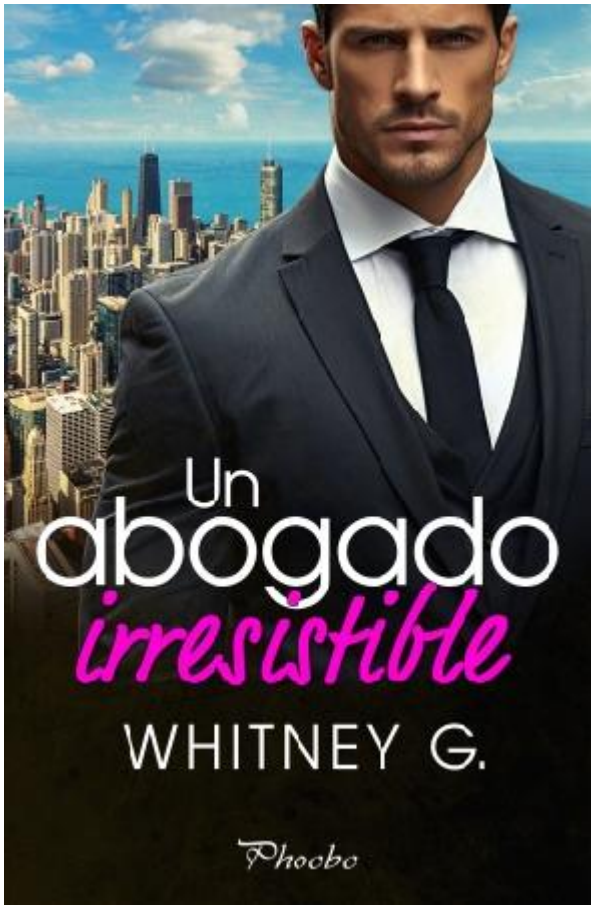
Por la noche es posesivo y no tiene límites.

Y ahora es su marido.

¿Podrá esta ardiente conexión sobrevivir a la mañana siguiente?

¿Será este precipitado compromiso de Las Vegas la mayor apuesta que jamás hayan hecho?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Un abogado irresistible

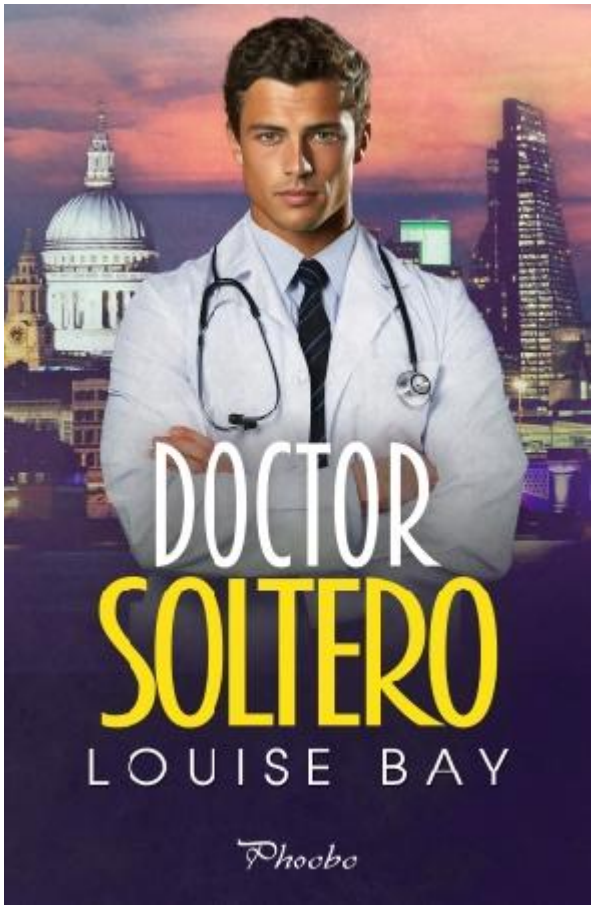
G., Whitney
9788410070233
260

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En el trayecto a la entrevista más importante de mi vida acabé chocando con mi destartalado Honda contra la parte trasera de un McLaren negro personalizado, y al superatractivo bastardo de su dueño no le hizo ni la más mínima gracia. Sobre todo cuando escapé

de la escena del delito tras haberle dejado como pago un cheque sin fondos, veinte dólares y un paquete de condones de los que brillan en la oscuridad (estoy tan arruinada que no puedo permitirme contratar un seguro). Conseguí llegar a la entrevista con unos segundos de margen, pero el socio de Hamilton y Asociados con el que esperaba encontrarme no estaba. En su lugar, me recibió, sorpresa…, el espectacular tío con el que acababa de chocar: Damien Carter. Tras escuchar su primera pregunta («¿Sabe que huir del escenario de un accidente es un delito?»), supe que no iba a conseguir el trabajo. Pero, para mi desgracia, me dieron el puesto y no tardé en darme cuenta de que Damien, mi jefe, y yo teníamos muchas más cosas en común de las que imaginaba. A pesar de que ese cabrón malencarado se pasa la vida amenazándome y dándome órdenes. Su bufete parece sacado directamente de El padrino, nada que ver con los «hombres buenos de la justicia» que muestran sus carteles promocionales. Entre sus paredes se esconden oscuros secretos, sus clientes siempre son culpables y Damien Carter representa todo lo que anda mal en el sistema legal. O al menos eso pensaba yo hasta que empezamos una turbulenta relación de amor-odio y descubrí su mayor secreto…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Doctor Soltero

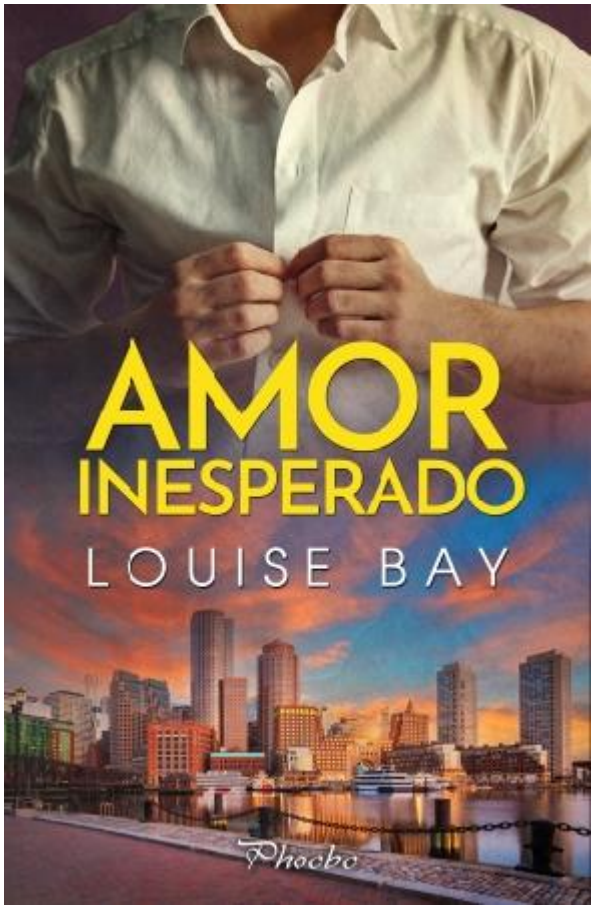
Bay, Louise
9788410070226
305

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando la mujer con la que tuve una aventura de una noche me anuncia que acabo de ser padre, mi mundo se viene abajo. Tengo que elegir entre ser padre soltero de una recién nacida o firmar los papeles para que alguien la adopte, y la decisión es fácil: tras

apenas unas horas cojo un avión para ir a buscar a mi hija. El problema es que apenas soy capaz de distinguir la cabeza de los pies de un bebé, y esta situación me supera, pero tengo un plan: voy a contratar a una niñera, a ocuparme lo mínimo posible de la niña y a seguir con mi vida. Por fin encuentro una niñera que está a la altura de mis exigencias, pero todo se complica porque, cuando la miro, el futuro que creía desear empieza a desmoronarse. Nada en mi vida va según lo previsto, y la máquina de ensuciar pañales que tengo en los brazos se ha abierto camino inesperadamente hasta mi corazón. Mi vida era ordenada y lógica hasta que me encontré con dos compañeras de piso y me empecé a enamorar de las dos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Amor inesperado

Bay, Louise
9788410070264
305

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

BLAKE En cuanto esa tremenda pelirroja con un culo de infarto entra en el bar me doy cuenta de que está de paso, y yo estoy buscando algo de diversión mientras estoy en el pueblo, un buen revolcón sin ataduras antes de regresar a la ciudad. No quiero conocer sus secretos; no quiero pensar en lo bien que me siento al tenerla debajo de mí; no quiero imaginar un futuro con ella. Soy Blake McKenna y voy a conseguir que esa niña rica de Boston se olvide de todos los hombres que me precedieron. MACKENZIE Cuando el futuro que siempre había imaginado se esfuma ante mis ojos me tomo unas merecidas vacaciones en el campo con mis dos mejores amigas. Mi plan de renunciar a los hombres se va al garete cuando, la primera noche de las vacaciones, conozco al tío más bueno que he visto en mi vida y decido que es justo la distracción que me hace falta. No tengo pensado revelarle mis secretos más profundos mientras nos escabullimos todas las noches con la esperanza de que nadie se dé cuenta, y, desde luego, lo último que tengo en mente es enamorarme por primera vez en mi vida. Me llamo Mackenzie Locke y no entiendo a los hombres; ni un poquito. Hasta que Blake llega a mi vida.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)